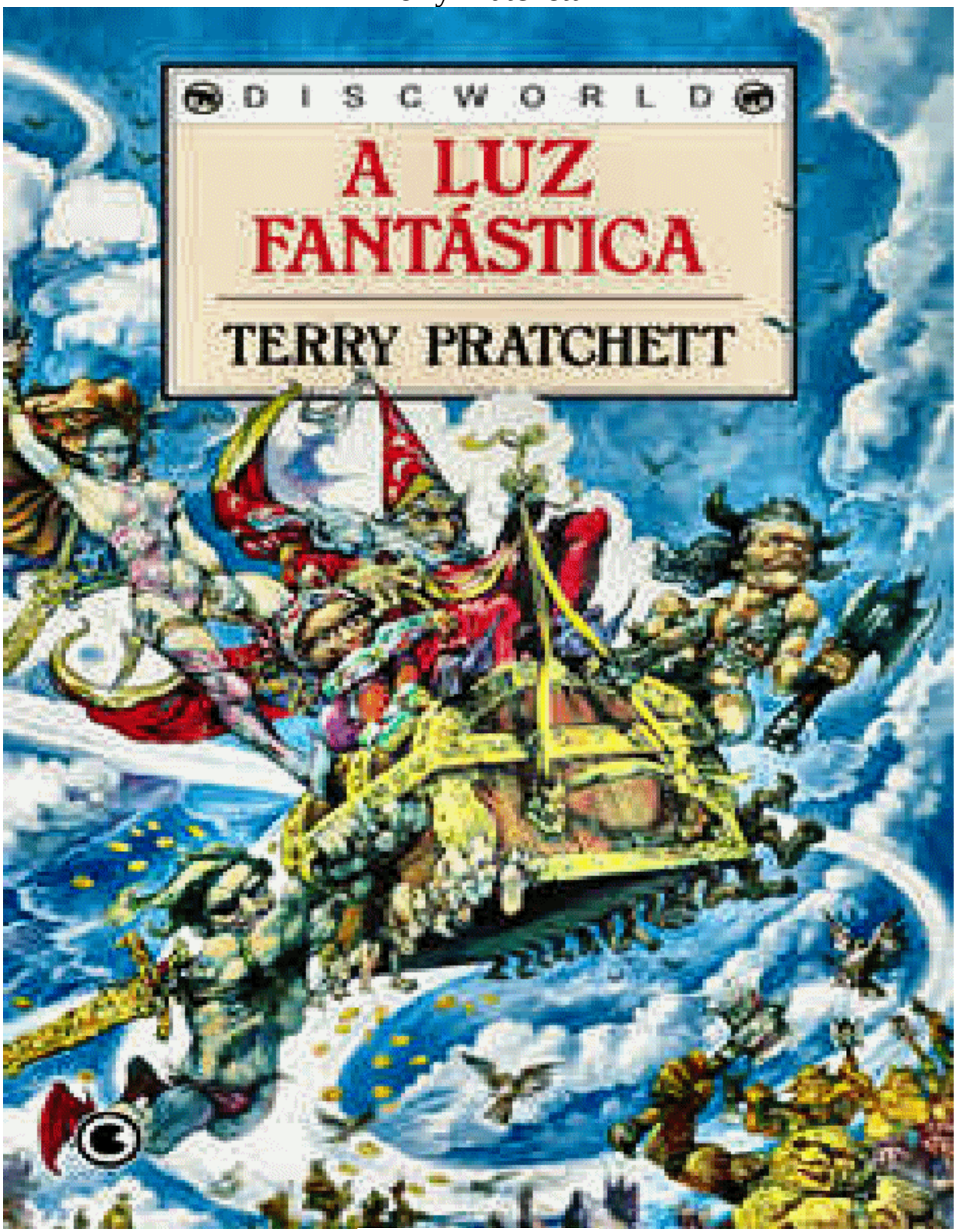
MUNDODISCO 2 – LA LUZ FANTÁSTICA

Terry Pratchett



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

LA LUZ FANTASTICA

El sol se alzó lentamente, como si no estuviera seguro de que el esfuerzo valiera la pena.

Amaneció otro día del Disco, pero muy gradualmente, y he aquí la razón.

Cuando la luz tropieza con un campo mágico fuerte, se le olvida lo que es la prisa. Se ralentiza al momento. Y en el Mundodisco la magia era cualquier cosa menos escasa, lo que significaba que la suave luz amarilla del amanecer fluía sobre el paisaje dormido como la caricia de un amante gentil o, en opinión de algunos, como jarabe dorado. Hizo pausas para llenar los valles. Se apiló contra las cadenas montañosas. Cuando llegó a Cori Celesti, la espiral de quince kilómetros de altura de piedra gris que constituía el eje del Disco y el hogar de sus dioses, los montones fueron creciendo hasta desplomarse como un enorme tsunami perezoso, tan silencioso como el terciopelo, por todo el paisaje.

Era un espectáculo sin igual en ningún otro mundo.

Pero claro, es que ningún otro mundo viaja por el infinito estelar a lomos de cuatro gigantescos elefantes que a su vez reposan sobre el caparazón de una inmensa tortuga. El nombre de la tortuga macho -ó hembra, según otra escuela de pensamiento- es Gran A'Tuin. Él -ó ella, que todo podría ser- está ahí, bajo las minas, el lecho marino y los falsos huesos fosilizados colocados por un Creador que no tenía nada mejor que hacer aparte de dar la lata a los arqueólogos y meterles ideas tontas en la cabeza.

Gran A'Tuin, la tortuga estelar, con su caparazón escarchado de metano, agujereado por cráteres de meteoritos, erosionado por el polvo asteroidal. Gran A'Tuin, con ojos como mares antiquísimos y un cerebro del tamaño de un continente por el que los pensamientos se mueven como pequeños glaciares deslumbrantes. Gran A'Tuin, con sus gigantescas aletas lentas y tristes, con su caparazón pulido por las estrellas, avanzando trabajosamente por la noche galáctica bajo el peso del Disco. Tan grande como un mundo. Tan vieja como el tiempo. Tan paciente como un ladrillo.

En realidad, los filósofos han metido la pata hasta el fondo. La verdad es que Gran A'Tuin se lo está pasando de miedo.

Gran A'Tuin es el único ser del universo que sabe exactamente adónde va Gran A'Tuin.

Por supuesto, los filósofos han discutido durante años el tema del destino hacia el que se dirige Gran A'Tuin, y a menudo han manifestado su miedo a no averiguarlo jamás.

Pues lo van a averiguar dentro de un par de meses. Y entonces sí que tendrán miedo de verdad...

Otra cosa que ha preocupado durante siglos a los filósofos más imaginativos del Disco es la cuestión del sexo de Gran A'Tuin, y han invertido mucho tiempo y trabajo en tratar de descubrirlo de una vez por todas.

De hecho, mientras la enorme forma vaga como un gigantesco cepillo de concha, los resultados del último trabajo acaban de aparecer.

El caparazón bronceado del Viajero Viril cae completamente fuera de control: es una especie de nave espacial neolítica construida y lanzada por el borde por los sacerdotes-astrónomos de Krull, ciudad convenientemente situada en la mismísima Periferia del Disco. En estos momentos, la nave está demostrando contra ciertas teorías que sí existe la caída libre.

Dentro de la nave viaja Dosflores, el primer turista del Disco. Acaba de pasar algunos meses explorándolo, y en estos momentos lo abandona rápidamente por motivos bastante complicados pero que tienen que ver con un intento de huida de Krull.

El intento ha sido un éxito al mil por cien.

Pero, aunque todas las pruebas indican que probablemente será también el último turista del Disco, está disfrutando con el paisaje.

Cayendo en picado a unos tres kilómetros por encima de él está Rincewind el mago, vestido con lo que en el Disco pasa por ser un traje espacial. Imaginadlo como un equipo de buzo diseñado por hombres que no han visto un mar en su vida. Hasta hace seis meses, Rincewind era un mago fracasado completamente normal. Conoció a Dosflores, fue contratado como guía por un salario extravagante, y desde entonces se ha pasado la mayor parte del tiempo recibiendo golpes, aterrorizado, perseguido, colgando de lugares elevados sin la menor esperanza de salvación o, como en este caso, cayendo desde lugares elevados sin la menor esperanza de salvación.

No mira el paisaje porque toda su vida le pasa ante los ojos como un relámpago y no le deja ver nada. Acaba de descubrir por qué cuando te pones un traje espacial es vitalmente importante no olvidarte del casco.

Se podrían decir muchas más cosas para explicar por qué caen por el borde del mundo, y por qué el Equipaje de Dosflores, que fue visto por última vez cuando intentaba seguirle con sus cientos de patitas, no es una maleta cualquiera..., pero esas cosas toman mucho tiempo y esfuerzo, más del que vale la pena invertir. Por ejemplo, se dice que en una fiesta alguien preguntó al famoso filósofo Ly Tin Malahierb «¿Qué haces aquí?», y que la respuesta duró tres años.

Además, tiene mucha más importancia lo que está sucediendo arriba, muy por encima de A'Tuin, los elefantes y el mago que agoniza rápidamente. El mismísimo tejido espacio temporal está a punto de pasarlas canutas.

El aire estaba aceitoso con el clásico tacto de la magia, y acre por el humo de las velas hechas con una cera negra cuyo origen concreto no investigaría nadie en sus cabales.

Había algo muy extraño en aquella habitación oculta en los sótanos más profundos de la Universidad Invisible, el principal centro de enseñanza de magia en el Disco. Para empezar, parecía tener demasiadas dimensiones, no exactamente visibles, sino suspendidas en el aire justo un poco más allá del rabillo del ojo. Los muros estaban cubiertos de símbolos misteriosos, y la mayor parte del suelo quedaba ocupada por El Sello de Estasis de Ocho Pliegues, al que en los círculos mágicos se atribuía el mismo poder disuasor que a un ladrillo bien apuntado.

El único mobiliario de la habitación consistía en un atril de madera oscura, tallada con la forma de un pájaro..., bueno, para ser sinceros, con la forma de algo alado que probablemente sería mejor no examinar muy de cerca. En el atril, unido a él por una pesada cadena llena de candados, había un libro.

Un libro grande, pero no lo que se dice impresionante. Otros libros en la biblioteca de la universidad tenían cubiertas incrustadas de gemas preciosas y maderas fascinantes, o estaban encuadernados con piel de dragón. La encuadernación de éste era de cuero manoseado. Parecía la clase de libro que en los catálogos de las bibliotecas ostenta la aclaración de «ligeramente maltratado por el tiempo», aunque en este caso habría sido más honrado decir que el tiempo le había aplicado el tercer grado.

Unas abrazaderas metálicas lo mantenían cerrado. No eran de adorno, su única función era ser pesadas..., igual que la cadena, que no servía tanto para unir el libro al atril como para atarlo a él.

Parecían obra de alguien que tuviera un objetivo bien claro en mente, y que se hubiera pasado la mayor parte de la vida fabricando arneses para elefantes.

El aire se espesó y se agitó. Las páginas del libro empezaron a encresparse de una manera horrible, intencionada, y una luz azulada se derramaba entre ellas. El silencio de la habitación se endureció como un puño que alguien estuviera apretando poco a poco.

Media docena de magos en camisón se turnaban para escudriñar por la mirilla de la puerta. No había hechicero que pudiera dormir mientras estaban teniendo lugar aquel tipo de cosas..., la acumulación de magia en bruto inundaba la universidad como una marea.

— Bien -dijo una voz-, ¿qué pasa? ¿Por qué no he sido avisado?

Galder Ceravieja, Gran Conjurador Supremo de la Orden de la Estrella de Plata, Señor Imperial del Sacro Cayado, Superiorísimo de Octavo Nivel y Canciller de la Universidad Invisible, no era lo que se dice un espectáculo impresionante ni siquiera con su camisón rojo lleno de runas místicas bordadas a mano, ni con su largo gorro rematado por una borla, ni aun con la palmatoria de Mickey Mouse en la mano. Lo peor eran las zapatillas con pompón.

Seis rostros atemorizados se volvieron hacia él.

— Eh... fuiste avisado, señor -dijo uno de los magos menores.

— Por eso estás aquí -añadió otro servicialmente.

— Quiero decir que por qué no fui avisado antes -rugió Galder al tiempo que se abría paso a empujones hacia la mirilla.

El aire de la habitación chisporroteaba ahora con pequeños relámpagos y motas de polvo incineradas por el flujo de magia bruta. El Sello de Estasis empezaba a chamuscarse y retorcerse por los bordes.

El volumen en cuestión recibía el nombre de Octavo y, obviamente, no era un libro cualquiera.

Por supuesto, hay muchos libros famosos de magia. La gente habla del Necroteleconomicón, con sus páginas hechas de antigua piel de lagarto. Otros mencionan el Libro del Viaje Astral sin Moverse de su Sillón, escrito por una secta lama misteriosa y bastante perezosa. Quizá algunos recuerden que el Grimorio Tronchante contiene, según se dice, el único chiste original que queda en el universo. Pero todos son simples panfletos comparados con el Octavo, que el Creador del Universo se olvidó aquí, con su despiste característico, tras completar su obra maestra.

Los ocho hechizos encerrados en sus páginas llevaban una vida propia secreta y tirando a complicada, y era creencia común que...

Galder frunció el ceño sin dejar de observar la problemática habitación. Claro que ahora sólo quedaban siete hechizos. Un joven imbécil, un aprendiz de mago, había echado un vistazo al libro, y uno de los hechizos escapó y se instaló en su mente. Nadie consiguió averiguar cómo había sucedido. ¿Cómo se llamaba aquel idiota? ¿Winswand?

Chispas octarinas y púrpura salpicaban su lomo. Una leve espiral de humo empezaba a brotar del atril, y las pesadas abrazaderas metálicas que mantenían el libro cerrado parecían más tensas de lo que sería conveniente.

— ¿Por qué están tan inquietos los hechizos? -preguntó uno de los magos más jóvenes.

Galder se encogió de hombros. No podía mostrarlo, claro, pero empezaba a estar realmente preocupado. Como mago experto del octavo nivel, podía ver las formas semiimaginarias que aparecían momentáneamente en el aire vibrante, lisonjeando, llamando. De la misma manera que los mosquitos aparecen antes de una tormenta, las acumulaciones

realmente importantes de magia siempre atraían cosas de las caóticas Dimensiones Mazmorra... Cosas desagradables, llenas de salivazos y órganos fuera de su Sitio, siempre buscando cualquier agujero por el que colarse en el mundo de los hombres[1].

Había que detener aquello.

— Necesito un voluntario -dijo con voz firme.

Se hizo un repentino silencio. El único sonido que se oía venía de detrás de la puerta. Era el desagradable ruidillo del metal al romperse bajo la presión.

— Muy bien, de acuerdo -siguió-. En ese caso, necesitaré unas tenacillas de plata, un litro de sangre de gato, un látigo pequeño y una silla...

Se dice que lo contrario del ruido es el silencio. Mentira. El silencio no es más que la ausencia de ruido. El silencio habría sido un barullo terrible comparado con la repentina implosión de sinruidez que golpeó a los magos con la potencia de un diente de león al explosionar.

Una gruesa columna de luz chisporroteante brotó del libro, golpeó el techo lanzando una lluvia de llamas y desapareció.

Galder alzó la vista hacia el agujero, haciendo caso omiso de las zonas humeantes en su barba. Lo señaló con gesto dramático.

— ¡A las bodegas superiores! -exclamó lanzándose hacia la escalera de piedra.

Sacudiendo las zapatillas y haciendo ondular los camisones, el resto de los magos le siguieron, tropezando unos con otros en su precipitación por ser los últimos.

De cualquier manera, todos llegaron a tiempo para ver la bola ígnea de potencial mágico desapareciendo en el techo de la habitación superior.

— Urgh -dijo el mago más joven señalando hacia el suelo.

La habitación había sido parte de la biblioteca hasta que la magia pasó por ella, reorganizando violentamente las partículas de probabilidad en todo lo que encontró en su camino. Así que parecía razonable suponer que las pequeñas salamandras púrpura habían sido parte del suelo, y que las chirimoyas bien podrían haber sido libros. Y varios de los magos juraron más adelante que el pequeño orangután naranja sentado tristemente en medio de todo aquello se parecía mucho al bibliotecario jefe.

Galder miró hacia arriba.

— ¡A la cocina! -aulló corriendo entre las chirimoyas hacia el siguiente tramo de escalera.

Nadie supo jamás en qué se había convertido la gran cocina de hierro forjado, porque derribó una pared y huyó antes de que el desgreñado grupo de magos de ojos enloquecidos irrumpiera en la habitación El chef de hortalizas fue hallado mucho más tarde escondido en el caldero de la sopa, balbuceando incoherencias como «¡Los nudillos! ¡Los horribles nudillos!», que en nada ayudaban a aclarar las cosas.

Los últimos jirones de magia, ahora un poco más calmada, desaparecían por el techo.

— ¡A la Sala Principal!

Allí la escalera era mucho más ancha y estaba mejor iluminada. Jadeando y apestando a chirimoya, los magos más ágiles llegaron a la cima cuando la bola de fuego estaba en el centro de la enorme cámara que era la sala principal de la universidad. Pendía inmóvil, a excepción de alguna que otra prominencia que arqueaba y resquebrajaba su superficie.

Todo el mundo sabe que los magos fuman. Probablemente eso explique el coro de toses agonizantes y jadeos roncos que brotó tras Galder cuando éste se detuvo para calibrar la situación y para preguntarse si se atrevería a buscar un escondite. Agarró a un estudiante aterrado.

— ¡Llamad a los adivinos, a los videntes, a los intuidores, a los introspectores! -ladró-. ¡Que estudien esto!

Algo cobraba forma dentro de la bola ígnea. Galder se protegió los ojos y escudriñó la silueta que aparecía ante él. Imposible confundirla: era el universo.

Estaba seguro porque él mismo tenía una maqueta en su estudio, y todo el mundo aseguraba que era mucho más impresionante que el auténtico. Enfrentado con las posibilidades que ofrecen las perlas y la filigrana de plata, el Creador no había tenido nada que hacer.

Pero el pequeño universo dentro de la bola ígnea era increíblemente..., bueno, realista. Lo único que le faltaba era el color. Todo era de un blanco translúcido y nebuloso.

Allí estaba Gran A'Tuin, y los cuatro elefantes, y el mismísimo Disco. Desde aquel ángulo Galder no distinguía muy bien la superficie, pero sabía con gélida certeza que también sería de una precisión absoluta. En cambio, sí distinguió una réplica en miniatura de Cori Celesti, en cuya cumbre vivían los dioses del mundo, camorristas y un tanto aburguesados, en un palacio de mármol, alabastro y suites enmoquetadas de tres piezas, que habían elegido llamar Dunmanifestin. Para cualquier ciudadano del Disco con pretensiones de cultura, era una fuente de considerable inquietud verse gobernado por dioses cuya idea de una experiencia artística trascendente era un timbre de la puerta con música.

El pequeño universo embrionario empezó a moverse lentamente, girando...

Galder quiso gritar, pero no le salió la voz.

Suavemente, pero con la fuerza imparable de una explosión, la forma se expandió.

Lo miró horrorizado, y luego atónito, mientras le atravesaba con la insubstancialidad de un pensamiento. Extendió una mano y vio cómo los claros fantasmas de las rocas le corrían entre los dedos en ajetreado silencio.

Gran A'Tuin ya se había hundido pacíficamente bajo el nivel del suelo, más grande que una casa.

Los magos situados tras Galder estaban sumergidos hasta la cintura en los mares. Un bote más pequeño que un dedal captó por un momento la atención de Galder antes de que la corriente lo arrastrara a través de los muros de la habitación.

— ¡Al tejado! -consiguió gritar señalando hacia arriba con un dedo tembloroso.

Aquellos magos a los que les quedaban suficientes neuronas como para pensar y suficiente aliento como para correr le siguieron precipitadamente, atravesando continentes que cruzaban sin problemas la piedra sólida.

Era una noche tranquila, teñida por la promesa del amanecer. Una luna creciente acababa de ponerse. Ankh-Morpork, la ciudad más grande en las tierras que rodeaban el Mar Circular, dormía.

Bueno, esta afirmación no es del todo cierta.

Por una parte, los habitantes de la ciudad que solían dedicarse, por ejemplo, a vender verdura, herrar caballos, tallar diminutos y exquisitos adornos de jade, cambiar moneda y

fabricar mesas, en general, dormían. A menos que tuvieran insomnio. O se hubieran levantado para ir al retrete, que todo puede ser. Por otra, la mayoría de los ciudadanos menos respetuosos de la ley estaban con los ojos bien abiertos y se dedicaban, entre otras cosas, a entrar por ventanas que no les pertenecían, cortando gargantas, robándose unos a otros, escuchando música alta en sótanos llenos de humo y pasándoselo muy bien en general. Pero la mayoría de los animales estaban dormidos, a excepción de las ratas. Y de los murciélagos, claro. Por lo que respectaba a los insectos...

El caso es que la descripción escrita rara vez es completamente precisa, y durante el reinado de Olaf Quimby II como patricio de Ankh se aprobaron algunas leyes en un intento decidido de poner fin a ese tipo de cosas y hacer que los informes fueran un poco más verídicos. Así, si una leyenda hablaba de un célebre héroe y decía que «todos los hombres admiraban sus proezas», cualquier bardo que apreciase su vida añadiría rápidamente «excepto un par de personas en su pueblo natal que le consideraban un mentiroso, y un montón de gente más que en su vida había oído hablar de él». Los símiles poéticos quedaban estrictamente limitados a afirmaciones como «su poderoso corcel era veloz como el viento en un día bastante tranquilo, pongamos Fuerza Tres», y cualquier comentario a la ligera sobre una amada con un rostro capaz de hacer botar mil barcos debía ir respaldado por pruebas de que el objeto del deseo tenía sin lugar a dudas cara de botella de champán.

Al final, Quimby fue asesinado por un poeta descontento durante un experimento realizado en los terrenos del palacio para demostrar la discutida precisión del proverbio «La pluma es más poderosa que la espada», y en honor a él se acordó añadir, «solo si la espada es muy pequeña y la pluma muy afilada».

De acuerdo. Así que aproximadamente el sesenta y siete por ciento de la ciudad, quizá el sesenta y ocho, dormía. No es que los ciudadanos que reptaban por la ciudad en sus ocupaciones generalmente ilegales advirtieran la extraña marea clara que recorría las calles. Sólo los magos, acostumbrados a ver lo invisible, la observaban extenderse por los campos lejanos.

El Disco, al ser plano, no tenía un auténtico horizonte. Si algún marinero osado tenía ideas raras después de contemplar durante demasiado rato huevos y naranjas, y se dirigía hacia las antípodas, descubría pronto por qué los barcos lejanos parecen desaparecer por el borde del mundo: porque desaparecen por el borde del mundo.

Pero hasta la visión de Galder tenía sus límites en el aire polvoriento y lleno de jirones de niebla. Alzó los ojos. Sobre la universidad se vislumbraba la forma amenazadora de la Torre del Arte, que se decía era el edificio más antiguo del Disco, con su famosa escalera de caracol de ocho mil ochocientos ochenta y ocho peldaños. Desde su cima almenada, guarida de cuervos y gárgolas con un aspecto desconcertantemente alerta, un mago podía ver el mismísimo borde del Disco. Después de pasarse diez minutos tosiendo como loco, claro.

-Al infierno -murmuró-. ¿De qué sirve ser un mago? ¡Avyento, tésalo! ¡Volaré! ¡A mí, espíritus del aire y la oscuridad!

Abrió una mano rugosa y señaló una zona de parapeto ruinoso. Una llamarada octarina brotó de debajo de su uña sucia de nicotina y bajó en picado hacia las piedras del suelo, muy abajo.

Cayó. Gracias a un bien calculado intercambio de velocidades, Galder se elevó con el camisón aleteando alrededor de sus piernecillas desnudas. Ascendió cada vez más, cortando la luz clara como un, como un..., de acuerdo, como un mago viejo pero poderoso propulsado hacia arriba por una buena alteración en el equilibrio de fuerzas del universo.

Aterrizó en un lecho de nidos viejos, recuperó el equilibrio y miró hacia abajo para contemplar el vertiginoso espectáculo del amanecer en el Disco.

En aquella época del largo año, el Mar Circular quedaba casi en el lado de poniente de Cori Celesti y, mientras la luz del día se deslizaba por las tierras en torno a Ankh-Morpork, la sombra de la montaña segaba el paisaje como el gnomon del reloj solar de Dios. Pero, donde todavía era de noche, compitiendo con la luz en la carrera hacia el borde del mundo, surgía una línea de niebla blanca.

Oyó un crujido de ramitas secas tras él. Se volvió para ver a Ymper Trymon, segundo al mando en la Orden, que había sido el único mago capaz de seguirle.

Galder no le hizo caso durante un momento, preocupándose sólo por agarrarse con firmeza a las piedras y fortalecer sus hechizos de protección personal. Los ascensos tardaban en llegar en una profesión que conllevaba tradicionalmente una larga vida, y se aceptaba que los magos más jóvenes trataran de ascender en el escalafón por los pellejos de los mayores, tras haberlos vaciado de sus anteriores propietarios. Además, había algo inquietante en el joven Trymon. No fumaba, sólo bebía agua hervida y Galder tenía la desagradable sospecha de que era inteligente. No sonreía suficientemente a menudo, y además le gustaban las cifras y esos diagramas de organización en los que hay muchos cuadraditos con flechas que señalan hacia otros cuadraditos. En resumen, era el tipo de hombre que podía utilizar la palabra «burocratización» y decirla en serio.

La totalidad del Disco visible desde allí estaba ya cubierta por una deslumbrante piel blanca que le sentaba de maravilla.

Galder bajó la vista para contemplar sus propias manos, y las vio enfundadas en una clara red de hebras brillantes que se adaptaban a cada movimiento.

Reconoció aquel tipo de hechizo. Él mismo lo había usado, aunque en proporciones menores..., mucho menores.

— Es un hechizo de Cambio -dijo Trymon Todo el Disco está siendo cambiado.

Cualquier otra persona habría tenido la decencia encerrar esa frase entre signos de exclamación, pensó Galder sombrío.

Se oyó un ligerísimo sonido puro, agudo, como si se rompiera el corazón de un ratón.

— ¿Qué ha sido eso? -preguntó.

Trymon inclinó la cabeza hacia un lado.

— Me parece que do agudo -respondió.

Galder no dijo nada. El brillo blanco había desaparecido, y los primeros sonidos de la ciudad al despertar llegaban ya hasta los dos magos. Todo parecía igual que siempre. ¿Tanto escándalo para que las cosas siguieran igual?

Se tanteó distraídamente los bolsillos del camisón y por fin encontró lo que buscaba, cruzado tras su oreja. Se llevó la arrugada colilla a los labios, invocó una llama mística entre sus dedos y chupó del maltrecho cigarrillo hasta que lucecillas azules le relampaguearon ante los ojos. Tosió un par de veces.

Estaba pensando con todas sus fuerzas.

Estaba tratando de recordar si había algún dios que le debiera un favor.

En realidad, los dioses estaban tan asombrados por todo aquello como los magos, pero no podían hacer nada, y en cualquier caso estaban enzarzados en una batalla milenaria contra los Gigantes del Hielo, que se negaban a devolverles el cortacésped.

Pero alguna pista sobre lo sucedido se puede hallar en el hecho de que Rincewind, cuya vida pasada había llegado a un momento bastante interesante de sus quince años, descubrió de repente que ya no estaba agonizando, sino colgando cabeza abajo de un pino.

Bajó con facilidad por el sistema de caer incontrolablemente de rama en rama hasta aterrizar de cabeza en un montón de agujas de pino, y se quedó allí tendido, tratando de recuperar el aliento y deseando haber sido mejor persona.

Sabía que en alguna parte debía de haber una conexión perfectamente lógica. En un momento dado uno está muriendo tras haber caído por el borde del mundo, y al siguiente cuelga cabeza abajo de un pino.

Como sucedía siempre en aquellas ocasiones, el Hechizo se alzó en su mente.

Los profesores de Rincewind habían coincidido en afirmar que éste era un mago nato de la misma manera que los peces son alpinistas natos. Probablemente le habrían acabado por expulsar de la Universidad Invisible de todos modos -era incapaz de recordar los conjuros y se ponía enfermo cuando fumaba-, pero lo que de verdad le metió en líos fue el estúpido asunto de entrar en la sala donde estaba encadenado el Octavo... y abrirlo.

Y lo que agravó aún más los líos fue que nadie pudo averiguar por qué todos los bloqueos se habían desbloqueado temporalmente.

El Hechizo no era un inquilino exigente. No hacía más que quedarse sentado como un viejo sapo en el fondo de un estanque. Pero siempre que Rincewind estaba cansado de verdad, o muy asustado, intentaba hacerse pronunciar. Nadie sabía qué sucedería si se pronunciaba uno de los Ocho Grandes Hechizos, pero la creencia general era que el mejor lugar para observar los efectos sería el universo de al lado.

Era una idea extraña para tenerla cuando se está tumbado en un montón de agujas de pino después de caer por el borde del mundo, pero Rincewind tenía la sensación de que el hechizo quería mantenerle vivo.

Por mí, perfecto, pensó.

Se sentó y miró los árboles. Rincewind era un mago de ciudad y, aunque era consciente de que había diferencias que servían para distinguirlos, lo único que sabía con seguridad era que el extremo sin hojas iba pegado al suelo. Había demasiados para su gusto, y estaban distribuidos sin el menor sentido de la organización. Hacía siglos que nadie barría aquel lugar.

Recordó algo sobre orientarse examinando en qué lado del tronco crece el musgo. Aquellos árboles tenían musgo por todas partes, y verrugas de madera, y ramas viejas puntiagudas. Si los árboles fueran personas, aquéllos estarían sentados en mecedoras.

Rincewind le dio una patada al más cercano. Este le dejó caer una piña encima con puntería infalible.

— Ouch -se quejó.

— Te está bien empleado -dijo el árbol con una voz como el ruido de una puerta viejísima al abrirse.

Hubo un largo silencio.

— ¿Eso lo has dicho tú? -preguntó al final Rincewind.

— Sí.

— ¿Y eso también?

— Sí.

— Ah. -Meditó un instante. Luego intentó algo-. Supongo que no sabrás por casualidad cómo salir de este bosque, ¿verdad?

— No. No me muevo mucho -respondió el árbol.

— Debe de ser una vida bastante sosa.

— No sabría decirte. Nunca he sido otra cosa.

Rincewind lo examinó de cerca.

— ¿Eres mágico? -preguntó.

— Nadie me lo había dicho -replicó el árbol-. Supongo que si.

No puedo estar hablando con un árbol, pensó Rincewind. Si estuviera hablando con un árbol, me habría vuelto loco, y no me he vuelto loco, así que los árboles no hablan.

— Adiós -dijo con firmeza.

— Eh, no te vayas -empezó a decir el árbol.

Pero se dio cuenta de que era inútil. Lo observó al alejarse entre los arbustos y luego se dedicó a sentir el sol sobre sus hojas, el gorgoteo del agua en sus raíces y el flujo y reflujo de su savia en respuesta al y tirón natural del sol y la luna. Sosa, pensó. Qué cosa más rara. Los árboles siempre son sosos, a no ser que crezcan cerca del mar. Y los que crecen cerca del mar viven más bien poco.

De hecho, Rincewind no volvió a hablar con aquel Árbol concreto, pero de aquella breve conversación surgió la base de la primera religión arbórea que, con el tiempo, invadió todos los bosques del mundo. Su dogma de fe era el siguiente: un árbol que fuera un buen árbol, que llevara una vida limpia, delicada y recta, tendría una existencia futura tras la muerte. Y si era muy buen árbol, eventualmente se reencarnaría en cinco mil rollos de papel higiénico.

A unos cuantos kilómetros, Dosflores también empezaba a recuperarse de la sorpresa de encontrarse otra vez en el Disco. Estaba sentado en el casco del Viajero Viril, que se hundía lentamente en las oscuras aguas de un gran lago rodeado de árboles.

Por extraño que parezca, no estaba demasiado preocupado. Dosflores era un turista, el primero de su especie que aparecía en el Disco, y el fundamento de su misma existencia era la creencia firme como la roca de que a él nunca podría ocurrirle nada malo porque no se metía en nada. También creía que cualquiera podía comprender cualquier cosa que él dijera siempre que hablara muy alto y muy despacio, que la gente era básicamente buena y que todo podía solucionarse entre hombres de buena voluntad si se comportaban con sensatez.

Todo esto reunido le daba unas posibilidades de supervivencia algo menores que las de un arenque en una pastilla de jabón, pero para sorpresa de Rincewind todo parecía funcionar, y la ignorancia absoluta del hombrecillo para con todas las formas de peligro sólo hacía que el peligro se desmoralizase tanto como para rendirse y dejarle en paz.

El simple riesgo de ahogarse no tenía nada que hacer. Dosflores estaba seguro de que en una sociedad bien organizada no se permitiría que la gente fuera por ahí ahogándose.

Aun así, le preocupaba un poco el paradero de su Equipaje. Pero se consoló recordando que estaba hecho de madera de peral sabio, suficientemente inteligente como para cuidarse solo...

En un tercer lugar del bosque, un joven shamán atravesaba una fase esencial de su entrenamiento. Había comido el hongo sagrado, había fumado el santo rizoma, había pulverizado cuidadosamente la seta mística insertándola luego en varios orificios y ahora, sentado con las piernas cruzadas bajo un pino, se concentraba en establecer contacto con los extraños y maravillosos secretos del corazón del Ser, pero sobre todo en impedir que la tapa de sus sesos se desenroscara y se alejara flotando.

Triángulos azules cuadrangulares giraban ante sus ojos. De vez en cuando sonreía confiado a nada en concreto y decía cosas como «Uauh» y «Ugh».

Hubo un movimiento en el aire seguido por lo que más tarde describió como «una especie de explosión sólo que para atrás, ¿entiendes?», y de pronto, donde sólo había estado el vacío, apareció un enorme y destartalado baúl de madera.

Aterrizó pesadamente en el lecho de hojarasca, sacó docenas de patitas y se volvió con lentitud para dar la cara al shamán. Es un decir; no tenía cara, pero incluso pese a la neblina micológica el joven fue horriblemente consciente de que le estaba mirando. Y no era una mirada simpática. Es sorprendente lo malignos que pueden parecer el agujero de una cerradura y un par de nudos en la madera.

Para su inmenso alivio, le dedicó una especie de encogimiento de hombros maderil y se alejó al galope entre los árboles. Con un esfuerzo sobrehumano, el shamán recordó la secuencia de movimientos que le permitirían ponerse de pie. Incluso consiguió dar un par de pasos, pero tuvo que rendirse porque se había quedado sin piernas.

Entretanto, Rincewind había encontrado un camino. Era de lo más tortuoso, y le habría gustado mucho más si hubiera estado empedrado, pero seguirlo le proporcionaba algo que hacer.

Varios árboles intentaron entablar conversación, pero Rincewind estaba casi seguro de que aquel comportamiento no era normal, y les hizo caso omiso.

El tiempo siguió pasando. No se oía más ruido que el murmullo de los desagradables insectos armados con aguijones, el ocasional crujido y caída de una rama y el susurro de los árboles discutiendo sobre religión y sobre los problemas que dan las ardillas. Rincewind empezó a sentirse muy solo. Se imaginó viviendo para siempre en los bosques, durmiendo sobre hojas y comiendo..., y comiendo..., bueno, lo que se coma en los bosques. Árboles, supuso. Y nueces, y moras. Tendría que...

— ¡Rincewind!

Allí, subiendo por el sendero, estaba Dosflores..., empapado hasta los huesos, pero resplandeciente de felicidad. El Equipaje trotaba tras él (cualquier objeto hecho de madera de peral sabio seguiría a su propietario dondequiera que fuese, y muchas veces se fabricaban con ella maletas para las tumbas de reyes muy ricos que querían estar seguros de comenzar una nueva vida en el otro mundo con una muda limpia).

Rincewind suspiró. Hasta aquel momento, había pensado que las cosas no podían ir peor.

Empezó a llover, una lluvia particularmente húmeda y fría. Rincewind y Dosflores se sentaron bajo un árbol y la observaron.

— ¿Rincewind?

— ¿Mm?

— ¿Por qué estamos aquí?

— Bueno, algunos dicen que el Creador del universo hizo el Disco y todo lo que hay en él, otros creen que todo es por una historia muy complicada en la que entran los testículos del Dios Cielo y la leche de la Vaca Celestial, aunque hay quien mantiene que sólo somos fruto de una acrecentación al azar de las partículas de probabilidad. Pero si lo que preguntas es por qué estamos aquí en vez de seguir cayendo fuera del Disco, no tengo ni la menor idea. Probablemente se trate de algún espantoso error.

— Ah. ¿Crees que habrá algo para comer en este bosque?

— Sí -respondió el mago con amargura-. Nosotros.

— Si queréis, tengo unas cuantas piñas -dijo el árbol servicialmente.

Siguieron sentados en húmedo silencio durante unos momentos.

— Rincewind, el árbol ha dicho...

— Los árboles no hablan -estalló Rincewind-. Es muy importante que lo recordemos.

— Pero si acabas de oír...

Rincewind suspiró.

— Mira -dijo-, en realidad todo se reduce a un asunto puramente biológico, ¿verdad? Para hablar hace falta el equipamiento adecuado, como pulmones, y labios, y...

— Y cuerdas vocales -aportó el árbol.

— Exacto, eso -asintió Rincewind.

Cerró la boca de golpe y observó la lluvia con tesón.

— Creía que los magos lo sabían todo sobre árboles, comida silvestre y cosas así -le reprochó Dosflores.

Muy rara vez su voz había sugerido que no considerase a Rincewind un grandioso hechicero, y el mago se picó.

— Y así es -le espetó.

— Bueno, ¿qué clase de árbol es éste?

— Un haya.

— En realidad... -empezó el árbol.

Pero se detuvo en seco al captar la mirada de Rincewind.

— Esas cosas de ahí arriba parecen piñas -insistió Dosflores.

— Si, bueno, es de la variedad sésil o heptocárpica -dijo Rincewind-. De hecho, las nueces son muy parecidas a piñas. Engañan a mucha gente.

— Vaya -se admiró Dosflores-. ¿Y qué es aquel arbusto de allí?

— Muérdago.

— ¡Pero si tiene espinas y bayas rojas!

— ¿Y bien?

Rincewind le clavó la vista y mantuvo los ojos fijos con testarudez. Dosflores se rindió primero.

— Nada -dijo débilmente-. Debo de estar mal informado.

— Exacto.

— Debajo del arbusto hay unas setas grandes. ¿Se pueden comer?

Rincewind las miró con cautela. Desde luego, eran muy grandes, tenían sombreros rojos moteados de blanco. En realidad, pertenecían a una especie que el shamán del lugar (que en aquellos momentos se encontraba a varios kilómetros de allí, trabando amistad con una roca) sólo comería después de atarse una pierna a una piedra bien grande. Lo único que Rincewind podía hacer era salir a la lluvia y examinarlas.

Se arrodilló en el lecho de hojarasca y examinó bajo los sombreros.

— No, de ninguna manera, no se pueden comer -dijo débilmente tras un momento.

— ¿Por qué? -preguntó Dosflores desde su sitio-. ¿Las láminas no tienen el tono amarillento adecuado?

— No, no es eso...

— ¿Quizá el pie no tiene la textura adecuada, entonces?

— La verdad es que parece correcto...

— Se trata entonces del sombrero, sin duda su color no es bueno -insistió Dosflores.

— De eso no estoy seguro.

— ¿Y por qué no podemos comerlas?

Rincewind carraspeó.

— Por las puertecitas y las ventanas -dijo con voz lastimera.

Un trueno recorrió la Universidad Invisible. La lluvia repiqueteaba contra sus tejados y goteaba desde sus gárgolas, aunque las más avispadas habían buscado refugio entre el laberinto de tejas.

Mucho más abajo, en la Sala Principal, los ocho magos más poderosos del Mundodisco se habían agrupado en los ángulos del octograma ceremonial. En honor a la verdad hay que decir que quizá no fueran los más poderosos, pero desde luego tenían grandes habilidades de supervivencia. Y eso, en el Competitivo mundo de la magia, venía a ser lo mismo. Detrás de cada mago de octavo nivel había media docena de magos del séptimo intentando ponerle la zancadilla, y los hechiceros mayores tenían que desarrollar una actitud inquisitiva para con posibles escorpiones en la cama, por ejemplo. Todo esto se resumía en un antiguo proverbio: cuando un mago

se ha cansado de buscar fragmentos de cristal en su plato, es que se ha cansado de vivir.

El mago más viejo, Grishald Spold, de los Antiguos y Originales Sabios del Círculo Integro, se inclinó cansinamente sobre su cayado y así habló:

— Empieza ya, Ceravieja, los pies me están matando.

Galder; que había hecho una pausa meramente efectista, le miró.

— Muy bien, seré breve...

— Habrá que verlo.

— Todos hemos buscado guía con respecto a los asuntos de esta mañana. ¿Puede alguno de vosotros decir que la ha recibido?

Los magos se miraron por el rabillo del ojo. Aparte de en una fraternal reunión de sindicalistas, no hay un ambiente más cargado de desconfianza y sospechas que el de una

conferencia de hechiceros de alto nivel. Pero el hecho simple y sencillo era que el día había ido de pena. Demonios por lo general informadores, invocados repentinamente de las Dimensiones Mazmorra, habían dado largas durante los interrogatorios. Los espejos mágicos se habían hecho añicos. Las cartas del tarot se habían quedado en blanco misteriosamente. Las bolas de cristal se habían llenado de nubes. Hasta los posos de té, despreciados generalmente por los magos, considerados algo frívolo e indigno de atención, se habían acumulado en el fondo de las tazas, negándose a moverse.

En resumen, los magos allí reunidos estaban despistadísimos. Se oyó un murmullo generalizado de asentimiento.

— Por tanto, propongo que celebremos el Rito de CuesthiEnte -dijo Galder con voz teatral.

Tuvo que admitir que había esperado una respuesta más apropiada, algo así como «¡No, el Rito de CuesthiEnte, no! ¡El hombre no debe jugar con esas cosas!»

Lo que se oyó fueron susurros de aprobación.

— Buena idea.

— Parece razonable.

— Manos a la obra.

Un poco decepcionado, llamó a una procesión de magos menores, que llevaron a la sala diversos artilugios mágicos.

Ya se ha mencionado que por esta época había algunos desacuerdos en la fraternidad de magos sobre cómo practicar la magia.

Sobre todo los magos jóvenes opinaban que ya era hora de que la magia empezara a poner al día su imagen. Que debían dejarse de tantos trozos de cera y hueso, y organizar todo con más propiedad, con programas de investigación y convenciones de tres días en buenos hoteles donde se podrían dar conferencias con títulos como «Nuevas aplicaciones de la geomancia» o «El papel de las botas de siete leguas en una sociedad concienciada».

Trymon, por poner un ejemplo, apenas ejercía ya la magia, pero dirigía la Orden con la precisión de un reloj de arena, escribía muchos comunicados internos y tenía en la pared de su despacho un gran diagrama lleno de chinchetas de colores, banderitas y rayas que nadie entendía, pero que resultaban muy impresionantes.

En cambio, la otra clase de magos pensaban que todo aquello no eran más que florituras, y ni siquiera miraban una imagen a menos que estuviera hecha de cera y tuviera alfileres clavados.

Los dirigentes de las ocho órdenes eran todos de este tipo, magos tradicionalistas, y los utensilios que fueron distribuidos en torno al octograma tenían un aspecto decididamente esotérico. Cuernos de carnero, cráneos, barrocos objetos metálicos y pesadas velas aparecieron por todas partes, pese a que los magos jóvenes habían descubierto que el Rito de CuesthiEnte se podía llevar a cabo perfectamente con tres trocitos de madera y cuatro centímetros cúbicos de sangre de ratón.

Normalmente los preparativos habrían durado varias horas, pero los poderes combinados de los magos superiores los abreviaron de manera considerable y, tras sólo cuarenta minutos, Galder entonó las últimas palabras del hechizo. Quedaron suspendidas ante él un instante antes de disolverse.

En el centro del octograma, el aire se estremeció y se espesó, y de pronto contuvo una figura alta y sombría.

Estaba cubierta en su mayor parte por una túnica negra y una capucha, y probablemente era de agradecer. Sostenía una larga guadaña en una mano, y no había manera de pasar por alto el hecho de que, donde debía haber dedos, sólo se veían huesos.

La otra mano esquelética sostenía unos daditos de queso y un trozo de piña pinchado en un palillo.

— ¿Y bien? -inquirió la Muerte con una voz que tenía la calidez y el colorido de un iceberg.

Advirtió las miradas de los magos y bajó la vista hacia el palillo.

— Estaba en una fiesta -añadió con un matiz de reproche.

— Oh, Criatura de la Tierra y la Oscuridad, os exhortamos a abjurar de... -empezó Galder con voz firme, imperiosa.

La Muerte asintió.

— Sí, sí, ya me sé todo eso -dijo-. ¿Por qué me habéis llamado?

— Se dice que puedes ver tanto el pasado como el futuro -replicó Galder un poco molesto, porque el gran discurso de conjuro y dominación le gustaba mucho y la gente decía que se le daba muy bien.

— Muy cierto.

— Entonces quizá puedas decirnos qué pasó exactamente esta mañana -dijo Galder. Recuperó el control y añadió en voz más alta-: Os lo ordeno por Azimrothe, por T'chikel, por...

— Vale, vale, ya has dejado bien claro lo que quieres -respondió la Muerte-. ¿Qué queréis saber con exactitud? Esta mañana pasaron muchas cosas. Nacieron personas, murieron personas, todos los árboles crecieron un poco, las olas dibujaron interesantes pautas en el mar...

— Me refiero al asunto del Octavo -dijo Galder con frialdad.

— ¿A eso? Oh, no fue mas que un reajuste de la realidad. Tengo entendido que el Octavo no quería perder el hechizo número ocho. Al parecer; se había caído por el borde del Disco.

— Un momento, un momento -interrumpió Galder. Se rascó la barbilla-. ¿Estamos hablando del que va dentro de la cabeza de Rincewind? Un tipo alto, un poco flaco. ¿Es ése...?

— Exacto, el hechizo que ha llevado encima todos estos años, ese mismo.

Galder frunció el ceño. Alguien se estaba tomando demasiadas molestias. Todo el mundo sabía que cuando muere un mago los hechizos contenidos en su mente quedaban libres. Entonces, ¿por qué salvar a Rincewind? El hechizo acabaría por volver a su sitio.

— ¿Sabes por qué? -dijo sin pensar. Entonces se acordó y añadió rápidamente-: Por Yrriph y Kcharla, os exhortamos a...

— Podrías cortar el rollo, ¿no? -dijo la Muerte-. Yo sólo sé que todos los hechizos deben ser pronunciados juntos la próxima noche de la vigilia de los puercos o el Mundodisco será destruido.

— ¡Eh, ahí delante, hablad más alto! -pidió Grishald Spold.

— ¡Cállate! -ordenó Galder.

— ¿Yo?

— No, él. Viejo sordo...

— ¡Te he oído! -se enfureció Spold-. Vosotros, los jóvenes...

Se detuvo, porque la Muerte le miraba con aire muy pensativo, como tratando de memorizar su rostro.

— Oye -dijo Galder-, ¿te importa repetir eso último? ¿El Disco será qué?

— Destruido -repitió la Muerte-. ¿Puedo irme ya? Me he dejado la copa.

— ¡Espera! -se apresuró Galder-. Por Chelilikí y Orizone y todo eso, ¿qué quiere decir «destruido»?

— Es una antigua profecía escrita en los muros interiores de la gran pirámide de Camis-Het. Y me parece que lo de que «el mundo será destruido» está bastante claro.

— ¿Eso es todo lo que puedes decirnos?

— Sí.

— ¡Pero si sólo quedan dos meses para la Noche de la Vigilia de los Puercos!

— Sí.

— ¡Podrías al menos indicarnos dónde está ahora Rincewind!

La Muerte se encogió de hombros. Era un gesto para el que estaba particularmente bien dotada.

— En el bosque de Skund, en la cara de las montañas del carnero orientada al borde.

— ¿Qué hace allí?

— Autocompadecerse mucho.

— Oh.

— ¿Puedo irme ya?

Galder asintió con gesto distraído. Había estado pensando en el ritual de despedida, que empezaba «Partid, sombra malvada», y contaba con algunos párrafos bastante impresionantes que tenía bien ensayados. Pero, por alguna razón, no conseguía reunir suficiente entusiasmo.

— Oh, sí -dijo-. Sí, gracias. -Luego, como no es conveniente tener enemigos ni entre las criaturas de la noche, añadió con educación-: Espero que sea una fiesta divertida.

La Muerte no respondió. Estaba mirando a Spold igual que un perro mira un hueso, aunque en este caso las cosas eran más bien al revés.

— He dicho que espero que sea una fiesta divertida -repitió Galder un poco más alto.

— Por el momento, sí -dijo la Muerte llanamente-. Aunque supongo que a medianoche la cosa decaerá.

— ¿Por qué?

— Es cuando creen que me quitaré la máscara.

Desapareció, dejando atrás sólo un palillo de cóctel y un trozo de serpentina.

Toda esta escena había tenido un espectador oculto. Iba contra las normas, por supuesto, pero Trymon lo sabía todo sobre las normas y siempre había considerado que estaban para dictarlas, no para cumplirlas.

Mucho antes de que los ocho magos se pusieran a discutir en serio sobre lo que había querido decir la aparición, él estaba en los pisos principales de la biblioteca de la universidad.

Era un lugar asombroso. Muchos de los libros eran mágicos, y lo que nunca se debe olvidar sobre los grimorios es que son mortíferos en manos de un bibliotecario ordenado, porque se sentirá impelido a colocarlos todos en el mismo estante. No es buena idea, tratándose de unos libros con tendencia a tener escapes de magia, porque si hay dos juntos forman una Masa Negra crítica. Además, muchos hechizos menores son bastante picajosos en lo que a la compañía se refiere, y suelen expresar sus objeciones lanzando los libros donde se encuentran de un lado a otro de la habitación. Y, por supuesto, también está la presencia apenas intuida de las Cosas de las Dimensiones Mazmorra, siempre buscando cualquier escape de magia, siempre sondeando los muros de la realidad.

El trabajo de bibliotecario mágico, quien tiene que pasarse los días en esta clase de ambiente sobrecargado, es un empleo de alto riesgo.

El bibliotecario jefe, que estaba sentado sobre su escritorio pelando una naranja con tranquilidad, era muy consciente de eso.

Alzó la vista cuando entró Trymon.

— Busco cualquier cosa que tengamos sobre la Pirámide de Camis-Het -dijo Trymon.

Iba preparado: se sacó un plátano del bolsillo.

El bibliotecario lo miró con tristeza y saltó al suelo. Trymon encontró una mano suave en la suya, y el hombre le guió entre las estanterías. Era como sostener un guantecito de piel.

A su alrededor; los libros se estremecían y chisporroteaban con ocasionales descargas de rayos mágicos dirigidas contra los parahechizos cuidadosamente clavados a las estanterías. Había un olor tenue, azulado, y en el mismísimo umbral auditivo se sentía el horrible chisporroteo de las criaturas de las mazmorras.

Al igual que otras muchas partes de la Universidad Invisible, la biblioteca ocupaba mucho más espacio del que daban a entender sus dimensiones exteriores, porque la magia distorsiona el espacio de una manera muy extraña. Debía de ser la única biblioteca del universo con estantes Moebius. Pero el catálogo mental del bibliotecario funcionaba de maravilla. Se detuvo junto a una imponente torre de libros polvorientos y saltó. Se oyó el ruido de papeles que crujían y una nube de polvo descendió hacia Trymon. El bibliotecario volvió con un delgado volumen en las manos.

— Oook -dijo.

Trymon lo cogió rápidamente.

La cubierta estaba manoseada y con las puntas dobladas, el oro de las inscripciones había desaparecido hacía tiempo, pero consiguió leer; en la lengua mágica del Valle Camis-Het, las palabras: Hystorya dely Gran Templyo de Camys-Heyt. Leyyenda y Realydad.

— ¿Oook? -inquirió el bibliotecario con ansiedad.

Trymon pasó las páginas cuidadosamente. No se le daban muy bien los idiomas, siempre los había considerado cosas muy poco eficaces que deberían ser reemplazadas por algún tipo de código numérico fácilmente comprensible, pero aquello parecía ser exactamente lo que estaba buscando. Tenía páginas enteras llenas de jeroglíficos preñados de significado.

— ¿Es el único libro que tienes sobre la pirámide de Camis-Het? -preguntó con lentitud.

— Oook.

— ¿Estás seguro?

— Oook.

Trymon prestó atención. A lo lejos se oía el ruido de pisadas aproximándose y voces discutiendo. Pero también estaba preparado para eso.

Se metió la mano en el bolsillo.

— ¿Quieres otro plátano? -preguntó.

El bosque de Skund estaba encantado, desde luego, aunque eso no era nada extraño en el Disco. Además, era el único bosque en todo el universo que se llamaba -en el idioma local- Tu Dedo Idiota, pues tal es el significado literal de la palabra Skund.

El motivo de esto es, por desgracia, de lo más vulgar. Cuando los primeros exploradores procedentes de las tierras cálidas alrededor del Mar Circular se adentraron en las gélidas llanuras interiores, rellenaron los huecos de sus mapas por el sistema de agarrar al nativo más cercano, señalar hacia algún punto geográfico distante, hablar en voz muy alta y clara, y escribir cualquier cosa que les dijera el risueño interrogado. Así, generaciones de atlas inmortalizaron rarezas geográficas como «Pues Una Montaña», «No Lo Sé», «¿Cómo Dices?» y, por supuesto, «Tu Dedo Idiota».

Nubes ominosas se arremolinaban en torno a la cumbre pelada del monte Oolskunrahod (Quién Es Este Imbécil Que Nunca Ha Visto Una Montaña), y el Equipaje se acomodó mejor bajo un árbol goteante, que intentó sin éxito entablar conversación.

Dosflores y Rincewind estaban discutiendo. La persona acerca de la que discutían estaba sentada sobre su seta y los observaba con interés. Tenía aspecto de oler como cualquiera que viviese en una seta, y eso preocupaba a Dosflores.

— Bueno, ¿y por qué no lleva un gorro rojo?

Rincewind titubeó, intentando desesperadamente adivinar adónde quería llegar Dosflores.

— ¿Qué? -se rindió.

— Debería llevar un gorro rojo -insistió Dosflores, testarudo-. Y, desde luego, debería ser más limpio y más..., no se, más alegre. No me parece que sea un gnomo.

— ¿De qué hablas?

— Y mira esa barba -se empecinó Dosflores-. He visto mejores barbas en un trozo de queso.

— Mira, mide quince centímetros y vive en una seta -rugió Rincewind-. Claro que es un maldito gnomo.

— Sólo tenemos su palabra.

Rincewind bajó la vista hacia el gnomo.

— Disculpa un momento.

Agarró a Dosflores por un brazo y se lo llevó al otro extremo del claro.

— Escucha -masculló entre dientes-. Si midiera cinco metros y dijera que es un gigante, sólo tendríamos su palabra, ¿verdad?

— Podría ser un duende -insistió Dosflores, desafiante.

Rincewind volvió la vista hacia la figurilla, que se hurgaba la nariz industriosamente.

— ¿Y qué? -dijo-, ¿Qué más da? Gnomo, duende, enano, ¿qué más da?

— No, No es un duende -dijo Dosflores con firmeza- los duendes llevan esos trajecitos verdes, tienen gorros puntiagudos y antenitas que les salen de la cabeza. He visto dibujos.

— ¿Dónde?

Dosflores titubeó y se miró los pies.

— Creo que fue en el «mmmmmmm».

— ¿En el qué? ¿Cómo lo has llamado?

El hombrecillo sentía un repentino interés por el dorso de su mano.

— «El Libro Para Niños Sobre Los Seres Sobrenaturales.»

Rincewind le miro sin comprender.

— ¿Un libro sobre cómo huir de ellos? -preguntó.

— Oh, no -dijo Dosflores apresuradamente-. Cuenta cómo encontrarlos. Me acuerdo muy bien de los dibujos. -Su rostro adquirió una expresión soñadora, y Rincewind gimió para sus adentros-. Hasta había un ratoncito que venía a llevarse tus dientes.

— ¿Cómo? ¿Viene y te arranca los dientes?

— No, no, te equivocas. Es cuando ya se te han caído. Pones el diente debajo de la almohada. Ese ratoncito viene, se lo lleva y te deja un rhinu a cambio.

— ¿Porqué?

— ¿Porqué qué?

— ¿Por qué colecciona dientes?

— Pues no sé. Lo hace y basta.

Rincewind se fabricó una imagen mental de un ratón monstruoso que vivía en un castillo hecho de dientes. Era la clase de imagen que uno trata de olvidar. Sin conseguirlo.

— Agh -fue su respuesta.

¡Gorros rojos! Se preguntó si debería informar al turista sobre cómo era de verdad la vida cuando una rana representa una buena comida, una conejera un excelente refugio para la lluvia, y un búho es un terror silencioso en la noche. Unos pantalones de piel de topo parecen muy elegantes a menos que tú, personalmente, tengas que quitárselos a su legítimo propietario cuando el pequeño monstruo está arrinconado en su madriguera. En cuanto a los gorros rojos, cualquiera que fuese por un bosque con un aspecto tan llamativo sólo lo haría durante un tiempo muy, muy breve.

Quería decirle: mira, la vida de los gnomos y duendes es desagradable, brutal y breve. Ellos también.

Quería decirle todo eso, pero no pudo. Dosflores deseaba ver el infinito, pero en realidad nunca salía de los límites de su propia cabeza. Decirle la verdad sería como dar una patada a un perro de aguas.

— Swi whi wiidl whiit -dijo una voz junto a su pie.

Bajó la vista. El gnomo, que había dicho llamarse Swires alzó la vista. Rincewind tenía buen oído para los idiomas. El gnomo acababa de decir: «Tengo un poco de sorbete de tritón que me sobró de ayer.»

— Qué apetitoso -respondió Rincewind.

Swires le dio otro pellizco en el tobillo.

— El otro grandullón ¿está bien? -preguntó, solícito.

— Sí, sólo ha sufrido un ataque de realismo -dijo Rincewind-. Oye, ¿no tendrás por casualidad un gorro rojo?

— ¿Quiii?

— Ya me parecía a mí.

— Sé dónde hay comida para grandullones -dijo el gnomo-. Y un lugar donde refugiarse. No está muy lejos.

Rincewind miró el cielo, cada vez más encapotado. La luz del día empezaba a huir del lugar; y las nubes tenían aspecto de haber oído hablar de la nieve y estar considerando la posibilidad. Por supuesto, no era imprescindible confiar en alguien que vivía en una seta, pero en aquel momento una trampa cebada con una comida caliente y sábanas limpias haría que el mago se precipitase hacia ella.

Se pusieron en marcha. Tras unos segundos, el Equipaje se levantó cautelosamente y trotó tras ellos.

— ¡Psst!

Se volvió con cuidado, moviendo las patitas en una complicada maniobra, y pareció alzar la vista.

— ¿Cómo se siente uno cuando lo tallan? -preguntó el árbol con ansiedad-. ¿Duele?

El Equipaje pareció pensárselo. Cada asa de latón, cada nudo en la madera, irradiaban concentración.

Luego, se encogió de tapa y se alejó.

El árbol suspiró y se sacudió unas hojas secas de las ramas.

La casita era pequeña, destartalada y tan elegante como una servilleta de papel. Algún ebanista loco había trabajado allí, decidió Rincewind, y provocó un caos terrible antes de que pudieran llevárselo. Cada puerta, cada contraventana, tenía racimos de uvas de madera y medias lunas labradas, y había cadenetas de piñas talladas por todas las paredes. Casi esperaba que un cuco gigante saliera repentinamente de alguna ventana superior.

También advirtió el característico tacto aceitoso en el aire. Chispitas verdes y purpúreas le brotaban de debajo de las uñas.

— Un campo mágico muy fuerte -murmuro-. De cien milithaums^2, por lo menos.

— Aquí hay magia por todas partes -explicó Swires-. Antes vivía en esta casa una bruja. Se fue hace tiempo, pero la magia aún mantiene la casa en marcha.

— Oye, esta puerta es un poco rara -interrumpió Dosflores.

— ¿Y por qué una casa necesita magia para mantenerse en marcha?

Dosflores rozó suavemente una pared.

— ¡Es toda pegajosa!

— Turrón -explicó Swires.

— ¡Madre mía! ¡Una auténtica casita de chocolate! ¡Rincewind, una auténtica...!

Rincewind asintió con gesto sombrío.

— Sí, la Escuela de Arquitectura Confitera -dijo-. Nunca cuajó.

Observó con aire de sospecha la aldaba de caramelo.

— Se regenera, o algo por el estilo -explicó Swires-. Una cosa maravillosa. Hoy en día no se construye así, no hay manera de conseguir jengibre.

— ¿De verdad? -preguntó Rincewind con pesimismo.

— Entremos -indicó el duende-, pero cuidado con el dintel.

— ¿Por qué?

— Es dulce de leche.

El gran Disco giraba lentamente bajo su ajetreado sol. La luz del día emprendió una retirada estratégica y al final desapareció cuando cayó la noche.

En su gélida habitación de la Universidad Invisible, Trymon escudriñaba el libro, moviendo los labios a medida que su dedo seguía la escritura antigua, extraña. Leyó que la Gran Pirámide de Camis-Het, desaparecida hacía ya mucho tiempo, estaba constituida por un millón tres mil diez bloques de piedra caliza. Leyó que diez mil esclavos trabajaron hasta la muerte en su construcción. Aprendió que era un laberinto de pasadizos secretos cuyas paredes, se decía, estaban decoradas con la sabiduría destilada del viejo Camis-Het. Se enteró de que la suma de su altura y su longitud, partida por la mitad de su anchura, era igual exactamente a 1,67563 o a 1.237,98712567 veces la diferencia entre la distancia hasta el sol y el peso de una naranja pequeña. Descubrió que su edificación había durado sesenta años.

Demasiadas molestias para tan poca cosa, pensó.

Y en el bosque de Skund, Dosflores y Rincewind se dispusieron a comerse una chimenea de bizcocho, mientras pensaban con añoranza en cebollas a la vinagreta.

Y muy lejos, pero situado en el curso de colisión, el héroe más grande jamás nacido en el Disco se liaba un cigarrillo, completamente inconsciente de la que le aguardaba.

El pitillo que hacía girar expertamente entre los dedos era interesante: como muchos magos errantes de los que había aprendido el arte, aquel héroe tenía la costumbre de guardarse las colillas en un saquito de cuero y usar los restos para hacerse nuevos cigarrillos. Las implacables leyes de los promedios dictaban que parte de aquel tabaco había sido fumado casi continuamente durante muchos años. La sustancia que intentaba prender sin éxito..., bueno, digamos que habría servido para alquitranar carreteras.

Tan grande era la reputación de este hombre que un grupo de jinetes nómadas bárbaros le había invitado respetuosamente a reunirse con ellos en torno a su hoguera de boñigas de caballo. Los nómadas de las regiones del Eje solían emigrar hacia la Periferia cuando llegaba el invierno, y éstos formaban parte de una tribu que había plantado sus tiendas de fieltro en la sofocante ola de calor de -3 grados. Iban por ahí con las narices despellejadas y quejándose de insolaciones.

El jefe bárbaro dijo:

— ¿Cuáles, pues, son las grandes cosas que un hombre puede encontrar en la vida?

Es el tipo de conversaciones que hay que iniciar para que los bárbaros esteparios se mantengan sentados en círculos.

El hombre situado a su derecha bebió pensativamente un sorbo de cóctel de leche de yegua y sangre de lince blanco, y así habló:

— El horizonte nítido de la estepa, el viento en tu melena, un caballo descansado para cabalgar.

El hombre de su izquierda dijo:

— El grito de un águila blanca en las montañas, la caída de la nieve en el bosque, una buena flecha en tu arco.

El jefe asintió y dijo:

— Sin duda es el espectáculo de tu enemigo muerto, la humillación de su tribu y el llanto de sus mujeres.

Se oyó un murmullo generalizado de aprobación ante tan extravagante afirmación.

El jefe se volvió respetuosamente hacia su invitado, una figurilla que se calentaba cuidadosamente los sabañones junto a la hoguera.

— Pero nuestro huésped, cuyo nombre es legendario, sin duda conoce la verdad: ¿cuáles son las grandes cosas que un hombre puede encontrar en la vida?

El invitado se detuvo en mitad de otro inútil intento por encender su pitillo.

— ¿Cómo dicez? -preguntó, desdentado.

— Que cuáles son las grandes cosas que un hombre puede encontrar en la vida.

Los guerreros se inclinaron hacia adelante para oír mejor. Aquello valdría la pena.

El invitado pensó durante largo rato con todas sus fuerzas, y luego dijo con voz pausada:

— Agua caliente, buenoz dientez y papel higiénico zuave.

Una deslumbrante luz octarina brillaba en la forja. Galder Ceravieja, desnudo de cintura para arriba, con el rostro oculto tras una máscara de vidrio ahumado, entrecerró los ojos para escudriñar en el brillo y dejó caer el martillo con precisión quirúrgica. La magia chilló y se retorció entre las tenazas, pero siguió trabajándola, convirtiéndola en una línea de fuego agonizante.

Un tablón del suelo crujió. Galder se había pasado muchas horas afinándolos a tal efecto, siempre conviene tomar ese tipo de precauciones cuando se tiene un ayudante ambicioso que camina como un gato.

Re bemol. Así que estaba justo a la derecha de la puerta.

— Ah, Trymon -dijo sin darse la vuelta. Advirtió con cierta satisfacción el leve suspiro de sorpresa tras él-. Has sido muy amable al venir. ¿Te importa cerrar la puerta?

Trymon empujó la pesada puerta con rostro inexpresivo. Sobre él, en un elevado estante, varias imposibilidades embotelladas se revolcaron en sus frascos de escabeche y le observaron con interés.

Como todos los talleres de los magos, aquel lugar parecía como si un taxidermista hubiera dejado caer todas sus pertenencias en una fundición y luego se hubiera peleado con un enloquecido soplador de vidrio, volándole de paso la cabeza a un inocente cocodrilo que pasara por allí (estaba colgado del techo y apestaba a alcanfor). Había anillos y lámparas que Trymon se moría por frotar; y espejos que bien merecían un segundo vistazo. Un par de botas de siete leguas se estremecían inquietas en una jaula. Toda una biblioteca de grimorios, no tan

poderosos como el Octavo, por supuesto, pero repletos de hechizos, crujieron e hicieron tintinear sus cadenas al sentir la mirada codiciosa del mago. Aquella acumulación de poder puro le hacia estremecerse como ninguna otra cosa en el mundo, pero detestaba la cursilería y el estilo teatrero de Galder.

Por ejemplo, Trymon sabía que el líquido verdoso que burbujeaba misteriosamente a través de un laberinto de pipetas retorcidas sobre una de las mesas de trabajo, no era más que tinta verde mezclada con jabón: había sobornado a uno de los criados para averiguarlo.

Algún día, pensó, todo esto desaparecerá. Empezando por el maldito cocodrilo. Sus nudillos se pusieron blancos...

— Bueno, bueno -dijo Galder alegremente, colgando el delantal y recostándose en el sillón con brazos de zarpas de león y patas palmeadas de pato-. Me has mandado ese memoloquesea.

Trymon se encogió de hombros.

— Memorándum. Me limitaba a informarte, señor; de que todas las demás órdenes han enviado agentes al Bosque Skund para capturar al Hechizo, mientras que tú no has hecho nada -dijo-. No me cabe duda de que revelarás tus motivos a su debido tiempo.

— Tanta confianza me hace enrojecer -le dijo Galder.

— El mago que consiga el Hechizo ganará un gran honor para sí mismo y para su Orden. Los otros han usado botas y todo tipo de magia de transportación. ¿Qué te propones utilizar tú, maestro?

— Me parece captar un cierto sarcasmo.

— En absoluto, maestro.

— ¿Ni siquiera una pizca?

— Ni la menor de las pizcas, maestro.

— Bien. Porque no tengo intención de ir.

Galder extendió el brazo para coger un viejo libro. Murmuró una orden y el volumen se abrió con un crujido. Un marcapáginas sospechosamente parecido a una lengua chasqueó, volviendo a enterrarse en la encuadernación.

Buscó algo detrás de su sillón, y sacó una bolsita de cuero para el tabaco y una pipa del tamaño de un horno crematorio. Con la habilidad de un adicto terminal a la nicotina, frotó entre sus manos una nuez de tabaco y la introdujo en la cazoleta. Chasqueó los dedos para producir una llama. Inhaló profundamente y suspiró con satisfacción... y alzó la vista.

— ¿Sigues ahí, Trymon?

— Tú me hiciste llamar; maestro -respondió éste con voz tranquila.

Al menos, ésas fueron las palabras que salieron de sus labios. En lo más profundo de los ojos grises, había un ligerísimo brillo que decía que llevaba una lista de cada menosprecio, de cada parpadeo despectivo, de cada ligero reproche, de cada mirada de superioridad, y que por cada una de aquellas cosas el cerebro vivo de Galder se pasaría un año sumergido en ácido.

— Ah, sí. Perdona los despistes de este viejo -asintió Galder con voz amable. Le mostró el libro que había estado leyendo-. No me va tanta carrera. Todo es demasiado teatral, tonterías con alfombras mágicas y botas de siete leguas, pero la auténtica magia está en el cerebro. Por ejemplo, mira las botas de siete leguas: si el hombre estuviera hecho para avanzar treinta kilómetros de un paso, estoy seguro de que Dios nos habría dado piernas más largas... ¿Qué estaba diciendo?

— No estoy seguro -replicó Trymon con frialdad.

— Ah, sí. Me extraña mucho que no encontráramos nada sobre la Pirámide de Camis-Het en la biblioteca. Habría jurado que teníamos algo, ¿tú no?

— El bibliotecario será castigado, por supuesto.

Galder le miró de soslayo.

— Nada demasiado drástico -dijo-. Supongo que le quitaremos su ración de plátanos.

Se miraron durante un instante.

Galder fue el primero en apartar la vista..., mirar fijamente a Trymon siempre le molestaba. Le producía la misma sensación desconcertante que clavar los ojos en un espejo y no ver a nadie.

— De cualquier manera -siguió-, por extraño que parezca, encontré información en otra parte. En mis modestas estanterías, para ser exactos. El diario de Skrelt Cambiacestas, fundador de nuestra Orden. Tú, mi joven amigo tan dispuesto a salir corriendo, ¿sabes lo que sucede cuando muere un mago?

— Todos los hechizos que haya memorizado se pronuncian a si mismos -respondió Trymon-. Es una de las primeras cosas que aprendemos.

— Pues eso no se aplica a los Ocho Grandes Hechizos originales. Gracias a un estudio exhaustivo, Skrelt descubrió que un Gran Hechizo se limitará a refugiarse en la mente abierta más cercana, si está preparada para recibirlo. ¿Te importa acercar el espejo grande?

Galder se puso de pie y se acercó con paso cansino a la forja, que ya estaba fría. Pese a eso, la hebra de magia todavía se estremecía, presente y ausente a la vez, como una hendidura que diera a otro universo lleno de cálida luz azul. La cogió sin problemas, tomó un arco largo de un estante, dijo una palabra poderosa y observó con satisfacción cómo la magia se aferraba a los extremos del arco y luego se tensaba hasta que la madera crujió. Seleccionó una flecha.

Trymon había empujado un enorme espejo de cuerpo entero hasta el centro de la habitación. Cuando sea el jefe de la Orden, se dijo para sus adentros, no iré por ahí en zapatillas arrastrando los pies, desde luego.

Como se ha mencionado antes, Trymon opinaba que se podrían hacer grandes cosas con un poco de savia fresca si antes se eliminaba la madera muerta..., pero, por el momento, sentía un interés sincero por ver qué se proponía el viejo imbécil.

Se habría sentido muy satisfecho de saber que tanto Galder como Skrelt Cambiacestas estaban absolutamente equivocados.

Galder hizo unos cuantos pases ante el espejo, que se nubló y luego se aclaró para mostrar una vista aérea del Bosque de Skund. Lo observó con atención mientras sostenía el arco con la flecha apuntando vagamente hacia el techo. Murmuró unas cuantas palabras como «determinación de la velocidad del viento, pongamos unos tres nudos» y «ajuste de temperatura»... y luego, con un gesto bastante decepcionante, soltó la flecha.

Si las leyes de acción y reacción hubieran estado un poco más atentas, tendría que haber caído al suelo a un metro escaso de distancia. Pero, si dijeron algo, nadie les hizo caso.

Con un sonido que desafiaba a toda descripción, pero que para ser completistas definiremos básicamente como «¡spang!» tras tres días de trabajo intensivo en una emisora de radio con una buena mesa de mezclas, la flecha desapareció.

Galder tiró el arco a un lado y sonrió.

— Por supuesto, tardará cosa de una hora en llegar allí -dijo-. Luego el hechizo se limitará a seguir el camino ionizado de vuelta aquí. A mí.

— Muy notable -dijo Trymon.

Pero cualquier telépata que pasara por allí habría leído en letras de diez metros de altura: «¿Y por qué no a mí?» Bajó la vista hacia la abarrotada mesa de trabajo, en la cual había un cuchillo muy largo y afilado que parecía hecho a medida para lo que se le acababa de ocurrir.

La violencia no era algo en lo que le gustase involucrarse directamente. Pero la Pirámide de Camis-Het había explicado con bastante precisión la recompensa que aguardaba al que reuniera los Ocho Hechizos en el momento adecuado, y Trymon no iba a permitir que años de trabajo y esfuerzos se

fueran a hacer gárgaras sólo porque a un viejo idiota se le había ocurrido una idea genial.

— ¿Quieres una taza de chocolate mientras esperamos? -dijo Galder dirigiéndose hacia la campana para avisar a los criados.

— Desde luego -respondió Trymon.

Recogió el cuchillo y lo sopesó buscando el punto de equilibrio.

— Tengo que felicitarte, maestro. Veo que tendremos que madrugar mucho si queremos adelantarte.

Galder se echó a reír. Y el cuchillo partió de manos de Trymon a tal velocidad que (a causa de la naturaleza indolente de la luz del Disco) pareció hacerse un poco más pequeño y pesado al ser lanzado, con puntería infalible, hacia la garganta de Galder.

No llegó a ella. En vez de eso, se desvió hacia un lado y trazó una órbita muy rápida..., tanto que por un momento Galder pareció lucir un collar metálico. Se dio media vuelta. De repente, a Trymon le pareció que había crecido muchos metros, que era mucho más poderoso.

El cuchillo se desvió de su órbita y fue a clavarse en la puerta, a una distancia de la oreja de Trymon equivalente al espesor de una sombra.

— ¿Madrugar? -dijo Galder con voz amable-. Hijo mío, no tendríais que acostaros en toda la noche.

— ¿Quieres un poco más de mesa? -ofreció Rincewind.

— No, gracias, no me gusta el mazapán -respondió Dosflores-. Además, me parece que no está bien comerse el mobiliario ajeno.

— No te preocupes -le tranquilizó Swires-, hace años que la vieja bruja no viene por aquí. Se dice que un par de chavales que se habían escapado de su casa la devolvieron al buen camino.

— Los niños de hoy en día... -comentó Rincewind.

— A mí me parece que la culpa la tienen los padres -dijo Dosflores.

Una vez hecho el necesario reajuste mental, la casita de chocolate era un lugar bastante agradable. La magia residual la mantenía en pie, y los animales salvajes que no habían muerto ya de caries agudizadas la esquivaban. Una animada hoguera de troncos caramelizados ardía con bastantes chisporroteos en la chimenea. Rincewind había tratado de recoger leña en el exterior; pero acabó por rendirse: es muy difícil quemar una madera que te está hablando.

Eructó.

— Esto no es muy saludable -dijo-. Quiero decir; ¿por qué dulces? ¿Por qué no pan y queso? O salchichón, ya que nos ponemos..., me vendría bien un buen sofá de salchichón.

— A mí que me registren -replicó Swires-. La vieja Abuelita Cariñosa sólo hacía dulces. Ojalá hubierais visto sus merengues...

— Ya los he visto -señaló Rincewind-. Se me ocurrió echar un vistazo a las mantas.

— El chocolate es más tradicional -interrumpió Dosflores.

— ¿Para qué, para las mantas?

— No digas tonterías -respondió el turista en tono razonable-. ¿Quién ha oído hablar de mantas de chocolate?

Rincewind gruñó. Sólo podía pensar en comida..., más concretamente en la comida de Ankh-Morpork. Era raro, pero cuanto más lejos estaba de allí, más atractivo le parecía. Sólo tenía que cerrar los ojos para visualizar; con una precisión que le hacía la boca agua, los tenderetes de alimentos, embajadores de un centenar de culturas en los mercados. Se podía comer gelatosh o sopa de aleta de tiburón tan fresca que los nadadores no se acercarían a ella, y...

— ¿Crees que este lugar estará en venta? -preguntó Dosflores.

Rincewind titubeó. Había aprendido que era conveniente considerar con suma cautela las más sorprendentes preguntas de Dosflores antes de dar una respuesta.

— ¿Para qué? -inquirió precavidamente.

— Bueno, es que huele a tranquilidad y solaz.

— Oh.

— ¿Qué es un solaz? -quiso saber Swires, olfateando cautelosamente con cara de que, fuera lo que fuera, él no había sido.

— Creo que es un terreno sin edificios -dijo Rincewind-. De cualquier manera, no puedes comprar la casa porque no hay nadie a quien comprarla...

— Me parece que yo podría arreglarlo... en beneficio del consejo del bosque, por supuesto -le interrumpió Swires, tratando de esquivar la mirada del mago.

— ...Y además, no te la puedes llevar. Quiero decir; no cabe en el Equipaje, ¿verdad?

Rincewind señaló el Equipaje, que estaba tendido junto a la chimenea y, por imposible que pareciera, tenía aspecto de tigre satisfecho... pero alerta. Luego, volvió la vista hacia Dosflores. El alma se le cayó a los pies.

— No cabe, ¿verdad? -repitió.

Nunca se había reconciliado con la idea de que el interior del Equipaje no parecía residir en el mismo mundo que el exterior. Por supuesto, aquello no era más que un producto residual de su rareza esencial, pero resultaba muy desconcertante ver cómo Dosflores lo llenaba de camisas y calcetines sucios para al momento abrirlo y encontrarse dentro toda la ropa limpia, planchada y con un ligero olor a lavanda. Además, el turista había comprado un montón de artesanía nativa (chatarra, en palabras de Rincewind), y hasta un rastrillo ceremonial de dos metros de largo parecía caber dentro con facilidad, sin sobresalir por ningún lado.

— No sé -dijo Dosflores-. Eres mago, tú entiendes de estas cosas.

— Si, bueno, claro, pero la magia necesaria para hacer maletas es de un nivel muy elevado -asintió apresuradamente Rincewind-. De cualquier manera, estoy seguro de que los gnomos no querrán venderla. Es... es... -Rebuscó entre lo que sabía del enloquecido vocabulario de Dosflores-. Es una atracción turística.

— ¿Y eso qué es? -inquirió Swires muy interesado.

— Quiere decir que muchas personas como él vendrán aquí a ver la casa.

— ¿Por qué?

— Porque... -Rincewind buscó más palabras-. Porque es típica. Tiene el atractivo de lo tradicional. Pintoresca. Eh... una encantadora muestra del arte popular, anclada en las tradiciones de una época ya perdida.

— ¿De verdad? -se asombró Swires, mirando la casita como si la viera por primera vez.

— Sí.

— ¿Todo eso?

— Así me temo.

— Os ayudaré a recoger.

Y la noche va pasando, bajo una manta de nubes cada vez más cerradas que cubre la mayor parte del Disco..., cosa que viene muy bien, porque cuando se despejen y los astrólogos vean el cielo con claridad, se van a poner muy nerviosos.

En diversas zonas del bosque, en estos momentos partidas de magos se están perdiendo, caminando en círculos y escondiéndose unos de otros, muy preocupados porque cada vez que tropiezan con un árbol éste se disculpa. Pero, aunque sea con tantos contratiempos, muchos de ellos se están acercando a la casita...

Así que es un buen momento para volver al destartalado edificio de la Universidad Invisible, y en concreto a las habitaciones de Grishald Spold, el mago más viejo del Disco y decidido a seguir siéndolo.

Acaba de ponerse muy nervioso.

Lleva algunas horas muy ajetreado. Es bastante sordo y un poco duro de mollera, pero los magos ancianos tienen los instintos de supervivencia muy agudizados, y saben que cuando una figura alta con túnica negra y el último grito en herramientas de horticultura te mira con gesto pensativo, es hora de moverse con rapidez. Había dado la noche libre a los criados. Había sellado las puertas con pasta de moscas de mayo, había dibujado octogramas protectores en las ventanas. Después de eso derramó en el suelo aceites extraños y bastante malolientes, trazando dibujos raros que hacían daño a los ojos y sugerían que su diseñador había estado borracho, o bien procedía de otra dimensión; o, más probablemente, ambas cosas. En el centro de la habitación se encuentra el octograma de Retención, rodeado de velas rojas y verdes. Y en el centro mismo de éste hay una caja fabricada de pino piñonero, que crece hasta edades increíbles, envuelta en seda roja y con más amuletos protectores todavía. Porque Grishald Spold sabe que la Muerte le anda buscando, y él se ha pasado muchos años diseñando un escondrijo impenetrable.

Acaba de fijar el complicado sistema de relojería de la cerradura, ha cerrado la tapa, y se ha tumbado con la tranquilidad que da el saber que por fin tiene la defensa perfecta contra su enemiga definitiva, aunque todavía no ha caído en la cuenta de que, en este tipo de proyectos, los agujeros para respirar desempeñan un papel muy importante.

Y junto a él, muy cerca de su oreja, una voz acaba de decir: «Qué oscuro está esto, ¿no?»

Empezó a nevar. Las ventanas de azúcar candi de la casita brillaban alegremente, destacando en la oscuridad.

A un lado del claro, tres puntitos de luz roja relampaguearon un instante. Se oyó el ruido de una tos pectoral, bruscamente silenciada.

— ¡Silencio! -siseó un mago de tercer nivel-. ¡Nos van a oír!

— ¿Quién? A los muchachos de la Hermandad Burlona les dimos esquinazo en el pantano, y esos imbéciles del Venerable Consejo de los Videntes ya andaban despistados de todas maneras.

— Sí -intervino el mago más joven-. Pero ¿quién nos está hablando todo el rato? He oído que este bosque es mágico, está lleno de duendes, lobos y...

— Árboles -dijo una voz desde arriba, en la oscuridad.

Aunque la comparación sea extraña, la voz tenía la cualidad de un serrucho.

— Eso -asintió el mago joven.

Dio una calada a la colilla del cigarrillo y se estremeció.

El jefe del grupo echó un vistazo por encima de la roca, observando la casita.

— Muy bien -dijo, sacudiendo su pipa contra el tacón de la bota de siete leguas, que chilló en tono de protesta-. Entramos, los cogemos y nos largamos, ¿de acuerdo?

— ¿Estás seguro de que sólo son personas? -preguntó el mago joven, nervioso.

— Claro que estoy seguro -rugió el jefe-. ¿Qué esperas encontrar, tres osos?

— A lo mejor son monstruos. Esta es la clase de bosque donde hay monstruos.

— Y árboles -aportó una voz amistosa desde las ramas.

— Cierto -respondió el jefe con cautela.

Rincewind contempló cautelosamente la cama. Era una hermosa camita, de una especie de toffee recubierto de caramelo, pero hubiera preferido comérsela a dormir en ella, y al parecer a alguien se le había ocurrido la misma idea.

— Alguien se ha estado comiendo mi cama -dijo.

— Me gusta el toffee -se defendió Dosflores.

— Si no tienes cuidado, ese ratoncito vendrá y se te llevará todos los dientes.

— No, son los elfos -informó Swires desde la cómoda-. Los elfos son los que se llevan los dientes. Y también las uñas de los pies. A veces los elfos son un tanto susceptibles.

Dosflores se dejó caer sentado en la cama.

— Estás equivocado -dijo-. Los elfos son nobles, hermosos, sabios y justos. Estoy seguro de que lo he leído en alguna parte.

Swires y la rodilla de Rincewind intercambiaron miradas.

— Debes de referirte a otro tipo de elfos -dijo el gnomo con voz pausada-. Aquí sólo tenemos de los que te he dicho. No se puede decir que tengan mal genio -añadió rápidamente-. No, a menos que tengas ganas de volver a casa con los dientes en el bolsillo.

Se oyó claramente el ruido inconfundible de una puerta de turrón al abrirse. Al mismo tiempo, desde el otro lado de la casita les llegó un ligerísimo tintineo, como el de una roca destrozando una ventana de azúcar candi con toda la delicadeza posible.

— ¿Qué ha sido ese ruido? -preguntó Dosflores.

— ¿Cuál de los dos? -replicó Rincewind.

Oyeron el crujido de una pesada rama restallando contra el alféizar de la ventana. Gritando «¡Gnomos!», Swires salió corriendo hacia una ratonera y desapareció.

— ¿Qué hacemos? -quiso saber Dosflores.

— ¿Huir? -sugirió Rincewind esperanzado.

Siempre había mantenido que la huida era el mejor medio de supervivencia. En los viejos tiempos, según decía la teoría, la gente que se enfrentaba a tigres de dientes de sable hambrientos se dividía en dos categorías: los que huían y los que se quedaban allí diciendo «¡Qué magnífico animal!» o bien «Gatito, gatito».

— Ahí hay una despensa -dijo Dosflores señalando una estrecha puerta estrujada entre la pared y la chimenea.

Se refugiaron en la oscuridad húmeda y dulzona.

Los tablones de chocolate crujieron fuera.

— Me ha parecido oír voces -dijo alguien.

— Sí, abajo -respondió otro-. Seguro que son los Burlones.

— ¡Pero si dijiste que les habíamos dado esquinazo!

— ¡Eh, vosotros dos, este sitio se come! Mirad, se...

— ¡ Cállate!

Se oyeron muchos crujidos más, y un grito ahogado procedente del piso inferior, donde un Venerable Vidente, arrastrándose cautelosamente en la oscuridad tras entrar por la ventana rota, había aplastado los dedos a un Burlón que se escondía bajo la mesa. El zumbido de la magia recorrió la casa.

— ¡Bribón! -gritó una voz en el exterior-. ¡Lo tienen! ¡Vamos!

Más crujidos y, luego, el silencio. Tras un rato, Dosflores lo rompió.

— Rincewind, me parece que en esta despensa hay una escoba.

— ¿Y qué hay de raro en eso?

— Que tiene un manillar.

Abajo retumbó un aullido ensordecedor. En la oscuridad, un mago había intentado abrir la tapa del Equipaje. Un ruido en la cocina delató la repentina llegada de los Magos Iluminados del Círculo Íntegro.

— ¿Qué crees que buscan? -susurró Dosflores.

— No lo sé, y me parece que seria buena idea no averiguarlo -respondió Rincewind, pensativo.

— Quizá tengas razón.

Rincewind abrió la puerta cautelosamente. La habitación estaba vacía. Caminó de puntillas hasta la ventana y miró hacia abajo, al mismo tiempo que, en el exterior, los rostros de tres Hermanos de la Orden de Medianoche miraban hacia arriba.

— ¡Es él!

Retrocedió rápidamente y corrió hacia la escalera.

La escena que encontró abajo era indescriptible, pero como semejante afirmación tenía pena de muerte durante el reinado de Olaf Quimby II, más vale intentarlo. Para empezar, la mayoría de los magos combatientes trataban de iluminar la escena con diversas llamas, bolas de fuego y resplandores mágicos, de manera que aquello parecía una discoteca instalada en una fábrica de luces estroboscópicas; cada hombre buscaba desesperadamente una posición desde la que se divisara el resto de la habitación y al tiempo se estuviera a salvo de cualquier ataque, y absolutamente todos intentaban por todos los medios no cruzarse en el camino del Equipaje, que había arrinconado a dos Venerables Videntes y chasqueaba la tapa en cuanto alguien se acercaba. Pero dio la casualidad de que un mago alzó la vista.

— ¡Es él!

Rincewind retrocedió de un salto, y algo chocó contra él. Miró a su alrededor apresuradamente, y se quedó boquiabierto al ver a Dosflores montado en la escoba..., que, por cierto, flotaba en el aire.

— ¡La bruja se la debió de dejar! -exclamó el turista-. ¡Una auténtica escoba mágica!

Rincewind titubeó. Chispas octarinas brillaban entre las cerdas de la escoba, y él odiaba las alturas casi mas que a cualquier otra cosa en el mundo. Pero lo que en realidad odiaba más que a cualquier otra cosa en el mundo era a una docena de magos muy furiosos corriendo escaleras arriba hacia él, y eso era exactamente lo que sucedía en aquel momento.

— Muy bien -dijo-. Pero conduzco yo.

Lanzó una patada contra un mago que estaba a medio Hechizo de Retención, y saltó a lomos de la escoba, que se tambaleó por la escalera y se dio media vuelta, de manera que Rincewind quedó en un horrible frente a frente con un Hermano de Medianoche.

Aulló y sacudió convulsivamente el manillar.

Varias cosas sucedieron a la vez. La escoba salió disparada hacia adelante y destrozó una pared en su camino, lanzando al aire una lluvia de migas de mazapán. El Equipaje dio un salto y mordió al Hermano en la pierna. Y; con un extraño sonido silbante, una flecha apareció de la nada, falló a Rincewind por cuestión de milímetros y fue a clavarse en la tapa del Equipaje con un golpe seco.

El Equipaje desapareció.

En un pueblecito perdido en lo más profundo del bosque, un viejo shamán arrojó unas cuantas ramitas más a la hoguera y, entre el humo, escudriñó el rostro de su avergonzado aprendiz.

— ¿Una caja con patas? -preguntó.

— Sí, maestro. Bajó del cielo y me miro -respondió el aprendiz.

— Entonces, ¿esa caja tenía ojos?

— N...

El aprendiz se detuvo, confuso. El anciano frunció el ceño.

— Muchos han visto a Topaxci, el Dios de la Seta Roja, y son llamados shamanes -dijo-. Algunos han visto a Skelde, espíritu del humo, y son llamados hechiceros. Unos pocos han tenido el privilegio de ver a Umcherrel, el alma del bosque, y son llamados maestros

espirituales. Pero nadie ha visto una caja con cientos de patas que le mirase sin ojos, y el que la vea será llamado idio...

La interrupción fue causada por un repentino aullido y una ventisca de nieve y chispas que aventó la hoguera en la choza oscura. Hubo una breve vision borrosa antes de que la pared opuesta volara por los aires y la aparición se desvaneciese.

Se oyó un largo silencio. Luego, otro un poco más corto. Al final, el viejo shamán preguntó cautelosamente:

— No habrás visto a dos hombres montados cabeza abajo en una escoba, chillando y gritándose el uno al otro, ¿verdad?

El chico le miró llanamente.

— Por supuesto que no -dijo.

El viejo dejó escapar un suspiro de alivio.

— Menos mal -asintió-. Yo tampoco.

La casita era un caos, porque los magos no sólo querían seguir a la escoba, sino también impedir que los otros lo hicieran, cosa que provocó varios incidentes lamentables. El más espectacular, y desde luego el más trágico, tuvo lugar cuando un Vidente trató de usar sus botas de siete leguas sin la adecuada secuencia de hechizos y preparativos. Las botas de siete leguas, como ya se ha mencionado, son una forma de magia harto problemática, y el mago recordó demasiado tarde que hay que tomar toda clase de precauciones cuando se usa un medio de transporte cuya efectividad consiste en poner un pie a treinta kilómetros del otro.

Caían las primeras nevadas del invierno, y de hecho había una capa de nubes sospechosamente pesada sobre la mayor parte del Disco. Aun así, desde muy arriba y a la luz plateada de la pequeña luna del Mundodisco, era uno de los espectáculos más bellos del multiverso.

Grandes jirones de nubes con una longitud de cientos de kilómetros se extendían entre la catarata del Borde hasta las montañas del Eje. En el frío silencio cristalino, la enorme espiral blanca brillaba gélida bajo las estrellas, girando imperceptiblemente como si Dios estuviera dando vueltas a su café y luego le hubiera añadido leche.

Nada turbaba la deslumbrante escena, que...

Algo pequeño y distante desgarró el manto de nubes, dejando jirones de vapor. En la calma estratosférica, los sonidos de la disputa se expandían con nitidez.

— ¡Dijiste que sabías pilotar estos cacharros!

— ¡No es cierto, sólo dije que tú no sabías!

— ¡Pero si yo nunca había visto una!

— ¡Qué coincidencia!

— De todas maneras, tú dijiste..., ¡mira el cielo!

— ¡Yo no dije eso!

— ¿Qué les ha pasado a las estrellas?

Y así fue como Rincewind y Dosflores se convirtieron en las dos primeras personas del Disco en saber lo que reservaba el futuro.

A dos mil kilómetros por detrás de ellos, el Eje montañoso de Cori Celesti apuñalaba el cielo

proyectaba una sombra brillante como una navaja por entre las nubes, de manera que los Dioses también hubieran debido darse cuenta..., pero los Dioses no tienen la costumbre de mirar hacia el cielo, y además estaban enzarzados en un litigio contra los Gigantes del Hielo, que ponían la radio muy alta.

En dirección borde, hacia donde se movía Gran A'Tuin, las estrellas habían desaparecido del firmamento.

En aquel círculo de negrura sólo quedaba una estrella, una estrella roja y ominosa, una estrella como el brillo en las órbitas oculares de un visón rabioso. Era pequeña, era horrible, era inexorable. Y el Disco viajaba directamente hacia ella.

Rincewind sabía muy bien qué hacer en aquellas circunstancias. Lanzó un chillido y apuntó la escoba hacia abajo.

Galder Ceravieja se irguió en el centro del octograma y alzó las manos.

— ¡Urshalo, dileptor, c'hula, haced mi voluntad!

Una tenue niebla se formó sobre su cabeza. Miró de soslayo a Trymon, que le observaba hosco desde fuera del círculo mágico.

— El trozo que viene ahora es muy impresionante -dijo-. Mira. Kot-b'hail! ¡Kot-sham! ¡A mí, oh espíritus de las rocas pequeñas aisladas y los ratones preocupados de no más de siete centímetros de largo!

— ¿Cómo? -se asombró Trymon.

— Esto ha requerido mucha investigación -asintió Galder-. Sobre todo lo de los ratones. Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí...

Alzó los brazos de nuevo. Trymon le observó lamiéndose los labios distraídamente. El viejo idiota se estaba concentrando en serio, volcaba toda su mente en el hechizo, apenas le prestaba atención.

Las palabras mágicas retumbaban por la habitación, rebotando contra las paredes y perdiéndose de vista entre las estanterías y los frascos. Trymon titubeó.

Galder cerró los ojos un momento, su rostro era una máscara de éxtasis mientras pronunciaba la última palabra.

Trymon se tensó, sus dedos se cerraron de nuevo en torno al puño del cuchillo. Y Galder abrió un ojo, asintió y le lanzó un rayo de energía que elevó por los aires al joven y lo arrojó contra la pared.

Galder le guiñó un ojo y volvió a alzar los brazos.

— ¡A mí, oh espíritus de...!

Se oyó un trueno, hubo una implosión de luz y un momento de inseguridad física absoluta durante el cual hasta las paredes parecieron volverse del revés. Trymon oyó una brusca inhalación y, luego, un golpe seco, rotundo.

La habitación quedó en silencio repentinamente.

Tras unos minutos, Trymon salió arrastrándose de debajo de la silla y se sacudió el polvo. Silbó unas cuantas notas inconexas y se volvió hacia la puerta con exagerada cautela,

mirando el techo como si lo viera por primera vez. Se movía de una manera que sugería que trataba de batir el récord mundial de velocidad en paso imperturbable.

El Equipaje flexionó las patitas en el centro del círculo, y abrió la tapa.

Trymon se detuvo. Se dio la vuelta con mucho, mucho cuidado, temeroso de lo que podía ver.

El Equipaje parecía contener algo de ropa limpia que olía ligeramente a lavanda. Por algún motivo, era una de las cosas más aterradoras que el mago había visto en su vida.

— Bueno, eh... -dijo-. Tú, mmm..., no habrás visto a otro mago por aquí, ¿verdad?

El Equipaje consiguió parecer aún más amenazador.

— Oh -asintió Trymon-. Bueno, no importa.

Se cogió distraídamente el borde de la túnica y se interesó unos momentos por el bordado. Cuando alzó la vista, la horrible caja seguía allí.

— Adiós -dijo.

Y echó a correr. Se las arregló para salir por la puerta justo a tiempo.

— ¿Rincewind?

Rincewind abrió los ojos. No es que eso le sirviera de mucho. Sólo significaba que en vez de ver sólo negrura, sólo veía blancura..., cosa que, sorprendentemente, era peor.

— ¿Te encuentras bien?

— No.

— Ah.

Rincewind se sentó. Al parecer, se encontraba sobre una roca salpicada de nieve, pero aquella roca no tenía el aspecto global de una roca. Por ejemplo, teóricamente, no debería moverse.

La nieve le azotaba. Dosflores estaba a pocos metros, con un gesto de sincera preocupación en el rostro.

Rincewind gimió. Sus huesos estaban muy enfadados por el tratamiento que habían recibido últimamente, y se habían puesto en fila para presentar reclamaciones.

— ¿Y ahora qué? -preguntó.

— ¿Te acuerdas de cuando íbamos volando, y a mi me preocupaba que chocáramos contra algo en la tormenta, y ti' dijiste que a aquella altura lo único con lo que podíamos chocar era con una nube llena de rocas?

— ¿Y bien?

— ¿Cómo lo supiste?

Rincewind miró alrededor, pero por la variedad e interés de la escena que le rodeaba bien podía encontrarse en el interior de una pelota de ping-pong.

La roca sobre la que estaba era... bueno, rocosa. Pasó las manos por la superficie y palpó muescas de cincel. Cuando arrimó una oreja a la fría piedra húmeda, le pareció oír un martilleo lento, lejano, como el latido de un corazón. Se arrastró cautelosamente hacia el borde y echó un vistazo.

En aquel momento la roca debía de pasar por un claro entre las nubes, porque captó un nebuloso pero horriblemente distante atisbo de escarpadas cumbres montañosas. Estaban muy, muy abajo.

Gimió una retahíla de incoherencias y retrocedió centímetro a centímetro.

— Esto es ridículo -dijo a Dosflores-. Las rocas no vuelan. Tienen fama de no volar.

— A lo mejor volarían si pudieran. A lo mejor ésta aprendió.

— Pues esperemos que no se le olvide -suspiró Rincewind.

Se arrebujó en su empapada túnica y miró con rostro sombrío la nube que le rodeaba. Suponía que en alguna parte debía de haber gente con un cierto control sobre sus vidas: se levantaban por la mañana y se acostaban por la noche con una razonable seguridad de que no caerían por el borde del mundo, ni serían atacados por lunáticos, ni despertarían encima de una roca con ideas extrañas sobre su ubicación. Recordó vagamente haber llevado una vida así en el pasado.

Rincewind olfateó. Aquella roca olía a fritura. El olor parecía llegar de delante y hablaba directamente a su estómago.

— ¿No hueles algo? -preguntó.

— Me parece que es tocino -respondió Dosflores.

— Espero que sea tocino -asintió Rincewind-, porque me lo voy a comer.

Se levantó sobre la vacilante piedra y trotó hacia las nubes, escudriñando entre la húmeda oscuridad.

En la parte delantera de la roca, un menudo druida estaba sentado con las piernas cruzadas ante una pequeña hoguera. Se cubría la cabeza con un trozo de tela impermeable anudado bajo la barbilla. Daba vueltas al tocino de una sartén con una hoz llena de adornos.

— Mmm -dijo Rincewind.

El druida alzó la vista y dejó caer la sartén en el fuego. Se puso en pie de un salto y esgrimió la hoz con gesto agresivo, o al menos tan agresivo como puede parecer el gesto de alguien que viste un camisón blanco empapado y un pañuelo chorreante en la cabeza.

— Os lo advierto, soy duro con los ladrones -les amenazó, tosiendo violentamente.

— Te ayudaremos -dijo Rincewind, mirando con ansiedad el tocino que se quemaba.

Aquello pareció sorprender al druida, que era bastante joven, cosa que sorprendió un poco a Rincewind. Suponía que debía de haber druidas jóvenes, al menos en teoría, pero nunca se los había imaginado.

— ¿No queréis robarme la roca? -preguntó el druida, bajando la hoz una fracción de milímetro.

— Disculpa -le interrumpió Dosflores con educación-. Creo que tu desayuno está ardiendo.

El druida bajó la vista y se enfrentó con las llamas sin mucho resultado. Rincewind se apresuró a ayudarle, hubo una buena cantidad de humo, cenizas y confusión, y el triunfo compartido al conseguir rescatar unos cuantos trozos de tocino achicharrado fue más efectivo que todo un manual de diplomacia.

— ¿Cómo habéis llegado aquí? -quiso saber el druida-. Estamos a ciento cincuenta metros de altura, a menos que me haya vuelto a liar con las runas.

Rincewind trató de no pensar en la altura.

— Pues... mas o menos... caímos aquí.

— Cuando íbamos de camino hacia el suelo -añadió Dosflores.

— Sólo que tu roca nos recogió en el aire -siguió el mago. Su espalda protestó-. Gracias.

— Ya me parecía a mí que había atravesado alguna turbulencia hace un rato -dijo el druida, cuyo nombre resultó ser Belafon-. Debisteis de ser vosotros. -Se estremeció-. Parece que está a punto de amanecer -dijo-. Al cuerno con las reglas, os llevo arriba. Agarraos.

— ¿A qué? -preguntó Rincewind.

— Bueno, mostrad una falta de predisposición a caer -indicó Belafon.

Se sacó de entre los pliegues de la túnica un largo péndulo de hierro y lo hizo girar sobre el fuego con una serie de movimientos desconcertantes.

Las nubes pasaron como látigos en torno a ellos, tuvieron una horrible sensación de pesadez, y de pronto la roca llegó a la luz del día.

Se niveló a pocos metros por encima de las nubes, en un cielo azul frío pero brillante. Las nubes que habían parecido escalofriantemente lejanas la noche anterior y horriblemente viscosas aquella mañana, eran ahora una algodonosa alfombra blanca que se extendía en todas direcciones. Unos cuantos picos montañosos brotaban como islas. Tras ellos, el viento levantado por su paso esculpía los jirones nebulosos para darles forma de torbellinos transitorios. La roca...

Tenía unos diez metros de largo por tres de ancho, y era azulada.

— ¡Qué panorama tan sorprendente! -exclamó Dosflores con los ojos brillantes.

— Eh... ¿qué nos mantiene en el aire? -quiso saber Rincewind.

— Persuasión -contestó Belafon estrujándose el borde de la túnica.

— Ah -aceptó Rincewind con sensatez.

— Mantenerlas en el aire es sencillo -explicó el druida alzando el pulgar y entrecerrando los ojos para medir una montaña distante-, lo malo es aterrizar.

— ¿Quién lo habría dicho? -se asombró Dosflores.

— La persuasión es lo que mantiene unido todo el universo -siguió Belafon-. No sirve de nada decir que es por la magia.

Por casualidad, Rincewind atisbó a través de las nubes cada vez más claras el paisaje nevado que se extendía mucho, mucho más abajo. Sabía que estaba en presencia de un loco, pero eso no era nada nuevo para él. Y si escuchar a aquel loco significaba que no caerían, él era todo oídos.

Belafon se sentó con los pies colgando por el borde de la roca.

— Mira, no te preocupes -le dijo-. Si sigues pensando que la roca no puede volar, a lo mejor te oye y la persuades, y entonces resultará que tienes razón. Se ve que no estás al día con respecto a las nuevas formas de pensar.

— Eso parece -asintió débilmente Rincewind.

Intentaba con todas sus fuerzas no pensar sobre rocas en el suelo. Intentaba con todas sus fuerzas pensar en rocas planeando como golondrinas, flotando sobre el paisaje por el puro gozo de levitar, ascendiendo hacia el cielo en...

Era horriblemente consciente de que se le daba fatal.

Librodot

Los druidas del Disco se enorgullecían de su progresista aproximación al descubrimiento de los misterios del universo. Por supuesto, como los druidas de todas partes, creían en la unidad esencial de todo lo que vive, en el poder curativo de las plantas, en el ritmo natural de las estaciones y en la incineración de todo el que no percibiera adecuadamente todo esto, pero también habían pensado mucho sobre la base misma de la creación, y llegaron a formular la siguiente teoría:

El universo, según decían, dependía para su funcionamiento del equilibrio de cuatro fuerzas que ellos identificaban como encanto, persuasión, inseguridad y mala leche.

De esta manera, el sol y la luna orbitaban en torno al Disco porque habían sido persuadidos para no caer, pero en realidad no volaban a causa de la inseguridad. El encanto permitía que los árboles crecieran y la mala leche los mantenía arriba, etcétera.

Algunos druidas sugirieron que existían ciertos fallos en esta teoría, pero los druidas más ancianos les explicaron con precisión que había un lugar y un momento para la polémica documentada y el debate científico: la pira ceremonial en el siguiente solsticio.

— Entonces, ¿eres astrónomo? -preguntó Dosflores.

— Oh, no -respondió Belafon mientras la roca se desviaba suavemente para esquivar una montaña-. Soy asesor sobre hardware informático.

— ¿Qué es un hardware informático?

— Bueno, esto -dijo el druida dando unas pataditas a la roca con la sandalia-. Al menos, es parte de uno. Es un recambio. Voy a entregarlo. Arriba, en las Llanuras del Vórtice, tienen problemas con los grandes círculos. O eso dicen. Ojalá me dieran un torque de bronce por cada usuario que no se ha leído el manual de instrucciones.

Se encogió de hombros.

— ¿Y para qué sirve esto? -preguntó Rincewind. Cualquier cosa con tal de no pensar en la distancia que le separaba del suelo.

— Pues sirve para..., para saber en qué época del año estás -respondió Belafon.

— Ah. ¿Quieres decir que, si está cubierta de nieve, debe de ser invierno?

— Sí. Quiero decir, no. Quiero decir, suponiendo que quisieras saber cuándo saldrá una estrella concreta...

— ¿Por qué? -interrogó Dosflores, irradiando un educado interés.

— Bueno, a lo mejor necesitas saber cuándo sembrar los campos -contestó Belafon un poco sudoroso-. O a lo mejor...

— Si quieres, te prestaré mi almanaque -ofreció Dosflores.

— ¿Almanaque?

— Es un libro que te dice qué día es -explicó Rincewind con cansancio-. Muy instructivo.

Belafon se puso rígido.

— ¿Un libro? ¿De papel?

— Sí.

— Eso no me inspira mucha confianza -dijo el druida con voz antipática-. ¿Cómo va a saber un libro qué día es? El papel no puede contar.

Pegó una patada contra el borde de la roca, haciendo que se tambaleara de manera alarmante. Rincewind tragó saliva e hizo un gesto a Dosflores para que se le acercara.

— ¿Has oído hablar del choque entre culturas? -siseó.

— ¿Qué es eso?

— Es lo que pasa cuando alguien invierte quinientos años en hacer que un círculo de piedra funcione bien, y luego aparece otro con un librito que tiene una página para cada día con frasecitas ingeniosas como «Es el momento adecuado para sembrar alubias» o «Al que madruga Dios le ayuda». ¿Y sabes lo que no hay que olvidar bajo ningún concepto sobre el choque entre... -Rincewind se detuvo un momento para recuperar el aliento, y movió los labios en silencio tratando de recordar dónde había dejado la frase- culturas? -concluyó.

— ¿El qué?

— Que nunca debe sufrirlo un hombre que pilota una roca de mil toneladas.

— ¿Se ha ido?

Trymon atisbó cautelosamente por encima de las almenas de la Torre del Arte, la gran espiral de ladrillos decrépitos que se alzaba amenazadora sobre la Universidad Invisible. El grupo de estudiantes e instructores de magia, mucho más abajo, asintieron.

— ¿Seguro?

El tesorero se llevó las manos a la boca formando bocina.

— ¡Rompió la puerta eje y huyó hace una hora, señor! -gritó.

— Te equivocas -dijo Trymon-. Se marchó, los que huimos fuimos nosotros. Bueno, bajaré. ¿Atrapó a alguien?

El tesorero tragó saliva. No era un mago, sino un hombre bueno y amable que no debería haber visto las cosas que había presenciado durante la última hora. Por supuesto, estaba acostumbrado a los pequeños demonios, a las luces de colores y a las imágenes medio materializadas que andaban por el campus, pero el ataque implacable del Equipaje había tenido un algo que le dejó de piedra. Tratar de detenerlo habría sido como enfrentarse con un glaciar.

— ¡Se... se comió al decano de Estudios Liberales, señor! -gritó.

Trymon se animó un poco.

— Es un mal viento -murmuro.

Empezó a bajar por la larga escalera de caracol. Al cabo de un rato, sonrió, una sonrisa fina, tensa. Desde luego, el día iba mejorando.

Había mucho que organizar. Y organizar era lo que más le gustaba a Trymon.

La roca planeó sobre las elevadas llanuras, barriendo la nieve de las cumbres que encontraba pocos metros más abajo. Belafon trabajó nerviosamente, olfateando un ungüento de muérdago por aquí, dibujando una runa con tiza por allá, mientras Rincewind se encogía de miedo y de agotamiento, y Dosflores se preocupaba por su Equipaje.

— ¡Ahí delante! -gritó el druida por encima del ruido del viento-. ¡Contemplad la gran computadora de los cielos!

Rincewind echó un vistazo por entre sus dedos. En el lejano horizonte había una inmensa estructura de losas grises y negras, dispuestas en círculos concéntricos y formando avenidas místicas, que destacaba, esbelta e imponente, contra la nieve. Sin duda los hombres no habían podido mover aquellas montañas incipientes..., sin duda un ejército de gigantes había sido transformado en piedra por algún...

— Vaya montón de rocas -dijo Dosflores.

Belafon titubeó a medio gesto.

— ¿Cómo?

— Es muy lindo -añadió el turista apresuradamente. Buscó una palabra-. Pintoresco -decidió.

El druida se puso rígido.

— ¿Lindo? -repitió marcando cada sílaba-. Un triunfo de la era del silicio, un milagro de la moderna tecnología masónica... ¿lindo?

— Oh, sí -asintió Dosflores, para quien el sarcasmo no era más que una palabra de ocho letras que empezaba por S.

— ¿Qué significa «pintoresco»? -preguntó el druida.

— Significa «terriblemente impresionante» -explicó rápidamente Rincewind-. Y parece que corremos el peligro de aterrizar; así que si no te importa...

Belafon se dio media vuelta, sólo ligeramente apaciguado. Alzó los brazos bien extendidos y gritó una serie de palabras intraducibles que acababa con un «¡lindo!» en un susurro dolido.

La roca aminoró la velocidad, se desvió hacia un lado sobre un lecho de nieve y quedó suspendida sobre el círculo. Abajo, un druida agitaba dos ramas de muérdago trazando complicadas pautas, y Belafon hizo descender hábilmente la enorme losa hasta posarla entre dos gigantes verticales.

Rincewind dejó escapar el aliento en un largo suspiro, que huyó a toda velocidad para esconderse en alguna parte.

Una escalera fue colocada con un restallido contra un costado de la losa, y la cabeza de un druida anciano apareció sobre el borde. Miró con asombro a los dos pasajeros, y alzó la vista para mirar a Belafon.

— Ya era hora, maldita sea -dijo-. Quedan siete semanas para la Noche de la Vigilia de los Puercos, y nos ha vuelto a dejar tirados.

— Hola, Zakriah -saludó Belafon-. ¿Qué ha pasado esta vez?

— Funciona de pena. Hoy predijo el amanecer con tres minutos de adelanto. Para que hablen de cacharros, muchacho.

Belafon bajó por la escalera y desapareció de la vista. Los pasajeros se miraron, y luego contemplaron el vasto espacio abierto que comprendía el círculo interior de piedras.

— ¿Qué hacemos ahora? -preguntó Dosflores.

— Podríamos ir a dormir -sugirió Rincewind.

Dosflores hizo caso omiso de la idea y bajó por la escalera.

Alrededor del círculo, los druidas golpeaban suavemente los megalitos con pequeños martillos, y luego escuchaban con atención. Muchas de las enormes piedras estaban tendidas de lado, rodeadas de druidas que las examinaban atentamente y discutían entre ellos. Algunas frases arcanas llegaban hasta Rincewind arrastradas por el viento:

— No puede ser incompatibilidad de software..., el Salmo de la Espiral Hollada fue diseñado para los anillos concéntricos, idiota...

— Yo propongo que volvamos a encender el fuego y probemos con una sencilla ceremonia lunar...

— Muy bien, muy bien, así que a las piedras no les pasa nada. Es el universo entero el que se ha estropeado, ¿no...?

Entre las nieblas de su mente exhausta, Rincewind recordó la horrorosa estrella que habían visto en el cielo. Algo se había estropeado en el universo la noche anterior.

¿Cómo había vuelto al Disco?

Tenía la sensación de que las respuestas estaban en algún lugar del interior de su cabeza. Y una sensación aún más desagradable empezó a invadirle cuando se le ocurrió que algo más estaba observando la escena..., algo que también miraba a través de sus ojos.

El Hechizo se había arrastrado desde su madriguera en lo más profundo de los senderos inexplorados de su mente, y estaba descaradamente en su frente, observando el espectáculo y haciendo el equivalente mental a comer palomitas.

Intentó hacerlo retroceder... y el mundo desapareció.

Se encontró en la oscuridad; una oscuridad cálida, polvorienta, la oscuridad de la tumba, la negrura aterciopelada del sarcófago. El aire tenía el fuerte olor del cuero viejo y la acritud del papel antiguo. El papel crujió.

Sintió que la oscuridad estaba llena de horrores inimaginables..., y lo malo de los horrores inimaginables es que resulta muy fácil imaginarlos.

— Rincewind -llamó una voz.

Rincewind nunca había oído hablar a un lagarto, pero estaba seguro de que, silo hiciera, la voz sería como aquélla.

— Mmm -consiguió decir-. ¿Sí?

La voz dejó escapar una risita... un sonido extraño, delgado como el papel.

— Deberías preguntar «¿Dónde estoy?» Es lo tradicional -afirmó.

— ¿Me gustaría saberlo? -inquirió Rincewind.

Contempló fijamente la oscuridad. Ahora que se había acostumbrado a ella, podía ver algo. Algo vago, con un brillo apenas suficiente para ser algo en realidad, un simple rastro en el aire. Algo extrañamente familiar.

— De acuerdo -se rindió-, ¿dónde estoy?

— Estás soñando.

— ¿Puedo despertarme ya, por favor?

— No -respondió otra voz tan vieja y seca como la primera, pero aun así ligeramente diferente.

— Tenemos que decirte algo muy importante -intervino una tercera voz con un tono aún más cadavérico que las otras.

Rincewind asintió estúpidamente. En el fondo de su cabeza, el Hechizo se removió y echó un vistazo cauteloso por encima de su hombro mental.

— Nos has causado un montón de problemas, joven Rincewind -siguió la voz-. ¡Tanto caerse por el borde del mundo, sin pensar en los demás...! ¿Sabes que hemos tenido que distorsionar seriamente la realidad?

— Vaya.

— Y ahora te aguarda una tarea realmente importante.

— Oh. Qué bien.

— Hace muchos años, nos las arreglamos para que uno de nosotros se escondiera en tu cabeza, porque previmos la llegada de un momento en el que tú tendrías que desempeñar un papel muy importante.

— ¿Yo? ¿Por qué?

— Porque eres un experto en huir -explicó una de las voces-. Eso está muy bien. Eres un superviviente.

— ¿Superviviente? ¡Si han estado a punto de matarme docenas de veces!

— Exacto.

— Oh.

— Pero intenta no volver a caerte del Disco. Nosotros no podemos permitirlo.

— ¿Quién es «nosotros», con exactitud?

Se oyó un crepitar en la oscuridad.

— En el principio fue el Verbo -dijo una voz seca justo detrás de él.

— Fue el Huevo -corrigió otra voz-. Lo recuerdo con toda claridad. El Gran Huevo del Universo. Estaba un poco pasado.

— En realidad, los dos os equivocáis. Estoy seguro de que fue el Lodo Primordial.

— No, eso vino después -dijo una voz a la altura de la rodilla de Rincewind-. Lo primero que hubo fue el firmamento. Montones de firmamento. Era bastante pegajoso, como si fuera de almíbar.

— Por si a alguien le interesa -intervino otra voz crepitante a la izquierda de Rincewind-, todos estáis en un error. En el principio fue el Carraspeo... luego el Verbo...

— El Lodo, si no os importa...

— Y me pareció que estaba pasado, me acuerdo perfectamente...

Hubo una pausa. Luego intervino una voz cautelosa.

— Bueno, fuera lo que fuera, lo recordamos con claridad.

— Ciertamente.

— Desde luego.

— Y nuestra misión es que no le suceda nada malo, Rincewind.

Rincewind entrecerró los ojos para escudriñar en la oscuridad.

— ¿Tendríais la amabilidad de explicarme de qué habláis?

Se oyó un suspiro como el crujir del papel.

— Bravo por las metáforas -dijo una de las voces-. Mira, es muy importante que cuides bien del Hechizo que llevas en la cabeza y lo traigas con nosotros en el momento adecuado, ¿comprendes? Para que podamos ser pronunciados a su debido tiempo. ¿Entendido?

¿Para que podamos ser pronunciados?, pensó Rincewind.

Y entonces se dio cuenta de lo que era el rastro en el aire: escritura en una página, pero vista desde abajo.

— ¿Estoy dentro del Octavo? -pregunto.

— En cierta manera metafísica -respondió una de las voces en tono informal.

Se le acercó. Rincewind advirtió el crujido seco delante de su nariz...

Echó a correr.

El solitario punto rojo brillaba en el tapiz de oscuridad. Trymon, quien todavía llevaba la túnica ceremonial tras su investidura como director de la Orden, no podía evitar la sensación de que había crecido un poco mientras lo miraba. Se apartó de la ventana con un escalofrío.

— ¿Y bien? -inquirió.

— Es una estrella -dijo el profesor de astrología-. Creo.

— ¿Crees?

El astrólogo parpadeó. Estaban en el observatorio de la Universidad Invisible, y el puntito rojizo del horizonte no le daba peor espina que su nuevo jefe.

— Bueno, verás, siempre hemos pensado que las estrellas son muy similares a nuestro sol...

— ¿Bolas de fuego con dos kilómetros de anchura?

— Sí. Pero esta nueva es..., bueno, grande.

— ¿Más grande que el sol? -preguntó Trymon.

Siempre le había parecido que una bola de fuego con dos kilómetros de anchura era bastante impresionante, aunque desaprobaba las estrellas por principio: le daban al cielo un aspecto desaseado.

— Mucho más grande -asintió el astrólogo lentamente.

— ¡Quizá más grande que la cabeza de Gran A'Tuin?

El astrólogo parecía muy desdichado.

— Más grande que Gran A'Tuin y el Disco juntos -respondió-. Lo hemos comprobado -añadió rápidamente-. Estamos bastante seguros.

— Eso es ser muy grande -asintió Trymon-. Incluso se me ocurre la palabra «enorme».

— Gigantesco -aceptó el astrólogo rápidamente.

— Mmm.

Trymon paseó por el amplio suelo de mosaico del observatorio, que estaba adornado con el zodíaco del Disco. Había sesenta y cuatro signos, desde Wezen, el Canguro de dos Cabezas, a Gahoolie, el Jarrón de Tulipanes (una constelación de gran importancia religiosa cuyo significado, por desgracia, se ha perdido).

Se detuvo en la baldosa azul y dorada de Mubbo la Hiena, y se volvió de repente.

— ¿Vamos a chocar contra ella? -pregunto.

— Eso me temo, señor -respondió el astrólogo.

— Mmm.

Trymon dio unos cuantos pasos más, mesándose la barba con gesto pensativo. Se detuvo en la encrucijada entre Okjock el Vendedor y la Chirivía Celestial.

— No soy experto en estos asuntos -dijo-, pero tengo la sensación de que eso no nos hará ningún bien.

— No, señor.

— ¿Son muy calientes las estrellas?

El astrólogo tragó saliva.

— Sí, señor.

— ¿Nos abrasaremos?

— Al final, sí. Por supuesto, antes de eso habrá discomotos, olas gigantescas, disrupción gravitacional, y probablemente la atmósfera se separará del Disco.

— Ah. En pocas palabras, una desorganización absoluta.

El astrólogo titubeó y se rindió.

— Podría decirse así, señor.

— ¿Cundiría el pánico?

— Me temo que durante muy poco tiempo.

— Mmm -dijo Trymon, que acababa de pasar sobre la Puerta Quizá y orbitaba suavemente hacia la Vaca Celestial.

Entrecerró los ojos para mirar de nuevo hacia el brillo rojo del horizonte. Pareció tomar una decisión.

— No encontramos a Rincewind -comento-. Y si no encontramos a Rincewind, no encontramos el último hechizo del Octavo. Pero pensamos que hay que leer el Octavo para impedir la catástrofe... si no, ¿para qué lo habría dejado aquí el Creador?

— Quizá fue un despiste -sugirió el astrólogo.

Trymon le miró.

— Las demás Órdenes están registrando todas las tierras entre ésta y el Eje -siguió, contando los puntos con los dedos-, porque parece imposible que un hombre pueda entrar volando en una nube y no salir...

— A menos que la nube estuviera llena de rocas -dijo el astrólogo en un intento retorcido, y bastante fracasado, de animar la situación.

— Pero tuvo que descender... en alguna parte. ¿Dónde? Eso es lo que nos preguntamos.

— ¿Dónde? -asintió lealmente el astrólogo.

— E inmediatamente se nos ocurrió un curso de acción.

— Ah -dijo el astrólogo, tratando de mantenerse a la altura del mago mientras éste pasaba por encima de los Dos Primos Gordos.

— ¿Que, por supuesto, fue...?

El astrólogo alzó la vista, con unos ojos tan grises e imperturbables como el acero.

— Mmm... ¿dejar de buscar? -aventuró.

— ¡Exacto! Utilizamos los dones que nos ha dado el Creador; miramos hacia abajo, ¿y qué vemos?

El astrólogo gimió para sus adentros. Miró hacia abajo.

— ¿Baldosas? -aventuró.

— Baldosas, sí, que juntas ¿son...?

— ¿El zodíaco? -intentó el astrólogo, un hombre desesperado.

— ¡Exacto! ¡Por tanto, no tenemos más que hacer el horóscopo de Rincewind, y sabremos dónde está con precisión!

El astrólogo sonrió como alguien que hubiera estado bailando claqué sobre arenas movedizas y sintiera la presión de la roca firme bajo sus pies.

— Necesito saber el lugar y hora exactos de su nacimiento -dijo.

— Eso es fácil. Los copié de los archivos de la universidad antes de venir.

El astrólogo estudió las notas, y frunció el ceño. Cruzó la habitación y abrió un ancho cajón lleno de mapas. Volvió a leer las notas. Eligió un par de complicados compases e hizo algunos pases sobre los mapas. Cogió un pequeño astrolabio de latón y lo hizo girar cuidadosamente. Silbó entre dientes. Tomó un trozo de tiza y garabateó algunos números en una pizarra.

Entretanto, Trymon había estado contemplando la estrella. La leyenda de la pirámide de Camis-Het, pensó, dice que quien pronuncie los Ocho Hechizos juntos cuando el Disco esté en peligro, obtendrá lo que más desee. ¡Y ese momento llegará pronto!

Y pensó: Recuerdo a Rincewind, ¿no era aquel chico torpe que siempre quedaba el último de la clase en los entrenamientos? No tenía ni un hueso de mago en el cuerpo. Que me lo dejen un momento, ya veremos si no podemos conseguir los ocho...

— Oh, cielos -masculló el astrólogo conteniendo el aliento-. La verdad, esto es un poco extraño -dijo.

— ¿Como cuánto de extraño?

— Nació bajo el signo del Pequeño Grupo Aburrido de Estrellas Tenues, que, como sabes, se encuentra entre el Ante Volador y la Cadena Llena de Nudos. Se dice que ni los más ancianos pudieron decir nada interesante sobre ese signo, el cual...

— Sí, sí, continúa -dijo Trymon, irritable.

— Es el signo que se suele asociar tradicionalmente a los fabricantes de tableros de ajedrez, vendedores de cebollas, manufacturadores de imágenes religiosas menores y personas alérgicas al peltre. No es ni con mucho el signo para un mago. Y en el momento de su nacimiento, la sombra de Cori Celesti...

— No me interesan los detalles mecánicos -gruñó Trymon-. Limítate a darme su horóscopo.

El astrólogo, que se lo había estado pasando bastante bien, suspiró e hizo unos cálculos adicionales.

— Muy bien -asintió-. Dice lo siguiente: «Hoy es un buen día para conseguir nuevos amigos. Harás una buena obra que tendrá consecuencias imprevistas. No hagas enfadar a ningún druida. Pronto emprenderás un viaje muy extraño. Tu comida de la suerte son los pepinos. Alguien te apuntará con un cuchillo, probablemente no llevará buenas intenciones. Posdata: lo del druida iba en serio.»

— ¿Druidas? -dijo Trymon, pensativo-. Quizá...

— ¿Te encuentras bien? -preguntó Dosflores. Rincewind abrió los ojos.

El mago se incorporó apresuradamente y agarró a Dosflores por la camisa.

— ¡Quiero marcharme de aquí! -exclamó desesperado-. ¡Ahora mismo!

— ¡Pero si va a haber una antigua y tradicional ceremonia!

— ¡Me importa un rábano lo antigua que sea! Sólo quiero sentir bajo mis pies piedras como deben ser. ¡Quiero el olor familiar del césped, quiero ir donde haya montones de gente, hogueras, tejados, muros y cosas maravillosas de ese tipo! ¡Quiero irme a casa!

Descubrió de repente que añoraba con desesperación las calles contaminadas y llenas de humo de Ankh-Morpork, que siempre tenía su mejor momento en primavera, cuando el brillo gomoso en las aguas del río Ankh mostraba una iridiscencia especial, y el aire se llenaba de trinos de pájaros, o al menos de pájaros tosiendo al unísono.

Una lágrima le asomó a la comisura de un ojo cuando recordó el sutil juego de luces en el Templo de los Dioses Menores, un famoso local de la ciudad, y se le hizo un nudo en la garganta al pensar en el encantador tenderete de pescado en la conjunción de la Calle Estercolero y la Calle de los Artesanos Hábiles. Pensó en los pepinillos que se vendían allí, grandes objetos verdes en el fondo de sus recipientes, como ballenas ahogadas. Llamaban a Rincewind desde muchos kilómetros de distancia, prometiendo presentarle a los huevos en salmuera del recipiente de al lado.

Pensó en los confortables establos y en las cálidas tabernas donde solfa pasar sus noches. A veces, como un idiota, había lamentado aquel tipo de vida. Por increíble que pareciera, en ocasiones la había encontrado aburrida.

Y va tenía bastante. Volvía a casa. «Ya voy, pepinillos en vinagre...

Empujó a Dosflores a un lado, se arregló la desastrada túnica con gran dignidad, miró hacia el punto del horizonte donde suponía que estaba su ciudad natal y, con gran decisión y considerable despiste, dio un paso más alía del borde de un trilito de diez metros.

Unos diez minutos más tarde, cuando un Dosflores preocupado y bastante contrito le sacó del grau ventisquero al pie de las rocas, su expresión no había cambiado. Dosflores le miró.

— ¿Te encuentras bien? -dijo-. ¿Cuántos dedos tengo extendidos ?

— ¡Quiero irme a casa!

— Muy bien.

— No, no intentes convencerme de lo contrario, ya he tenido bastante, me gustaría decir que ha sido divertido, pero mentiría, así que..., ¿cómo?

— He dicho que muy bien -repitió Dosflores-. La verdad es que me gustaría volver a ver Ankh-Morpork. Supongo que ya habrán adelantado mucho en la reconstrucción.

Conviene aclarar aquí que la última vez que los dos vieron la ciudad, ésta ardía por los cuatro costados, lo cual tenía mucho que ver con el hecho de que Dosflores presentara el concepto de las pólizas de seguros contra incendios a una población disculpable, pero ignorante. Sin embargo, los incendios devastadores eran cosa usual en la vida morporkiana, y la ciudad ya había sido reconstruida alegre y meticulosamente, usando los materiales tradicionales de la zona: madera bien seca y paja impermeabilizada con brea.

— Oh -dijo Rincewind, desinflándose un poco-. Oh, bien. Entonces, de acuerdo. Perfecto. Lo mejor será que nos pongamos en marcha ya.

Se puso en pie trabajosamente y se sacudió la nieve.

— Sólo que, en mi opinión, deberíamos esperar hasta mañana por la mañana -añadió Dosflores.

— ¿Por qué?

— Bueno, porque hace un frío que pela, no sabemos dónde estamos, el Equipaje se ha perdido, está anocheciendo y...

Rincewind se detuvo. En los profundos desfiladeros de su mente, le pareció oír el lejano crepitar del papel viejo. Tenía la horrible sensación de que sus sueños iban a ser muy reiterativos de ahora en adelante, y él tenía mejores cosas que hacer que quedarse recibiendo las broncas de un montón de hechizos viejos que ni siquiera se ponían de acuerdo sobre cuál fue el origen del universo...

— ¿Qué cosas? -preguntó una vocecilla seca en el fondo de su cerebro.

— Oh, cállate -dijo.

— Sólo he dicho que hace un frío que pela y... -empezó Dosflores.

— No te decía a ti. Me decía a mi.

— ¿Cómo?

— Oh, cállate -dijo Rincewind, cansado-. Supongo que por aquí no habrá nada para comer...

Las gigantescas piedras aparecían negras y amenazadoras contra la luz moribunda del ocaso. El circulo interior estaba lleno de druidas que correteaban a la luz de las hogueras y sintonizaban los periféricos de una computadora pétrea, cosas parecidas a cráneos de carneros colocados sobre pértigas y decorados con muérdago, banderillas adornadas con serpientes retorcidas, cosas por el estilo. Más allá de los círculos de fuego se había reunido bastante gente: las verbenas druidas siempre eran populares, sobre todo cuando las cosas iban mal.

Rincewind miró en su dirección.

— ¿Qué sucede?

— Oh, bueno -explicó Dosflores con entusiasmo-, al parecer, esta ceremonia se celebra desde hace miles de años, celebran el... mmm..., el renacer de la luna, o quizá del sol. Según parece es muy solemne y hermosa, y está revestida de una serena dignidad.

Rincewind se estremeció. Siempre empezaba a preocuparse cuando Dosflores hablaba de aquella manera. Al menos, todavía no había dicho «típico» ni «pintoresco». El mago nunca había encontrado una traducción satisfactoria para aquellas palabras, pero la más aproximada era «problemas».

— Ojalá estuviera aquí el Equipaje -se lamentó el turista-. Me vendría bien la caja de dibujos. Esto parece muy típico y pintoresco.

La multitud se estremeció, expectante. Al parecer, aquello iba a empezar.

— Mira -dijo Rincewind, apremiante-, los druidas son sacerdotes. Debes recordarlo. No hagas nada que les moleste.

— Pero...

— No intentes comprarles las piedras.

— Pero yo...

— No empieces a hablar sobre el típico folklore nativo.

— Pensaba...

— Y sobre todo, no intentes venderles seguros. Eso es lo peor.

— ¡Pero si son sacerdotes! -aulló Dosflores.

Rincewind hizo una pausa.

— Sí, Esa es la cuestión, ¿no?

Al otro lado del círculo exterior se estaba formando una especie de procesión.

— Los sacerdotes son hombres buenos y comprensivos -explicó Dosflores-. En mi hogar, van por ahí con escudillas para mendigar. Es su única posesión -añadió.

— Ah -dijo Rincewind, no muy seguro de haberlo entendido-. Serán para recoger la sangre, ¿no?

— ¿Sangre?

— Sí, la de los sacrificios.

Rincewind pensó en los sacerdotes que había conocido en su ciudad. Por supuesto, no tenía interés en enemistarse con ningún dios, así que asistía a buen número de servicios religiosos. Para él, la mejor definición de «sacerdote» en las zonas del Mar Circular era alguien que se pasa mucho tiempo metido hasta los sobacos en sangre.

Dosflores parecía horrorizado.

— Oh, no -dijo-. En el lugar de donde yo vengo, los sacerdotes son hombres santos que dedican sus vidas a la pobreza, a las buenas obras y al estudio de la naturaleza de Dios.

Rincewind consideró aquella idea novedosa.

— ¿Nada de sacrificios? -inquirió.

— En absoluto.

Rincewind se rindió.

— Bueno, pues a mí no me parecen muy santos.

Se oyó el estruendo de una banda de trompetas de bronce. El mago miró a su alrededor. Una hilera de druidas desfiló lentamente ante ellos, sus largas hoces adornadas con cadenetas de muérdago. Varios druidas jóvenes y aprendices les seguían, tocando toda una variedad de instrumentos de percusión, que se suponía tradicionalmente que espantaban a los malos espíritus, y con toda probabilidad lo conseguían.

La luz de las antorchas proyectaba dibujos teatrales sobre las piedras, que se erguían ominosas contra el cielo verdoso. En dirección Eje, las deslumbrantes cortinas de la aurora coriolis empezaban a titilar, destacando contra las estrellas como un millón de cristales de hielo danzando en el campo mágico del Disco.

— Belafon me lo ha explicado todo -susurro Dosflores-. Vamos a presenciar una ceremonia antiquísima que celebra la Unidad del Hombre con el Universo. Eso fue lo que me dijo.

Rincewind observó la procesión con amargura.

Mientras los druidas se repartían alrededor de la gran losa que dominaba el centro del círculo, no pudo evitar darse cuenta de que en el centro había una joven muy atractiva, aunque un tanto pálida. Llevaba una larga túnica blanca, un torque de oro en torno al cuello y una expresión de preocupación en el rostro.

— ¿Es una druida? -se interesó Dosflores.

— No creo -respondió lentamente Rincewind.

Los druidas empezaron a entonar un cántico que a Rincewind le pareció especialmente sordo, desagradable... y a punto de iniciar un brusco crescendo. El espectáculo de la joven tendida sobre la gran piedra no contribuyó en absoluto a descarrilar aquel tren de pensamiento.

— Quiero quedarme -dijo Dosflores-. Creo que las ceremonias como ésta se remontan hasta una simplicidad primitiva que...

— Sí, sí -le interrumpió Rincewind-. Pero, por si te interesa saberlo, van a sacrificar a la chica.

Dosflores le miró, atónito.

— ¿Cómo, a matarla?

— Si.

— ¿Por qué?

— A mi no me mires. Para que crezcan las cosechas, o para que salga la luna, o cualquier cosa de ésas. O quizá sencillamente les gusta matar a la gente. Es una religión.

Fue consciente de un murmullo grave, no tan oído como sentido. Parecía venir de la piedra que tenía más cerca. Pequeños puntos luminosos brillaban en su superficie, como escamas de mica.

Dosflores abría y cerraba la boca.

— ¿Y no pueden usar flores, fresas y cosas así? -preguntó-. ¿Una cosa simbólica?

— No.

— ¿Lo han intentado alguna vez?

Rincewind suspiró.

— Mira -dijo-, ningún sacerdote supremo que se respete va a organizar toda la cuestión de las trompetas, las procesiones, los cráneos y todo eso para luego clavar el cuchillo en un narciso y un par de ciruelas. Tendrás que hacerte a la idea de que el asunto de las cepas doradas, los ciclos de la naturaleza y todo eso siempre acaba en sexo y violencia, generalmente al mismo tiempo.

Para su sorpresa, vio que a Dosflores le temblaban los labios. Dosflores no sólo veía el mundo a través de unas gafas color rosa: Rincewind sabia que lo veía a través de un cerebro color rosa, y lo oía con orejas color rosa.

El cántico se acercaba inexorablemente al crescendo. El jefe druida comprobaba el filo de la hoz, y todos los ojos estaban fijos en el dedo de piedra en las cumbres nevadas situadas más allá del círculo, donde la luna no tardaría en hacer su aparición estelar.

— Es inútil que...

Pero Rincewind hablaba solo.

De todos modos, el gélido paisaje fuera del circulo no estaba del todo exento de vida. Por una parte, un grupo de magos alertados por Trymon se acercaban en aquel momento.

Pero una figura menuda y solitaria vigilaba también desde el útil escondrijo que le proporcionaba una piedra caída. Una de las leyendas más grandes del Disco observaba con considerable interés los acontecimientos que se desarrollaban en el circulo de piedra.

Vio cómo los druidas cerraban el corro y entonaban el cántico, vio cómo el jefe druida alzaba su hoz...

Oyó la voz.

— ¡Disculpad un momento, por favor! ¿Puedo decir una cosa?

Rincewind miró desesperadamente a su alrededor buscando una salida. No la había. Dosflores estaba de pie junto a la piedra que servía de altar, con un dedo alzado y una actitud de educada determinación.

Rincewind recordó el día en que Dosflores había pasado junto a un carretero que apaleaba a los bueyes con demasiada fuerza, y la presentación que el turista hizo de sus teorías acerca de la protección de los animales dejó al mago magullado y sangrante.

Los druidas miraban a Dosflores con la clase de expresión que se suele reservar para una oveja que se ha vuelto loca o una lluvia de ranas. Rincewind no alcanzaba a oír lo que decía, pero unas cuantas frases como «costumbres folklóricas» y «flores y frutos» le llegaron desde el silencioso círculo.

En aquel momento, unos dedos que parecían palitos de queso se cerraron en torno a la garganta del mago, y algo extremadamente afilado y cortante le arañó la nuez, mientras una voz húmeda susurraba junto a su oído:

— Ni una palabda o edez hombde muedto.

Los ojos de Rincewind giraron en sus órbitas como si estuvieran buscando un camino de salida.

— Si no quieres que diga nada, ¿cómo sabrás que he comprendido lo que acabas de decirme? -siseó.

— ¡Calla y dime qué hace el otdo idiota!

— Oye, espera, si tengo que callarme no puedo...

El cuchillo junto a su garganta se convirtió en una raya caliente de dolor, y Rincewind decidió dar un pase pernocta a la lógica.

— Se llama Dosflores. No es de por aquí.

— Ya me padecía a mí. ¿Ez amigo tuyo?

— Tenemos una especie de relación odio-odio, sí.

Rincewind no alcanzaba a ver a su agresor, pero por lo que sentía a su espalda, tenía el cuerpo hecho de percheros. Además, apestaba a caramelos de menta.

— Hay que deconoced que tiene agallaz. Haz exactamente lo que te digo y quizá laz agallaz de tu amigo no acaben eztampadaz en la piedda.

— Urrr.

— Ezta gente no ez muy ecuménica, ¿zabez?

Fue en aquel momento cuando la luna, con la debida obediencia a las leyes de la persuasión, salió; aunque, por deferencia a las leyes informáticas, no fue por un lugar ni siquiera remotamente cercano a las piedras colocadas a tal efecto.

Pero lo que había allí, escudriñando entre los jirones de nubes, era una brillante estrella roja. Pendía exactamente sobre la piedra sagrada del círculo, deslumbrante como una chispa en las órbitas oculares de la Muerte. Era sombría, terrible y, como no pudo evitar advertir Rincewind, un poco más grande que la noche anterior.

Un grito de horror se elevó de entre los sacerdotes reunidos. En la periferia, la multitud se apretujé hacia adelante: aquello parecía prometedor.

Rincewind sintió que le ponían el mango de un cuchillo en la mano, y oyó la voz chirriante a su espalda.

— ¿Haz hecho alguna vez ezta claze de cozaz?

— ¿Qué clase de cosas?

— Atacad un templo, matad a loz zaceddotez, dobad el odo y dezcatad a la chica.

— No, al menos no con esas palabras.

— Puez ze hace azí.

A cinco centímetros de la oreja de Rincewind, la voz se convirtió en el aullido de un mandril que acabara de pisar una trampa en un desfiladero con buena resonancia, y una forma menuda pero fuerte salió corriendo junto a él.

A la luz de las antorchas, vio que se trataba de un hombre muy viejo, de la variedad huesuda que se suele denominar «vital para su edad», con la cabeza completamente pelada, una barba que le llegaba casi hasta las rodillas y unas piernecillas como alambres en las cuales las venas varicosas habían dibujado el mapa de una ciudad bastante grande. A pesar de la nieve, no llevaba más que un taparrabos de cuero y un par de botas en las que habrían cabido sin problemas otros dos pies.

Los dos druidas más cercanos a él intercambiaron miradas y blandieron las hoces. Hubo una mancha borrosa y se derrumbaron, convertidos en bolas de agonía que emitían sonidos castañeteantes.

En el tumulto que siguió, Rincewind consiguió deslizarse hacia la piedra altar, sujetando el cuchillo con dos dedos como para no provocar ningún comentario desaprobador.

La verdad es que nadie le prestaba demasiada atención: los druidas que no habían huido del círculo, generalmente los más jóvenes y musculosos, se habían congregado en torno al anciano con intención de discutir el tema del sacrilegio en relación con los círculos de piedra. Pero, a juzgar por las risitas temblorosas y el ruido de golpes, era él quien dirigía el debate.

Dosflores observaba la pelea con interés. Rincewind le agarró por un hombro.

— ¡Vámonos! -grito.

— ¿No deberíamos ayudar?

— Estoy seguro de que no haríamos más que estorbar -se apresuré a decir Rincewind-. Ya sabes lo molesto que es cuando estás trabajando y la gente no hace más que intentar mirar lo que haces.

— Como mínimo tenemos que rescatar a la joven -replicó Dosflores con firmeza.

— ¡Muy bien, pero deprisa!

Librodot

Dosflores cogió el cuchillo y corrió hacia la piedra altar. Tras varios intentos de aficionado, consiguió cortar las cuerdas que ataban a la chica, quien se sentó y rompió a llorar.

— No pasa nada... -empezó a decir el turista.

— ¡Claro que pasa, imbécil! -le espetó ella, mirándole con unos ojos ribeteados de rojo-. ¿Por qué la gente siempre tiene que estropearlo todo?

Resentida, se soné la nariz con el borde de la túnica. Dosflores, avergonzado, alzó la vista hacia Rincewind.

— Mmm... me parece que no lo comprendes bien -dijo-. Te acabamos de salvar de una muerte segura.

— No ha sido fácil -sollozó ella-. Quiero decir, mantenerte... -Se sonrojó y retorció el dobladillo de su túnica-. O sea, seguir..., no dejar que te..., no perder las... cualificaciones...

— ¿Cualificaciones? -interrogó Dosflores, ganando el Trofeo Rincewind a la persona más lenta de entendederas del universo.

La chica entrecerró los ojos.

— A estas horas podría estar ya con la Diosa Luna, bebiendo aguamiel en una copa de plata -dijo malhumorada-. ¡Ocho años de quedarme en casa las noches de los sábados, todo a la basura!

Alzó la vista hacia Rincewind y lanzó un gruñido despectivo.

En aquel momento, el mago sintió algo. Quizá fue el tenue roce de una pisada tras él, quizá un movimiento reflejado en los ojos de la chica..., el caso es que se agachó.

Algo silbó en el aire atravesando el lugar donde había estado su cuello y rozó el cráneo calvo de Dosflores. Rincewind se volvió en redondo y vio cómo el archidruida preparaba de nuevo su hoz para descargar otro tajo. Ante la ausencia de cualquier posibilidad de huida, lanzó una patada desesperada.

Alcanzó de lleno al druida en la rodilla. El hombre gritó y dejó caer el arma. En aquel momento se oyó un desagradable ruidillo carnoso, y se derrumbó hacia adelante. Tras él, el hombrecillo de la larga barba arrancó su espada del cadáver, la limpió con un puñado de nieve y dijo:

— El lumbago me eztá matando. Puedez llevad el tezodo.

— ¿Tesoro? -inquirió débilmente Rincewind.

— Laz gadgantillaz y ezaz cozaz. Todoz loz colladez de odo. Tienen montonez de elloz. Azí zon loz zaceddotez... -dijo el viejo desdentado-. ¿Quién ez la chica?

— No quiere que la rescatemos -explicó Rincewind.

La chica miró desafiante al anciano bajo unos párpados recargados de maquillaje.

— A tomad pod culo -dijo el viejo.

Con un solo movimiento se la echó al hombro..., se tambaleó, lanzó un grito de dolor tras la protesta de su artritis, y cayó.

Tras un momento en posición supina, dijo:

— No te quedez ahí padada, maldita zodda..., ayúdame a levantadme.

Para asombro de Rincewind, y probablemente también para el suyo propio, la chica obedeció.

Entretanto, el mago intentaba levantar a Dosflores. El turista tenía en la sien un rasguño que no parecía muy profundo, pero estaba inconsciente, con el rostro congelado en una sonrisa ligeramente preocupada. Su respiración era superficial y... extraña.

Y parecía muy ligero. No sólo poco pesado, sino casi sin peso. Era como si el mago estuviera sosteniendo una sombra.

Rincewind recordó haber oído que los druidas usaban venenos raros y terribles. Por supuesto también había oído, generalmente de labios de las mismas personas, que los criminales tenían los ojos muy juntos, que los rayos jamás caían dos veces sobre el mismo sitio y que silos dioses hubieran querido que el hombre volase le habrían proporcionado billetes de avión. Pero la ligereza de Dosflores asustó a Rincewind. Le asustó muchísimo.

Miró a la chica. Se había echado al viejo a un hombro, y dirigió una sonrisita apologética al mago. Desde algún lugar cercano a la base de su espalda, una voz cascada dijo:

— ¿Lo tienez todo ya? Puez vámonoz antez de que vuelvan.

Rincewind cogió a Dosflores bajo un brazo y trotó tras ellos. No parecía tener otra opción.

El viejo tenía un caballo atado a un arbolillo retorcido, en un desfiladero lleno de nieve a cierta distancia de los círculos. Era un animal esbelto y lustroso, y la impresión general de que era un soberbio corcel de batalla quedaba enturbiada sólo en parte por el anillo hemorroide atado a la silla.

— Muy bien, ya puedez bajadme. Hay una botella de linimento en la alfodja, zí no te impodta...

Rincewind dejó caer a Dosflores apoyándolo contra el árbol con toda la suavidad posible y, a la luz de la luna -sumada al resplandor rojizo de la amenazadora estrella nueva, según advirtió-, tuvo oportunidad de examinar bien por primera vez a su salvador.

Sólo tenía un ojo, el otro estaba cubierto por un parche negro. Su flaco cuerpecillo era un entramado de cicatrices y, en aquel momento, la tendinitis lo tenía hecho polvo. Obviamente, sus dientes habían dimitido hacía tiempo.

— ¿Cómo te llamas? -preguntó.

— Bethan -respondió la chica, frotando un puñado de maloliente ungüento verdoso sobre la espalda del anciano.

Por su aspecto, el linimento no era parte de la historia cuando eres una virgen recién rescatada del sacrificio por un héroe con un corcel blanco..., pero también parecía pensar que, si el linimento entraba en juego, lo mejor era usarlo bien.

— Le preguntaba a él -dijo Rincewind.

Un ojo brillante como una estrella se clavó en él.

— Mi nombde ez Cohen, chico.

Las manos de Bethan se detuvieron en el acto.

— ¿Cohen? -pregunté-. ¿Cohen el Bárbaro?

— El mizmo.

— Espera, espera -interrumpió Rincewind-. Cohen es un tipo corpulento, con un cuello de toro, los músculos de su pecho son como sacos de balones de fútbol. Es el mejor guerrero

del Disco, una leyenda viviente. Mi abuelo me contó que le había visto..., mi abuelo me contó..., mi abuelo...

Se detuvo ante la mirada penetrante del viejo.

— Oh -dijo-. Oh. Claro. Perdón.

— Zí -suspiró Cohen-. Ez ciedto, chico. Máz que una leyenda, zoy hiztodia.

— Cielos -se asombró Rincewind-. ¿Cuántos años tienes, exactamente?

— Ochenta y ziete.

— ¡Pero si eras el más grande! -exclamó Bethan-. ¡Los bardos todavía cantan canciones sobre ti!

Cohen se encogió de hombros y lanzó un gemido de dolor.

— Y nunca me pagadon doyaltiez -dijo. Contempló la nieve con tristeza-. Éza ez la zaga de mi vida. Ochenta añoz en el negocio, ¿y qué he zacado en limpio? Lumbago, almoddanaz, úlceda de eztómago y cien decetaz difedentez pada haced zopa. ¡Zopa! ¡Odio la zopa!

Bethan arqueó las cejas.

— ¿Zopa?

— Sopa -tradujo Rincewind.

— Ezo, zopa -asintió Cohen, deprimido-. Ez pod miz dientez, ¿zabez? Nadie te toma en zedio zi no tienez dientez, te dicen «ziéntate junto a la chimenea, abuelo, y toma un poco de zo... » -Miró a Rincewind con brusquedad-. Tienez una toz muy fea, chico.

Rincewind apartó la vista, incapaz de mirar directamente a Bethan. Entonces, el corazón se le encogió. Dosflores seguía recostado contra el árbol, pacíficamente inconsciente, con un aspecto tan reprobador como permitían las circunstancias.

Cohen también pareció recordarlo. Se puso en pie, inseguro, y se dirigió hacia el turista. Le abrió los ojos, examinó la herida, le tomó el pulso.

— Ze ha ido -dijo.

— ¿Muerto? -preguntó Rincewind.

En la sala de debates de su mente, una docena de emociones se pusieron de pie y empezaron a gritar a la vez. Alivio estaba en pleno discurso cuando Conmoción le interrumpió justo antes de que Sorpresa, Terror y Dolor iniciaran una pelea que sólo finalizó cuando Vergúenza entró de repente a ver qué era todo aquel jaleo.

— No -respondió Cohen-. No exactamente. Zólo ze ha... ido.

— ¿Adónde?

— No zé. Pedo conozco a alguien que quizáz tenga un mapa.

Mucho más lejos, en la nieve, una docena de puntitos de luz roja brillaban en las sombras.

— No está lejos -dijo el mago guía escudriñando una pequeña esfera de cristal.

Se oyó un murmullo generalizado en las filas tras él, murmullo que a grandes rasgos significaba que, por lejos que estuviera Rincewind, no lo estaría más que un agradable baño caliente, una buena comida y una cama seca.

En aquel momento, el mago que cerraba la marcha se detuvo de golpe.

— ¡Escuchad!

Escucharon. Por un lado estaban los sutiles sonidos del invierno que empezaban a adueñarse de la tierra, el crujido de las rocas, el forcejeo sordo de las pequeñas criaturas en sus túneles bajo el manto de nieve. Estaba también el sonido cellisqueante plateado de la luz de la luna. Y asimismo el siseo de media docena de magos tratando de no hacer ruido al respirar.

— No oigo nada que... -empezó uno.

— ¡Shhh!

— Vale, vale...

En aquel momento, todos lo oyeron. Un tenue crujido distante, como si alguien corriera muy deprisa sobre la costra de nieve.

— ¿Lobos? -inquirió un mago.

Todos imaginaron centenares de cuerpos flacos y hambrientos saltando en la noche.

— N-no -dijo el jefe-. Es demasiado regular. Quizá se trate de un mensajero.

Ahora se oía mas cerca, un ritmo crujiente como si alguien comiera cereales tostados a toda velocidad.

— Lanzaré una bengala -dijo el jefe.

Cogió un puñado de nieve, formó una bola, la lanzó al aire y le prendió fuego con un rayo de luz octarina que brotó de sus dedos. Hubo un relámpago azul, breve, potente.

Se hizo el silencio.

— Maldita sea, idiota, ahora no veo nada -dijo al final otro mago.

Eso fue lo último que oyeron antes de que algo rápido, duro y ruidoso los atacara como un cañonazo desde la oscuridad, perdiéndose luego en la noche.

Cuando se sacaron de la nieve unos a otros, todo lo que encontraron fue un profundo rastro de pequeñas huellas. Cientos de pequeñas huellas, muy juntas, que avanzaban por la nieve rectas como un rayo de luz.

— ¡Una nigromante! -dijo Rincewind.

La vieja sentada al otro lado de la hoguera se encogió de hombros y se sacó un mazo de naipes grasientos de algún bolsillo recóndito.

Pese al terrible frío del exterior; la atmósfera dentro de la yurta era como el sobaco de un herrero, y el mago sudaba profusamente. Los excrementos de caballo eran un buen combustible, pero el Pueblo Caballo tenía mucho que aprender sobre el aire acondicionado, empezando por el significado del concepto.

Bethan se inclinó hacia un lado.

— ¿Qué es un negro amante? -susurró.

— Nigromante. La persona que habla con los muertos.

— Oh -respondió algo desilusionada.

Habían cenado carne de caballo, queso de caballo, budín negro de caballo, caballa y una cerveza clara sobre la que Rincewind no quería especular. Cohen (quien había tomado sopa de caballo) explicó que las Tribus Caballo de las estepas ejeñas nacían ya en la silla, cosa que a Rincewind le parecía ginecológicamente imposible, y eran particularmente adeptos a la magia

natural, puesto que la vida en las estepas abiertas te hace comprender lo bien que encaja el cielo con la tierra en los bordes, y eso por supuesto inspira a la mente pensamientos como «¿Por qué?», «¿Cuándo?» y «¿Qué tal si probamos chuletas de ternera para variar?»

La abuela del jefe hizo una señal a Rincewind y extendió las cartas ante ella.

Como ya se ha mencionado, Rincewind era el peor mago del Disco: ningún hechizo más quería quedarse en su mente desde que el Hechizo se alojaba en ella, de la misma manera que los peces no remolonean mucho por el estanque de un lucio. Pero, aun así, tenía su orgullo, y a los magos no les gusta que las mujeres practiquen la magia, aunque sea en su forma más humilde. La Universidad Invisible jamás había admitido mujeres, poniendo excusas del tipo de problemas con los cuartos de baño, pero la auténtica razón era un temor jamás expresado de que, si se permitiera a las mujeres andar por ahí haciendo magia, probablemente se les daría embarazosamente bien...

— De todos modos, no creo en las cartas del Caroc -murmuró-. Todo eso de que son la sabiduría destilada del universo es un montón de basura.

La primera carta, amarillenta por el humo y arrugada por los años, fue...

Debía ser la Estrella. Pero, en vez del conocido disco redondo con rayitos, se había convertido en un pequeño punto rojo. La vieja murmuró algo y rascó la carta con una uña. Miró acusadoramente a Rincewind.

— Yo no tengo nada que ver -dijo éste.

Ella sacó la Importancia de Lavarse las Manos, el Ocho de Octogramas, la Cúpula Celestial, el Estanque de la Noche, el Cuatro de Elefantes, el As de Tortugas y -Rincewind lo estaba esperando- la Muerte.

Y aquella Muerte tenía algo raro. Debía haber sido un dibujo bastante realista de la Muerte con su caballo blanco, y sí, allí estaba Ella. Pero el cielo tenía un tono rojizo y a lo lejos, en una colina distante, había una figurilla apenas visible a la luz de las lámparas de sebo de caballo. Rincewind no necesitó identificarla, porque detrás tenía una caja con cientos de patitas.

El Equipaje seguiría a su propietario a cualquier lugar.

Rincewind miró a Dosflores, una forma pálida tendida al otro lado de la tienda sobre un montón de pieles de caballo.

— ¿Está muerto de verdad? -preguntó.

Cohen se lo tradujo a la anciana, quien meneó la cabeza. Se inclinó hacia un pequeño cofre de madera que tenía ante ella y hurgó en su interior entre la colección de bolsas y botellas hasta encontrar un frasquito verde, que vació en la cerveza de Rincewind. Este miró el líquido con gesto de sospecha.

— La mujed dice que ez una ezpecie de medicina -explicó Cohen-. Yo en tu lugad me lo bebedía, ezta gente ze molezta mucho zí no aceptaz zu hozpitalidad.

— ¿No me volará la cabeza? -preguntó Rincewind.

— Dice que ez ezencial que te lo bebaz.

— Bueno, si tú estás seguro... No hay manera de que esta cerveza sepa peor.

Tomó un sorbo, consciente de que todos los ojos estaban clavados en él.

— Mmm -dijo-. La verdad es que no está tan ma...

Algo le agarró y le lanzó al aire. Pero en otro sentido seguía sentado junto al fuego...; podía verse a si mismo allí, una figura menguante en el circulo iluminado que empequeñecía por momentos. Los muñecos de juguete que lo rodeaban miraban su cuerpo con atención. Excepto la vieja: había alzado la vista, le miraba directamente a él y sonreía.

Los magos mayores del Mar Circular no sonreían en absoluto. Empezaban a ser conscientes de que se enfrentaban con algo completamente nuevo y temible: un joven al mando.

En realidad, ninguno sabía con exactitud la edad de Trymon, pero su escaso pelo era todavía negro, y su piel tenía un aspecto cerúleo tal que, con mala luz, cualquiera hubiera dicho que estaba en la flor de la juventud.

Los seis jefes de las Ocho Órdenes que habían sobrevivido estaban sentados junto a una mesa larga, brillante, nueva, situada en lo que había sido el estudio de Galder Ceravieja, y todos se preguntaban qué tenía Trymon para que todos sintieran aquellos deseos de patearle.

No era porque fuese ambicioso y cruel. Las personas crueles eran estúpidas, todos sabían bien como utilizar a las personas crueles, y cómo hacer buen uso de las ambiciones. Uno no era mago de Octavo Nivel durante mucho tiempo a menos que fuera experto en una especie de judo mental.

No era porque fuese sanguinario, hambriento de poder o especialmente malvado. En un mago, estas cosas no son necesariamente defectos. En general, los magos no eran más malvados que el comité de selección de cualquier club exclusivo, por poner un ejemplo, y cada uno había llegado al máximo en su profesión vocacional siguiendo la regla básica de aprovechar siempre, siempre, las debilidades de sus adversarios.

No era porque fuese extraordinariamente sabio. Todos los magos se autoconsideraban unos fuera de serie en lo que a sabiduría se refiere; era parte del trabajo.

No era siquiera porque tuviese carisma. Ellos reconocían el carisma a primera vista, y Trymon tenía tanto como un huevo de pato.

En realidad, era por eso...

No era bueno, malo o cruel en extremo más que en un aspecto: había elevado la anodinidad a la categoría de arte, y cultivaba una mente tan monótona y despiadada como las pendientes del infierno.

Y lo más extraño era que todos y cada uno de los magos, quienes en el curso de su trabajo habían conocido a más de una entidad con aliento de fuego, alas de murciélago y garras de tigre en la intimidad de un octograma mágico, nunca se habían sentido tan incómodos como cuando, diez minutos más tarde, Trymon entró en la habitación.

— Siento llegar tarde, caballeros -mintió frotándose las manos enérgicamente-. Hay tantas cosas que hacer, tanto que organizar..., sé que lo comprendéis.

Los magos se miraron de soslayo mientras Trymon se sentaba a la cabecera de la mesa y repasaba ajetreadamente algunos papeles.

— ¿Qué le pasó a la silla del viejo Galder, la de los brazos de león y patas de pollo? -preguntó Jiglad Wert.

Había desaparecido, junto con la mayor parte del mobiliario conocido, y en su lugar había varias sillas bajas de cuero que parecían increíblemente cómodas hasta que llevabas cinco minutos sentado en ellas.

— ¿Esa? Oh, la mandé quemar -respondió Trymon sin alzar la vista.

— ¿Quemar? ¡Pero si era un artefacto mágico de incalculable valor, una auténtica...!

Librodot

— Me temo que no era más que un trasto -interrumpió Trymon obsequiándole con una fugaz sonrisa-. Estoy seguro de que los auténticos magos no necesitan esas cosas. Ahora, si nos podemos centrar en los asuntos del día...

— ¿Qué es este papel? -preguntó Jiglad Wert, de los Burlones, sacudiendo el documento que le habían puesto delante, y agitándolo con más fuerza si cabe porque su propia silla, allá en su confortable y atestada torre, era aún más ornada que la de Galder.

— Es una agenda, Jiglad -explicó Trymon con paciencia.

— ¿Y para qué vale una agenda?

— No es más que una lista de las cosas sobre las que tenemos que discutir. Se trata de algo muy sencillo, lamento que te parezca...

— ¡Jamás había necesitado una!

— Creo que si la has necesitado, lo que pasa es que no la has usado -dijo Trymon con la voz cargada de razonabilidad.

Wert titubeó.

— Bueno, muy bien -asintió malhumorado, mirando a los reunidos en busca de apoyo-. Pero ¿qué dice aquí de...? -Escudriñó la escritura más de cerca-. «Sucesor de Grishald Spold.» Será el viejo Runlet Vard, ¿no? Lleva años esperando.

— Sí, pero... ¿es apto? -señaló Trymon.

— ¿Cómo?

— Estoy seguro de que todos comprendemos bien la importancia de una dirección apropiada -siguió Trymon-. Bueno, Vard es... digno, por supuesto, a su manera, pero...

— Eso no es asunto nuestro -intervino otro de los magos.

— No, pero podría serlo -insistió Trymon.

Se hizo el silencio.

— ¿Interferir en los asuntos de otra Orden? -dijo al final Wert.

— Por supuesto que no -negó Trymon-. Sólo sugiero que podríamos ofrecer... consejo. Pero lo discutiremos más adelante...

Los magos jamás habían oído las palabras «poder de base», de lo contrario Trymon no se habría salido con la suya. Pero el simple hecho de ayudar a otros a conseguir poder, aunque fuera para fortalecerse uno mismo, les resultaba una noción desconocida. Por lo que a ellos respectaba, cada mago se defendía por su cuenta. Olvídense de las entidades paranormales hostiles, un mago ambicioso tenía más que suficiente con luchar con los enemigos que encontraba dentro de su propia orden.

— Creo que antes de nada debemos considerar el asunto de Rincewind -dijo Trymon.

— Y el de la estrella -señaló Wert-. La gente se empieza a dar cuenta.

— Si, y dicen que nosotros deberíamos hacer algo -intervino Lumuel Panter, de la Orden de Medianoche-. ¿Qué, me pregunto yo?

— Oh, eso es fácil -dijo Wert-. Opinan que deberíamos leer el Octavo. Es lo que dicen siempre. ¿Las cosechas son malas? Leed el Octavo. ¿Las vacas enferman? Leed el Octavo. Los Hechizos lo arreglarán todo.

— Puede que tengan parte de razón -dijo Trymon-. Mi... eh... difunto predecesor hizo un amplio estudio sobre el Octavo.

— Como todos nosotros -replicó Panter con brusquedad-. Pero ¿de qué sirve? Los Ocho Hechizos tienen que funcionar a la vez. Oh, si, acepto que si todo lo demás falla lo intentemos, pero hay que pronunciar los Ocho a la vez..., y uno de ellos está en la cabeza de Rincewind.

— Y no le encontramos -asintió Trymon-. Esa es la cuestión, ¿verdad? Estoy seguro de que todos lo hemos intentado, cada uno por nuestra cuenta.

Los magos se miraron unos a otros, avergonzados.

— Sí. Muy bien -dijo al final Wert-. Las cartas sobre la mesa. Yo no soy capaz de localizarle.

— Yo he intentado técnicas de adivinación -dijo otro-. Nada.

— Yo he enviado a unos espíritus conocidos en su busca -afirmó un tercero.

Todos los demás se incorporaron. Si se trataba de confesar errores, al menos se encargarían de dejar bien claro que habían fracasado heroicamente.

— ¿Nada más? Yo he enviado demonios.

— Yo he mirado en el Espejo de Vigilancia.

— Anoche lo busqué en las Runas de M'haw.

— Quiero que quede constancia de que yo he probado las Runas, el Espejo, y además las entrañas de un muchaspatas.

— Yo he hablado con las bestias del campo y las aves del cielo.

— ¿Algún resultado?

— No.

— Bueno, yo he interrogado a los mismísimos huesos de la tierra, a las piedras profundas y a las montañas de más allá.

Se hizo un silencio gélido. Todos miraron al mago que acababa de hablar. Era Ganmack Arbolhallet, de los Venerables Videntes, quien se removió inquieto en su asiento.

— Si, con campanas, supongo -dijo alguien.

— No he dicho que respondieran, ¿verdad?

Trymon miró a los presentes.

— Yo he enviado a alguien a buscarle -dijo.

Wert lanzó un bufido despectivo.

— No se puede decir que eso funcionara muy bien las dos últimas veces.

— Porque siempre nos apoyamos en la magia, pero es obvio que Rincewind tiene algún tipo de

protección que le esconde de eso. Lo que no puede esconder son sus huellas.

— ¿Has enviado a un rastreador?

— En cierto modo.

— ¿A un héroe?

Wert se las arregló para poner mucha intención en una sola palabra. En otro universo, el mismo tono de voz habría empleado un sureño para decir «maldito yanqui».

Los magos miraron a Trymon boquiabiertos.

— Sí -asintió éste con tranquilidad.

— ¿Con qué autoridad? -exigió saber Wert.

Trymon volvió sus ojos grises hacia él.

— Con la mía. No necesito otra.

— ¡Esto es..., esto es muy irregular! ¿Desde cuándo los magos necesitan contratar a héroes para que les saquen las castañas del fuego?

— Desde que los magos descubrieron que la magia no funcionaba.

— Una demora temporal, nada más.

Trymon se encogió de hombros.

— Es posible -dijo-, pero no tenemos tiempo para averiguarlo. Demostradme que me equivoco. Encontrad a Rincewind con espejos mágicos o hablando con los pájaros. Pero, en cuanto a mí, tengo intención de ser sensato. Y los hombres sensatos hacen lo que es necesario en cada momento.

Es un hecho bien conocido que los guerreros y los magos no se llevan bien, porque un bando considera que el otro es una colección de imbéciles sanguinarios que no pueden caminar y pensar al mismo tiempo, mientras que el segundo sospecha por naturaleza de un conjunto de hombres que hablan entre dientes y llevan vestidos largos. Oh, bueno, dicen los magos..., si nos ponemos así, ¿qué hay de todos esos collares de tachuelas y músculos aceitados en la Asociación de Jóvenes Paganos? A lo cual los héroes replican: Mira quién fue a hablar, un puñado de blandengues que ni siquiera se atreven a acercarse a una mujer, ¿y por qué?, ja, porque dicen que su poder místico quedará mermado. Esto ya es demasiado, dicen los magos, estamos hartos de vosotros y de vuestros morrales de piel. ¿Ah, si?, dicen los héroes, ¿y por qué no...? Etcétera, etcétera. Este tipo de situación había durado siglos, y provoco unas cuantas batallas importantes de resultas de las cuales grandes territorios quedaron inhabitables por culpa de los armónicos mágicos.

De hecho, el héroe que en aquellos mismos momentos galopaba hacia las Llanuras del Vértice nunca se había metido en esa clase de disputas, porque no se las tomaba en serio, pero sobre todo porque este héroe en concreto era una heroína. Una heroína pelirroja.

Por cierto, en esta clase de cosas existe la tendencia de mirar por encima del hombro del dibujante que está haciendo la cubierta y empezar a hablar sobre cuero, botas hasta los muslos y espadas desnudas.

Adjetivos como «llenos», «redondos» e incluso «vivaces» empiezan a colarse en la narración hasta que el escritor tiene que darse una ducha fría y acostarse un rato.

Lo cual es bastante estúpido, porque ninguna mujer que se gane la vida con su espada va a ir por ahí con aspecto de haberse escapado de un catálogo de lencería de esos que se envían por correo y en sobres discretos.

Oh, bueno, muy bien. Lo que debe quedar bien claro es que aunque Herrena estaría imponente tras un buen baño, una manicura intensiva y lo mejor de la Woo Hun Lenz, Productos Exóticos y Artes Marciales, en la Calle Héroes, ahora mismo tenía la sensatez de vestir una ligera cota de malla, botas blandas y una espada corta.

De acuerdo, quizá las botas fueran de cuero. Pero no negras.

Junto a ella cabalgaban gran número de hombres atezados que con toda seguridad morirían antes de mucho tiempo, así que no es esencial que los describamos. Baste decir que no tenían nada de «vivaces».

Bueno, si os apetece pueden ir vestidos de cuero.

Herrena no estaba muy contenta con ellos, pero eran lo único que había conseguido contratar en Morpork. Muchos de los ciudadanos se habían marchado ya de la ciudad para refugiarse en las colinas, aterrados ante la nueva estrella.

Pero Herrena cabalgaba hacia las colinas por una razón muy diferente. Hacia la Periferia de las Llanuras estaban las yermas Montañas Hueso-de-troll. Herrena, que durante muchos años se había ganado la incomparable igualdad de oportunidades que sólo consiguen las mujeres capaces de hacer cantar a una espada, estaba confiando en sus instintos.

Tal como se lo había descrito Trymon, ese Rincewind era una rata, y a las ratas les gusta estar a cubierto. De cualquier manera las montañas estaban muy lejos de Trymon y, pese a que ahora era su jefe, eso alegraba a Herrena. El tipo tenía unos modales que le hacían sentir cosquillas en los puños.

Rincewind sabía que debería estar aterrado, pero le resultaba difícil porque, aunque no era consciente de ello, las emociones como el pánico, el terror y la furia tienen mucho que ver con cosas segregadas por glándulas, y todas las glándulas de Rincewind se habían quedado en su cuerpo.

No estaba muy seguro sobre dónde se encontraba su cuerpo real, pero cuando miró hacia abajo vio una fina hebra azul que salía de lo que en beneficio de la cordura seguiría llamando su tobillo, y se perdía en la oscuridad que le rodeaba. Parecía razonable suponer que su yo físico se encontraba al otro extremo.

No era un cuerpo particularmente bueno, él era el primero en admitirlo, pero había un par de órganos con cierto valor sentimental, y comprendió que si la cuerdecita azul se rompía, pasaría el resto de su vi..., de su existencia paseando por tableros de ouija, fingiendo ser la tía muerta de alguien y todas esas cosas que hacen las almas perdidas para pasar el rato.

El horror puro de la idea le golpeó con tal fuerza que apenas sintió el roce de sus pies sobre el suelo. Sobre algún tipo de suelo, por lo menos; decidió que, casi con toda probabilidad, no se trataba del suelo: el suelo, al menos por lo que él recordaba, no era negro ni giraba de aquella manera tan desconcertante.

Echó un vistazo a su alrededor.

Las escarpadas montañas se extendían en todas direcciones contra un cielo gélido plagado de estrellas crueles, estrellas que no aparecían en ningún mapa del firmamento en todo el multiverso. Pero, entre ellas, se encontraba el malévolo disco rojo. Rincewind se estremeció y apartó la vista. Ante él, el terreno descendía en una brusca pendiente, y un viento seco susurraba entre las rocas resquebrajadas por el frío.

Susurraba de verdad. Mientras las corrientes le agitaban la túnica y le revolvían el pelo, a Rincewind le pareció oír voces, tenues y lejanas, diciendo cosas como «¿Seguro que eso que echamos en la olla eran champiñones? Me siento un poco...» y «Si te asomas por aquí se ve un paisaje precioso...» y «No armes tanto jaleo, sólo es un arañazo...» y «Mira adónde apuntas ese arco, casi me...», etcétera.

Bajó alocadamente por la ladera, tapándose los oídos, hasta que vio algo que muy pocos seres vivos han visto.

El terreno se hundía bruscamente hasta convertirse en un vasto túnel, de casi dos kilómetros de ancho, hacia el cual el viento susurrante de las almas de los muertos soplaba con un ensordecedor murmullo retumbante, como si el mismo Disco respirase por allí. Pero una estrecha estribación de roca se vislumbraba sobre el agujero, terminando en un saliente de quizá unos treinta metros de largo.

Librodot

Allí arriba había un jardín con huertos, macizos de flores y una casita negra bastante pequeña.

Un sendero llevaba hasta ella.

Rincewind miró a su espalda. El brillante cordón azul seguía allí.

Igual que el Equipaje.

Estaba sentado en el camino, y le miraba.

Rincewind no había logrado acostumbrarse al Equipaje, siempre había tenido la sensación de que el baúl le despreciaba. Pero, por una vez, no le miraba a él. Tenía un aspecto patético, como un perro que acabara de volver a casa tras un agradable paseo por el campo para descubrir que la familia se ha mudado al continente contiguo.

— Muy bien -dijo Rincewind-. Vamos.

El baúl extendió sus patitas y le siguió sendero arriba.

Por algún motivo, Rincewind había supuesto que el jardín del saliente estaría lleno de flores muertas, pero en realidad parecía muy bien cuidado, y era obvio que lo había plantado alguien con buen ojo para los colores, siempre que esos colores fueran púrpura oscuro, negro noche o blanco mortaja. Grandes lirios perfumaban el aire. Había un reloj de sol sin gnomon en el césped recién segado.

Con el Equipaje pisándole los talones, Rincewind avanzó por el sendero de esquirlas de mármol hasta llegar detrás de la casita. Empujó una puerta abierta.

Cuatro caballos le miraron por encima de sus cebaderas. Estaban cálidos y vivos, eran las bestias mejor cuidadas que Rincewind había visto en su vida. Uno blanco, el más grande, tenía un establo para él solo, de cuya puerta colgaban unos arneses negros y plateados. Los otros tres estaban atados ante un pesebre de heno en el muro opuesto, como si acabaran de llegar visitantes. Miraron a Rincewind con vaga curiosidad animal.

El Equipaje tropezó contra su tobillo. El mago se dio la vuelta bruscamente.

— ¡Lárgate, maldito!

El Equipaje retrocedió. Parecía abatido.

Rincewind avanzó de puntillas hasta la otra puerta y la abrió cautelosamente. Daba a un pasillo de piedra que a su vez desembocaba en un amplio vestíbulo.

Se deslizó hacia adelante con la espalda bien pegada contra una pared. Tras él, el Equipaje se puso de puntillas y le siguió nervioso...

El vestíbulo...

Bueno, lo que preocupaba a Rincewind no era sólo el hecho de que fuese considerablemente más grande que toda la casita vista desde fuera. Tal como iban últimamente las cosas, si alguien le hubiera dicho que no se puede meter un litro de líquido en una jarra de cuarto se habría reído a carcajadas. Tampoco era la decoración estilo Cripta Tardío, basada principalmente en cortinajes negros.

Era el reloj. Un reloj enorme que ocupaba el espacio entre dos escalinatas de madera llenas de tallas de cosas que los hombres normales sólo ven tras una larga sesión de algo ilegal.

Tenía un larguísimo péndulo que se mecía con un lento tic-tac capaz de hacer rechinar los dientes, porque era el sonido deliberado, turbador, preparado para hacerte comprender con toda claridad que cada tic y cada tac te están quitando un segundo de vida. Era la clase de

ruido que sugiere sin lugar a dudas que en alguna parte, en algún hipotético reloj de arena, unos cuantos granos más acaban de desaparecer bajo tus pies.

No hace falta mencionar que el contrapeso del péndulo tenía los bordes afilados como navajas.

Algo le tocó en la base de la espalda. Se volvió, furioso.

— Maldito hijo de maletín, ya te he dicho...

No era el Equipaje. Era una joven con cabello de plata, con ojos de plata, bastante desconcertante.

— Oh -dijo Rincewind-. Mmm... ¿hola?

— ¿Estás vivo? -preguntó la chica.

Tenía la clase de voz que se suele asociar con sombrillas, aceite bronceador y bebidas refrescantes servidas en vasos altos.

— Bueno, eso espero -asintió Rincewind, preguntándose si sus glándulas se lo estaban pasando bien allí donde estuvieran-. A veces no estoy muy seguro. ¿Qué lugar es éste?

— Es la casa de la Muerte -respondió ella.

— Ah. -Se pasó la lengua por los labios secos-. Bueno, encantado de conocerte, pero creo que me tengo que ir ya...

La chica palmoteó.

— ¡Oh vamos, no! No vienen a menudo personas vivas. Los muertos son muy aburridos, ¿no te parece?

— Eh..., sí -asintió Rincewind fervorosamente, sin quitar el ojo de la puerta de salida-. Supongo que no son buenos conversadores.

— Siempre que si «Cuando yo estaba vivo...» y «En mis tiempos si que sabíamos cómo respirar...» -suspiró la chica, poniéndole una menuda mano blanca en el brazo y sonriéndole-. Y todos son tan chapados a la antigua... Nada divertidos. Muy formales.

— ¿Rígidos? -sugirió Rincewind.

La chica le empujaba hacia un arco.

— Desde luego ¿Cómo te llamas? Yo soy Ysabell.

— Mm... Rincewind. Perdona, pero si ésta es la casa de la Muerte, ¿qué haces tú aquí? No pareces nada muerta.

— Oh, yo vivo aquí. -Le miró fijamente-. Oye, no habrás venido a rescatar a tu amada perdida, ¿verdad? A mami eso le sienta fatal. Dice que menos mal que nunca duerme, porque, si no, tantos jóvenes héroes yendo y viniendo a rescatar a un montón de chicas tontas no la dejarían dormir.

— Pasa a menudo, ¿eh? -dijo Rincewind débilmente mientras atravesaban un pasillo negro.

— Constantemente. A mi me parece muy romántico. Sólo que, cuando te vas, es muy importante no mirar atrás.

— ¿Por qué no?

La chica se encogió de hombros.

— Ni idea. A lo mejor las vistas no son buenas. Oye, ¿tú eres un héroe?

— Pues... no. No exactamente. No, en absoluto, para ser sinceros; Menos aún, de hecho. Sólo vengo a buscar a un amigo mío -dijo en tono patético-. No le habrás visto, ¿verdad? Un tipo bajito, gordo, habla mucho, lleva gafas y ropa muy rara...

Mientras hablaba, fue repentinamente consciente de haber pasado por alto algo vital. Cerró los ojos y trató de recordar los últimos minutos de conversación. Entonces, le cayó encima como un saco de arena.

— ¿Mami?

La chica bajó la vista modestamente.

— En realidad, soy adoptada -explicó-. Me contó que me encontró cuando era un bebé. Una historia muy triste. -Se animó un poco-. Pero pasa, ven a conocerla..., esta noche han venido unos amigos suyos. Seguro que le interesará verte. No recibe a muchos visitantes. La verdad es que yo tampoco -añadió.

— Perdona -interrumpió Rincewind-, ¿te he entendido bien? ¿Estamos hablando de la misma Muerte? ¿Una alta, delgada, con las cuencas de los ojos vacías, experta en cuestión de guadañas?

Ella suspiró.

— Si, me temo que su aspecto no la hace muy popular.

Cierto es que, como ya se ha indicado, Rincewind era a la magia lo que una bicicleta a un escarabajo, pero de todos modos conservaba un privilegio exclusivo de todos los practicantes de ese arte: cuando falleciera, sería la Muerte en persona quien apareciera para recogerle (en vez de delegar el trabajo en alguna personificación antropomórfica mitológica menor, como solía hacer). Debido sobre todo a su inutilidad, Rincewind no había muerto nunca en su momento, y si hay algo que la Muerte detesta es la falta de puntualidad.

— Mira, supongo que mí amigo estará dando un paseo -dijo-. Siempre lo hace, es la historia de su vida, me alegra haberte conocido, tengo que irme...

Pero ya se habían detenido ante una alta puerta forrada de terciopelo púrpura. Se oían voces al otro lado..., voces embrujadas, la clase de voces que la simple tipografía será absolutamente incapaz de reproducir hasta que alguien fabrique una linotipia con eco y, posiblemente, un tipo de letra que parezca algo dicho por una babosa.

Esto es lo que decía la voz:

— ¿Te importa volver a explicar eso?

— Bueno, no puedes cerrar mientras tengas los treses de Tortugas negras. En cambio el otro puede cerrar si tiene los treses de Tortugas rojas, porque sólo sirven para puntuar. Pon el Arcano Mayor con los Elefantes...

— ¡Es Dosflores! -exclamó Rincewind-. ¡Reconocería esa voz en cualquier parte!

— Un momento..., ¿cómo es posible que haya cerrado yo y peste tenga más puntos?

— Oh, vamos, Mort, ya lo ha explicado. Gana quien tiene más puntos ligados sobre la mesa y menos en la mano, no quien cierra. Oye, ¿y si Hambre pone sus dos Arcanos Mayores con los Elefantes?

Era una voz húmeda, jadeante, prácticamente contagiosa por sí misma.

— Ah, entonces habría podido sacarla a la mesa y tener una limpia, aunque no oculta. Pero tenía que haberlo hecho antes de cerrar -explicó Dosflores con entusiasmo.

— ¿Y si Guerra pone sus Arcanos con los Elefantes de Hambre? Son pareja, ¿hacen una limpia?

— ¡Exacto!

— Eso no lo entiendo muy bien. Vuelve a explicarme lo de las ocultas, que ya casi lo he cogido.

Era una voz pesada, hueca, como el choque entre dos grandes trozos de plomo.

— Es cuando consigues una con lo que tienes en la mano, sin haber cogido el Pozo y sin apoyarte en las de tu compañero. Puntúan más alto, pero siempre son más difíciles de conseguir...

La voz de Dosflores siguió discurriendo como un torrente de entusiasmo. Rincewind miró inexpresivo a Ysabell mientras a través del terciopelo se filtraban expresiones como «puntos de salida», «Pozo premiado» y «negativos sobre la mesa».

— ¿Entiendes algo de eso? -preguntó la chica.

— Ni una palabra.

— Parece horriblemente complicado.

Al otro lado de la puerta, la voz pesada decía:

— ¿Y dices que los humanos juegan a esto por diversión?

— Hay gente que llega a hacerlo muy bien. Me temo que yo soy un simple aficionado.

— ¡Pero si sólo viven ochenta o noventa años!

— Tú lo sabes mejor que nadie, Mort -intervino una voz que Rincewind no había oído hasta entonces, y que desde luego no quería volver a oír jamás, menos aún en un sitio oscuro.

— La verdad es que resulta muy... intrigante.

— Da otra vez, a ver si le he cogido el truco.

— ¿Crees que deberíamos entrar? -preguntó Ysabell.

— El pozo es la sota de terrapenes. Me lo llevo.

— No, me parece que no tienes puntos. Espera, echare un vistazo a tus...

Ysabell abrió la puerta.

De hecho, la habitación era un estudio bastante agradable, quizá tirando a sombrío, posiblemente creado en un mal día por un decorador de interiores que tenía dolor de cabeza y obsesión por poner relojes de arena en toda superficie plana, así como un montón de velas grandes, gruesas, amarillas y chorreantes de las que quería librarse.

La Muerte del Disco era una tradicionalista que se enorgullecía de prestar un servicio personalizado, y se deprimía a menudo porque nadie lo valoraba. Señalaba que la gente no tenía miedo de la muerte en sí, sólo del dolor, la separación y la nada, y que no era nada razonable tomarla con alguien sólo porque tiene las cuencas de los ojos vacías y pasión por cl trabajo bien hecho. Todavía usaba guadaña, decía, mientras que las Muertes de otros mundos habían invertido hacía tiempo en cosechadoras automáticas.

Muerte estaba sentada a un lado de la gran mesa de juego situada en el centro de la habitación, y discutía con Hambre, Guerra y Peste. Dosflores fue el único que alzó la vista y advirtió la presencia de Rincewind.

— ¡Eh! ¿Cómo has llegado aquí? -se asombró.

— Bueno, algunos dicen que el Creador tomó un puñado de..., ah, ya entiendo. Bueno, es un poco difícil de explicar, pero...

— ¿Tienes al Equipaje?

La caja de madera empujó a Rincewind para pasar y se situó ante su propietario, quien abrió la tapa y hurgó en el interior hasta extraer un librito encuadernado en piel. Se lo tendió a Guerra, que aporreaba la mesa con un puño metido en un guantelete.

— Un resumen de las reglas -dijo-. Es bastante bueno, explica muy bien lo de la puntuación y como...

Muerte le arrebató el libro con una mano huesuda y fue pasando las páginas, haciendo caso omiso de la presencia de los dos hombres.

— De acuerdo -dijo-. Peste, abre otro mazo de cartas, voy a llegar al fondo de esto aunque muera en el intento, metafóricamente hablando, claro.

Rincewind agarró a Dosflores y lo sacó de la habitación. Echaron a correr pasillo abajo, con el equipaje trotando tras ellos.

— ¿Qué estabais haciendo? -preguntó el mago.

— Bueno, tienen mucho tiempo libre, y pense que les gustaría -jadeó Dosflores.

— ¿El qué, jugar a las cartas?

— Es un juego especial. Se llama... -Titubeó. Los idiomas no eran su punto fuerte-. En vuestro lenguaje es un recipiente, generalmente de paja o mimbre, con dos asas, por ejemplo -concluyó-. Creo.

— ¿Cesta? -aventuró Rincewind-. ¿Capazo?

— Sí, posiblemente.

Llegaron al vestíbulo, donde el gran reloj seguía afeitando segundos a las vidas del mundo.

— ¿Y cuánto tiempo crees que los mantendrá ocupados?

— No estoy seguro -dijo pensativo-. Hasta que alguno llegue a los cinco mil puntos, supongo... ¡Qué reloj tan sorprendente!

— No intentes comprarlo -recomendó Rincewind-. No creo que les hiciera gracia en este lugar.

— ¿Y qué lugar es éste, exactamente? -pregunto Dosflores, llamando al Equipaje y abriendo la tapa.

Rincewind miró alrededor. El vestíbulo estaba oscuro y desierto, las estrechas ventanas tenían hielo. Miró hacia abajo. El tenue cordón azul todavía estaba unido a su tobillo. Advirtió que Dosflores también tenía uno.

— Estamos, más o menos... informalmente muertos -dijo.

Fue la mejor explicación que se le ocurrió.

— Oh.

Dosflores siguió rebuscando.

— ¿Eso no te preocupa?

— Bueno, las cosas se arreglarán al final, ¿no crees? Además, creo firmemente en la reencarnación. ¿En qué forma te gustaría volver?

— No quiero irme -replicó Rincewind con firmeza-. Venga, salgamos de... oh, no. Eso no.

Dosflores había sacado una caja de las profundidades del Equipaje. Era grande y negra, tenía un asa a un lado, una ventanita redonda en la parte delantera y una tira para que Dosflores pudiera colgársela del cuello, cosa que hizo.

Hubo un tiempo en que a Rincewind le había gustado mucho el iconoscopio. Contra toda experiencia, creía que el mundo era esencialmente comprensible, que si conseguía equiparse con las necesarias herramientas mentales podría quitarle la tapa y ver cómo funcionaba. Por supuesto, estaba completamente equivocado. El iconoscopio no captaba imágenes mediante el sistema de dejar que la luz cayera sobre papel especialmente tratado, como él había supuesto, sino gracias al método mucho más sencillo de encerrar dentro a un pequeño demonio con buen ojo para el color y mano rápida con el pincel. A Rincewind le había molestado mucho cuando se enteró.

— ¡No hay tiempo para tomar imágenes! -siseó.

— No tardaré nada -replicó Dosflores con firmeza.

Dio unos golpecitos en el costado de la caja. Una puertecita se abrió y el duende asomó la cabeza.

— ¡Infiernos! -exclamó-. ¿Dónde estamos?

— No importa -respondió Dosflores-. Me parece que lo primero es el reloj.

El demonio entrecerró los ojos.

— Mala luz -señaló-. Tres malditos años a f8, si quieres saber mi opinión.

Cerró la puertecilla de golpe. Un segundo más tarde oyeron el sonido del diminuto taburete arrastrado hacia el caballete.

Rincewind apretó los dientes.

— ¡No necesitas tomar imágenes! ¡Puedes recordarlo de memoria! -gritó.

— No es lo mismo -respondió Dosflores con tranquilidad.

— ¡Es mejor! ¡Es más real!

— No, de verdad. En los años venideros, cuando esté sentado junto al fuego...

— ¡Si no salimos de aquí, te sentarás en el fuego eternamente!

— Oh, espero que no os vayáis.

Los dos se volvieron. Ysabell estaba de pie bajo el arco, con una leve sonrisa. Llevaba en la mano una guadaña, una guadaña cuya hoja tenía un filo de todos conocido. Rincewind trató de no mirarse el cordón azul del tobillo. Una chica que tuviera una guadaña no debería sonreír de aquella manera tan desagradable, sagaz y ligeramente trastornada.

— Mami está un poco ocupada ahora mismo, pero estoy segura de que ni se le ocurriría dejaros partir así -añadió-. Además, no tengo a nadie con quien hablar.

— ¿Quién es ésta? -quiso saber Dosflores.

— Pues, más o menos, vive aquí -murmuró Rincewind-. Más o menos, es una chica -añadió.

Agarró a Dosflores por el hombro e intentó deslizarse imperceptiblemente hacia la puerta que daba al frío y oscuro jardín. No lo consiguió, sobre todo porque Dosflores no era el tipo de persona que capta las sutilezas del lenguaje, y además nunca comprendía que una amenaza pudiera estar dirigida a él.

— Encantado, mucho gusto -dijo-. Tenéis una casa muy bonita. El efecto barroco es muy interesante, con tantos huesos y cráneos.

Ysabell sonrió. Si la Muerte se retira alguna vez del negocio familiar, pensó Rincewind, esta chica lo hará aun mejor que ella..., está como una cabra.

— Sí, pero tenemos que irnos -dijo en voz alta.

— No, no, ni hablar -insistió Ysabell. Tenéis que quedaros y contarme cosas sobre vosotros. Hay mucho tiempo, y esto es tan aburrido...

Se lanzó hacia un lado y blandió la guadaña contra las brillantes hebras. El instrumento chilló en el aire como un gato castrado... y se detuvo bruscamente.

Se oyó un crujido de madera. El Equipaje había cerrado su tapa de golpe sobre la hoja.

Dosflores miró atónito a Rincewind. Y el mago, con deliberación y una cierta satisfacción, le dio un puñetazo en la mandíbula. Recogió al hombrecillo cuando cayó hacia atrás, se lo echó a un hombro y salió corriendo.

Las ramas le azotaron en el jardín iluminado por las estrellas, cosas pequeñas, peludas y probablemente horribles se espantaron cuando corrió desesperadamente a lo largo del tenue cordón de fuerza vital que brillaba de manera escalofriante sobre la hierba helada.

Tras él, en el edificio, resonó un chillido estridente de disgusto y rabia. Esquivó como pudo un árbol y aceleró.

Recordaba que, en algún lugar, había un camino. Pero en aquel laberinto de sombras y luz plateada, teñido ahora de rojo a medida que la terrible estrella nueva dejaba sentir su presencia incluso en el mundo de ultratumba, nada tenía una apariencia normal. De todos modos, el cordón de fuerza vital parecía ir en dirección equivocada.

Oyó un sonido de pasos tras él. Rincewind jadeaba por el esfuerzo. Los pasos parecían pertenecer al Equipaje, y en aquel momento no quería enfrentarse con el maldito baúl: éste podía haber interpretado mal el hecho de que golpeara a su amo, y por lo general mordía a la gente que no le gustaba. Rincewind nunca había tenido valor para preguntar adónde iban cuando la pesada tapa se cerraba sobre ellos, pero lo que sabía con seguridad era que no estaban allí cuando volvía a abrirse.

En realidad, no tenía motivos para preocuparse. El Equipaje le adelantó con facilidad, sus patitas un borrón de movimiento. Le pareció que el trasto se concentraba intensamente en correr, como si tuviera alguna noción de lo que le perseguía y no le gustara la idea en absoluto.

No mires atrás, se recordó Rincewind. A lo mejor las vistas no son buenas.

El Equipaje se precipitó contra unos arbustos y desapareció.

Un momento más tarde, Rincewind comprendió por qué. Se había precipitado por el borde del saliente, y caía hacia el gran agujero de abajo, al fondo del cual había una tenue luz roja. Los dos brillantes cordones azules que partían de Rincewind y Dosflores se dirigían hacia allí.

Se detuvo, inseguro, aunque esto no es del todo exacto, porque tenía una certeza absoluta sobre muchas cosas, como por ejemplo de que no quería saltar, de que no quería enfrentarse con lo que les perseguía, de que en el mundo espiritual Dosflores era muy pesado, y de que había cosas peores que estar muerto.

— Nombra dos -murmuró.

Y saltó.

Unos segundos más tarde, los jinetes llegaron y no se detuvieron en el borde rocoso, sino que siguieron cabalgando sobre la nada.

La Muerte miró hacia abajo.

— Esto siempre me molesta -dijo-. Tendría que instalar una puerta giratoria.

— ¿Qué querrían? -se preguntó Peste.

— A mí que me registren -replicó Guerra-. Pero no está mal el jueguecito.

— Cierto -asintió Hambre-. Muy absorbente.

— Tenemos tiempo para otra ronda -señaló la Muerte.

— Partida -corrigió Guerra.

— ¿Qué cosa está partida?

— Digo que se llaman partidas.

— Eso, partida -asintió la Muerte. Alzó la vista hacia la nueva estrella, como si no comprendiera muy bien lo que significaba-. Creo que tenemos tiempo -repitió, algo insegura.

En otro punto de esta narración se ha mencionado ya el pequeño intento efectuado en el Disco de inyectar un poco de fidedignidad a las narraciones, y el hecho de que los poetas debían abstenerse bajo pena de..., bueno, de severas penas..., de ir por ahí parloteando acerca de riachuelos cantarines y amaneceres aterciopelados. Sólo podían hablar de rostros capaces de botar mil barcos en caso de que estuvieran en condiciones de presentar los correspondientes certificados portuarios.

Por tanto, en señal de respeto a esta tradición, no diremos que Rincewind y Dosflores se precipitaron del cielo como rayos en la oscuridad surcando las dimensiones, ni que se oyó un sonido como el tañir de una gigantesca campana, ni que todas sus vidas les pasaron ante los ojos (en cualquier caso, la vida de Rincewind le había pasado ante los ojos tantas veces que podía echarse una siestecita durante los trozos aburridos), ni que el universo se cerró sobre ellos como una gigantesca gelatina.

En cambio, dado que ha sido comprobado experimentalmente, diremos que se oyó un ruido como el de una regla de madera al ser golpeada fuertemente con un diapasón do sostenido, posiblemente si bemol, y que hubo una repentina sensación de quietud absoluta.

Eso es porque estaban absolutamente quietos, y porque estaba absolutamente oscuro.

Rincewind se dio cuenta de que algo había ido mal.

En aquel momento vio el tenue rastro azulado frente a él.

Volvía a estar dentro del Octavo. Se preguntó qué sucedería si alguien abría el libro. ¿Aparecerían Dosflores y él como una ilustración en color?

Decidió que, probablemente, no. El Octavo en que se encontraban era algo bastante diferente del simple libro encadenado a su atril de la Universidad Invisible, el cual no era más que una representación tridimensional de una realidad multidimensional y...

Alto ahí, pensó. Yo no pienso así. ¿Quién está pensando por mí?

— Rincewind -susurró una voz como el crepitar de páginas antiguas.

— ¿Quién? ¿Yo?

— Claro que tú, maldito imbécil.

Una chispa de desafío brilló por un instante en el maltratado corazón de Rincewind.

— ¿Qué, os habéis acordado ya de cómo comenzó el universo? -dijo con tono antipático-. ¿Fue el Carraspeo, o el Aliento Contenido, o el Rascarse la Cabeza Intentando Recordarlo, Lo Tenía en la Punta de la Lengua?

— Hazte un favor, recuerda dónde te encuentras -siseó otra voz, seca como la leña.

Parecía imposible sisear toda una frase en la que sólo había una s, pero la voz hizo un buen trabajo.

— ¿Recordar dónde me encuentro? ¿Recordar dónde me encuentro? -gritó Rincewind-. Claro que recuerdo dónde me encuentro, me encuentro dentro de un maldito libro hablando con un montón de voces que no veo, ¿por qué crees que grito?

— Supongo que te estarás preguntando por qué te hemos traído aquí otra vez -dijo una voz junto a su oreja.

— No.

— ¿No?

— ¿Qué ha dicho? -preguntó otra voz incorpórea.

— Ha dicho que no.

— ¿De verdad ha dicho que no?

— Sí.

— Oh.

— ¿Por qué?

— Esta clase de cosas me pasan constantemente -explicó Rincewind-. En un momento dado me estoy cayendo por el borde del mundo, al siguiente estoy dentro de un libro, luego volando sobre una roca, después viendo cómo la Muerte aprende a jugar a la Cesta o al Capazo o a lo que sea, ¿por que demonios me voy a preguntar nada?

— Bueno, al menos te preguntarás por qué no queremos que nadie nos pronuncie -dijo la primera voz, consciente de que estaba perdiendo la iniciativa.

Rincewind titubeó. La idea le había pasado por la cabeza, sólo que muy deprisa y mirando nerviosa a todos lados por si a alguien se le escapaba un golpe y ella se lo encontraba.

— ¿Y por qué iba a querer nadie pronunciaros?

— Por la estrella -explicó el hechizo-. La estrella roja. Los magos ya te están buscando. Cuando te encuentren, querrán pronunciar los Ocho Hechizos juntos para cambiar el futuro. Piensan que el Disco va a chocar contra la estrella.

Rincewind consideró la cuestión.

— ¿Va a chocar contra la estrella?

— No exactamente, sino en un..., ¿qué es eso?

El mago miró hacia abajo. El Equipaje venía trotando en la oscuridad. De su tapa sobresalía un largo trozo de guadaña.

— No es más que el Equipaje.

— ¡Pero si no lo hemos llamado!

— Nadie lo llama a ninguna parte -dijo Rincewind-. Sencillamente, aparece. No os preocupéis por él.

— Oh. ¿De qué estábamos hablando?

— Ese asunto de la estrella roja.

— Cierto. Es muy importante que tú...

— ¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Era una vocecilla débil y chillona, y venía de la caja de imágenes que aún colgaba del cuello inerte de Dosflores.

El duende pintor abrió su escotilla y miró a Rincewind.

— ¿Qué sitio es éste, jefe?

— No estoy seguro.

— ¿Seguimos muertos?

— A lo mejor.

— Bueno, espero que no vayamos a ningún sitio con mucho negro, porque estoy sin nada.

La escotilla se cerró de golpe.

Rincewind imaginó por un momento a Dosflores enseñando sus imágenes y diciendo cosas como «Éste soy yo cuando me estaban torturando un millón de demonios» y «Éste soy yo con aquella pareja tan rara que conocimos en las colinas del Ultratumba». Rincewind no estaba muy seguro de lo que te sucedía tras la muerte, las autoridades no eran muy claras al respecto. Un atezado marinero de las tierras Periféricas le dijo en cierta ocasión que creía en un paraíso lleno de sorbetes y huríes. Rincewind no sabía muy bien qué era una hurí, pero tras meditarlo un tiempo dedujo que se trataba de una pajita para beber el sorbete. En cualquier caso, los sorbetes le daban dolor de muelas.

— Ahora que la interrupción ha terminado -dijo una voz seca con firmeza-, quizá podamos continuar. Es de la mayor importancia que no permitas que los magos te quiten el Hechizo. Si los Ocho Hechizos se pronuncian demasiado pronto, sucederán cosas terribles.

— Yo sólo quiero que me dejen en paz -replicó Rincewind.

— Perfecto, perfecto. Desde el día en que abriste el Octavo, supimos que podíamos confiar en ti.

Rincewind titubeó.

— Alto ahí -dijo al final. ¿Queréis que impida que los magos reúnan todos los hechizos?

— Exacto.

— ¿Y por eso uno de vosotros se metió en mi cabeza?

— Precisamente.

— Destruisteis mi vida por completo, ¿lo sabíais? -se acaloró Rincewind-. Podría habérmelas apañado como mago si no hubierais decidido usarme como grimorio portátil. Ahora no hay manera de que memorice otros hechizos, ¡a todos les da miedo estar en la misma cabeza que vosotros!

— Lo sentimos.

— ¡Yo sólo quiero volver a casa! Quiero volver a donde... -Un rastro de humedad apareció en los ojos de Rincewind-. Donde uno siente guijarros bajo los pies, y a veces la cerveza no es demasiado mala, y por las noches se puede conseguir un buen trozo de pescado frito, a lo mejor con un par de pepinillos grandes, y hasta un pastel de anguila y un plato de

caracoles, y donde siempre hay un establo caliente en el que dormir y por la mañana te despiertas en el mismo sitio donde te acostaste, y donde no siempre hace un tiempo de perros. De verdad, no me importa la magia, probablemente ni siquiera tengo madera de mago, ¡sólo quiero volver a casa!

— Pero tienes que... -empezó uno de los hechizos.

Era demasiado tarde. La nostalgia, esa pequeña banda elástica del subconsciente que puede dar cuerda a un salmón y hacerlo viajar cinco mil kilómetros por mares desconocidos, o enviar a un millón de lemmings corriendo alegremente de vuelta a un hogar ancestral que, debido a un pequeño capricho de las placas continentales, ya no está en su sitio..., la nostalgia se alzó en Rincewind como un saltamontes enloquecido, fluyó por la tenue hebra que unía su alma a su cuerpo, clavó los talones y dio un tirón...

Los hechizos se encontraron solos dentro de su Octavo.

Solos si no contamos al Equipaje, claro.

Lo miraron, no con ojos, sino con conciencias tan viejas como el mismísimo Disco.

— Y tú también te puedes ir a hacer gárgaras -le dijeron.

— ...Mal.

Rincewind supo que era él mismo quien hablaba, reconocía la voz. Por un momento se sintió como si mirase a través de sus propios ojos, pero no de la manera normal, sino como un espía que atisbase por agujeros practicados en el rostro de un retrato. Luego, regresó.

— ¿Eztáz bien, Dincewind? -preguntó Cohen-. Padecíaz un poco ido.

— Parecías un poco blanco -asintió Bethan-. Como si alguien hubiera caminado sobre tu tumba.

— Uh... sí, probablemente fui yo mismo -respondió.

Alzó la mano y se contó los dedos. Parecía tener el número acostumbrado.

— Ehhh... ¿me he movido de aquí?

— No, sólo mirabas el fuego como si hubieras visto un fantasma -le explicó Bethan.

Se oyó un gemido tras ellos. Dosflores se había incorporado, y se sostenía la cabeza con las manos.

Con un esfuerzo, consiguió mirarlos. Sus labios se movieron sin emitir ningún sonido.

— Ha sido un sueño... muy extraño -dijo-. ¿Qué lugar es éste? ¿Por qué estoy aquí?

— Bueno -le explicó Cohen-, algunoz pienzan que el Cdeadod del univedzo tomó un puñado de adcilla y...

— No, quiero decir «aquí» -insistió Dosflores-. ¿Eres tú, Rincewind?

— Sí -replicó el aludido, concediéndose el beneficio de la duda.

— Había... un reloj que... y esa gente tan... -siguió Dosflores. Sacudió la cabeza-. ¿Por qué huele todo a caballos?

— Has estado enfermo -le dijo Rincewind-. Tenias alucinaciones.

— Si... supongo que sí. -Dosflores bajó la vista para mirarse el pecho-. Pero, en ese caso, ¿por qué tengo...?

Rincewind se puso en pie de un salto.

— Perdonad, esto está muy cerrado, salgo a respirar un poco de aire fresco -dijo.

Cogió la caja de imágenes que colgaba del cuello del turista y se dirigió hacia la salida de la tienda.

— Cuando le trajimos, no llevaba eso -señaló Bethan.

Cohen se encogió de hombros.

Rincewind consiguió alejarse unos metros de la yurta antes de que la ranura de la caja empezara a tintinear. Muy despacio, surgió la última imagen que el duende había captado.

Rincewind se apoderó de ella.

Lo que aparecía dibujado habría sido espantoso incluso a plena luz del día. Al resplandor gélido de las estrellas, teñido de rojo por los fuegos del maligno astro nuevo, resultaba mucho peor.

— No -dijo Rincewind con voz suave-, no era así. Había una casa, y una chica, y...

— Tú ves lo que ves y yo pinto lo que veo -le replicó el duende desde su ventanuco-. Lo que yo veo es real. Me criaron para eso. Sólo veo lo que hay.

Una forma oscura trotó por la capa de nieve en dirección a Rincewind. Era el Equipaje. Rincewind, que por regla general lo detestaba y no le tenía la menor confianza, sintió de repente que era la cosa más tranquilizadoramente normal que había visto en su vida.

— Vaya, así que lograste salir de allí -dijo.

El Equipaje chasqueó la tapa.

— De acuerdo, pero... ¿qué viste? -preguntó el mago-. ¿Miraste hacia atrás?

El Equipaje no dijo nada. Por un momento, guardaron silencio, como dos guerreros que hubieran escapado de una carnicería y se hubieran detenido para recuperar el aliento y la cordura.

Rincewind rompió el silencio.

— Vamos, hay un fuego ahí dentro.

Se inclinó para palmear la tapa del Equipaje. Éste le lanzó un mordisco de irritación que casi le atrapa los dedos. La vida volvía a la normalidad.

El día siguiente amaneció claro, brillante y frío. El cielo se había convertido en una cúpula azul pegada sobre la blanca sábana del mundo, y el efecto general habría sido fresco y brillante como un anuncio de pasta dentífrica de no ser por el punto rosado que brillaba en el horizonte.

— Ahoda también ze ve dudante el día -dijo Cohen-. ¿Qué ez?

Miró fijamente a Rincewind, quien enrojeció.

— ¿Por qué me mira todo el mundo? -replicó

— No tengo ni idea, quizá se trate de un cometa, o algo así.

— ¿Arderemos todos? -preguntó Bethan.

— ¿Cómo quieres que lo sepa? Nunca he chocado contra un cometa.

Cabalgaban en fila por la brillante llanura nevada. El Pueblo Caballo, que parecía tener una elevada opinión de Cohen, les había proporcionado monturas e instrucciones para llegar hasta el río Smarl, a unos ciento cincuenta kilómetros en dirección Eje, donde, según Cohen, Rincewind y Dosflores podrían encontrar un barco que los llevara al Mar Circular. Había anunciado que los acompañaría por el bien de sus almorranas.

Bethan anunció rápidamente que ella también iría, por si Cohen quería que le untara algo.

Rincewind tenía la vaga sensación de que una especie de química estaba en marcha. Para empezar, Cohen había intentado peinarse la barba.

— Creo que está colada por ti -dijo.

Cohen suspiró.

— ¡Zi yo tuvieda veinte añoz menoz!

— ¿Sí?

— Tenddía zezenta y ziete.

— ¿Y qué tiene que ver eso?

— Bueno..., ¿cómo puedo explicádtelo? Cuando eda joven, cuando me eztaba haciendo un nombde en el mundo, bueno, me guztaban laz mujedez peliddojaz y zalvajez.

— Ah.

— Luego me hice un poco mayod, y pdefedía a una mujed con el pelo dubio y el bdillo del mundo en zuz ojoz.

— Ah, ¿Sí?

— Pedo al hacedme aún máz viejo, le encontdé el guzto a laz mujedez modenaz y zenzualez.

Hizo una pausa. Rincewind aguardó.

— ¿Y? -dijo al final-. ¿Qué buscas ahora en una mujer?

Cohen volvió hacia él un nublado ojo azul.

— Paciencia -respondió.

— ¡No me lo puedo creer! -exclamó una voz tras ellos-. ¡Yo, cabalgando con Cohen el Bárbaro!

Era Dosflores. Desde por la mañana temprano había estado como un mono con la llave de una plantación de plátanos, tras descubrir que estaba respirando el mismo aire que el más grande héroe de todos los tiempos.

— ¿Pod cazualidad me eztá tomando el pelo? -preguntó Cohen a Rincewind.

— No. Siempre es así.

Cohen se volvió en su silla. Dosflores le vio e hizo una profunda reverencia. Cohen se dio media vuelta con un gruñido.

— Tiene ojoz, ¿no?

— Sí, pero no le funcionan como al resto de la gente. Puedes creerme. Mira... bueno, sabes cómo era la yurta del Pueblo Caballo, donde estuvimos anoche ,¿no?

— Zí.

— ¿No dirías que era un poco lóbrega, grasienta, y que olía como un caballo muy enfermo?

— Me padece una dezcdipción muy acedtada.

— Pues él no estaría de acuerdo. Diría que era una magnífica tienda bárbara, con trofeos de grandes bestias cazadas por guerreros de ojos torvos, y procedentes de los límites de la civilización y que olía a raras resinas y aceites robados de las caravanas que cruzaban los valles..., bueno, y así seguiría un rato. Lo digo en serio -añadió.

— ¿Eztá loco?

— En cierto modo. Pero es un loco con mucho dinero.

— Ah, entoncez no eztá loco. Yo he vizto mucho mundo. Zi un hombde tiene mucho dinedo, no eztá loco, zólo ez excéntdico.

Cohen se volvió en su silla de nuevo. Dosflores le estaba contando a Bethan cómo el Bárbaro había derrotado él solo a los guerreros serpiente del señor brujo de S'Belinde, para después robar el diamante sagrado de la estatua gigante de Offler, el Dios Cocodrilo.

Una extraña sonrisa se dibujó entre las arrugas del rostro de Cohen.

— Si quieres, le digo que se calle -ofreció Rincewind.

— ¿Ze calladía?

— La verdad, no.

— Puez déjale decid tontediaz -señaló Cohen.

Dejó caer la mano sobre la empuñadura de su espada, pulimentada por la garra de las décadas.

— Ademáz, me guztan zuz ojoz -añadió-. Tienen un campo de vizión de cincuenta añoz.

A un centenar de metros tras ellos, trotando con dificultades sobre la nieve blanda, iba el Equipaje. A él nadie le preguntaba nunca su opinión.

Al anochecer llegaron junto a unas extensas llanuras, y cabalgaron bajando por sombríos bosques de pinos a los que la tormenta de nieve sólo había llegado en forma de un fino polvillo. Era un paisaje de enormes rocas agrietadas, y valles tan estrechos y profundos que los días sólo duraban del orden de los veinte minutos. Una zona salvaje, azotada por el viento, de esas en las que uno espera encontrar...

— Tdollz -dijo Cohen olisqueando el aire.

Rincewind miró a su alrededor a la luz rojiza del anochecer. De pronto, rocas que hasta entonces le habían parecido completamente normales cobraron un sospechoso aspecto de vida. Sombras a las que no habría dedicado dos miradas empezaron a parecerle espantosamente habitadas.

— A mí me gustan los trolls -intervino Dosflores.

— No puede ser -replicó Rincewind con firmeza-. No te pueden gustar. Son grandes, llenos de bultos y se comen a la gente.

— En abzoluto -le corrigió Cohen, bajando con dificultades del caballo y masajeándose las rodillas-. Ez una zupedztición, ni máz ni menoz. Loz tdollz nunca ze comen a nadie.

— ¿No?

— No, ziempde ezcupen loz pedazoz. No pueden digedid a la gente, ¿zabez? El tdoll coddiente no quiede de la vida nada máz que un buen tdozo de gdanito, todo lo máz un

bocado de lodo como poztde. Alguien me dijo que ez podque zon fodmaz de vida zilice..., zilico... -Cohen se detuvo y se mesó la barba-. Podque eztán hechoz de piedda.

Rincewind asintió. Los trolls no eran desconocidos en Ankh-Morpork, por supuesto, allí siempre conseguían empleo como guardaespaldas. Resultaban un poco caros de mantener hasta que aprendían el funcionamiento de las puertas y dejaban de salir de casa por el sistema de atravesar la pared más cercana.

— Loz dientez de loz tdollz, éze ez el azunto -siguió Cohen mientras recogían leña para el fuego.

— ¿Por qué? -quiso saber Bethan.

— Diamantez. Tienen que zed diamantez. Ez lo único que puede domped laz pieddaz y laz docaz, y aun azí tienen que echad nuevoz dientez cada año.

— Hablando de dientes... -intervino Dosflores-. No he podido evitar darme cuenta de que...

— Oh, nada -tartamudeó Dosflores.

— ¿Zí? Oh. Bueno, encendamoz el fuego antez de que noz quedemoz zin luz. Y luego -Cohen puso cara larga-, zupongo que tenddemos que haced zopa.

— A Rincewind se le da muy bien -señaló Dosflores con entusiasmo-. Sabe todo lo que hay que saber sobre hierbas, raíces y cosas de ésas.

Cohen lanzó a Rincewind una mirada cargada de desconfianza.

— Bueno, el Pueblo Caballo noz dio un poco de cecina de yegua -dijo-. Zi encuentdaz unaz cebollaz zilveztdez y cozaz azí, quizáz zepa mejod.

— Pero si yo... -protestó Rincewind.

Se rindió antes de terminar la frase. De todos modos, razonó, sé qué aspecto tiene una cebolla, es una cosa blanca y redonda con un trozo verde que le sale por arriba. No será difícil encontrar alguna, saltarán a la vista.

— Tendré que ir a buscar ¿no? -preguntó.

— Zí.

— ¿Tal vez allí, en aquel matorral espeso y sombrío?

— Buen lugad, zí.

— ¿Te refieres al que está junto a esos barrancos profundos?

— Me padece un lugad idóneo, dezde luego.

— Ya me lo temía -asintió Rincewind con amargura.

Echó a andar, preguntándose cuál sería el sistema adecuado para atraer a las cebollas. Después de todo, se dijo, aunque en los puestos del mercado están colgadas en ristras, es poco probable que crezcan así. Quizá los campesinos usen perros o algo por el estilo para localizarlas, tal vez canten canciones para hacer que las cebollas vayan a ellos.

Ya había en el cielo unas cuantas estrellas madrugadoras cuando empezó a escudriñar entre las hierbas y hojas. Sus pies aplastaron setas, desagradables sustancias orgánicas y cosas que parecían suspensorios para gnomos. Le picaron pequeños seres voladores. Otras cosas, por fortuna invisibles, saltaban o se deslizaban para esquivarle entre los arbustos, al tiempo que gemían en tono de reproche.

— ¿Cebollas? -susurró Rincewind-. ¿Hay alguna cebolla por ahí?

— Encontrarás un montón bajo ese tejo -dijo una voz junto a él.

— Ah -dijo Rincewind-. Gracias.

Hubo un largo silencio durante el cual sólo se oyó el zumbido de los mosquitos junto a las orejas del mago.

Se quedó absolutamente quieto. Ni siquiera movió los ojos.

— Disculpa -se atrevió a decir al final.

— ¿Sí?

— ¿Cuál es el tejo?

— Aquel pequeño y retorcido, el que tiene agujitas color verde oscuro.

— Ah, sí. Ya lo veo. Gracias otra vez.

No se movió. Fue la voz la que reanudó amistosamente la conversación.

— ¿Puedo hacer algo más por ti?

— No eres un árbol, ¿verdad? -se atrevió a preguntar Rincewind, mirando testarudamente hacia adelante.

— No digas tonterías. Los árboles no hablan.

— Lo siento. Es que, últimamente, he tenido algunas dificultades con árboles. Ya me entiendes.

— La verdad, no. Yo soy una roca.

La voz de Rincewind apenas cambió.

— Bien, bien -dijo con lentitud-. Bueno, pues me voy a por esas cebollas.

— Que aproveche.

Echó a andar con toda la cautela y dignidad que le fue posible, divisó una serie de cosas blancas y alargadas que brotaban del suelo, las arranco cuidadosamente y se dio media vuelta. Había una roca a poca distancia. Pero también era cierto que había rocas por todas partes, en aquel lugar los huesos del Disco estaban muy cerca de la superficie.

Miró fijamente al tejo, sólo por si se le ocurría hablar. Pero el tejo, que era un árbol bastante solitario, no había oído hablar de Rincewind el mesías arbóreo, y además estaba dormido.

— Si eras tú, Dosflores, no me has engañado ni por un momento -dijo Rincewind.

De repente su voz le sonó muy clara y solitaria en la creciente oscuridad del crepúsculo.

Rincewind recordó lo único que sabía con seguridad acerca de los trolls: que la luz del sol los convertía en piedra, de modo que cualquiera que los contratase tenía que gastarse una fortuna en crema protectora.

Pero, ahora que se le ocurría pensarlo, nadie le había dicho lo que pasaba con ellos cuando el sol se ponía de nuevo...

El ultimo rayo de luz desapareció del paisaje, y de repente le pareció que allí había muchísimas rocas.

— Está tardando mucho en encontrar esas cebollas -dijo Dosflores-. ¿No sería mejor que fuésemos a buscarle?

— Loz magoz zaben cuidadze zoloz -dijo Cohen.

Se estremeció. Bethan le estaba cortando las uñas.

— La verdad es que no es un mago lo que se dice muy bueno -dijo Dosflores, acercándose más al fuego-. No se lo diría a la cara, pero... -Se inclinó hacia Cohen-. En realidad, nunca le he visto hacer nada mágico.

— Bien, vamos a por el otro -dijo Bethan.

— Edez muy amable.

— Tienes unos pies bonitos, deberías cuidártelos mas.

— Ya no puedo inclinadme hazta elloz como en otdoz tiempoz -dijo Cohen con tristeza-. Ademáz, con mi tdabajo, uno no conoce a muchoz calliztaz. Una coza muy extdaña. Conozco a zaceddotez zedpiente, a diozez locoz, a gueddedoz, pedo nunca he vizto a un callizta. Zupongo que no quedadía muy bien... Cohen Contda loz Calliztaz...

— O Cohen y los Pedicuros Malditos -sugirió Bethan.

Cohen se atragantó de risa.

— ¡O Cohen y los Dentistas Locos! -rió Dosflores.

Cohen cerró la boca de golpe.

— ¿Y qué tiene ezo de gdaciozo? -preguntó con una voz llena de nudillos.

— Oh..., eh.., bien... -dijo Dosflores-. Ya sabes, tus dientes...

— ¿Qué lez paza? -le espetó Cohen.

— No he podido evitar darme cuenta de que... mmm... no tienen la misma ubicación geográfica que tu boca.

Cohen le miró. Luego se encorvó, y pareció muy menudo, muy viejo.

— Ez ciedto, dado -suspiró-. No te culpo. Ez difícil zed un hédoe zin dientez. No impodta zí pieddez otdaz cozaz, hazta puedez tidad pada alante zin un ojo..., en cambio, enzeñaz una boca llena de encíaz y nadie te dezpeta.

— Yo sí -dijo Bethan lealmente.

— ¿Y por qué no te pones otros? -preguntó Dosflores con animación.

— Tienez dazón, zi fueda un tibudón o algo azí me cdecedían otdoz dientez -replicó Cohen con sarcasmo.

— No, no, sólo tienes que comprarlos -insistió Dosflores-. Mira, te lo enseñaré... Eh... ¿te importa darte la vuelta, Bethan?

Esperó hasta que la chica se hubo vuelto antes de llevarse la mano a la boca.

— ¿Lo vez? -dijo.

Bethan oyó la exclamación de asombro de Cohen.

— ¿Te puedez quitad loz tuyoz?

— Oh, zí, tengo vadioz de depuezto. Peddona un momento... -Se oyó un sonido de succión, y luego Dosflores siguió hablando en su tono habitual. -Resulta muy útil, ¿sabes?

La voz de Cohen irradiaba asombro, o al menos tanto asombro como se puede irradiar sin dientes, que es aproximadamente el mismo que con dientes pero suena mucho menos impresionante.

— Ze me tenddía que habed ocuddido -dijo- Cuando te duelen, te loz quitaz y loz dejaz a zu aide, ¿no? ¡Lez daz una lección a loz pequeñoz canallaz, que apdendan lo que ez doled elloz zoloz!

— Bueno, no es así exactamente -le interrumpió Dosflores con cautela-. No son míos. Sólo me pertenecen.

— ¿Te ponez loz dientez de otda pedzona en la boca?

— No, me los fabricaron. En el sitio de donde vengo hay mucha gente que los lleva, es un...

Pero la conferencia de Dosflores sobre prótesis dentales quedó en el aire, porque alguien le golpeó.

La pequeña luna del Disco se abrió camino trabajosamente por el cielo. Brillaba con luz propia, debido a los arreglos estrictos y bastante imprecisos dispuestos por el Creador, y estaba algo superpoblada de diosas, que en aquel momento concreto no prestaban demasiada atención a lo que sucedía en el Disco, sino que se disponían a presentar una demanda contra los Gigantes del Hielo.

De mirar para abajo, habrían visto a Rincewind hablando ansiosamente con un montón de rocas.

Los trolls son unos de los seres más antiguos del multiverso, datan de un primer intento de poner en marcha la vida sin todo ese protoplasma tan pringoso. Como individuos, los trolls viven mucho tiempo, hibernan durante el verano y duermen durante el día, dado que el calor los afecta y ralentiza. Tienen una geología fascinante. Se puede hablar de tribología, se pueden mencionar los efectos semiconductores de las impurezas en el silicio, se puede meditar sobre los trolls gigantes de la prehistoria que constituyen la mayor parte de las cadenas montañosas del Disco y que causarán auténticos problemas si algún día les da por despertarse, pero la verdad pura y dura es que, sin el poderoso campo mágico del Disco, tan penetrante él, los trolls habrían muerto hace mucho tiempo.

En el Disco, nadie había inventado la psiquiatría. Nadie había puesto una mancha de tinta bajo las narices de Rincewind para averiguar si éste tenía algún tornillo flojo. Así que, para él, la única manera de describir cómo las rocas se transformaron en trolls fue una vaga metáfora sobre esas nubes que de pronto parecen caras o cosas cuando las miras fijamente mucho rato.

En un momento dado había una roca completamente normal, y de pronto unas cuantas grietas que siempre habían estado allí resultaron ser sin lugar a dudas una boca, o una oreja puntiaguda. Un instante después, y sin que nada cambiara realmente, se encontró con que lo que tenía delante era un troll sentado que le sonreía con una boca llena de diamantes.

No son capaces de digerirme, se dijo. Se pondrían muy enfermos.

La idea no le consoló demasiado.

— Así que tú eres el mago Rincewind -dijo el troll más cercano. Su voz sonaba como si alguien corriera sobre gravilla-. No sé, te imaginaba más alto.

— Quizá se haya erosionado un poco -aportó otro-. La leyenda es muy antigua.

Rincewind se removió, inquieto. Estaba casi seguro de que la roca sobre la que se había sentado cambiaba de forma en aquel momento, y un diminuto troll -poco más que un guijarro- se sentaba amistosamente en su pie, mirándole con gran interés.

— ¿Leyenda? -preguntó. ¿Qué leyenda?

— Ha sido transmitida de montaña a guijarro desde el ocaso[3] de los tiempos -le explicó el primer troll. «Cuando la estrella roja brille en el cielo, Rincewind el mago vendrá a buscar cebollas. No le mordáis. Es muy importante que le ayudéis a seguir con vida.»

Hubo una pausa.

— ¿Eso es todo? -dijo Rincewind.

— Sí -respondió el troll-. Siempre nos ha extrañado. La mayoría de nuestras leyendas son mucho más apasionantes. En los viejos tiempos sí que era interesante ser una roca.

— ¿De veras? -murmuró Rincewind.

— Oh, sí. Diversión constante. Volcanes por todas partes. Entonces, significaba algo ser una roca. Nada de tantas tonterías sedimentarias, o eras ígneo o no eras nada. Pero claro, todo eso quedó atrás. Hoy en día cualquiera se atreve a llamarse troll, y a veces son poco más que esquistos. O peor aún, tizas. Si a mí se me pudiera usar para dibujar no iría por ahí dándome aires, ¿y tú?

— Tampoco -se apresuró a responder Rincewind-. Ni por lo más remoto. Oye, esa... esa leyenda... ¿dice que no me mordáis?

— Exacto -asintió el diminuto troll de su pie-. ¡Fui yo quien te dijo dónde estaban las cebollas!

— Nos alegramos de que hayas venido -dijo el primer troll. Rincewind no pudo evitar advertir que se trataba del más grande-. Estamos un poco preocupados con esa nueva estrella. ¿Qué significa?

— No lo sé -replicó-. Todo el mundo parece creer que tengo alguna idea, pero no...

— No es que nos importara mucho fundirnos -le interrumpió el troll grande-. De cualquier manera, así fue como empezamos. Pero pensamos que quizá la estrella significara el fin de todo, y eso no parece buena cosa.

— Y sigue creciendo -intervino otro-. Mírala ahora. Es más grande que la noche anterior.

Rincewind la miró. Desde luego, era más grande que la noche anterior.

— ¿Qué, tienes alguna sugerencia? -preguntó el troll jefe con una voz tan suave como se puede permitir una garganta de granito.

— Podéis saltar por el Borde -dijo Rincewind

Debe de haber montones de lugares en el universo donde necesiten unas cuantas rocas más.

— Ya habíamos oído algo por el estilo -suspiro el troll-. Conocemos a rocas que lo intentaron. Nos contaron que flotas durante millones de años, luego te pones muy caliente, ardes, y acabas en el fondo de un gran agujero. No parece muy agradable.

Se levantó con un ruido como de carbones bajando por un tobogán, y estiró sus gruesos brazos.

— Bueno, se supone que debemos ayudarte -dijo-. ¿Quieres que hagamos alguna cosa?

— Tengo que preparar sopa -respondió Rincewind.

Señaló las cebollas con gesto vago. Probablemente no fue el gesto más heroico y decidido del mundo.

— ¿Sopa? -se asombró el troll-. ¿Nada más?

— Bueno..., quizá también unos bizcochos.

Los trolls se miraron unos a otros, dejando al descubierto joyería dental suficiente como para comprar una ciudad de tamaño medio.

Al final, el troll más grande se encogió de hombros.

— De acuerdo, sopa. Aunque, la verdad, imaginábamos que la leyenda sería..., como te diría yo..., un poco más..., bueno, no importa.

Extendió una mano que parecía un racimo de plátanos fosilizados.

— Yo soy Kuarzo, aquél es Krystalino, y Brecha, y Jaspe, y mi esposa, Berilia... Es un poco metamórfica, pero ¿quién no lo es, en estos tiempos que corren? Haz el favor de bajarte de su pie, Jaspe.

Rincewind aceptó la mano que le tendía, preparándose para el crujido de los huesos aplastados. No lo oyó. La mano del troll era áspera y un poco musgosa alrededor de las uñas.

— Lo siento -dijo el mago-. La verdad es que nunca había conocido a un troll.

— Somos una raza moribunda -suspiró Kuarzo con tristeza, mientras el grupo se ponía en marcha bajo las estrellas-. El pequeño Jaspe es el único guijarro de nuestra tribu. Padecemos una epidemia de filosofía, ¿sabes?

— ¿Sí? -respondió Rincewind tratando de mantener el paso.

El grupo de trolls avanzaba muy deprisa, pero también en silencio, enormes formas redondeadas que se movían como espectros en la noche. Sólo se oía de cuando en cuando el chillido de alguna criatura nocturna que no los había sentido acercarse.

— Oh, sí. Somos mártires de ella. Al final, nos ataca a todos. Cuentan que una tarde cualquiera empiezas a despertar y piensas: «¿Para qué molestarse?», y nada, no te despiertas. ¿Ves esas piedras grandes de allí?

Rincewind divisó unas formas enormes sobre la hierba.

— La del final es mi tía. No sé en qué estará pensando, pero hace doscientos años que no se mueve.

— Vaya, cuánto lo siento.

— Oh, no pasa nada, cuidamos de ella -dijo Kuarzo-. Por aquí no pasan muchos humanos, ¿sabes? Sé que no tenéis la culpa, pero parece que no distinguís entre un troll pensante y una roca corriente. A mi tío abuelo lo tallaron.

— ¡Es terrible!

— Sí, en un momento era una roca, y al siguiente lo habían convertido en un marco de chimenea.

Hicieron una pausa frente a un desfiladero que a Rincewind le pareció familiar.

— Se diría que aquí ha habido una pelea -señaló Berilia.

— ¡Han desaparecido todos! -gritó Rincewind. Corrió hacia el otro extremo del claro-. ¡Incluso los caballos! ¡Hasta el Equipaje!

— Uno de ellos tenía un escape -dijo Kuarzo arrodillándose-. Esa agua roja que lleváis dentro. Mira.

— ¡Sangre!

— ¿Así se llama? Nunca he sabido para qué servía.

Rincewind recorrió el claro como quien no tiene la menor idea de qué hacer, escudriñando entre los arbustos por si había alguien entre ellos. Así fue como tropezó con una botellita verde.

— ¡El linimento de Cohen! -gimió-. ¡Nunca va a ninguna parte sin él!

— Bueno... -empezó Kuarzo-, hay una cosa que hacéis los humanos, ya sabes, como cuando empiezas a ir más lento y te da un ataque de filosofía, sólo que vosotros os hacéis trocitos...

— ¡Se llama «morir»! -aulló Rincewind.

— Exacto. Pues no han hecho eso, porque no están aquí.

— ¡A menos que hayan sido devorados! -sugirió Jaspe con emoción.

— Mmm -fue la respuesta de Kuarzo.

— ¿Lobos? -fue la respuesta de Rincewind.

— Hace años que aplastamos a todos los lobos de esta zona. En realidad, lo hizo el Abuelo.

— ¿No le gustaban los lobos?

— No, es que nunca miraba dónde ponía los pies. Mmm.

Los trolls volvieron a observar el terreno.

— Hay un rastro -dijo al final Kuarzo-. Muchos caballos.

Alzó la vista hacia las colinas cercanas, donde acantilados escarpados y peligrosas grietas pendían sobre los bosques iluminados por la luna.

— El Abuelo vive ahí arriba -dijo en voz baja.

En su voz había algo que hizo que Rincewind deseara no conocer jamás al Abuelo.

— ¿Es peligroso? -aventuró.

— Es muy viejo, muy grande y muy bestia. Hace años que no le vemos.

— Siglos -le corrigió Berilia.

— ¡Los aplastará a todos! -añadió Jaspe saltando sobre los pies de Rincewind.

— En ocasiones, un troll muy viejo y corpulento se retira a las colinas y... mmm... la roca le domina, no se si me entiendes.

— No.

Kuarzo suspiró.

— Las personas a veces se portan como animales, ¿verdad? A veces, un troll empieza a pensar como una roca, y a las rocas no les gusta la gente.

Brecha, un troll flacucho con acabado de arenisca, tocó a Kuarzo en el hombro.

— Entonces, ¿vamos a seguirlos? -preguntó-. La leyenda dice que debemos ayudar a este Rincewind esponjoso.

Kuarzo se levantó, meditó un instante, cogió a Rincewind por el pellejo del cogote y, con un rápido movimiento, lo sentó sobre sus hombros.

— Iremos -dijo con firmeza-. Si nos encontramos con el Abuelo, intentaré explicárselo...

A tres kilómetros de allí, una caravana de caballos trotaba en la noche. Tres de ellos cargaban con cautivos expertamente atados y amordazados. Un cuarto tiraba de unas rudas rastras sobre las que el Equipaje yacía tendido, atado con una red y silencioso.

Herrena dio la orden de alto a la columna en voz baja, e hizo un gesto a uno de sus hombres para que se acercase.

— ¿Estás seguro? -le preguntó-. Yo no oigo nada.

— Vi formas de trolls -se limitó a insistir el otro.

Ella miró alrededor. Allí los árboles eran menos espesos, había muchas piedrecillas, y el sendero que se extendía ante ellos llevaba a una colina pelada, rocosa, que parecía especialmente antipática a la luz de la estrella roja.

Aquel sendero le preocupaba. Era muy antiguo, pero algo había tenido que crearlo, y cuesta mucho matar a un troll.

Suspiró. De repente, le parecía que aquella profesión de secretaria no habría estado tan mal.

Reflexionó, y no por primera vez, en que ser espadachina tenía muchos inconvenientes, quizá uno de los peores el hecho de que los hombres no te tomaban en serio hasta que los matabas, momento en el cual la cosa ya no tenía demasiada importancia.

Luego estaba todo el asunto del cuero, que le daba dentera pero parecía parte inseparable de la tradición. Y la cerveza. Eso de pasarse toda la noche acodado en la barra no estaba mal para gente como Hrun el Bárbaro o Cimbar el Asesino, pero Herrena se negaba a entrar en uno de esos lugares a menos que sirvieran bebidas adecuadas en vasos pequeños, preferentemente con una aceituna dentro. Y en cuanto a los retretes...

Pero ella era demasiado genial para ser ladrona, demasiado importante para ser asesina, demasiado inteligente para ser esposa, y desde luego demasiado orgullosa para ejercer la única profesión restante disponible para una mujer.

Así que se hizo espadachina, y lo había hecho muy bien, llegando a amasar una pequeña fortuna, que administraba cuidadosamente para un futuro que todavía no tenía muy pensado, pero que desde luego incluía un bidet.

Se oyó el ruido lejano de la madera al astillarse. Los trolls nunca habían comprendido la utilidad de esquivar los árboles.

Herrena volvió a alzar la vista hacia la colina. Dos franjas de terreno elevado discurrían a derecha e izquierda, y arriba había un gran saliente con..., entrecerró los ojos..., ¿algunas cavernas?

Cavernas de trolls. Pero quizá eran mejor opción que seguir vagando toda la noche. Y cuando amaneciera, ya no habría problemas.

Se inclinó hacia Gancia, jefe del grupo de mercenarios de Morpork. Herrena no estaba precisamente encantada con su presencia. Cierto que tenía los músculos de un toro y la vitalidad de un toro, pero también parecía tener los sesos de un toro. Y la crueldad de un hurón. Como la mayoría de los muchachos criados en los arrabales de Morpork, habría vendido gustosamente a su abuelita por un tubo de pegamento, y probablemente lo había hecho.

— Nos dirigiremos hacia esas cuevas y encenderemos una gran hoguera en la entrada -dijo-. A los trolls no les gusta el fuego.

Gancia le lanzó una mirada que sugería que él tenía sus propias ideas sobre quién debería dar las órdenes.

— Tú mandas -dijeron en cambio sus labios.

— Exacto.

Herrena volvió la vista hacia los tres cautivos. Aquélla era la caja, desde luego..., la descripción de Trymon había sido muy precisa. Pero ninguno de los hombres tenía aspecto de mago. Ni siquiera de mago fracasado.

— Oh, cielos -dijo Kuarzo.

Los trolls se detuvieron. La noche era cerrada como un manto de terciopelo. Un búho ululaba de manera escalofriante..., al menos, Rincewind supuso que era un búho. Estaba un poco flojo en ornitología. Quizá un ruiseñor ululaba, a menos que fuera un tordo. Un murciélago aleteó sobre su cabeza. De eso sí estaba bastante seguro.

También estaba muy cansado y lleno de magulladuras.

— ¿Por qué oh cielos? -preguntó.

Escudriñó en la oscuridad. En las colinas había un punto lejano que quizá fuera una hoguera.

— Oh -asintió-. No os gusta el fuego, ¿verdad?

Kuarzo le dio la razón.

— Destruye la superconductividad de nuestros cerebros -dijo-, pero una hoguera tan pequeña como ésa no tendrá mucho efecto sobre el Abuelo.

Rincewind miró a su alrededor cautelosamente, tratando de captar el sonido de un troll enloquecido. Ya había visto lo que los trolls normales podían hacer con un bosque. No es que fueran destructivos por naturaleza, simplemente trataban a la materia orgánica como a una niebla molesta.

— Entonces, esperemos que no se entere -dijo en tono fervoroso.

Kuarzo suspiró.

— Es bastante improbable que no se entere -dijo-. La han encendido en su boca.

— ¡Yo zoy el culpable de todo ezto! -gimió Cohen, luchando inútilmente contra sus ataduras.

Dosflores le miró con ojos nublados. La honda de Gancia le había hecho crecer un bonito bulto en la nuca, y había algunas cosas de las que no estaba demasiado seguro, empezando por su propio nombre y de ahí para arriba.

— Debí ezcuchad con máz atención -dijo Cohen-. Debí haced cazo y no dejadme diztdaed pod tu chadla zobde eza comozellame pada mazticad. Me eztoy haciendo viejo.

Consiguió incorporarse sobre los codos. Herrena y el resto de la banda estaban de pie alrededor del fuego, en la entrada de la cueva. En un rincón, bajo su red, el Equipaje seguía quieto, silencioso.

— Esta cueva tiene algo raro -dijo Bethan.

— ¿Qué? -preguntó Cohen.

— Bueno... mírala. ¿Habías visto alguna vez rocas como ésas?

Cohen tuvo que aceptar que el semicírculo de piedras distribuidas en la entrada de la cueva eran bastante inusuales. Cada una de ellas era más alta que un hombre, estaban muy desgastadas y sorprendentemente brillantes. En el techo había otro semicírculo que parecía una reproducción exacta del primero. El efecto general era el de una computadora de piedra construida por un druida que tuviera una vaga idea de la geometría y ni el menor sentido de la gravedad.

— Y no te pierdas las paredes.

Cohen se las arregló para mirar de soslayo hacia el muro más cercano. Estaba cubierto de venillas de cristal rojizo. No podía estar seguro, pero era casi como si unos pequeños puntos de luz relampaguearan sin cesar en lo más profundo de la roca.

Además, la cueva estaba llena de corrientes. Una brisa constante soplaba procedente de sus negras profundidades.

— Estoy segura de que, cuando entramos, la brisa soplaba en dirección contraria -susurró Bethan-. ¿Qué opinas tú, Dosflores?

— Bueno, no soy experto en cavernas -respondió el turista-. Pero estaba pensando que esa estalacloquesea que cuelga del techo es muy interesante. Un poco bulbosa, ¿no?

Todos la miraron.

— No sabría decir por qué -siguió Dosflores-, pero tengo la sensación de que lo mejor sería salir de aquí.

— Oh, zí -asintió Cohen, sarcástico-. Zupongo que debedíamoz pedid a ezta gente que noz dezate y noz deje madchadnoz, ¿eh?

Cohen no conocía demasiado a Dosflores, si no, no se habría sorprendido cuando el hombrecillo asintió animadamente y dijo con la voz alta, lenta, clara, que empleaba como alternativa al conocimiento de otros idiomas:

— ¡Perdonad! ¿Os importaría soltarnos y dejarnos marchar? Esto es un poco húmedo y hay demasiado viento. Lo siento.

Bethan miró a Cohen de soslayo.

— ¿Eso es lo que se tiene que decir en estos casos?

— Pada mi también ez una novedad, te lo azegudo.

El resultado fue que tres personas se separaron del grupo situado en torno a la hoguera y se dirigieron hacia ellos. No tenían cara de ir a desatar a nadie. De hecho, los dos hombres tenían esa cara que normalmente se atribuye a los que, cuando ven a alguien atado, empiezan a juguetear con cuchillos, hacen sugerencias groseras y se ríen mucho.

La autopresentación de Herrena consistió en desenvainar su espada y apuntarla contra el corazón de Dosflores.

— ¿Cuál de vosotros es Rincewind el mago? -preguntó-. Había cuatro caballos. ¿Está aquí?

— Mmm... la verdad, no sé dónde anda -respondió-. Se fue a buscar cebollas.

— Vosotros sois sus amigos. Vendrá a buscaros -concluyó Herrena.

Miró a Cohen y a Bethan, y luego examinó detenidamente al Equipaje.

Librodot

Trymon había hecho hincapié en que no tocaran el Equipaje. Es posible que la curiosidad matara al gato, pero la curiosidad de Herrena hubiera podido masacrar a una manada de leones.

Apartó la red y tiró de la tapa del Equipaje.

Dosflores parpadeó.

— Cerrada -dijo al final la chica-. ¿Dónde está la llave, gordo?

— No..., no tiene llave -respondió Dosflores.

— Hay una cerradura -señaló ella.

— Bueno, si..., pero si quiere permanecer cerrado, permanece cerrado -replicó el turista, incómodo.

Herrena era perfectamente consciente de la sonrisa de Gancia. Lanzó un bufido.

— Quiero ver qué hay dentro -dijo-. Encárgate de abrirlo, Gancia.

Volvió junto a la hoguera.

— Quiere ver qué hay dentro -repitió el hombre. Se volvió hacia su acompañante y sonrió- Quiere ver qué hay dentro, Weems.

Gancia movió el cuchillo muy despacio ante el rostro de Dosflores.

— Mira -explicó éste con paciencia-, me parece que no lo entendéis. Si el Equipaje está de humor cerrado, nadie puede abrirlo.

— Ah, sí, se me olvidaba -asintió Gancia, pensativo-. Claro, es una caja mágica, ¿verdad? Con patitas, según dicen. Oye, Weems, ¿ves patitas por ese lado? ¿No?

Acercó el cuchillo a la garganta de Dosflores.

— Eso me molesta mucho -dijo-. Y a Weems también. Weems no habla demasiado, lo que le gusta es hacer pedacitos a la gente. ¡Así que abre la caja!

Se dio la vuelta y lanzó una patada contra el lateral del Equipaje, dejando una fea grieta en la madera.

Se oyó un ligero clic.

Gancia sonrió. La tapa se levantó muy despacio, reflexivamente. El fuego distante arrancó destellos del oro..., montones de oro en monedas, cadenas y lingotes, pesados y deslumbrantes entre las sombras.

— Vaya, vaya -murmuró Gancia.

Volvió la vista hacia los hombres situados alrededor de la hoguera, quienes, ignorantes del hallazgo, parecían estar gritando a alguien en el exterior de la cueva. Luego miró especulativamente a Weems. Movió los labios sin emitir sonido alguno, con el esfuerzo desacostumbrado de la aritmética mental.

Bajó los ojos hacia su cuchillo. Entonces, el suelo se movió.

— Estoy seguro de que he oído a alguien -dijo uno de los hombres-. Ahí abajo, entre las... eh... rocas.

La voz de Rincewind les llegó desde la oscuridad.

— ¡Desde luego! -grito.

— ¿Y bien? -preguntó Herrena.

— ¡Corréis un gran peligro! ¡Tenéis que apagar el fuego enseguida!

— No, no -negó la chica-. No lo has entendido bien. El que corre un gran peligro eres tú. Y no apagaremos el fuego ni en broma.

— Hay un troll muy grande, muy viejo...

— Todo el mundo sabe que los trolls se mantienen alejados del fuego -señaló Herrena.

Hizo una señal. Un par de hombres desenvainaron las espadas y se dirigieron hacia la oscuridad.

— ¡Absolutamente cierto! -gritó Rincewind desesperadamente-. ¡Pero este troll en particular no puede mantenerse alejado del fuego!

— ¿Cómo que no puede? -titubeó Herrena.

El terror en la voz de Rincewind empezaba a hacerle mella.

— ¡Es que se lo habéis encendido en la lengua!

Entonces el suelo se movió.

El Abuelo despertó muy lentamente de su cabezadita centenaria. Casi no consiguió despertar del todo..., de hecho, si todo aquello hubiera tenido lugar unas décadas más tarde, no habría pasado nada.

Cuando un troll se hace viejo y empieza a meditar seriamente sobre el universo, suele encontrar un lugar tranquilo para dedicarse a filosofar. Tras un tiempo, comienza a olvidarse de sus extremidades. Se cristaliza por los bordes hasta que no queda nada más que una tenue chispa de vida dentro de una colina bastante grande, una colina con estratos rocosos inusuales.

El Abuelo no había llegado tan lejos. Despertó en medio de una prometedora línea de pensamiento acerca del significado de la verdad, y notó un calor extraño en lo que, tras mucho esfuerzo, recordó que era su boca.

Empezó a enfadarse. Las órdenes pasearon tranquilamente por senderos neuronales de silicio impuro. En lo más profundo de su cuerpo rocoso, las piedras se deslizaron con suavidad a lo largo de grietas especiales. Los árboles cayeron, la tierra se partió a medida que dedos del tamaño de barcos se desplegaban y se agarraban al terreno. Dos terribles deslizamientos de rocas tuvieron lugar en la cima de su precipicio cuando abrió unos ojos como enormes ópalos.

Rincewind no alcanzó a ver nada de todo eso, por supuesto, ya que sus ojos no le resultaban útiles más que con la luz del día. Pero lo que sí vio fue cómo todo el paisaje ensombrecido se sacudía lentamente y luego, por imposible que parezca, empezaba a alzarse contra las estrellas.

Salió el sol.

Pero la luz del sol no. Lo que sucedió fue que los famosos rayos solares del Mundodisco, que como ya se ha indicado viajan muy despacio a través del potente campo mágico, se deslizaron suavemente por las tierras de la Periferia y dieron comienzo a su silenciosa batalla contra los ejércitos en retirada de la noche. Se derramaron como oro fundido[4] por las laderas..., brillantes, limpios y, sobre todo, lentos.

Herrena no titubeó. Con mucha sangre fría, corrió hasta el límite del labio del Abuelo, saltó y utilizó el impulso para alejarse rodando. Sus hombres la siguieron, lanzando juramentos a medida que caían entre las piedras.

El viejo troll se irguió como alguien muy gordo que tratara de hacer flexiones.

Esto no se vio muy bien desde donde estaban tendidos los prisioneros. Sólo se enteraron de que el suelo se enroscaba bajo ellos, de que había mucho ruido y de que la mayor parte de éste era de naturaleza desagradable.

Weems agarró a Gancia por el brazo.

— Es un terremoto -dijo-. ¡Salgamos de aquí!

— No sin ese oro -replicó Gancia.

— ¿Qué?

— El oro, el oro, hombre. ¡Podemos ser más ricos que Creosota!

Es posible que Weems tuviera un C.I. a nivel de temperatura ambiente, pero sabía reconocer la imbecilidad cuando la veía. Los ojos de Gancia brillaban más que el oro, y parecía tener la vista fija en su oreja izquierda.

Miró al Equipaje con desesperación. Aún tenía la tapa invitadoramente abierta..., cosa extraña, cualquiera hubiera dicho que con tantas sacudidas se le habría cerrado.

— No podemos transportarlo -protestó-. Pesa demasiado.

— ¡Pero sí podemos llevarnos parte! -gritó Gancia.

Saltó hacia el baúl en el momento en que el suelo temblaba de nuevo.

La tapa se cerró de golpe. Gancia desapareció.

Y, por si acaso Weems pensaba que había sido algo accidental, la tapa del Equipaje se volvió a abrir de golpe, sólo por un segundo, y una larga lengua color rojo caoba lamió unos amplios dientes blancos como el sicómoro. Luego se cerró de nuevo.

Para aterrorizar todavía más a Weems, centenares de patitas brotaron de la parte inferior de la caja. Esta se irguió muy despacio y, moviendo los pies con deliberación, se dio media vuelta para enfrentarse con él. Había una mirada muy malévola en su cerradura, la clase de mirada que está diciendo a gritos «Vamos, atácame, me encantará».

Weems retrocedió y miró a Dosflores con gesto suplicante.

— Creo que lo mejor será que nos desates -sugirió el turista-. Cuando te conoce, es muy dócil.

Humedeciéndose los labios de nerviosismo, Weems desenvainó el cuchillo. El Equipaje lanzó un crujido de advertencia.

Cortó las ligaduras y retrocedió de nuevo a toda velocidad.

— Gracias -dijo Dosflores.

— Ya me ha vuelto a dad lo de la ezpalda -se quejó Cohen.

Bethan le ayudó a incorporarse.

— ¿Qué hacemos con éste? -preguntó la chica.

— Quitadle el cuchillo y decidle que ze ladgue -indicó Cohen-. ¿De acueddo?

— ¡Si, señor! ¡Gracias, señor! -se apresuró a responder Weems antes de salir corriendo hacia la entrada de la cueva.

Por un momento, su silueta quedó perfilada contra el cielo grisáceo del preamanecer; y luego desapareció. Se oyó un «arrrrgh» distante.

La luz solar rugió silenciosamente a través de la tierra como una ola. Aquí y allá, donde el campo mágico era algo más débil, lenguas de aurora se adelantaban al día, dejando islotes aislados de noche que se contraían y desaparecían a medida que el deslumbrante océano ganaba terreno.

Las tierras altas que rodeaban las Llanuras del Vórtice se erguían ante la marea como un gran barco gris.

Es posible apuñalar a un troll, pero la técnica necesaria requiere mucha práctica, y nadie consigue practicar más de una vez. Los hombres de Herrena vieron a los trolls salir de la oscuridad como fantasmas muy sólidos. Las hojas de los cuchillos se hicieron pedazos al chocar contra las pieles silíceas, hubo un par de gritos más bien breves, y luego sólo se oyeron aullidos que se perdían en el bosque a medida que los hombres ponían tanta distancia como era posible entre ellos y la tierra vengativa.

Rincewind salió arrastrándose de detrás de un árbol y miró a su alrededor. Estaba solo, pero los arbustos que tenía a su espalda crujían mientras los trolls corrían en pos de la banda.

Alzó la vista.

Muy por encima de él, dos enormes ojos cristalinos se clavaban llenos de odio en cualquier cosa blanda, aplastable y, sobre todo, caliente. Rincewind retrocedió espantado cuando una mano grande como una casa se cerró para formar un puño y cayó hacia él.

El día llegó con una silenciosa explosión de luz. Por un momento, la inmensa mole aterradora del Abuelo fue una catarata de sombras contra el torrente de luz solar. Hubo un breve crujido chirriante.

Luego, el silencio.

Pasaron varios minutos. No sucedió nada.

Unos cuantos pájaros seguían cantando. Un abejorro zumbó sobre el otero que era el puño del Abuelo y aterrizó en un matorral de tomillo que había crecido bajo una uña pétrea.

Se oyó un ruido abajo. Rincewind se deslizó como pudo por la estrecha ranura que quedaba entre el puño y el suelo, como una serpiente abandonando la camisa vieja.

Se tumbó de espaldas y contempló el fragmento de cielo que se divisaba más allá de la forma inmóvil del troll. Éste no había cambiado en ningún aspecto, simplemente ahora estaba quieto, pero los ojos de Rincewind empezaban a jugarle malas pasadas. La noche anterior; al contemplar las grietas en la piedra, las vio convertirse en bocas y ojos; ahora observaba en la cara del acantilado cómo los rasgos se convertían por arte de magia en simples protuberancias rocosas.

— ¡Uauh! -exclamó.

No le sirvió de mucho. Se levantó, se sacudió el polvo y miró a su alrededor. Si se exceptuaba al abejorro, estaba completamente solo.

Tras rondar un rato por allí encontró una roca que, según desde dónde la mirases, se parecía a Berilia.

Él estaba solo, extraviado, lejos de su casa. Era... Se oyó un chasquido mas arriba, y varios fragmentos de roca se estrellaron contra el suelo. En el rostro del Abuelo apareció un agujero. Rincewind vio por un momento el costado del Equipaje, que recuperaba el equilibrio, y después la cabeza de Dosflores surgió de la entrada de la cueva.

— ¿Eh? ¿Hay alguien ahí?

— ¡Eh! -gritó el mago-. ¡Me alegro de verte!

— Pues yo... no sé si me alegro. Depende, ¿quién eres? -replicó Dosflores.

— ¿Cómo que quién soy?

— ¡Cielos, qué paisaje tan maravilloso se divisa desde aquí!

Tardaron media hora en bajar. Por suerte, el Abuelo era bastante rugoso y tenía muchos asideros, pero su nariz habría representado un obstáculo insalvable de no ser por el gran roble que crecía en una fosa nasal.

El Equipaje no se molestó en bajar con cuidado, y se limitó a saltar hasta el suelo, rebotando sin sufrir ningún daño aparente.

Cohen se sentó a la sombra para tratar de recuperar el aliento, y de paso esperando a que la cordura también lo recuperara. Miró al Equipaje con gesto pensativo.

— Los caballos han huido -señaló Dosflores.

— Ya loz encontdademoz -replicó Cohen.

Sus ojos siguieron perforando al Equipaje, que empezaba a ponerse metafóricamente colorado.

— Y se han llevado toda nuestra comida -insistió Rincewind.

— Hay mucha comida en loz bozquez.

— Llevo unas galletas nutritivas en el Equipaje

— se animó Dosflores-. Digestivos del Viajero. Llévalos siempre a mano.

— Ya los he probado -señaló Rincewind-. Sentimos una antipatía mutua.

Cohen se levantó con los ojos entornados.

— Dizculpadme -dijo-. Hay algo que debo zabed.

Se dirigió hacia el Equipaje y levantó la tapa. La caja retrocedió apresuradamente, pero Cohen estiró un pie huesudo y puso la zancadilla a la mitad de sus patas. Cuando el cofre se volvió para morderle, el guerrero apretó los dientes e hizo fuerza, volcando al Equipaje de manera que quedara sobre su tapa curva, agitándose como una tortuga enloquecida.

— ¡Oye, que es mi Equipaje! -se indignó Dosflores-. ¿Por qué atacas a mi Equipaje?

— Creo que lo sé -replicó Bethan en voz baja-. Porque le tiene miedo.

Dosflores, boquiabierto, se volvió hacia Rincewind.

Éste se encogió de hombros.

— A mí que me registren -dijo-. Personalmente, prefiero huir de las cosas que me dan miedo.

Con un chasquido de la tapa, el Equipaje se dio media vuelta y bajó corriendo, arañando a Cohen en una espinilla con su esquina de latón. Pero el bárbaro se las arregló para desviarlo lo suficiente como para lanzarlo a toda velocidad contra una roca.

— No está mal -se admiró Rincewind.

El Equipaje retrocedió tambaleándose, se detuvo un instante y luego se volvió hacia Cohen, abriendo y cerrando la tapa con gesto amenazador. Cohen dio un salto y aterrizó sobre ella, metiendo manos y pies en la ranura.

Aquella actitud dejó muy asombrado al Equipaje. Más todavía se asombró cuando Cohen tomó aliento e hizo fuerza, con sus músculos destacando en los brazos huesudos como calcetines llenos de cocos.

Permanecieron enzarzados durante algún tiempo, tendones contra bisagras. De vez en cuando, uno y otro crujían.

Bethan dio un codazo a Dosflores en las costillas.

— Haz algo -suplicó.

— Mmm -asintió Dosflores-. Sí. Esto ya es demasiado. Suéltale, por favor.

El Equipaje lanzó un lastimero crujido, sintiéndose traicionado por el sonido de la voz de su amo. Abrió la tapa con tal fuerza que Cohen cayó hacia atrás, aunque consiguió ponerse en pie y lanzarse hacia la caja.

El contenido del Equipaje salió disparado.

Cohen se inclinó hacia su interior.

El Equipaje crujió un poco, pero obviamente había sopesado las posibilidades de que le enviaran al Gran Guardarropa Celestial. Cuando Rincewind se atrevió a echar un vistazo entre sus dedos, Cohen estaba examinando el interior y maldiciendo en voz baja.

— ¿Zólo hay dopa? -se indignó-. ¿Nada máz? ¿Zólo dopa?

Temblaba de ira.

— También hay algunas galletas -señaló Dosflores en voz baja.

— ¡Zi también había odo! ¡Y vi cómo ze comía a alguien!

Cohen miró a Rincewind con gesto implorante.

El mago suspiró.

— A mí no me mires. Ese trasto no es mío.

— Lo compré en una tienda -se defendió Dosflores-. Dije que quería un baúl para viajar.

— Y lo conseguiste, desde luego -asintió Rincewind.

— Es muy leal -insistió Dosflores.

— Oh, sí -ironizó Rincewind-. Aunque lo que la mayoría de la gente pide de una maleta no es lealtad.

— Un momento -pidió Cohen, que se había apoyado en una roca-. ¿Eda una de ezaz tiendaz...? Quiedo decid, apuezto a que nunca la habíaz vizto, y cuando volvizte ya no eztaba allí...

Dosflores se animó un poco.

— ¡Exacto!

— ¿Y el dependiente eda un hombdecillo viejo, flaco? ¿La tienda eztaba llena de cozaz extdañaz?

— ¡Y tanto! Nunca volví a encontrarla, pensé que me había equivocado de calle. Donde creía que estaba la tienda no había más que un muro de ladrillos, recuerdo que me pareció muy...

Cohen se encogió de hombros.

— Una de ezaz tiendaz[5] -dijo-. Ezo lo explica todo. -Se tanteó la espalda e hizo una mueca-. ¡El maldito caballo ze madchó con mi linimento!

Rincewind recordó algo, y hurgó en las profundidades de su túnica, ahora desgarrada y bastante sucia. Sacó una botella verde.

— ¡Eze ez! -exclamó Cohen-. Edez una madavilla.

Miró a Dosflores de soslayo.

— Lo habdía deddotado aunque no le hubiezez oddenado detidadze -dijo con tranquilidad-. Al final, lo habdía deddotado.

— Desde luego -añadió Bethan.

— Vozotdoz doz, haced algo útil -siguió Cohen-. Eze Equipaje dompió un diente de tdoll pada llegad hazta nozotdoz. Eze diente eda de diamante. A ved zi encontdáiz los pedazoz. Ze me ha ocuddido una idea.

Mientras Bethan se arremangaba y destapaba la botella, Rincewind se llevó aparte a Dosflores.

— Se ha vuelto majara -dijo cuando estuvieron escondidos entre los arbustos.

— ¡Estás hablando de Cohen el Bárbaro! -replico Dosflores, sinceramente conmocionado-. ¡ Es el mejor guerrero de todos los...!

— Era -le interrumpió Rincewind-. Todo aquello de los sacerdotes guerreros y los zombies devoradores de hombres fue hace muchos años. Ahora, todo lo que le quedan son recuerdos y tantas cicatrices que se podría jugar al tres en raya sobre su piel.

— Sí, es bastante más viejo de lo que imaginaba -asintió Dosflores.

Se inclinó para recoger un fragmento de diamante.

— Así que deberíamos abandonarlos, buscar a nuestros caballos y marcharnos -terminó Rincewind.

— Es una mala pasada, ¿no?

— Les irá perfectamente -replicó el mago con rapidez-. La cuestión es: ¿te sientes cómodo en compañía de alguien que ataca al Equipaje con las manos desnudas?

— No te falta razón.

— Además, lo más probable es que estén mejor sin nosotros.

— ¿Estás seguro?

— Completamente -zanjó Rincewind.

Encontraron a los caballos vagando sin rumbo por la maleza, desayunaron cecina de caballo poco seca, y partieron en la dirección que Rincewind consideraba correcta. Unos minutos más tarde, el Equipaje salió corriendo de entre los arbustos para reunirse con ellos.

El sol ascendía en el cielo, pero no conseguía borrar la luz de la estrella roja.

— Cada noche que pasa se hace más grande -señaló Dosflores-. Alguien debería hacer algo, ¿no crees?

— ¿Por ejemplo?

— ¿No podrían decirle a Gran A'Tuin que la esquivase? -sugirió-. ¿Que diese un rodeo, o algo así?

— Ya se ha intentado algo por el estilo -respondió Rincewind-. Los magos intentaron sintonizar con la mente de Gran A'Tuin.

— ¿Y no lo consiguieron?

— Oh, sí que lo consiguieron. Sólo que...

Sólo que hubo algunos riesgos imprevistos en la lectura de una mente tan grande como la de la Tortuga del Mundo, explicó. Los magos se habían entrenado con galápagos y con tortugas marinas gigantes para hacerse una idea del esquema mental de los quelonios. Pero, aunque sabían que el cerebro de A'Tuin sería grande, no se dieron cuenta de que también sería lento. Muy lento.

— Un montón de magos se han turnado durante treinta años para leer su mente -dijo Rincewind-. Hasta ahora, lo único que han averiguado es que Gran A'Tuin espera algo con muchas ganas.

— ¿El qué?

— ¿Quién sabe?

Cabalgaron un rato en silencio a través del abrupto terreno, por un camino bordeado de enormes bloques de piedra. Al final, Dosflores dijo:

— Creo que deberíamos volver.

— Mira, mañana llegaremos al Smarl -respondió Rincewind-. Aquí no les puede pasar nada, no veo porqué...

Como si hablara solo. Dosflores había espoleado a su caballo para que diera media vuelta, y trotaba ahora demostrando toda la elegancia de un saco de patatas.

Rincewind miró hacia abajo. El Equipaje le contemplaba con gesto de reproche.

— ¿Y tú qué miras? -le espetó el mago-. Puede volver si le da la gana, ¿a mí qué me importa?

El Equipaje no dijo nada.

— Oye, no es cosa mía. No soy responsable de él. Que quede claro.

El Equipaje no dijo nada, pero esta vez más alto.

— Haz lo que quieras, ve con él. No tienes nada que ver conmigo.

El Equipaje recogió sus patitas y se sentó en el camino.

— Bueno, pues yo me voy -insistió Rincewind-. Lo digo en serio -añadió.

Enfiló al caballo hacia el nuevo horizonte, sin moverse, y bajó la vista. El Equipaje seguía allí sentado.

— No te servirá de nada apelar a mis buenos sentimientos. Puedes quedarte ahí todo el día, me da igual. Me marcho ahora mismo, ¿entiendes?

Miró al Equipaje. El Equipaje le devolvió la mirada.

— Pensé que no volverías -dijo Dosflores.

— No quiero hablar del asunto -replicó Rincewind.

— Entonces, ¿hablamos de otra cosa?

— De acuerdo, hablemos sobre cómo quitamos estas cuerdas.

Se miró las ataduras de las manos.

— No entiendo por qué eres tan importante -dijo Herrena.

Estaba sentada frente a ellos en una roca, con la espada cruzada sobre las rodillas. La mayor parte de los miembros de su grupo se habían tumbado arriba entre las rocas, y vigilaban el camino. Rincewind y Dosflores habían caído en la emboscada con una facilidad patética.

— Weems me contó lo que tu caja le hizo a Gancia -añadió la joven-. No puedo decir que sea una gran pérdida, pero debéis hacerle comprender que, si se acerca a menos de un kilómetro de nosotros, os cortaré la garganta personalmente. ¿Comprendido?

Rincewind asintió violentamente.

— Bien -prosiguió Herrena-. Se os busca vivos o muertos. A mí me da igual una cosa u otra, pero quizá algunos de los muchachos quieran discutir con vosotros acerca de esos trolls. Si no llega a salir el sol en ese momento...

Dejó la frase en suspenso y se alejó.

— Bueno, ya nos hemos metido en otro lío -suspiró Rincewind.

Tiró una vez más de las cuerdas que le sujetaban.

Tenía una roca a la espalda, si pudiera alzar las muñecas..., si, justo lo que suponía, era tan afilada como para hacerle sangre, y tan roma como para no surtir el menor efecto sobre las sogas.

— Pero ¿por qué nosotros? -preguntó Dosflores-. Tiene algo que ver con esa estrella, ¿no?

— No sé nada sobre la estrella -añadió Rincewind-. ¡Ni siquiera me matriculé en la asignatura de astrología cuando estaba en la universidad!

— Bueno, supongo que todo acabará por arreglarse -zanjó Dosflores.

Rincewind le miró. Las afirmaciones como aquélla nunca dejaban de desconcertarle.

— ¿De verdad lo crees? -dijo-. Quiero decir; ¿de verdad?

— Bueno, si te paras a pensarlo, las cosas suelen funcionar de manera satisfactoria.

— Si opinas que el desastre total en mi vida durante el último año ha sido algo satisfactorio, entonces quizá tengas razón. He perdido la cuenta de las veces en que he estado al borde de la muerte...

— Veintisiete -señaló Dosflores.

— ¿Qué?

— Veintisiete veces -explicó Dosflores para ayudarle-. Yo sí llevo la cuenta. Pero nunca lo has hecho.

— ¿El qué, llevar la cuenta? -dijo Rincewind, que empezaba a tener la conocida sensación de que la conversación estaba preparada de antemano.

— No, morirte. ¿No te parece que es un buen presagio?

— No tengo nada que objetar a eso, si es a lo que te refieres -asintió Rincewind.

Se concentró en sus pies. Dosflores tenía razón, desde luego. Obviamente, el Hechizo le había mantenido con vida. Sin duda, si saltaba por un precipicio, una nube amortiguaría su caída.

Lo malo de esa teoría, decidió, era que sólo funcionaría mientras no creyese en ella. En cuanto se considerase invulnerable, podía darse por muerto.

Así que, en definitiva, lo mejor era no pensar en ello.

Además, igual se equivocaba.

La única cosa que sabía con certeza era que tenía un dolor de cabeza atroz. Deseó con todas sus fuerzas que el Hechizo estuviera en la zona del dolor y lo pasara muy mal.

Cuando salieron de la hondonada, tanto Rincewind como Dosflores compartían caballo con uno de sus captores. Rincewind iba incómodamente tendido delante de Weems, que se había torcido el tobillo y no estaba de buen humor. Dosflores viajaba sentado delante de Herrena..., y dado que el turista era bastante bajito, eso significaba que al menos llevaba las orejas calientes. La chica cabalgaba con el cuchillo desenvainado y el ojo atento a cualquier caja andante. Herrena no había descifrado todavía la naturaleza del Equipaje, pero tenía suficiente cerebro como para comprender que éste no permitiría que mataran a Dosflores.

Al cabo de unos diez minutos, lo vieron en el centro del camino. Tenía la tapa invitadoramente abierta. Estaba lleno de oro.

— Esquivadlo -ordenó Herrena.

— Pero...

— Es una trampa.

— Cierto -asintió Weems, pálido-. Creedme.

De mala gana, los hombres tiraron de las riendas de los caballos para dar un rodeo que esquivara la brillante tentación, y siguieron trotando por el sendero. Weems miró hacia atrás, temiendo ver que el cofre le perseguía.

Lo que vio fue aún peor. Había desaparecido.

A un lado del sendero, la alta hierba se agitó misteriosamente antes de quedar inmóvil.

Rincewind era mal mago y aún peor luchador; pero en cambio era un auténtico experto en cobardía, y reconocía el miedo en cuanto lo olía.

— Te seguirá, ¿sabes? -dijo con tranquilidad.

— ¿Qué? -preguntó Weems, distraído.

Seguía mirando la hierba.

— Tiene mucha paciencia, nunca se rinde. Te enfrentas con madera de peral sabio. Te dejará creer que se ha olvidado de ti, pero un buen día, cuando camines por un callejón oscuro, oirás sus pisadas detrás de ti... pías, pías, entonces echarás a correr y las pisadas también acelerarán, pías-pías-pías-pías...

— ¡Cállate! -chilló Weems.

— Seguramente ya te conoce, así que...

Librodot

— ¡He dicho que te calles!

Herrena se dio media vuelta en su silla y los miró. Weems frunció el ceño y tiró de la oreja de Rincewind hasta que la tuvo delante de la boca.

— No tengo miedo de nada, ¿comprendes? -dijo con voz ronca-. Me río yo de las cosas de los magos.

— Todos dicen lo mismo hasta que oyen las pisadas -replicó Rincewind.

Se calló cuando la punta de un cuchillo le cosquilleó entre las costillas.

Durante el resto del día no sucedió nada, pero, para satisfacción de Rincewind y creciente paranoia de Weems, el Equipaje se dejó ver varias veces. En unas ocasiones estaba incongruentemente atravesado sobre una grieta del terreno, en otras aparecía medio oculto en una zanja y cubierto de musgo.

A última hora de la tarde llegaron a la cima de una colina y contemplaron el extenso valle del Alto Smarl, el río más largo del Disco. Tenía casi un kilómetro de ancho y sus aguas eran espesas por el cieno que hacia de las tierras bajas la zona más fértil del continente. Unos cuantos jirones de niebla velaban sus orillas.

— Pías -dijo Rincewind.

Sintió cómo Weems daba un salto en la silla.

— ¿Eh?

— Nada, me estaba aclarando la garganta -sonrió el mago.

Había calculado largo rato aquella sonrisa. Era la clase de sonrisa que usa alguien cuando te mira la oreja izquierda y te dice en tono apremiante que le persiguen agentes secretos de otra galaxia. No era una sonrisa que inspirase confianza. Seguramente se habían visto sonrisas más aterradoras, pero sólo en las caras de esas sonreidoras anaranjadas con rayas negras y largas colas que van por la selva buscando víctimas a las que sonreír.

— Deja de poner esa cara -ordenó Herrena.

En el lugar en que el sendero llegaba junto a la orilla del río, había un rudimentario espigón y un gran gong de bronce.

— Sirve para llamar al barquero -indicó Herrena-. Si cruzamos por ahí nos ahorraremos un buen trecho. Quizá incluso podamos llegar a la ciudad esta noche.

Weems parecía dudarlo. El sol se estaba poniendo gordo y rojo, y la niebla empezaba a espesar.

acaso preferís pasar la noche a este lado del río?

Weems cogió el martillo y golpeó el gong con tanta fuerza que se soltó de su bisagra y cayó estrepitosamente.

Aguardaron en silencio. Con un tintineo húmedo, una cadena surgió del agua y se tensó, sujeta por un poste de hierro clavado en la orilla. Por fin, la forma aplanada de la barcaza apareció lentamente entre la niebla, con su barquero encapuchado haciendo girar el enorme timón situado en el centro, avanzando milímetro a milímetro hacia la ribera.

La quilla plana de la barcaza rozó la orilla, y la figura encapuchada se apoyó jadeante en el timon.

— Zólo doz cada vez -murmuró-. Nada máz. De doz en doz con loz caballoz.

Rincewind tragó saliva y procuró no mirar a Dosflores. Seguramente, el hombrecillo estaría sonriendo como un idiota. Se arriesgó a echar un vistazo por el rabillo del ojo.

Dosflores tenía la boca abierta de par en par.

— No eres el barquero de siempre -dijo Herrena-. He pasado por aquí otras veces, el barquero es un tipo corpulento, como...

— Ez zu día libde.

— Bueno, de acuerdo -asintió dubitativa-. En ese caso..., ¿de qué se ríe éste?

A Dosflores le temblaban los hombros, se había puesto rojo y trataba inútilmente de contener las carcajadas. Herrena le miró un momento y luego clavó la vista en el barquero.

— ¡Dos de vosotros, cogedle!

Hubo una pausa.

— ¿A quién, al barquero? -preguntó al final uno de los hombres.

— ¡Sí!

— ¿Por qué?

Herrena se quedó sin saber qué decir. Las cosas no debían ir así. Se acepta como norma general que cuando alguien grita algo como «¡Cogedle!» o «¡Guardias!», todos se lanzan a cumplir la orden. A nadie se le ocurre ponerse a discutir el asunto.

— ¡Porque lo digo yo! -fue la mejor respuesta que le vino a la mente.

Los dos hombres que estaban más cerca del barquero se miraron, se encogieron de hombros, desmontaron y le agarraron cada uno por un hombro. El barquero abultaba como la mitad que ellos.

— ¿Así? -preguntó uno.

Dosflores se había atragantado de risa.

— Ahora, quiero ver qué lleva bajo esa túnica.

Los dos hombres intercambiaron miradas.

— No estoy seguro de que... -empezó uno.

No pudo decir más, porque un codo huesudo salió disparado como un pistón contra su estómago. Su compañero bajó la vista, incrédulo, y se llevó un recuerdo del segundo codo en los riñones.

Cohen lanzó una maldición mientras luchaba por sacar la espada de entre los pliegues de la túnica a la vez que saltaba como un cangrejo para acercarse a Herrena. Rincewind gimió, apretó los dientes y lanzó un cabezazo hacia atrás. Se oyó un grito de Weems, y Rincewind se dejó caer de lado, aterrizando pesadamente en el barro. Se levantó como pudo, y buscó con ojos enloquecidos algún lugar donde esconderse.

Con un grito de alegría, Cohen consiguió por fin liberar su espada y la esgrimió triunfalmente, hiriendo de gravedad a un hombre que iba a atacarle por la espalda.

Herrena apeó a Dosflores de su caballo con un empujón, y buscó su propia espada. Al tratar de levantarse, el turista hizo que otro caballo se encabritara y su jinete perdiera el equilibrio quedando semicolgado del animal con la cabeza a la altura idónea para que Rincewind le asestara una formidable patada. El mago no tenía el menor reparo en reconocer que era una rata, pero hasta las ratas luchan cuando se ven acorraladas.

Librodot

Weems le agarró por el hombro, y un puño de consistencia parecida a la de una roca fue a estrellarse contra su cabeza.

Mientras caía, oyó la orden tranquila de Herrena:

— Matadlos a los dos. Yo me encargo del viejo imbécil.

— ¡Hecho! -dijo Weems, volviéndose hacia Dosflores con la espada desenvainada.

Rincewind le vio titubear. Hubo un momento de silencio, y luego hasta Herrena oyó el chapoteo del Equipaje cuando salió a la orilla chorreando agua por los cuatro costados.

Weems lo miró horrorizado. La espada se le cayó de la mano. Dio media vuelta y echó a correr hacia la niebla. Un momento después, el Equipaje saltó por encima de Rincewind y le siguió.

Herrena se lanzó contra Cohen, quien paró el golpe y gruñó de dolor cuando se le torció el brazo. Las espadas chocaron con tintineos húmedos, y Herrena se vio obligada a retroceder cuando una astuta estocada de Cohen estuvo a punto de desarmaría.

Rincewind se tambaleó hacia Dosflores y tiró de él sin resultado.

— Es hora de largarnos -murmuro.

— ¡Esto es genial! -exclamó el turista-. ¿Has visto cómo la...?

— Sí, sí, vamos.

— Pero yo quiero..., ¡eh, bravo!

La espada de Herrena salió disparada de su mano y fue a clavarse temblorosa en la tierra. Con un grito de satisfacción, Cohen alzó su arma, bizqueó un instante, lanzó un gemido de dolor y se quedó absolutamente inmóvil.

Herrena le miró asombrada. Dio un paso tentativo hacia su propia espada y, al ver que nada sucedía, la agarró, la blandió y miró a Cohen. Sólo los ojos del bárbaro se movieron para seguirla mientras ella le rodeaba con cautela.

— ¡Es su espalda otra vez! -susurro Dosflores-. ¿Qué podemos hacer?

— ¿Tratar de llegar a los caballos?

— Bien -dijo Herrena-, no sé quién eres ni por qué estás aquí, y además esto no es nada personal, espero que lo entiendas.

Alzó la espada con ambas manos.

Hubo un repentino movimiento entre la niebla y se oyó el golpe seco de la madera al golpear contra una cabeza. Herrena pareció asombrada durante un instante y luego cayó hacia adelante.

Bethan soltó la rama que llevaba en la mano y miró a Cohen. Le agarró por los hombros, le clavó una rodilla en la base de la espalda, apretó con un movimiento experto y le soltó.

Una expresión de alivio divino bañó el rostro arrugado. Cohen se inclinó con cautela.

— ¡Ha desaparecido! -exclamó-. ¡La espalda! ¡Ha desaparecido!

Dosflores se volvió hacia Rincewind.

— Mi padre solía recomendar que te colgaras del marco de una puerta -dijo en tono coloquial.

Weems se arrastró con suma cautela por entre los árboles rodeados de maleza y envueltos en la niebla. El claro aire húmedo acallaba todos los sonidos, pero él estaba seguro

de que no había habido nada que oír durante los últimos diez minutos. Se dio la vuelta muy lentamente, y sólo entonces se permitió el lujo de un prolongado suspiro de alivio.

Algo le rozó con mucha suavidad la parte trasera de las rodillas. Algo angular.

Bajó la vista. Sobre el suelo había muchos más pies de los normales.

Se oyó un mordisco breve, seco.

La hoguera era un puntito de luz en el oscuro paisaje. La luna no había aparecido aún, pero en cambio la estrella derramaba su brillo sobre el horizonte.

— Ahora es redonda -señaló Bethan-. Parece un sol pequeño. Además, estoy segura de que calienta mas.

— ¡No! -gimió Rincewind-. ¡Como si no tuviera bastantes cosas de las que preocuparme'

— Lo que no tedmino de entended -dijo Cohen, a quien estaban masajeando la espalda- ez cómo oz captudadon zin que lo oyézemoz. No noz habdíamoz entedado de nada zi tu Equipaje no ze hubieda puezto a zaltad de un lado a otdo.

— Y a lloriquear -añadió Bethan.

Todos la miraron.

— Bueno, tenía aspecto de estar lloriqueando -se defendió-. A mi me parece que es encantador.

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia el Equipaje, que estaba sentado al otro lado de la hoguera. Se levantó y, parsimoniosamente, se alejó hacia las sombras.

— Ez fácil de alimentad -dijo Cohen.

— Difícil de extraviar -asintió Rincewind.

— Leal -aportó Dosflores.

— Ezpaziozo -insistió Cohen.

— Pero lo de «encantador» no le va demasiado -zanjó el mago.

— Zupongo que no queddáz vendedlo -interrogó Cohen a Dosflores.

Dosflores meneó la cabeza.

— Me parece que él no lo comprendería.

— No, zupongo que no -suspiró Cohen. Se incorporó y se mordisqueó el labio-. Eztaba buzcando un degalo pada Bethan, ¿zabéiz? Vamoz a contdaed matdimonio.

— Pensamos que deberíais ser los primeros en saberlo -dijo Bethan, enrojeciendo.

Rincewind no captó la mirada de Dosflores.

— Vaya, eso es muy, eh...

— En cuanto encontremos una ciudad donde haya un sacerdote -añadió Bethan-. Quiero que las cosas se hagan como es debido.

— Eso es muy importante -asintió Dosflores con toda seriedad-. Si hubiera más moralidad, no iríamos por ahí chocando contra estrellas.

Todos consideraron la idea durante un momento.

— ¡Esto hay que celebrarlo! -exclamó al final Dosflores, animado-. Tengo galletas y agua, si a vosotros os queda todavía de esa cecina...

— Oh, maravilloso -dijo débilmente Rincewind.

Se llevó a Cohen aparte. Con la barba arreglada y en una noche cerrada, el anciano no aparentaba más de setenta años.

— Esto, eh... ¿va en serio? -le preguntó-. ¿De verdad te vas a casar con ella?

— Dezde luego. ¿Alguna objeción? — Bueno, no, claro que no, pero..., quiero decir; tiene diecisiete años, y tú..., cómo lo diría yo..., eres más bien de la vieja escuela.

— ¿Quiedez decid que ya ez hoda de que ziente la cabeza?

Rincewind trató de elegir las palabras.

— Tienes setenta años más que ella, Cohen. ¿Estás seguro de que...?

— No ez la pdimeda vez que me cazo, ¿zabez? Tengo baztante buena memodia -le reprochó el bárbaro.

— No, a lo que me refiero es, en fin, físicamente, la cuestión es, ya sabes, la diferencia de edad y todo eso es un asunto de salud, y claro...

— Ah -asintió Cohen lentamente-. Ya veo a que te defiedez. La deziztencia. No lo había penzado.

— Eso, la resistencia -respondió Rincewind al tiempo que se erguía-. Bueno, es normal que no lo pensaras.

— Me haz dado algo en que meditad.

— Espero no haberte molestado.

— No, no -negó vagamente Cohen-. No te dizculpez. Menoz mal que me lo haz dicho.

Se volvió para mirar a Bethan, quien le saludó con la mano, y luego alzó la vista hacia la estrella que brillaba entre la niebla.

— Vivimoz tiempoz peligdozoz -dijo al final.

— Desde luego.

— ¿Quién zabe lo que noz depada el mañana?

— Yo no.

Cohen dio una palmada a Rincewind en el hombro.

— A vecez tenemoz que codded diezgoz -dijo-. No te ofendaz, zeguidemoz adelante con lo de la boda, y..., bueno... -Miró a Bethan y suspiró-. Ezpedemoz que la pobde zea deziztente.

Alrededor del mediodía del día siguiente, cabalgaron para entrar en una pequeña ciudad con murallas de barro y rodeada por campos todavía verdes. Pero parecía haber mucho tráfico de salida. Enormes carros pasaron junto a ellos. Rebaños de ganado avanzaban por el camino. Unas ancianas caminaban tambaleándose, cargadas con sacos llenos de víveres y pertenencias.

— ¿Peste? -preguntó Rincewind, deteniendo a un hombre que empujaba una carretilla llena de niños.

El hombre meneó la cabeza.

— Es la estrella, amigo -respondió-. ¿No la habéis visto en el cielo?

— Era difícil no verla.

— Dicen que nos estrellaremos contra ella la Noche de la Vigilia de los Puercos; los mares hervirán, los países del Disco serán destruidos, los reyes caerán y las ciudades se convertirán en lagos de cristal -explicó el hombre-. Yo me largo a las montañas.

— ¿Y crees que eso servirá de algo? -pregunto Rincewind, dubitativo.

— No, pero lo veremos todo mucho mejor.

El mago cabalgó de vuelta hacia sus compañeros.

— Todo el mundo está muy preocupado con lo de la estrella -explicó-. Al parecer; apenas queda gente en las ciudades, todos tienen miedo.

— No quisiera preocupar a nadie -intervino Bethan-, pero... ¿no habéis notado que hace demasiado calor para estas fechas?

— Eso lo dije yo anoche -señaló Dosflores-. Me pareció que la temperatura era muy alta.

— Y zozpecho que zubidá máz -dijo Cohen-. Entdemoz en la ciudad.

Cabalgaron por calles prácticamente desiertas. Cohen no dejaba de examinar los letreros de las tiendas, hasta que en un momento dado tiró de las riendas de su caballo.

— Ezto ez lo que quedía. Buzcad un templo con un zaceddote, enzeguida idé con vozotdoz.

— ¿Una joyería? -se asombró Rincewind.

— Ez una zodpdeza.

— Tampoco me vendría mal un vestido nuevo señaló Bethan.

— Zaqueadé uno pada ti.

Aquella ciudad tenía algo opresivo, decidió Rincewind. Y también algo muy extraño.

Casi todas las puertas tenían pintada una gran estrella roja.

— Es escalofriante -asintió Bethan-. Parece como si la gente quisiera atraer a la estrella.

— O mantenerla alejada -sugirió Dosflores.

— Pues no funcionará. Es demasiado grande -dijo Rincewind.

Todos se volvieron para mirarle.

— Bueno, parece razonable, ¿no? -se defendió.

— No -replicó Bethan.

— Las estrellas son lucecitas del cielo -explicó Dosflores-. Una vez, cayó una cerca de donde yo vivo... Era blanca, enorme, del tamaño de una casa, y siguió brillando durante semanas antes de apagarse.

— Esta estrella es diferente -intervino una voz-. Gran A'Tuin ha llegado a la playa del universo. Esto es el gran océano del espacio.

— ¿Cómo lo sabes? -preguntó Dosflores.

— ¿El qué? -replicó Rincewind.

— Lo que acabas de decir. Eso de las playas y los océanos.

— ¡Yo no he dicho nada!

— ¡Claro que lo has dicho, idiota! -chilló Bethan-. ¡Hemos visto cómo movías los labios y todo eso!

Rincewind cerró los ojos. En el interior de su mente pudo sentir cómo el Hechizo se escabullía para esconderse detrás de su consciencia, murmurando para sus adentros.

— Vale, vale -asintió-. No hace falta que me grites. Yo... no se cómo lo sé, sencillamente lo sé...

— Pues ya podrías decírnoslo.

Doblaron una esquina.

Todas las ciudades en torno al Mar Circular tenían una zona especial reservada para los dioses, que abundaban como moscas en el Disco. Generalmente estas zonas estaban superpobladas y no eran demasiado atractivas desde el punto de vista arquitectónico. Los dioses con más antiguedad, por supuesto, tenían templos grandes y magníficos, pero el problema era que los dioses más recientes exigían derechos de igualdad, y pronto las zonas sagradas se vieron plagadas de anexos, sobreáticos, chalets adosados, subsótanos, casas prefabricadas, barracones eclesiásticos y condominios transtemporales, dado que ningún dios se habría rebajado a vivir fuera del barrio sagrado, aunque estuvieran bastante apretujados. Por lo general había trescientos tipos de incienso ardiendo a la vez, y el ruido rozaba el umbral del dolor; ya que cada sacerdote competía con sus colegas en gritos para atraer a los fieles.

Pero en aquella calle reinaba un silencio mortal, esa clase de silencio tan desagradable que se hace cuando cientos de personas muy furiosas y asustadas se quedan calladas de repente.

Un hombre en el exterior de la multitud se dio la vuelta y miró con el ceño fruncido a los recién llegados. Tenía una estrella roja pintada en la frente.

— ¿Qué pasa...? -empezó Rincewind. Tuvo que detenerse, porque su voz sonaba demasiado alta-. ¿Qué pasa aquí?

— ¿Sois forasteros? -preguntó el hombre.

— En algunos sitios sí, en otros no...

Dosflores se interrumpió. Bethan señaló la calle.

Cada templo tenía una estrella pintada. Había una particularmente grande dibujada en el ojo de piedra situado ante el templo de lo el Ciego, jefe de los dioses.

— Urgh -se atragantó Rincewind-. lo se va a cabrear cuando se entere. Me parece que será más saludable que nos marchemos, gente.

La multitud contemplaba una rudimentaria plataforma construida en el centro de la ancha calle. Un gran estandarte cubría la parte delantera.

— Siempre he oído decir que lo el Ciego puede ver lo que sucede en todas partes -señaló Bethan en voz baja-. ¿Por qué no...?

— ¡Silencio! -ordenó un hombre tras ellos-. ¡Dahoney va a hablar!

Una figura había subido a la plataforma, un hombre alto y delgado con el pelo como una flor de diente de león. La multitud no le aclamó, se limitó a lanzar un suspiro colectivo. El hombre empezó a hablar.

Rincewind escuchó cada vez más horrorizado. ¿Dónde estaban los dioses?, preguntaba el hombre. Se han ido. Quizá nunca han existido. A ver; ¿alguien los ha visto alguna vez? Y ahora que se acerca la estrella...

Siguió hablando largo rato, una voz clara y tranquila que usaba palabras como «purgar», «limpiar» y «purificar», y se clavaba en el cerebro como una espada al rojo. ¿Dónde estaban los magos? ¿Dónde

estaba la magia? ¿Había funcionado alguna vez, o todo había sido un sueño?

Rincewind empezaba a tener auténtico miedo de que los dioses se enterasen de aquello y se enfadaran tanto como para barrer a todo el que rondara por allí.

Pero, por alguna extraña razón, hasta la ira de los dioses habría sido mejor que el sonido de aquella voz. La estrella se acerca, parecía decir; y su temible fuego sólo puede ser evitado por..., por... Rincewind no estaba seguro, pero imaginó espadas, estandartes y guerreros con ojos inexpresivos. Aquella voz no creía en los dioses, cosa que a Rincewind le daba igual, pero es que tampoco creía en la gente.

Una figura encapuchada a la izquierda de Rincewind le dio un codazo. Se volvió... y se encontró mirando un cráneo sonriente bajo una capucha negra.

Los magos, al igual que los gatos, pueden ver a la Muerte.

Comparada con el sonido de aquella voz, la Muerte parecía casi agradable. Estaba apoyada contra una pared, con la guadaña a un lado. Hizo un gesto de saludo a Rincewind.

— ¿Has venido a reírte un rato? -susurro.

— He venido a ver el futuro -replicó ella.

— ¿Esto es el futuro?

— Un futuro -asintió la Muerte.

— Me parece horrible.

— Estoy de acuerdo.

— ¡Vaya, pues cualquiera habría jurado que estaba en tu línea!

— Esto no. Comprendo la muerte del guerrero, del anciano o del niño, acabo con el dolor y el sufrimiento. No comprendo esta muerte-de-la-mente.

— ¿Con quién hablas? -quiso saber Dosflores.

Varios miembros de la congregación se habían dado la vuelta y miraban a Rincewind con gesto de sospecha.

— Con nadie -replicó el mago-. ¿Qué tal si nos vamos? Me duele la cabeza.

Ahora un grupo de gente en el exterior de la multitud empezaba a murmurar y a señalarlos. Rincewind agarró a los otros dos y doblaron la esquina a toda velocidad.

— Montad, nos vamos -dijo-. Me da la impresión de que...

Una mano aterrizo sobre su hombro. Se dio media vuelta. Un par de grises ojos nublados, situados en una cabeza redonda y pelada que viajaba sobre un cuerpo musculoso, estaban clavados en su oreja izquierda. El tipo llevaba una estrella pintada en la frente.

— Pareces un mago -dijo en un tono de voz que sugería que aquello era mala cosa, probablemente fatal.

— ¿Quién, yo? No, soy... soy contable. Sí. Contable. Exacto -replicó Rincewind.

Lanzó una breve carcajada.

El hombre hizo una pausa, moviendo los labios sin emitir sonido alguno, como si escuchara una voz en el interior de su cabeza. Otras muchas personas adornadas con la estrella acudieron junto a él. La oreja izquierda de Rincewind recibía una atención desmedida.

— Creo que eres un mago -dijo al final el hombre.

— Mira -explicó Rincewind-, si fuera un mago podría hacer magia, ¿no? Os convertiría en algo, y no lo he hecho, así que no soy un mago.

— Hemos matado a todos nuestros magos -intervino otro hombre-. Algunos se nos escaparon, pero matamos a un buen puñado. Movían las manos y no pasaba nada.

Rincewind le miró fijamente.

— Y pensamos que tú también eres un mago -dijo el hombre que sujetaba a Rincewind con una garra cada vez más firme-. Tienes una caja con patas y pareces un mago.

Rincewind se dio cuenta de que, de alguna manera, los tres y el Equipaje se habían separado de los caballos, y estaban ahora en un círculo cada vez más cerrado de gente solemne, pálida.

Bethan se había puesto blanca. Hasta Dosflores, cuya capacidad para reconocer el peligro era equiparable a la capacidad de Rincewind para volar; parecía preocupado.

Rincewind tomó aliento.

Alzó las manos en la pose clásica que había aprendido años atrás.

— ¡Atrás u os lleno de magia! -rugió.

— La magia ha desaparecido -dijo el primer hombre-. La estrella se la ha llevado. Todos los falsos magos se dedicaron a decir sus palabrejas. Cuando no sucedió nada, se miraron las manos horrorizados, y la verdad es que muy pocos tuvieron la sensatez de huir.

— ¡Lo digo en serio! -amenazó Rincewind.

Me va a matar; pensó. Se acabó. Ni siquiera puedo seguir faroleando. Inútil para la magia, inútil para farolear; soy un...

El Hechizo se estremeció en su mente. El mago lo sintió recorrer su cerebro como un torrente de agua helada, y afianzó los pies. Un cosquilleo frío le bajó por el brazo.

Su brazo se alzó por voluntad propia, y sintió cómo su propia boca se abría y gritaba mientras su propia lengua se movía y una voz que no era la suya, una voz vieja y seca, pronunciaba sílabas que se condensaban en el aire como nubecillas de vapor. El fuego octarino brotó de debajo de sus uñas. Se enroscó en torno al horrorizado hombre hasta que éste se perdió en una nube fría, chisporroteante, que se elevó sobre la calle, quedó suspendida en el aire durante un largo momento y luego explotó en mil fragmentos de nada.

Ni siquiera quedó un jirón de humo grasiento.

Rincewind se miró la mano, espantado.

Dosflores y Bethan le agarraron cada uno por un brazo y tiraron de él entre la conmocionada multitud hasta llegar a la zona despejada de la calle. Hubo un doloroso momento en que cada uno de ellos eligió huir por un callejón diferente, pero siguieron corriendo sin que Rincewind rozase apenas el suelo con los pies.

— Magia -murmuró emocionado, ebrio de poder-. He hecho magia...

— Cierto, cierto -le calmó Dosflores.

— ¿Queréis que lance un hechizo? -insistió Rincewind.

Señaló a un perro que pasaba por allí y dijo «¡ehhh!» El perro le dirigió una mirada dolida.

— De acuerdo, haz que tus pies corran más deprisa -sugirió Bethan de mal humor.

— ¡Cómo no! -balbuceó Rincewind-. ¡Pies! ¡Corred más deprisa! ¡Ey, mirad, lo están haciendo!

— Tienen más sentido común que tú -dijo la chica-. ¿Para dónde vamos ahora?

Dosflores escudriñó el laberinto de callejuelas que los rodeaban. Se oía un griterío a cierta distancia.

Rincewind se liberó de las manos que le agarraban y trotó inseguro hacia el callejón más cercano.

— ¡Puedo hacerlo! -chilló enloquecido-. Vais a verlo, vais a verlo...

— Está conmocionado -susurró Dosflores.

— ¿Por qué?

— Es la primera vez que lanza un hechizo.

— ¡Pero si es un mago!

— La cosa no es tan sencilla -respondió el turista corriendo tras Rincewind-. Además, no estoy seguro de que haya sido él. Desde luego, no era su voz. Ven conmigo, viejo amigo.

Rincewind le miró con ojos desencajados, sin verle.

— Te convertiré en un capullo de rosa -dijo.

— Sí, sí, uy qué miedo. Pero ven -insistió Dosflores tranquilizador; tirándole cariñosamente del brazo.

Se oyó el ruido de pasos a la carrera procedente de varios callejones, y de pronto una docena de discípulos de la estrella corrieron hacia ellos.

Bethan agarró la mano inerte de Rincewind y la alzó con gesto amenazador.

— ¡No deis un paso más! -gritó.

— ¡Eso! -apoyó Dosflores-. ¡Tenemos un mago y no nos da miedo usarlo!

— ¡Lo digo en serio! -gritó Bethan haciendo girar a Rincewind con el brazo alzado, como si fuera un cabestrante.

— ¡Es verdad! ¡Estamos armados...! ¿Cómo? -dijo Dosflores.

— Que dónde está el Equipaje -siseó Bethan desde detrás de Rincewind.

Dosflores miró alrededor. El Equipaje no aparecía por ningún lado.

Aun así, Rincewind surtía el efecto deseado sobre los discípulos de la estrella. Cuando movía la mano vagamente, se comportaban como si fuera una guadaña rotatoria y trataban de esconderse unos detrás de otros.

— Bueno, ¿dónde está?

— ¿Y cómo quieres que lo sepa? -se defendió Dosflores.

— ¡Es tu Equipaje!

— Hay muchas ocasiones en las que no sé dónde está mi Equipaje. En eso consiste ser un turista -explicó-. Además, a veces se va por ahí solo. Probablemente sea mejor no preguntar por qué.

La multitud empezó a comprender que no estaba pasando nada, que Rincewind no se hallaba en condiciones de lanzar ni insultos, no digamos ya fuego mágico. Avanzaron sin dejar de mirarle las manos con cautela.

Dosflores y Bethan retrocedieron. Dosflores miró a su alrededor.

— Bethan.

— ¿Qué? -preguntó ésta sin apartar los ojos de las figuras que avanzaban.

— Esto es un callejón sin salida.

— ¿Estás seguro?

— Te parecerá mentira, pero reconozco un muro de ladrillos cuando lo veo -le reprochó Dosflores.

— Entonces, se acabó -suspiró la chica.

— ¿No crees que si intento explicarles...?

— No.

— Oh.

— Me parece que este tipo de gente no atiende a razones -añadió Bethan.

Dosflores los miró. Como ya se ha dicho antes, por lo general no se daba por aludido en cuanto a peligros personales se refería. Contra toda experiencia humana, Dosflores creía que si la gente hablara, se tomara unas copas e intercambiara fotos de sus nietos, quizá tomadas durante la fiesta de fin de curso, entonces todo se podría solucionar. También creía que las personas eran básicamente buenas aunque a veces tuvieran días malos. Lo que se acercaba por la calle en aquel momento estaba teniendo sobre él el mismo efecto que un gorila en una cristalería.

Se oyó un levísimo sonido tras él, en realidad ni siquiera fue un sonido, sino más bien un cambio en la textura del aire.

Y ante él, todos los rostros lucieron de repente ojos abiertos de par en par; antes de que sus propietarios escaparan precipitadamente callejón abajo.

— ¿Eh? -se asombró Bethan, quien todavía sujetaba al ahora inconsciente Rincewind.

Dosflores miraba en otra dirección, hacia un gran escaparate lleno de cacharros extraños, una puerta ornamentada y un gran cartel por encima de ambas cosas. Un cartel que decía ahora, cuando sus caracteres se hubieron terminado de colocar:

Habiller; Wang, Yrxle!yt, Paloviejo,

Cwmlad y Patel

Varias sucursales

PROVEEDORES

El joyero hizo girar el oro lentamente sobre el pequeño yunque, clavando en su sitio el último de los diamantes tan extrañamente tallados.

— ¿Dices que son del diente de un troll? -murmuró entrecerrando los ojos para examinar mejor su trabajo.

— Exacto -asintió Cohen-. Como te he dicho, te puedez quedad con todoz loz fdagmentoz.

Estaba examinando una bandeja llena de anillos de oro.

— Muy generoso -murmuró el joyero, que era de la raza de los enanos y sabía aprovechar un buen negocio.

Lanzó un suspiro.

— ¿No hay mucho tdabajo últimamente? -dijo Cohen.

Miró a través del pequeño escaparate y vio a un grupo de personas con las miradas vacías reunido al otro lado de la estrecha calle.

— Malos tiempos, sí.

— ¿Quiénez zon todoz ezoz tipoz con la eztdella pintada?

El joyero enano no alzó la vista.

— Locos -respondió-. Dicen que no debo trabajar porque la estrella se acerca. Yo les digo que las estrellas nunca me han hecho daño, y que ojalá pudiera decir lo mismo de la gente.

Cohen asintió pensativo mientras seis hombres se separaban del grupo y se dirigían hacia la tienda. Portaban una amplia variedad de armas, y parecían decididos, casi posesos.

— Extdaño -dijo Cohen.

— Como puedes ver; soy un enano -explicó el joyero-. Una de las razas mágicas, según dicen. Los discípulos de la estrella creen que ésta no destruirá el Disco si nos apartamos de la magia. Seguro que vienen a sacudirme un poco. Así van las cosas.

Alzó con las tenacillas su último trabajo.

— Es la cosa más extraña que he hecho nunca -dijo-, pero parece práctica, desde luego. ¿Cómo has dicho que se llama?

— Ez un mazticadod -explicó Cohen.

Contempló los objetos en forma de herradura que yacían en la palma de su mano. Luego, abrió la boca y emitió una serie de gruñidos de dolor.

La puerta también se abrió, pero de golpe. Los hombres irrumpieron y tomaron posiciones cerca de las paredes. Parecían sudorosos e inseguros, pero su jefe empujó a Cohen a un lado con desdén y alzó al enano agarrándolo por la camisa.

— Te lo advertimos ayer; miniatura -dijo-. Lárgate usando los pies o con los pies por delante, a nosotros no nos importa. Así que ahora nos tendremos que poner.

Cohen le dio unos golpecitos en el hombro. El tipo se dio la vuelta, irritado.

— ¿Qué quieres, abuelo? -ladró.

Cohen hizo una pausa hasta estar seguro de que contaba con toda la atención del hombre, y luego sonrió. Fue una sonrisa lenta, perezosa, una sonrisa que dejaba al descubierto trescientos quilates que parecieron iluminar la habitación.

— Contaré hasta tres -dijo con voz amistosa- Uno. Dos. -Su rodilla huesuda ascendió bruscamente hasta la ingle del hombre causando un satisfactorio ruido carnoso. Cuando el jefe de la banda se hundió en su universo privado de dolor, le descargó un codazo con todas sus fuerzas en los riñones.

— Tres -dijo a la bola de agonía del suelo.

Cohen había oído hablar de las peleas limpias, y hacía mucho tiempo que había decidido que no estaban hechas para él.

Alzó la vista hacia los otros y los deslumbró con su increíble sonrisa.

Hubieran debido lanzarse todos a la vez contra él. En vez de eso, uno de los hombres, con la seguridad que da saber que tienes una espada y el otro no, se dirigió hacia Cohen.

— Oh, no -dijo éste sacudiendo las manos-. Vamos, chico, no es así.

El hombre miró a derecha e izquierda.

— ¿No es qué? -preguntó en tono de sospecha.

— ¿Nunca habías esgrimido una espada? -Miró a sus colegas en busca de seguridad.

— Pues no mucho, no -respondió-. Pocas veces.

La blandió con gesto amenazador.

Cohen se encogió de hombros.

— Es posible que vaya a morir, pero quiero que me mate un hombre que esgrima la espada como un guerrero -explicó.

El otro se miró las manos.

— Pues a mí me parece que está bien -dudó.

— Mira, chico, yo entiendo de estas cosas. Espera, ven un momento..., ¿me permites...?, mira, la mano izquierda va aquí, alrededor del pomo, y la derecha..., eso es, ahí..., y la hoja va justo a tu pierna.

Cuando el hombre chilló y se agarró el pie, Cohen le lanzó una patada contra la otra pierna y luego se dio la vuelta para enfrentarse con los demás.

— Me empiezo a aburrir -dijo-. ¿Por qué no me atacáis todos a la vez?

— Buena idea -asintió una voz al nivel de su cintura.

El joyero había sacado un hacha tan grande como sucia, garantizada para añadir el tétanos a cualquier herida.

Los cuatro hombres restantes valoraron sus posibilidades y retrocedieron hacia la puerta.

— Y lavaos esas estúpidas estrellas -dijo Cohen-. Podéis decir a todo el mundo que Cohen el Bárbaro se enfadará mucho si vuelve a ver una estrella como ésas, ¿entendido?

La puerta se cerró de golpe. Un momento después, el hacha se estrelló contra ella, rebotó y cortó una tira de cuero en la sandalia de Cohen.

— Lo siento -se disculpó el enano-. Perteneció a mi abuelo. Yo sólo la he usado para cortar leña.

El Bárbaro se tanteó la mandíbula. Los masticadores parecían encajar bastante bien.

— Yo en tu lugar me marcharía de aquí pese a todo -dijo.

Pero el enano ya recorría la habitación vaciando bandejas de metales preciosos y gemas en un saco de cuero. Un puñado de herramientas fueron a parar a un bolsillo, un paquete de joyas acabadas al otro, y con un gruñido el enano alzó su pequeña forja y se la echó a la espalda.

— Bien -dijo-, estoy preparado.

— ¿Vienes conmigo?

— Hasta las puertas de la ciudad, si no te importa -dijo-. No me censurarás por ello, ¿verdad?

— No, pero deja aquí el hacha.

Cuando salieron, el sol del atardecer iluminaba una calle desierta. Cohen abrió la boca y diminutos puntos de luz iluminaron todas las sombras.

— Tengo que recoger a unos amigos -dijo-. Espero que estén bien. ¿Cómo te llamas?

— Mandy Bula.

— ¿Hay por aquí algún lugar donde me pueda tomar...? -Cohen hizo una pausa amorosa, saboreando las palabras-. ¿Donde me pueda tomar un filete?

— Los discípulos de la estrella han cerrado todas las tabernas. Dicen que está mal comer y beber cuando...

— Ya sé, ya sé -dijo Cohen-. Creo que empiezo a captar la idea. ¿Es que esa gente no aprueba nada?

Bula meditó un momento.

— Quemar cosas -dijo por último-. Eso se les da muy bien. Libros y demás. Hacen unas hogueras enormes.

Cohen palideció.

— ¿Hogueras de libros?

— Sí. Es horrible, ¿verdad?

— Desde luego -asintió el Bárbaro.

Le parecía espantoso. Cualquiera que se pase la vida con el cielo como techo conoce el valor de un buen libro gordo, que basta para encender el fuego durante toda una estación si se sabe cómo arrancar las páginas. Más de una vida ha sido salvada en una noche de nieve por un puñado de hierba y un libro bien seco. Si quieres fumar y no tienes pipa, siempre puedes contar con un buen libro.

Cohen tenía idea de que la gente escribía cosas en los libros. Siempre le había parecido un horroroso desperdicio de papel.

— Me temo que si tus amigos se han encontrado con ellos, estarán en apuros -dijo Mandy Bula con tristeza cuando salieron a la calle.

Doblaron la esquina y vieron la hoguera. Estaba en el centro de la calle. Un par de discípulos de la estrella alimentaban el fuego con libros procedentes de una casa cercana, cuya puerta había sido derribada y sus paredes pintarrajeadas con estrellitas.

Las noticias sobre Cohen todavía no se habían divulgado demasiado. Los quemadores de libros ni se fijaron en ~l cuando pasó junto al muro. Trocitos retorcidos de papel quemado ascendían en el aire caliente y flotaban sobre los tejados.

— ¿Qué hacéis? -preguntó.

Una discípula de la estrella se apartó el pelo de los ojos con una mano tiznada y clavó los ojos en la oreja izquierda de Cohen.

— Limpiamos el Disco de maldad.

Dos hombres salieron del edificio y miraron a Cohen, o al menos a su oreja.

Cohen extendió la mano y cogió el pesado libro que llevaba la mujer. La cubierta estaba llena de extrañas piedras negras y rojas las cuales formaban lo que Cohen sabía que era una palabra. Se lo enseñó a Bula.

— El Necroteleconomicón -dijo el enano-. Es cosa de magos. Creo que lo usan para contactar con los muertos.

— ¿Ésa es tu opinión sobre los magos? -preguntó Cohen.

Tanteó una página entre el índice y el pulgar. Era delgada y bastante suave. La caligrafía de aspecto orgánico y desagradable no le preocupó en absoluto. Sí, un libro como aquél podía ser el mejor amigo de un hombre...

— ¿Sí? ¿Quieres algo? -dijo a uno de los discípulos de la estrella que le había agarrado por el brazo.

— Hay que quemar todos los libros de magia —dijo el hombre... pero un poco inseguro, porque los dientes de Cohen tenían un algo que le causaba una desagradable sensación de cordura.

— ¿Por qué? -quiso saber el Bárbaro.

— Nos ha sido revelado.

Ahora la sonrisa de Cohen era amplia como una puerta abierta, y bastante más peligrosa.

— Creo que deberíamos largarnos -sugirió Bula, nervioso.

Un grupo de discípulos de la estrella acababa de aparecer en la calle de detrás de ellos.

— Y yo creo que me apetece matar a alguien

— respondió Cohen, todavía sonriendo.

— La estrella ordena que purifiquemos el Disco —dijo el hombre, retrocediendo.

— Las estrellas no hablan -replicó Cohen desenvainando la espada.

— Si me matas, hay mil que ocuparán mi lugar -dijo el hombre, ahora con la espalda contra la pared.

— Sí -asintió Cohen-, pero eso no es lo importante, ¿verdad? Lo importante es que tú estarás muerto.

La nuez del hombre subía y bajaba como un yoyo. Bizqueó al observar la espada de Cohen.

— No te falta razón -concedió-. Te propongo una cosa, ¿qué tal si apagamos el fuego?

— Buena idea -asintió Cohen.

Bula le tiró del cinturón. Los otros discípulos de la estrella corrían hacia ellos, y eran muchos. La mayoría iban armados. Al parecer, las cosas se ponían serias.

Cohen blandió la espada hacia ellos en gesto de desafío antes de darse media vuelta y echar a correr. Hasta Mandy Bula tuvo dificultades para seguirle.

— Es... curioso -jadeó cuando entraron en otro callejón-. Por un... momento... pensé que ibas a... quedarte para... luchar con ellos.

— No es... momento para... diversiones.

Cuando salieron a la luz por el otro extremo del callejón, Cohen se lanzó contra la pared, desenvainó la espada, inclinó la cabeza hacia un lado calculando la velocidad de las pisadas que se aproximaban, y luego descargó la hoja con un mortífero golpe a la altura del estómago. Se oyó un ruido desagradable acompañado de muchos gritos, pero para entonces ya estaba calle arriba, corriendo con el destartalado estilo que le permitían sus juanetes.

Con Mandy Bula trotando sombrío junto a él, se desvió hacia una taberna con los muros llenos de estrellas rojas pintarrajeadas, se subió de un salto a una mesa con tan sólo un leve gemido de dolor y echó a correr sobre ella... mientras, como en una coreografía casi perfecta,

Mandy Bula corría por debajo sin agacharse. Cohen saltó al llegar al otro extremo, se abrió paso a patadas hacia las cocinas y salió al exterior en otro callejón.

Doblaron unas cuantas esquinas más y al final se apoyaron contra una puerta. El Bárbaro se agarró a la pared y respiró hondo hasta que las lucecitas azules y púrpura desaparecieron.

— Bueno -jadeó-. ¿Qué has cogido?

— Mmm... Las vinagreras -respondió Mandy Bula.

— ¿Nada más?

— Oye, que yo fui por debajo de la mesa. Tampoco se puede decir que tú lo hicieras mucho mejor.

Cohen contemplo desdeñoso el pequeño melón que había conseguido atrapar en su huida.

— Está bastante duro -dijo mordiendo la cáscara.

— ¿Quieres un poco de sal? -ofreció el enano.

Cohen no respondió. Se quedó allí de pie, con el melón en la mano y la boca abierta.

Mandy Bula miro a su alrededor. El callejón sin salida donde se encontraban estaba vacío a excepción de una vieja caja que alguien se había dejado junto al muro.

Cohen la miraba fijamente. Tendió el melón al enano sin volver la cabeza y caminó hacia la luz del sol. Mandy Bula le vio rodear la caja con todo sigilo, o al menos con todo el sigilo posible cuando se tienen articulaciones que crujen como un barco a toda vela, y pincharía un par de veces con la espada muy suavemente, como si temiera que explotase.

— ¡No es más que una caja! -le gritó el enano ¿Qué tiene de especial?

Cohen no dijo nada. Se acuclilló con muchas dificultades y examinó de cerca la cerradura de la tapa.

— ¿Qué hay dentro? -preguntó Mandy Bula.

— No te gustaría saberlo -replicó el Bárbaro-. ¿Te importa ayudarme a levantarme?

— No, pero esta caja...

— Esta caja -respondió Cohen-, esta caja es...

Hizo un gesto vago con las manos.

— ¿Rectangular?

— Eldritch -dijo Cohen con tono misterioso.

— ¿Eldritch?

— Sí.

— Oh -asintió el enano.

Se quedaron mirando la caja durante un momento.

— ¿Cohen?

— ¿Sí?

— ¿Qué significa eldritch?

— Bueno, eldritch es... -Cohen hizo una pausa y miró hacia abajo, irritable-. Dale una patada y lo sabrás.

Librodot

La bota con puntera de acero de Mandy Bula se estrelló contra un lateral de la caja. Cohen retrocedió un paso. No sucedió nada más.

— Ya entiendo -asintió el enano-. Eldritch significa «de madera».

— No -replicó Cohen-. La caja no..., no tendría que haber hecho eso.

— Ya entiendo -repitió Mandy Bula, que no entendía nada y empezaba a desear que Cohen no hubiera salido sin sombrero con un sol tan fuerte-. ¿Crees que tendría que haber salido huyendo?

— Sí. Aunque lo más probable es que te hubiera arrancado la pierna de un mordisco.

— Ah -asintió el enano. Con toda suavidad, agarró a Cohen por el brazo-. Mira qué sombra tan agradable hay aquí -dijo-. ¿Por qué no te sientas un ratito y....

Cohen se lo quitó de encima.

— Está vigilando la pared -señaló-. Por eso no nos hace caso, porque está vigilando la pared.

— Claro, claro le tranquilizó Mandy Bula-. Por supuesto, está vigilando la pared con sus ojitos...

— No digas idioteces, no tiene ojos -le espetó Cohen.

— Perdona, perdona -se apresuró a añadir Bula- Está vigilando la pared sin ojos, perdona.

— Creo que está preocupado por algo.

— Bueno, parece muy posible -asintió-. Supongo que quiere que nos vayamos y le dejemos solo.

— Pues a mí me parece que está asombrado.

— Sí, desde luego, parece asombrado -dijo el enano.

Cohen le miró fijamente.

— ¿Cómo lo sabes? -le espetó.

A Mandy Bula le pareció que los papeles acababan de invertirse muy injustamente. Miró alternativamente a Cohen y a la caja, abriendo y cerrando la boca.

— ¿Cómo lo sabes tú? -replicó al final.

Pero Cohen no le escuchaba. Se sentó frente a la caja, suponiendo que el costado con la cerradura fuera la parte frontal, y la observó atentamente. Mandy Bula retrocedió un paso. Es imposible, dijo su mente, pero el maldito trasto me está mirando a mi.

— De acuerdo -empezó Cohen-. Ya sé que tú y yo no nos caemos bien, pero los dos tratamos de encontrar a alguien a quien queremos, ¿no?

— Yo no... -empezó Bula antes de darse cuenta de que Cohen hablaba con la caja.

— Entonces, dime adónde han ido.

Ante los ojos espantados de Mandy Bula, el Equipaje estiró sus patitas y echó a correr contra el muro mas cercano. Ladrillos de arcilla y polvo de cemento volaron por los aires.

Cohen escudriñó a través del agujero. Al otro lado había un destartalado almacén. El Equipaje se quedó allí, irradiando desconcierto por todas sus bisagras.

Una tienda! -exclamó Dosflores.

— ¿Hay alguien ahí? -preguntó Bethan.

— Urgh -dijo Rincewind.

— Creo que deberíamos sentarlo en algún sitio y darle un vaso de agua -señaló Dosflores-. Si es que hay alguno.

— Parece que hay de todo lo demás -añadió Bethan.

La habitación estaba llena de estanterías, y las estanterías estaban llenas de todo. Los objetos que no cabían en ellas colgaban como racimos del techo oscuro y sombrío. El suelo estaba plagado de cajas y sacos llenos de cualquier cosa.

No se oía ningún ruido procedente del exterior. Bethan miró a su alrededor y descubrió la razón.

— Nunca había visto tantos objetos juntos -se asombró Dosflores.

— Pues hay algo que no tienen -dijo Bethan con firmeza.

— ¿Cómo lo sabes?

— No tienes más que mirar. Salidas. Las han agotado.

Dosflores echó un vistazo a su alrededor. En el lugar donde habían estado la puerta y la ventana sólo vio ahora estanterías repletas de cajas. Parecían llevar allí mucho tiempo.

Dosflores sentó a Rincewind en una mecedora junto al mostrador, y examinó cautelosamente los estantes. Había cajas de clavos y de cepillos para el pelo. Había pastillas de jabón descoloridas por los años. Había un montón de recipientes con sales de baño: alguien les había pegado un triste letrerito según el cual, contra todo lo que proclamaban los ojos, eran el Regalo Ideal. También había un montón de polvo.

Bethan examinó las estanterías del otro lado y lanzó una carcajada.

— ¡Echa un vistazo a esto!

Dosflores echó un vistazo. La chica tenía en la mano una... bueno, era una casita, pero con conchas por todas partes, y además el perpetrador había escrito a base de agujeritos las palabras «Un recuerdo especial» en el tejado (que, por supuesto, se podía levantar para guardar cigarrillos dentro, y entonces sonaba una alegre melodía).

— ¿Habías visto algo parecido? -rió Bethan.

Dosflores meneó la cabeza, boquiabierto.

— ¿Te encuentras bien? -se preocupó la chica.

— Creo que es la cosa más bonita que he visto en mi vida.

Se oyó un zumbido sobre ellos. Alzaron la vista.

Un gran globo negro descendía de la oscuridad del techo. En su interior relampagueaban lucecillas rojas y, mientras las miraban, el globo empezó a girar y los observó con un gran ojo de cristal. Un ojo muy amenazador. Parecía sugerir con gran énfasis que estaba viendo algo desagradable.

— ¿Hola? -dijo Dosflores.

Por encima del mostrador surgió una cabeza. Por su aspecto, pertenecía a alguien enfadado.

— Espero que tengáis intención de pagar por eso -dijo bruscamente.

Su expresión sugería que esperaba que Rincewind dijera «sí», y también que no se lo iba a creer.

— ¿Por esto? -se burló Bethan-. No lo compraría aunque lo llenaras de rubíes y...

— Yo lo compraré -se apresuró Dosflores-. ¿Cuánto...? -Se registró los bolsillos y puso cara larga-. Vaya, no tengo dinero. Lo llevo todo en el Equipaje, pero le...

Se oyó un bufido. La cabeza desapareció de detrás del mostrador para reaparecer tras un estante lleno de cepillos de dientes.

Pertenecía a un hombrecillo muy menudo casi oculto bajo un delantal gris. Estaba muy enfadado.

— ¿No tenéis dinero? ¿Entráis en mi tienda sin...?

— No era nuestra intención -se apresuró a intervenir Dosflores-. No nos dimos cuenta de que estaba aquí.

— Es que no estaba -dijo Bethan con firmeza-. Es mágica, ¿verdad?

El menudo tendero titubeó.

— Sí -asintió al final de mala gana-. Un poco.

— ¿Un poco? -se extrañó Bethan-. ¿Es un poco mágica?

— De acuerdo, en buena parte -concedió el hombrecillo retrocediendo un paso-. Muy bien -asintió al ver que Bethan no dejaba de mirarle-, es una tienda mágica. No lo puedo evitar. ¡No habrá vuelto a desaparecer la maldita puerta!

— Pues sí. Y tampoco nos hace mucha gracia esa cosa del techo.

El tendero alzó la vista y frunció el ceño. Luego desapareció por una puertecilla medio oculta entre las mercancías. Se oyeron tintineos y chirridos, y el globo negro desapareció entre las sombras. Fue sustituido sucesivamente por un puñado de hierbas, un anuncio móvil de algo que Dosflores no conocía de nada pero que aparentemente era una bebida para antes de dormir; úna armadura y un cocodrilo disecado con una expresión casi viva de gran dolor y sorpresa.

El tendero reapareció.

— ¿Mejor? -quiso saber.

— No es peor -titubeó Dosflores-. Las hierbas me gustaban más.

En aquel momento, Rincewind dejó escapar un gemido. Estaba a punto de despertar.

Ha habido tres teorías generales para explicar el fenómeno de las tiendas errantes o tabernas vagantes, como se las suele llamar.

La primera postula que, hace miles de años, evolucionó en algún lugar del multiverso una raza cuyo único talento era comprar barato y vender caro. Pronto controlaron un vasto imperio galáctico, un Emporio, como lo llamaban ellos, y los miembros más avanzados de la especie descubrieron la manera de equipar sus tiendas con unidades de propulsión muy especiales que podían romper los negros muros del espacio y abrir inmensos mercados nuevos. Mucho después de que los mundos del Emporio perecieran en el mortífero recalentamiento de su propio universo, tras un último desafío de rebajas de agosto, las tiendas errantes seguían comerciando, abriéndose camino a través de las páginas del espacio-tiempo como un gusano a través de una novela en tres tomos.

La segunda teoría proclama que son obra de un Hado bueno, encargado de proporcionar la cosa adecuada en el momento justo.

La tercera es que no son más que una avispada manera de trabajar en domingo.

Todas estas teorías, pese a su diversidad, tienen dos cosas en común: las tres explican los hechos y las tres son completamente erróneas.

Rincewind abrió los ojos y, por un momento, se quedó mirando hacia arriba, en dirección al cocodrilo disecado. No es lo mejor que se puede ver cuando uno despierta de una pesadilla...

¡Magia! ¡Así se sentía uno con la magia! ¡No era de extrañar que a los magos les importara un rábano el sexo!

Rincewind sabía qué eran los orgasmos, por supuesto, había tenido algunos en sus tiempos, a veces incluso en compañía, pero nada de lo que había experimentado hasta entonces se parecía siquiera a aquel momento ardiente, tenso, en que cada nervio de su cuerpo se incendió con fuego azul y blanco, y la magia pura brotó de sus dedos. Aquello te llenaba, te alzaba, te hacía remontar las olas de las fuerzas elementales. No era de extrañar que los magos lucharan por el poder...

Y todo eso. El Hechizo en su cabeza había sido el autor, por supuesto, no Rincewind. Empezaba a detestar al Hechizo. Estaba seguro de que, si éste no hubiera espantado a todos los demás hechizos que intentaba aprender; habría llegado a ser un mago bastante potable por sus propios méritos.

En algún lugar del maltratado corazón de Rincewind, el gusano de la rebelión enseñó los dientes.

Bien, pensó. En cuanto tenga ocasión, te mandaré de vuelta al Octavo.

Se incorporó.

— ¿Dónde demonios estamos? -preguntó agarrándose la cabeza para impedir que le explotara.

— En una tienda -se lamentó Dosflores.

— Pues espero que vendan cuchillos, porque creo que quiero cortarme la cabeza.

En la expresión de sus acompañantes había algo que le devolvió la cordura que aún le faltaba.

— Era una broma -dijo-. Al menos en parte. ¿Por qué estamos en esta tienda?

— No podemos salir -explicó Bethan.

— La puerta ha desaparecido -aportó Dosflores.

Rincewind se levantó, un poco tembloroso.

— Oh -dijo-. Es una de esas tiendas.

— Exacto -replicó el tendero con cierta petulancia-. Es mágica, sí, viaja por ahí, sí, no pienso explicaros la razón, no.

— ¿Me das un vaso de agua, por favor? -pidió Rincewind.

El tendero pareció ofenderse.

— Primero no tenéis dinero, luego queréis un vaso de agua -estalló-. ¡Esto ya es dema...!

Bethan lanzó un bufido y se dirigió hacia el hombrecillo a zancadas. Este intentó retroceder; pero ya era tarde.

Le cogió por las tiras del delantal, le levantó y le miró a los ojos. Por desgarrado que estuviera su vestido, por despeinada que estuviera su cabellera, por un momento se convirtió en el símbolo de toda mujer que en alguna ocasión ha tenido oportunidad de poner en su lugar a un hombre.

— El tiempo es oro -siseó-. Te doy treinta segundos para traerle un vaso de agua. A mí me parece una ganga, ¿y a ti?

— Está muy guapa cuando se enfada, ¿no te parece? -susurró Dosflores.

— Sí -asintió Rincewind sin entusiasmo.

— De acuerdo, de acuerdo -se acobardó el tendero.

— Y luego, nos dejarás salir -añadió Bethan.

— Por mí perfecto, hoy no pensaba abrir. ¡Sólo paré un momento para orientarme, y vosotros os colasteis!

Gruñendo, atravesó una cortina de cuentas para volver con un tazón lleno de agua.

— Lo he lavado especialmente -dijo tratando de esquivar la mirada de Bethan.

Rincewind miró el líquido del tazón. Probablemente había sido transparente antes de ser vertido en el recipiente, ahora beberlo significaría el genocidio para miles de gérmenes inocentes.

Lo dejó a un lado con cautela.

— ¡Ahora, me voy a dar un buen lavado! -afirmó Bethan.

Cruzó la cortina. El tendero la señaló con un gesto vago y miró suplicante a Rincewind y a Dosflores.

— No está tan mal -explicó el turista-. Se va a casar con un amigo nuestro.

— ¿Y él lo sabe?

— ¿No van bien las cosas en el negocio de las tiendas estelares? -se interesó Rincewind en el tono más comprensivo que pudo mostrar.

El hombrecillo se encogió de hombros.

— Ni os lo imagináis -dijo-. Uno aprende a no esperar demasiado. Se hace una venta aquí, otra allá, lo justo para ir tirando, ya me entendéis. Pero la gente esa que hay ahora, los de la estrella pintada en la cara..., bueno, apenas he tenido tiempo de abrir la tienda, cuando ya están amenazando con quemármela. Dicen que es demasiado mágica. Y yo les digo que sí, que es mágica, claro, ¿qué se le va a hacer?

— Entonces, ¿hay muchos? -preguntó Rincewind.

— Están por todo el Disco, amigo. No me preguntes por qué.

— Piensan que una estrella se va a estrellar contra el Disco -le explicó el mago.

— ¿Y es así?

— Mucha gente lo cree.

— Qué lástima, aquí se hacían buenos negocios. ¡Demasiado mágica! ¿Y qué tiene de malo la magia, digo yo?

— ¿Qué piensas hacer? -quiso saber Dosflores.

— Oh, me iré a algún otro universo, hay muchos por aquí -respondió el tendero animadamente-. Pero gracias por decirme lo de la estrella. ¿Os dejo en alguna parte?

El Hechizo dio a Rincewind un codazo mental.

— Eh... no -replicó éste-. Creo que es mejor que nos quedemos. Para verlo todo, ya sabes.

— Entonces, ¿no os preocupa lo de la estrella?

— La estrella es vida, no muerte -replicó Rincewind.

— ¿Cómo?

— ¿Cómo qué?

— ¡Lo has vuelto a hacer! -exclamó Dosflores, señalando con dedo acusador-. ¡Dices cosas y luego no sabes que las has dicho!

— Sólo he dicho que será mejor que nos quedemos -replicó Rincewind.

— Dijiste que la estrella es vida, no muerte -repitió Dosflores-. Pero con una voz lejana, como crepitante. ¿A que sí?

Se volvió hacia el tendero buscando confirmación.

— Es verdad -asintió el hombrecillo-. Y me parece que también bizqueó un poco.

— Seguro que es el Hechizo -dijo Rincewind-. Quiere sacarme de aquí, me parece que le interesa volver a Ankh-Morpork. Y yo también quiero ir -añadió, desafiante-. ¿Puedes llevarnos?

— ¿Es esa ciudad grandota a orillas del Ankh? ¿Un lugar destartalado que huele a rayos?

— Su historia se remonta a tiempos muy antiguos -replicó Rincewind con la voz teñida de orgullo cívico herido.

— Pues a mí no me la describiste así -señaló Dosflores-. Me dijiste que era la única ciudad que había nacido ya decadente.

Rincewind pareció avergonzado.

— Sí, pero..., bueno, es mi hogar; ¿entiendes?

— No -replicó el tendero-. Como suelo decir yo, el hogar es donde cuelgas el sombrero.

— Mmm, me parece que te equivocas -intervino Dosflores, siempre deseoso de instruir-. El lugar donde cuelgas el sombrero es un perchero. Un hogar es...

— Mirad, trataré de dejaros de camino -le interrumpió apresuradamente el tendero al ver que Bethan volvía.

Pasó junto a ella. Dosflores le siguió.

Al otro lado de la cortina había una habitación con un camastro, una estufa bastante destartalada y una mesita de tres patas. El tendero hizo algo con la mesa, se oyó un sonido como el de un corcho saliendo de mala gana de una botella, y de pronto la habitación contuvo un universo mural.

— No tengas miedo -dijo el tendero mientras las estrellas pasaban como rayos.

— No tengo miedo -respondió Dosflores con los ojos brillantes.

— Oh -asintió el tendero algo molesto-. De todos modos, no son más que imágenes generadas por la tienda, no son reales.

— ¿Y puedes ir a donde quieras?

— Oh, no -replicó el hombrecillo, casi conmocionado-. Tengo toda clase de dispositivos a prueba de fallos, sería inútil ir a sitios con una renta per cápita demasiado baja. Además, necesito un muro adecuado, por supuesto. Ah, ya hemos llegado, éste es vuestro universo. Siempre me ha parecido muy coqueto. Una monada de universo...

Aquí está la oscuridad del espacio, la miríada de estrellas que brillan como polvillo de diamantes o, como dirían algunos, como grandes bolas de hidrógeno que arden a gran distancia. Pero claro, hay gente que dice muchas tonterías.

Una sombra empieza a perfilarse sobre el brillo lejano, y es más negra que el más negro espacio.

Desde aquí parece mucho más grande, porque el espacio no es realmente grande. Sólo se trata de un lugar donde se es muy grande. Los planetas son grandes, aunque claro, se supone que los planetas han de ser grandes, no hace falta ser muy listo para tener el tamaño que a uno le corresponde.

Pero esta forma redonda que mancha el espacio como una pisada de Dios no es un planeta.

Es una tortuga, una tortuga que mide quince mil kilómetros desde su cabeza horadada de cráteres a su cola blindada.

Y Gran A'Tuin sí que es grande.

Las enormes aletas suben y bajan pesadamente, retorciendo el espacio hasta darle extrañas formas. El Mundodisco se desliza por el cielo como una barcaza real. Pero Gran A'Tuin tiene que luchar ahora mientras sale de las libres profundidades del espacio, y debe combatir con las tormentosas presiones de las fosas solares. La magia es más débil aquí, en el litoral de la luz. Muchos días como éste, y el Mundodisco se verá libre de las presiones de la realidad.

Gran A'Tuin lo sabe, pero Gran A'Tuin recuerda haber hecho esto otras veces, hace muchos miles de años.

Los ojos del astroquelonio, de un rojo brillante a la luz de la estrella enana, no están clavados en ella..., sino en una pequeña zona del espacio cerca de allí...

— Sí, pero... ¿dónde estamos? -preguntó Dosflores. El tendero, acodado sobre su mesa, se limitó a encogerse de hombros.

— No creo que estemos en ninguna parte -dijo-. Nos encontramos en la incongruencia cotangencial.

Pero ésa es mi opinión, puede que me equivoque.

La tienda suele saber adónde va.

— ¿Quieres decir que tú no?

— Me entero de una cosa aquí, de otra allí... -El tendero se sonó la nariz-. De vez en cuando aterrizo en un mundo donde entienden de estas cosas.

— Clavó sus ojillos tristes en Dosflores-. Tienes cara de buena persona. No me importa decírtelo.

— ¿Decirme qué?

— Esto no es vida, odio cuidar de la tienda. Sin sentar cabeza, siempre en movimiento, no cerrando nunca.

— ¿Y por qué no te detienes?

— Ah, de eso se trata, claro..., no puedo. Sufro los efectos de una maldición. Es algo terrible.

Volvió a sonarse la nariz.

— ¿Condenado a atender una tienda?

— Para siempre, amigo mío, para siempre. ¡Y sin cerrar nunca! ¡Por los siglos de los siglos! Fue un hechicero, ¿sabes? Hice una cosa terrible.

— ¿En una tienda? -se asombró Dosflores.

— Oh, sí. No recuerdo qué quería aquel hechicero, pero cuando me lo pidió, yo..., yo... hice uno de esos ruidos como sorbiendo, ya sabes..., un silbido, sólo que para dentro.

Hizo una demostración.

Dosflores parecía escandalizado, pero en el fondo era buen hombre y siempre estaba dispuesto a perdonar.

— Ya entiendo -dijo lentamente-. Aun así...

— ¡Eso no es todo!

— Oh.

— ¡Le dije que de eso no había demanda!

— ¿Después del silbido para dentro?

— Sí. Y, probablemente, también sonreí.

— Oh, cielos. Encima no le llamarías «jefe», ¿verdad?

— Pues... es..., es posible.

— Mmm.

— Y aún hay más.

— ¡No puede ser!

— Sí. Le dije que podría pedirlo a fábrica y lo tendría al día siguiente.

— Eso no me parece tan malo -dijo Dosflores, la única persona del multiverso que encargaba cosas en las tiendas y no ponía objeción a pagar grandes sumas de dinero por los inconvenientes causados al tendero, inconvenientes que consistían en almacenar un pequeño objeto en su establecimiento durante unas pocas horas.

— Era un día en que cerraba temprano -añadió el hombrecillo.

— Oh.

— Sí, y le oí tratar de abrir la puerta. Yo tenía un letrero en la puerta, ya sabes, una cosa como «Cerrado hasta para vender cigarrillos Nigromante». El caso es que le oí tratar de abrir, y me reí.

— ¿Te reíste?

— Sí. Algo así: mpfmpfmpfmpf.

— No fue una actitud inteligente -dijo Dosflores meneando la cabeza.

— Lo sé, lo sé. Mi padre siempre decía: «No te metas con un mago...» En cualquier caso, le oí gritar algo así como que yo no volvería a cerrar jamás, y luego un montón de palabras que no pude entender. En aquel momento, la tienda... la tienda..., la tienda cobró vida.

— ¿Y desde entonces has vagado así?

— Sí. Supongo que algún día encontraré al hechicero, y quizá tenga lo que él quería. Hasta entonces debo viajar de muro en muro...

— Fue una cosa terrible -dijo Dosflores.

El tendero se sonó la nariz con el delantal.

— Gracias.

— Aun así, no debió lanzarte una maldición tan cruel -añadió Dosflores.

— Oh. Sí. Bueno. -El tendero se arregló el delantal e intentó valientemente recobrar los ánimos-. De todos modos, así no conseguiremos llevaros a Ankh-Morpork.

— Es curioso -dijo Dosflores-, compré mi Equipaje en una tienda como ésta. Pero era otra, claro.

— Oh, sí, somos muchos en el gremio -asintió el tendero, volviendo junto a su mesa-. Tengo entendido que aquel hechicero era un hombre muy impaciente.

— Vagar eternamente por el universo -musitó Dosflores.

— Exacto. Si no te importa, tengo que preparar el pedido de importación.

— ¿Importación?

— Sí, es... -El tendero hizo una pausa y frunció el ceño-. Ya no me acuerdo muy bien. Hace tanto tiempo... Importación, importación...

— ¿Algo que tiene un gran significado?

— Sí, eso debía de ser.

— Espera... está pensando algo -dijo Cohen.

Mandy Bula alzó la vista cansadamente. Se estaba muy bien allí, sentado en]a sombra. Le empezaba a parecer que, al tratar de huir de una ciudad llena de locos, había conseguido que un solo loco le dedicara toda su atención. Se preguntó si viviría para lamentarlo.

Lo deseaba con todas sus fuerzas.

— Sí, desde luego, está pensando algo -dijo con amargura-. Salta a la vista.

— Creo que los ha encontrado.

— Ah, qué bien.

— Agárrate a él.

— ¿Estás chiflado? -se espantó Mandy Bula.

— Conozco a este trasto, confía en mí. Además, ¿prefieres quedarte aquí con los discípulos de la estrella? Creo que les encantará tener una charla con-tigo.

Cohen se puso al lado del Equipaje y luego, de un salto, montó sobre él. El baúl no pareció darse cuenta.

— Corre -dijo-. Creo que va a partir.

Mandy Bula se encogió de hombros y montó tras Cohen.

— Ah, ¿sí? -dijo-. ¿Y cómo lo...?

Ankh-Morpork!

Perla de las ciudades!

Ésta no es una descripción completamente precisa, desde luego (no era redonda ni brillante), pero hasta sus peores enemigos concedían que, si había que comparar Ankh-Morpork con algo, bien podía ser con un granito de arena cubierto por las secreciones enfermizas de un molusco.

Ha habido ciudades más grandes. Ha habido ciudades más ricas. Desde luego, ha habido ciudades más bonitas. Pero ninguna ciudad del Multiverso podía rivalizar con los olores de Ankh-Morpork.

Los Antiguos, que lo sabían todo acerca de los universos y habían olido ciudades como Calcuta, ¡Xrc-! y Puertomarte, concedían que hasta estos magníficos ejemplos de poesía nasal son simples pareados comparados con la gloria del olor de Ankh-Morpork.

Se pueden mencionar las coliflores. Se puede mencionar el ajo. Se puede mencionar Francia. Adelante. Pero si no se ha olido Ankh-Morpork en un día caluroso, no se ha olido nada.

Sus ciudadanos se enorgullecen de ello. Cuando hace buen tiempo, sacan sillas a la calle para disfrutar del olor. Se llenan las mejillas, se palmean el pecho y comentan alegremente los pequeños matices. Hasta han erigido una estatua en su honor para conmemorar la noche en que los soldados de un estado rival trataron de invadiría sigilosamente y sólo consiguieron llegar hasta la cima de las murallas antes de que, para su horror; los tapones de las narices se les rindieran sin condiciones. Los mercaderes ricos que debían pasar muchos años en el extranjero se hacían enviar botellas selladas conteniendo el aroma, que les llenaban los ojos de lágrimas.

Ese era el efecto que tenía.

Y es que, en realidad, sólo hay una manera de describir el efecto que los olores de Ankh-Morpork surtían sobre la nariz visitante, y es por analogía.

Coge una tartana. Rocíala con confetti. Ilumínala con luces estroboscópicas.

Ahora coge un camaleón.

Pon el camaleón sobre la tartana.

Míralo de cerca.

¿Ves?

Lo cual explica por qué, cuando la tienda se materializó por fin en Ankh-Morpork, Rincewind pegó un respingo, anunció «Hemos llegado», Bethan palideció y Dosflores, que no tenía el menor olfato, preguntó: «¿De verdad? ¿Cómo lo sabes?»

Había sido una tarde muy larga. Habían irrumpido en el espacio real para aparecer en gran número de paredes pertenecientes a diversas ciudades, porque, según el tendero, el campo mágico del Disco lo distorsionaba todo, jugándoles una mala pasada.

La mayoría de los ciudadanos habían huido de las urbes, que ahora pertenecían a bandas de gente

enloquecida, obsesionada por las orejas izquierdas.

— ¿De dónde habrán salido? -se preguntó Dosflores mientras huían de otra multitud.

— Dentro de cada persona cuerda hay un loco luchando por salir a la luz -explicó el tendero-. Eso es lo que he pensado siempre. Nadie enloquece tan deprisa como una persona completamente cuerda.

— Eso no tiene sentido -dijo Bethan-. Y silo tiene, no me gusta.

La estrella era más grande que el sol. Aquella noche no anochecería. En el horizonte contrario, el solecillo del Disco hacía lo que podía por ponerse con normalidad, pero el efecto general de toda aquella luz roja era hacer que la ciudad, nunca particularmente hermosa, pareciera un cuadro pintado por un artista fanático que hubiera pasado un mal rato en manos de un limpiabotas.

Pero era el hogar. Rincewind miró en todas direcciones en una calle desierta y se sintió casi feliz.

En lo más profundo de su mente, el Hechizo agarraba un berrinche, pero no le hizo caso. Quizá fuera cierto que la magia se debilitaba a medida que se acercaba la estrella, o quizá hacía tanto que llevaba el Hechizo en la cabeza que había acabado por desarrollar una especie de inmunidad física: lo cierto es que descubrió que podía resistir sus órdenes.

— Estamos en los muelles -declaró-. ¡Oled este aire!

— Oh -gimió Bethan apoyándose contra una pared-. Sí.

— Es el ozono, sin duda -explicó Rincewind-. Un aire con personalidad, sí señor.

Respiró hondo.

Dosflores se volvió hacia el tendero.

— Bueno, espero que encuentres al hechicero -dijo-. Siento no poder comprarte nada, pero es que llevo todo mi dinero en el Equipaje.

El tendero le puso algo en la mano.

— Un regalito -dijo-. Te hará falta.

Volvió a entrar en la tienda como una flecha, la campanilla tintineó, el letrero que rezaba "Si Viene a Por Esas Malditas Sanguijuelas Vuelva Mañana" chocó contra la puerta, y la tienda desapareció del muro de ladrillos como si nunca hubiera estado allí. Dosflores extendió rápidamente la mano para rozar la pared, incrédulo.

— ¿Qué hay en esa bolsa? -quiso saber Rincewind.

Se trataba de una bolsa de papel marrón grueso, con asas de cuerdecilla.

— Si le salen patas, no quiero saberlo -advirtió Bethan.

Dosflores echó un vistazo al interior y sacó el contenido.

— ¿Nada más? -se asombró Rincewind-. ¿Una casita con conchas?

— Es muy útil -se defendió Dosflores-. Sirve para guardar cigarrillos.

— Y eso es precisamente lo que te hace falta, ¿eh? -se burló el mago.

— Mataría por un frasco de aceite bronceador -intervino Bethan.

— Vamos -ordenó Rincewind.

Echó a andar calle abajo, y los demás le siguieron.

A Dosflores se le ocurrió que hacían falta unas palabras de consuelo, una pequeña charla con mucho tacto para animar un poco a Bethan.

— No te preocupes -dijo-. Existe una pequeña oportunidad de que Cohen siga vivo.

— Oh, seguro que sigue vivo -replicó ella dando patadas a los guijarros como si tuviera algo personal contra cada uno de ellos-. Con el empleo que tiene, no se vive hasta los ochenta y siete años si vas por ahí muriéndote constantemente. Pero el caso es que no esta aquí.

— Ni mi Equipaje tampoco -señaló Dosflores-. Pero claro, no es lo mismo.

— ¿Crees que la estrella va a chocar contra el Disco?

— No -respondió Dosflores con confianza.

— ¿Por qué no?

— Porque Rincewind opina que no.

La chica le miro asombrada.

— Te explico -siguió el turista-, ¿sabes eso que se hace con las algas marinas?

Bethan, que había nacido en las Llanuras del Vórtice, sólo había oído hablar del mar en las leyendas, y estaba segura de que no le gustaría. Le miró inexpresiva.

— ¿Comerlas?

— No, lo que se hace es colgarlas de la puerta y te dicen si va a llover.

Otra cosa que Bethan había aprendido era que resultaba inútil tratar de comprender lo que decía Dosflores. Todo lo que se podía hacer era seguirle la conversación a la espera de despistarle al doblar alguna esquina.

— Ya entiendo -dijo.

— Pues así es Rincewind.

— Como un alga marina.

— Exacto. Si hubiera algo que temer; estaría muerto de miedo. Pero no lo está. Que yo sepa, la estrella es la única cosa que no le da miedo. Y créeme, si él no está preocupado es que no hay nada de qué preocuparse.

— ¿Porque no va a llover? -aventuró Bethan.

— Bueno, no. Metafóricamente hablando.

— Oh.

Bethan decidió no preguntar que significaba «metafóricamente», por si acaso tenía algo que ver con las algas.

Rincewind se volvió.

— Vamos -dijo-. Ya estamos cerca.

— ¿De dónde? -quiso saber Dosflores.

— De la Universidad Invisible, por supuesto.

— ¿Y te parece buena idea ir allí?

— En absoluto, pero aun así pienso...

Rincewind se detuvo, con el rostro convertido en una máscara de dolor. Se llevó las manos a los oídos y gimió.

— ¿El Hechizo te causa problemas?

— Sirgh.

— Prueba a canturrear por lo bajo.

Rincewind hizo una mueca.

— Pienso librarme de este maldito -dijo con voz ronca-. Lo voy a mandar de vuelta al libro, que es su sitio. ¡Quiero que me devuelva mi cabeza!

— Pero entonces...

Dosflores se interrumpió. Todos lo oyeron..., un cántico distante y el sonido de muchas pisadas.

— ¿Crees que serán discípulos de la estrella? -preguntó Bethan.

Lo eran. Los primeros aparecieron doblando una esquina a unos cien metros de distancia, tras un estandarte blanco en el que había dibujada una estrella de ocho puntas.

— No sólo discípulos de la estrella -dijo Dosflores-. ¡Hay toda clase de gente!

La multitud no los arrolló al pasar; pero faltó poco. En un momento, los tres estaban en una calle desierta; al siguiente, una marca humana les obligaba a moverse hacia adelante por la ciudad.

La luz de las antorchas parpadeaba en los húmedos túneles que discurrían bajo la Universidad Invisible a medida que los jefes de las Ocho Órdenes avanzaban por ellos.

— Por lo menos aquí abajo hace calor -señaló uno.

— No deberíamos estar aquí abajo.

Trymon, que guiaba al grupo, no dijo nada. Estaba pensando con todas sus fuerzas. Estaba pensando en la botellita de aceite que pendía de su cinturón y en las ocho llaves que llevaban los magos..., ocho llaves que encajarían en los ocho cerrojos que encadenaban el Octavo a su atril. Estaba pensando que unos magos ancianos dominados por la sensación de que la magia se esfuma están muy inmersos en sus propios problemas como para tener la cautela necesaria. Estaba pensando que en pocos minutos el Octavo, la mayor concentración de magia en todo el Disco, estaría en sus manos.

Pese a lo frío del túnel, empezó a sudar.

Llegaron junto a una puerta forrada de plomo, incrustada en la roca. Trymon sacó una llave de hierro (una honesta llave de hierro, vulgar y corriente, no como las llaves retorcidas y desconcertantes que desencadenarían el Octavo), echó un poco de aceite en la cerradura, insertó la llave y la giró. La puerta chirrió, abriéndose con una protesta.

— ¿Somos todos de la misma opinión? -preguntó Trymon.

Se oyó una serie de gruñidos vagamente afirmativos.

Empujó la puerta.

Una cálida ráfaga de viento espeso y algo aceitoso los envolvió. El aire estaba lleno de chirridos agudos y desagradables. Diminutas chispas de fuego octarino brotaban de cada nariz, cada uña, cada barba.

Los magos, con las cabezas inclinadas para defenderse de la tormenta de magia desencadenada al azar que azotaba la habitación, trataron de avanzar. Siluetas informes revoloteaban y reían estúpidamente mientras las pesadillas que habitaban las Dimensiones Mazmorra toqueteaban constantemente con algo que llamaremos dedos (sólo porque lo tienen

al final de los brazos), en busca de alguna entrada sin vigilancia al círculo de fuego que algunos dicen es el universo de la razón y el orden.

Incluso en aquellos malos tiempos para las criaturas mágicas, incluso en una habitación diseñada para amortiguar todas las vibraciones de la hechicería, el Octavo seguía crepitando con su energía.

En realidad, las antorchas no hacían la menor falta. El Octavo llenaba la habitación de una luz tenue, mortecina, que no era exactamente luz sino lo contrario de la luz. La oscuridad no es lo contrario de la luz, sino su ausencia. Lo que irradiaba del libro era la luz que yace al otro lado de la oscuridad. La luz fantástica.

Era de un color púrpura bastante decepcionante. Como se ha dicho antes, el Octavo estaba encadenado a un atril tallado para darle la forma de algo vagamente aviario, ligeramente reptiliano y espantosamente vivo. Dos ojillos brillantes contemplaron a los magos con odio.

— Lo he visto moverse -aseguró uno.

— Estaremos a salvo mientras no toquemos el libro -advirtió Trymon.

Se sacó del cinturón un pergamino y lo desenrolló.

— Trae acá la antorcha -ordenó a un mago-. ¡Y apaga ese cigarrillo!

Esperaba una explosión de furia y orgullo, pero no la hubo. En vez de eso, el mago ofendido se quitó la colilla de los labios con dedos temblorosos y la pisoteó en el suelo.

Trymon estaba exultante. Perfecto, pensó, hacen lo que digo. Quizá sólo por ahora..., pero con eso me sobra.

Escudriñó la desastrada caligrafía de un mago muerto mucho tiempo atrás.

— Bien -dijo-, veamos. «Para Ynvocar A La Cosa Que Vygyla, Al Guardyán. ..»

La multitud invadió uno de los puentes que unían Morpork con Ankh. Bajo él, el río, que en sus mejores momentos llevaba poca agua, no era más que un reguerillo humeante.

El puente se estremecía bajo sus pies mucho más de lo acostumbrado. Unas ondas extrañas recorrían los restos lodosos del río. Varias tejas cayeron de una casa cercana.

— ¿Qué ha sido eso? -preguntó Dosflores.

Bethan miró hacia atrás y gritó.

La estrella estaba saliendo. Mientras el sol del Disco buscaba refugio cobardemente bajo el horizonte, la gran esfera de la estrella trepaba lentamente por el cielo hasta que la totalidad de su volumen estuvo a varios grados por encima del borde del mundo.

Empujaron a Rincewind hacia la seguridad que ofrecía un portal. La multitud apenas se dio cuenta, todos siguieron huyendo aterrados como lemmings.

— La estrella tiene puntitos -dijo Dosflores.

— No -replicó Rincewind-. Son... cosas. Cosas que giran en torno a la estrella, igual que el sol gira en torno al Disco. Pero están muy cerca, porque... porque... -Se interrumpió-. ¡ Casi lo sé!

— ¿El qué?

— ¡Tengo que librarme de este Hechizo!

— ¿Por dónde se va a la universidad? -preguntó Bethan.

— ¡Por aquí! -respondió Rincewind señalando esa misma calle.

— Debe de ser un sitio muy popular; todo el mundo va hacia allí.

— ¿Por qué será? -se preguntó Dosflores.

— No sé, pero tengo la sensación de que no van a matricularse en las clases nocturnas -replicó Rincewind.

De hecho, la Universidad Invisible estaba sufriendo un asedio..., al menos, las partes de la Universidad Invisible que afloraban en las dimensiones cotidianas estaban sufriendo un asedio. Las multitudes agolpadas junto a sus puertas exigían una de dos cosas: a) que los magos dejaran de hacer el tonto y se libraran de la estrella o b) (ésta era la opción favorita de los discípulos de la estrella) que dejaran de hacer magia al momento y se suicidaran ordenadamente para librar al Disco de toda hechicería y así evitar la terrible amenaza que venía de los cielos.

Por su parte, los magos, al otro lado de los muros, no tenían la menor idea de cómo conseguir a) ni la menor intención de hacer b), con lo cual la mayoría optaron por c), que consistía en escabullirse por las puertas secretas y alejarse de puntillas tanto y tan deprisa como fuera posible.

Toda la magia de confianza que quedaba en la universidad se estaba dedicando íntegramente a mantener cerradas las grandes verjas. Los magos empezaban a descubrir que, aunque está muy bien tener unas puertas impresionantes cerradas gracias a la magia, los constructores deberían haber incluido algún dispositivo de seguridad, por ejemplo unos vulgares candados de durísimo hierro nada impresionante.

Fuera, en la plaza, la gente había encendido unas cuantas hogueras mas que nada para dar efecto, ya que el calor de la estrella era abrasador.

— Pero aún se ven las estrellas -señaló Dosflores-. Las otras estrellas, quiero decir. Las pequeñas. En un cielo negro.

Rincewind no le hizo caso. Estaba mirando las puertas. Un grupo de discípulos de la estrella y ciudadanos intentaban derribarlas.

— Es inútil -dijo Bethan-, no conseguiremos entrar. ¿Adónde vas?

— A dar un paseo -respondió Rincewind.

Se dirigía con decisión hacia una callejuela lateral.

Allí había un par de alborotadores que iban de por libre y se dedicaban sobre todo a destrozar tiendas. Rincewind hizo caso omiso de ellos y siguió el muro hasta que éste discurrió paralelamente a un callejón oscuro que tenía el desdichado olor de los callejones oscuros de todas partes.

Una vez allí, empezó a examinar muy de cerca los ladrillos. El muro tenía unos seis metros de altura, y en su parte superior había crueles púas metálicas.

— Necesito un cuchillo -dijo.

— ¿Te vas a abrir camino a puñaladas? -se sorprendió Bethan.

— Limítate a buscarme un cuchillo -replicó Rincewind.

Empezó a dar golpecitos en las piedras.

Dosflores y Bethan se miraron y se encogieron de hombros. Unos minutos más tarde volvieron con toda una selección de cuchillos. Dosflores había conseguido incluso una pequeña espada.

— Nos hemos tenido que servir nosotros mismos -dijo Bethan.

— Pero dejamos el dinero -la corrigió Dosflores-. Es decir; habríamos dejado el dinero si lo hubiéramos tenido...

— Así que se empeñó en escribir una nota -suspiró la chica.

Dosflores se irguió en toda su estatura, cosa que apenas valía el esfuerzo.

— No entiendo por qué... -empezó a decir rígidamente.

— Estoy segura -replicó Bethan sombría-. Rincewind, han forzado las puertas de todas las tiendas, había un montón de gente por la calle cogiendo instrumentos musicales, ¿no es increíble?

— No -respondió el mago, cogiendo un cuchillo y probando la hoja con gesto pensativo-. Supongo que eran aficionados.

Clavó la hoja en la pared, la retorció y dio un paso atrás cuando una pesada piedra se desprendió de su sitio. Alzó la vista, contó para sus adentros e hizo palanca sobre otra piedra.

— ¿Cómo lo has hecho? -se asombró Dosflores.

— Ayúdame a subir -fue toda la respuesta de Rincewind.

Un momento más tarde, conseguía apoyar los pies en los agujeros que había practicado, y empezó a sacar más piedras para seguir trepando.

— Hace siglos que las cosas son así -dijo a los de abajo-. Algunas piedras no están pegadas con cemento. Una entrada secreta, ¿entendéis? Cuidado, que cae otra.

Una piedra más se estrelló contra los guijarros del suelo.

— Los estudiantes la hicieron hace mucho tiempo -explicó Rincewind-. Una buena manera de entrar y salir después de que apagaban las luces.

— Ah -asintió Dosflores-, ya entiendo. Saltaban el muro para ir a tabernas apenas iluminadas donde beber; cantar y recitar poesías, ¿verdad?

— Casi aciertas, excepto en lo de las canciones y las poesías -replicó el mago-. Un par de estos clavos deben de estar sueltos...

Se oyó un clang.

— Por este lado no hay mucha altura -les llegó su voz tras unos segundos-. Si queréis venir; vamos.

Y así fue como Rincewind, Dosflores y Bethan entraron en la Universidad Invisible.

En otro lugar del campus...

Los ocho magos insertaron sus llaves e, intercambiando más de una mirada de preocupación, las giraron. Se oyó un leve ruidito cuando la cerradura se abrió.

El Octavo estaba desencadenado. Una ligerísima luz octarina recorrió su encuadernacion.

Trymon lo cogió sin que ninguno de los otros protestara. El brazo empezó a cosquillearle.

Se volvió hacia la puerta.

— Ahora, hermanos, hacia la Sala Principal -dijo-. Si me lo permitís, abriré el camino... Tampoco hubo protestas.

Llegó a la puerta con el libro bajo el brazo. Parecía caliente y algo espinoso.

A cada paso esperaba un grito, una objeción, pero no llegaron. Tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no partirse de risa. Aquello era mucho más sencillo de lo que había imaginado.

Los Otros no estaban ni a medio camino de la salida de la claustrofóbica mazmorra, cuando Trymon alcanzó la puerta. Quizá notaron algo en su manera de flexionar los hombros, pero ya era demasiado tarde: cruzó el umbral, agarró el picaporte, cerró la puerta, giró la llave y sonrió la sonrisa.

Recorrió de nuevo el pasillo caminando con tranquilidad y haciendo caso omiso de los gritos airados de los magos, que en aquellos momentos descubrían lo imposible que es lanzar hechizos en una habitación impermeable a la magia.

El Octavo se retorció, pero Trymon lo sujetó con fuerza. Echó a correr; tratando de expulsar de su mente las horribles sensaciones que notaba bajo el brazo a medida que el libro se transformaba en cosas peludas, esqueléticas y espinosas. La mano se le quedó entumecida. Los leves chirridos que había estado oyendo subieron de volumen, y también oyó otros ruidos a su espalda... ruidos maliciosos, tentadores, ruidos emitidos por horrores inimaginables que a Trymon le parecieron demasiado fáciles de imaginar. Mientras corría por la Sala Principal y subía por la escalera, las sombras empezaron a moverse, a cobrar nuevas formas, a cerrarse en torno a él. Tampoco pudo pasar por alto el hecho de que algo le seguía, algo con patas resbaladizas que corrían con una rapidez obscena. Las paredes se estaban llenando de hielo. Las puertas se lanzaban contra él cuando las cruzaba a toda velocidad. Bajo sus pies, los peldaños empezaban a tener el tacto de una lengua...

No en vano Trymon se había pasado largas horas en el equivalente a un gimnasio de la Universidad Invisible, desarrollando músculo mental. No confíes en los sentidos, que pueden engañarte, se repetía. Los peldaños están ahí abajo, en alguna parte... Ordénales que estén ahí, hazlos aparecer a medida que subes, y más te vale hacerlo bien, muchacho. Porque no todo esto es pura imaginación.

Gran A'Tuin aminoró la marcha.

Con unas aletas del tamaño de continentes, la tortuga celestial se resistió al tirón de la estrella, y esperó.

No iba a ser una espera larga...

Rincewind consiguió llegar a la Sala Principal. Había unas cuantas antorchas encendidas que parecían colocadas allí como para algún ritual mágico. Pero los candelabros ceremoniales estaban volcados y los complejos octogramas, pintados con tiza en el suelo, aparecían borrosos, como si alguien hubiera bailado sobre ellos. Además, el aire estaba impregnado de un hedor desagradable hasta para los elevados estándares de Ankh-Morpork. Tenía un algo como sulfúrico que cubría otro algo peor todavía. Olía como el fondo de un estanque.

Se oyó un retumbar lejano seguido de un montón de gritos.

— Parece que las puertas han caído -dijo Rincewind.

— Salgamos de aquí -sugirió Bethan.

— Las bodegas están por allí.

Y se dirigió hacia un arco.

— ¿Vamos a bajar?

— Sí. ¿O prefieres quedarte?

Cogió una de las antorchas colgadas de la pared y empezó a bajar por la escalera.

Tras unos cuantos tramos de peldaños, desaparecieron los paneles de las paredes para dejar al descubierto la piedra desnuda. Aquí y allá, las puertas habían sido forzadas.

— Oigo algo -dijo Dosflores.

Rincewind prestó atención. Había un ruido que parecía llegar de las profundidades. No resultaba aterrador. Parecía más bien como si un montón de gente estuviera aporreando una puerta y gritando barbaridades.

— No serán las Cosas de las Dimensiones Mazmorra de las que nos hablaste, ¿verdad? -quiso saber Bethan.

— No suelen decir esos tacos -respondió Rincewind-. Vamos.

Corrieron por los húmedos pasillos, siguiendo los gritos, las maldiciones y las toses atragantadas que, en cierto modo, resultaban tranquilizadoras:

decidieron que nadie que jadeara de aquella manera podía representar un peligro.

Por fin llegaron a una puerta situada en un nicho. Parecía tan resistente como para contener el mar. Había una pequeña mirilla.

— ¡Eh! -gritó Rincewind.

No parecía una frase muy útil, pero no se le ocurrió nada mejor.

Se hizo el silencio. Después, les llegó una voz del otro lado de la puerta.

— ¿Quién está ahí?

Rincewind reconoció la voz. Le había despertado aterrado de sus ensoñaciones diurnas más de una vez durante las pesadas clases tras la comida, hacía ya años. Era Lumuel Panter, quien en el pasado se había tomado como desafío personal el intento de grabar a fuego en la cabeza del joven Rincewind los rudimentos de la adivinación y la invocación. Recordó los ojos penetrantes en el rostro porcino, la voz diciendo «Ahora el señor Rincewind saldrá a la pizarra a dibujar el Símbolo Relevante» y el paseo de mil kilómetros entre todos los alumnos, tratando desesperadamente de recordar qué había estado ronroneando esa misma voz durante los cinco últimos minutos. Incluso ahora se le secaba la garganta de miedo y culpabilidad. Aquello era peor que las Dimensiones Mazmorra.

— Por favor, señor; soy yo, señor; Rincewind, señor -graznó. Se dio cuenta de que Dosflores y Bethan le miraban, y carraspeó-. Sí -añadió con la voz más profunda que pudo conseguir-. Ése soy yo. Rincewind. En persona.

Se oyeron susurros al otro lado de la puerta.

— ¿Rincewind?

— Me recuerda a un chico más bien corto...

— ¿El del Hechizo?

— ¿Rincewind?

Se hizo una pausa. Al final, la primera voz rompió el silencio.

— Supongo que la llave no estará en la cerradura, ¿verdad?

— No -respondió Rincewind.

— ¿Qué ha dicho?

Librodot

— Ha dicho que no.

— Típico del muchacho.

— Eh... ¿quién hay ahí dentro? -quiso saber.

— Los Maestros de la Magia -replicó la voz con arrogancia.

— ¿Por qué?

Otra pausa, seguida de un diálogo en susurros avergonzados.

— Bueno, eh... nos hemos quedado encerrados -dijo la voz de mala gana.

— ¿Cómo, con el Octavo?

Susurros, susurros.

— La verdad es que el Octavo no está aquí -explicó la voz con lentitud.

— Ya. Y vosotros sí -dijo Rincewind, con tanta educación como es posible cuando se está sonriendo como un necrófilo en un depósito de cadáveres.

— Eso parece.

— ¿Queréis que os traigamos algo? -preguntó Dosflores con ansiedad.

— Más bien preferiríamos que nos sacarais de aquí.

— ¿Se puede forzar la cerradura? -indagó Bethan.

— Imposible -replicó Rincewind-, es a prueba de ladrones.

— Supongo que a Cohen no le habría costado nada -dijo la chica con lealtad-. Esté donde este.

— El Equipaje la derribaría enseguida -asintió Dosflores.

— Bueno, entonces no hay nada que hacer -suspiró Bethan-. Salgamos a donde haya aire fresco. O un poco más fresco que éste, por lo menos.

Se dio media vuelta para alejarse.

— Un momento, un momento -replicó Rincewind-. Lo de siempre, ¿eh? El pobre Rincewind no tiene ideas, ¿verdad? Oh, no, no es más que un lastre, claro. No sirve más que para darle una patada al pasar. No confíes en él, no es más que...

— De acuerdo -asintió Bethan-, veamos.

— ...un inútil, un fracasado, sólo un... ¿cómo?

— ¿Cómo piensas abrir la puerta? -preguntó la chica.

Rincewind la miró boquiabierto. Luego miró la puerta. La verdad era que parecía muy sólida, y la cerradura tenía cara de testaruda.

Pero ya había conseguido entrar una vez, mucho tiempo atrás. Rincewind el estudiante empujó la puerta y ésta se abrió..., y un momento después, el Hechizo se había instalado en su mente para destrozarle la vida.

— Oye -dijo una voz tras la mirilla, con tanta amabilidad como le fue posible-. Sé buen chico y haz que venga un mago, ¿vale?

Rincewind tomó aliento.

— Alejaos de la puerta -dijo.

— ¿Cómo?

— Escondeos detrás de algo -ladró sin que la voz le temblara más que un poquito-. Vosotros también -ordenó a Bethan y a Dosflores.

— Pero no puedes...

— ¡Lo digo en serio!

— Lo dice en serio -repitió Dosflores-. Lo sé por esa venilla que tiene en la sien, ¿la ves? Cuando le palpita así es que...

— ¡Silencio!

Rincewind, inseguro, extendió un brazo y señaló la puerta.

El silencio era absoluto.

Ay, dioses, pensó. ¿Qué viene ahora?

En la oscuridad del fondo de su mente, el Hechizo se removió, intranquilo.

Rincewind trató de sintonizarse o algo así con la mente de la cerradura. Si pudiera sembrar la discordia entre sus átomos para que se separaran...

Nada sucedió.

Tragó saliva con un esfuerzo y concentró su atención en la madera. Era vieja, estaba casi fosilizada y probablemente no ardería ni aunque la empaparan en aceite y la metieran en un horno. Aun así lo intentó, explicando a las ancianas moléculas que debían dar saltitos para entrar en calor...

En el silencio tenso de su propia mente, clavó los ojos en el Hechizo, que parecía muy avergonzado.

Se detuvo a considerar el aire que rodeaba la puerta, meditando cuál sería la mejor forma de retorcerlo para que adoptara formas extrañas y la puerta existiera en una dimensión completamente diferente.

La puerta siguió allí, desafiantemente sólida.

Sudoroso, mientras su mente comenzaba la interminable caminata hacia la pizarra ante toda la clase sonriente, volvió a concentrarse desesperadamente en la cerradura. Debe de estar hecha de trocitos metálicos, no muy pesados...

Por la mirilla le llegó un ligerísimo sonido. Era el sonido de los magos al relajarse y menear las cabezas.

— Ya decía yo... -susurro uno.

Se oyó un leve chirrido y un clic.

El rostro de Rincewind era una máscara. El sudor le goteaba por la barbilla.

Sonó otro clic y luego el ruido de unos ejes desganados. Trymon había aceitado la cerradura, si, pero el óxido y el polvo centenario habían absorbido la grasa, y los magos sólo pueden hacer palanca con la mente, a menos que dispongan de otros utensilios.

En aquel momento, Rincewind intentaba con todas sus fuerzas que el cerebro no se le saliera por las orejas.

La cerradura crujió. Los pernos metálicos crujieron en sus agujeros antes de rendirse.

Las bisagras cedieron. Las palancas se movieron. Hubo un largo crujido que hizo caer de rodillas a Rincewind.

La puerta se abrió con un gemido de dolor. Los magos salieron cautelosamente.

Librodot

Dosflores y Bethan ayudaron a Rincewind a ponerse en pie. Este tenía el rostro gris, y las piernas le temblaban.

— No está mal -comentó uno de los magos-. Quizá un poco lento.

— ¡Eso no importa! -gritó Jiglad Wert-. Vosotros tres, ¿visteis a alguien cuando bajabais?

— No -respondió Dosflores.

— Alguien ha robado el Octavo.

Rincewind consiguió levantar la cabeza y enfocar la vista.

— ¿Quién?

— Trymon...

Rincewind tragó saliva.

— ¿Un tipo alto? -preguntó-. ¿Uno que tiene el pelo rubio y cara de hurón?

— Pues ahora que lo dices...

— Estaba en mi clase -explicó-. Todo el mundo decía que llegaría lejos.

— Pues llegará aún más lejos de lo que cree si abre el libro -intervino uno de los magos, que liaba rápidamente un cigarrillo con dedos temblorosos.

— ¿Por qué? -quiso saber Dosflores-. ¿Qué pasará?

Los magos intercambiaron miradas.

— Es un antiguo secreto que ha sido transmitido de mago a mago. No podemos comunicarlo a civiles -dijo Wert.

— Ah, decid, decid.

— Oh, bueno, probablemente ya no importa. Una sola mente no puede albergar todos los hechizos. Se romperá, dejando sólo un agujero.

— ¿Un agujero? ¿En la cabeza?

— Mmm... no. En el tejido del universo -explicó Wert-. Quizá cree que lo puede controlar solo, pero...

Sintieron el sonido antes de oírlo. Comenzó en las piedras en forma de una tenue vibración, para luego ascender repentinamente hasta convertirse en un chirrido agudo como una aguja que atormentaba el cerebro sin pasar por los tímpanos. Parecía una voz humana cantando, entonando o gritando, pero había notas más profundas y horribles.

Los magos palidecieron. Después, como un solo hombre, dieron media vuelta y echaron a correr escaleras arriba.

Fuera del edificio había auténticas multitudes. Algunos llevaban antorchas, otros se interrumpieron mientras amontonaban leña junto a las paredes. Pero todos sin excepción miraban hacia arriba, en dirección a la Torre del Arte. Los magos se abrieron paso entre los cuerpos y también alzaron la vista.

El cielo estaba lleno de lunas. Cada una de ellas era tres veces más grande que la luna habitual del Disco, y cada una de ellas estaba envuelta en sombras a excepción de un destello rosado allí donde las alcanzaba la luz de la estrella.

Pero, sobre todo, la cima de la Torre del Arte estaba envuelta en una furia incandescente. Dentro de ella se podían atisbar formas que no tenían nada de tranquilizador.

El sonido se había convertido ahora en un zumbido de avispero amplificado un millón de veces.

Algunos magos cayeron de rodillas.

— Lo ha hecho -dijo Wert meneando la cabeza-. Ha abierto un camino.

— ¿Esas cosas son demonios? -se interesó Dosflores.

— ¿Demonios? ¡Ja! -replicó Wert-. Los demonios serían una fiesta comparados con lo que intenta entrar por ahí.

— Son peores que cualquier cosa que puedas imaginar -dijo Panter.

— Yo puedo imaginar cosas realmente malas -señaló Rincewind.

— Éstas son peores.

— Oh.

— ¿Y qué pensáis hacer al respecto? -interrogó una voz clara.

Se volvieron. Bethan les miraba con los brazos cruzados.

— ¿Cómo dices? -preguntó Wert.

— Sois magos, ¿no? Pues venga, manos a la obra.

— ¿Quieres que nos metamos con eso? -se asombró Rincewind.

— ¿Quién si no?

Wert se abrió camino hasta ellos.

— Jovencita, no creo que comprendas...

— Las Dimensiones Mazmorra invadirán nuestro universo, ¿no?

— Bueno, sí...

— Todos seremos devorados por cosas que tienen tentáculos en vez de caras, ¿verdad?

— No son tan bonitos, pero...

— ¿Y vais a permitirlo?

— Escucha -intentó Rincewind-, todo ha terminado, ¿no lo entiendes? No se pueden devolver los hechizos al libro, no se puede desdecir lo que ya se ha dicho, no se puede...

— ¡Se puede intentar!

Rincewind suspiró y se volvió hacia Dosflores. No estaba allí. Los ojos de Rincewind se dirigieron inevitablemente hacia la base de la Torre del Arte, y llegaron justo a tiempo para ver cómo la rolliza figura del turista, esgrimiendo la espada con mano inexperta, desaparecía por una puerta.

Los pies de Rincewind tomaron una decisión por su cuenta y riesgo. Una decisión que, desde el punto de vista de su cabeza, era completamente errónea.

El resto de los magos le vieron salir corriendo.

— ¿Y bien? -insistió Bethan-. Él sí va.

Los magos hicieron todo lo posible por no mirarse entre ellos.

— Podríamos intentar algo -dijo Wert al final-. Parece que la cosa no ha ido aún demasiado lejos.

— ¡Pero si apenas nos queda magia! -le recordó otro de los magos.

Librodot

— ¿Se te ocurre algo mejor?

Uno por uno, con sus túnicas ceremoniales deslumbrantes bajo la extraña luz, los magos arrastraron los pies hacia la torre.

La torre era hueca por dentro, los peldaños de piedra estaban tallados en espiral por las paredes. Dosflores ya había subido varios tramos antes de que Rincewind le alcanzara.

— Alto ahí -dijo en el tono de voz más animado que pudo mostrar-. Este tipo de cosas son para gente como Cohen, no para ti. Sin ánimo de ofender.

— ¿El podría hacer algo?

Rincewind alzó la vista hacia la luz actínica que relampagueaba desde el agujero lejano que era la cima de la torre.

— No -admitió.

— Entonces, lo haré tan bien como él, ¿verdad? -dijo Dosflores blandiendo torpemente la espada robada quién sabe dónde.

Rincewind saltó tras él, manteniéndose tan cerca del muro como le fue posible.

— ¡No lo entiendes! -aulló-. ¡Ahí arriba hay horrores inimaginables!

— Siempre has dicho que no tengo imaginación.

— Algo de cierto hay en eso, sí -concedió Rincewind-, pero...

Dosflores se sentó.

— Mira -dijo-, desde que llegué he estado esperando algo como esto. Quiero decir; es una auténtica aventura, ¿verdad? Solo contra los dioses, o algo por el estilo.

Rincewind dedicó algunos segundos a abrir y cerrar la boca antes de encontrarse en condiciones de pronunciar las palabras adecuadas.

— ¿Qué tal se te da manejar la espada? preguntó débilmente.

— No lo sé, nunca he probado.

— ¡Estás loco!

Dosflores le miró de soslayo.

— Mira quién fue a hablar ~ Yo estoy aquí porque no se me ocurre nada mejor; pero... ¿y tú?

— Señaló hacia abajo, en dirección a los magos que subían trabajosamente por la escalera-. ¿Y ellos?

Una luz azul se extendió por la torre. Resonó un trueno.

Los magos llegaron junto a ellos tosiendo como locos y luchando por recuperar el aliento.

— ¿Qué plan tenéis? -preguntó Rincewind.

— Improvisar -respondió Wert.

— Bien. Bueno. Entonces, no os entretengo más.

— Tú vienes con nosotros -le informó Panter.

— ¡Pero si no soy un mago de verdad! ¿No recordáis que me expulsasteis?

— No ha habido estudiante más inútil -asintió el viejo mago-, pero estás aquí, y ahora mismo no hacen falta más cualificaciones. Vamos.

La luz brilló un momento antes de desaparecer. Los horribles ruidos murieron como estrangulados.

El silencio llenó la torre. Era uno de esos silencios pesados, opresivos.

— Ha cesado -dijo Dosflores.

Algo se movió arriba, perfilándose contra el círculo rojizo del cielo. Cayó lentamente, dando vueltas, bandeándose. Chocó contra la escalera un tramo más arriba de donde se encontraban.

Rincewind fue el primero en llegar.

Era el Octavo. Pero yacía sobre las piedras tan inerte y sin vida como cualquier otro libro, con sus páginas agitadas por la brisa que soplaba en la torre.

Dosflores llegó jadeando tras Rincewind y bajó la vista.

— Están en blanco -susurró-. Todas las páginas están en blanco.

— Entonces, lo hizo -suspiró Wert-. Leyó los hechizos. Y con éxito. No habría apostado por ello.

— Ha habido un montón de ruido -dijo Rincewind, titubeante-. Y luz. Y esas formas. No me parece que haya sido un éxito.

— Oh, siempre que se hace magia a gran escala hay interferencias extradimensionales -explicó Panter-. Sólo sirven para impresionar a la gente.

— Pues a mí me pareció que había monstruos -intervino Dosflores acercándose a Rincewind.

— ¿Monstruos? ¿Qué monstruos? -le interrogó Wert.

Todos miraron hacia arriba instintivamente. No se oía nada. Nada se movía en el círculo de luz.

— Bueno, creo que deberíamos subir a... eh... felicitarle -suspiró Wert.

— ¿Felicitarle? -estalló Rincewind-. ¡Robó el Octavo! ¡Os encerró!

Los magos intercambiaron miradas de entendimiento.

— Sí, bueno -dijo uno de ellos-. Cuando hayas ascendido en el escalafón, chico, descubrirás que a veces lo que importa es tener éxito.

— Lo que vale es llegar; no cómo has hecho el viaje -explicó llanamente Wert.

Siguieron subiendo por la espiral.

Rincewind se sentó y entrecerró los ojos para escudriñar en la oscuridad.

Alguien le puso una mano en el hombro. Era Dosflores, que sostenía el Octavo.

— Esta no es manera de cuidar un libro -dijo-. Mira, lo ha doblado por el lomo. Hay mucha gente que lo hace, no saben cuidar los libros.

— Sí -replicó vagamente Rincewind.

— No te preocupes.

— No estoy preocupado, sólo furioso -le espetó-. ¡Dame ese maldito trasto!

Le arrebató el libro y lo abrió sin miramientos.

Indagó por el fondo de su mente, donde habitaba el Hechizo.

— Muy bien -ladró-. Ya te has divertido bastante, ya has destrozado mi vida, ¡ahora, vuelve a tu lugar!

— ¡Pero si yo...! -protestó Dosflores.

— ¡El Hechizo, hablo con el Hechizo! -gritó Rincewind-. ¡Venga, vuelve a tu página!

Miró fijamente el viejo pergamino hasta que los ojos le bizquearon.

— ¡Entonces, te pronunciaré! -chilló. Su voz resonó en la torre-. ¡Te reunirás con el resto de tus amigos, y que os vaya bien!

Volvió a lanzar el libro a los brazos de Dosflores y echó a correr escaleras arriba.

Los magos ya habían llegado a la cima y no estaban a la vista. Rincewind trepó tras ellos.

Conque «chico», ¿eh? -murmuró-. Cuando haya ascendido en el escalafón, ¿eh? Pues resulta que he conseguido ir por ahí durante años con uno de los Grandes Hechizos en la cabeza sin volverme loco, ¿no es cierto? -Consideró esta última pregunta desde todos los ángulos-. Sí, lo he conseguido -se aseguró a sí mismo-. No he hablado con los árboles, ni siquiera cuando los árboles me hablaban.

Asomó la cabeza al aire opresivo en la cima de la torre.

Había esperado ver piedras ennegrecidas por el fuego y llenas de marcas de garras, o quizá algo peor.

En vez de eso, lo que vio fue a los siete magos mayores de pie junto a Trymon, que parecía completamente ileso. Se volvió y dirigió una amable sonrisa a Rincewind.

— Ah, Rincewind. Ven a reunirte con nosotros, ¿quieres?

Así que eso es todo, pensó. Tanto teatro para nada. Quizá no estoy hecho para ser mago. Quizá...

Clavó los ojos en los de Trymon.

Es posible que el Hechizo, tras años de vivir en la cabeza de Rincewind, hubiera acabado por afectarle la visión. Es posible que el tiempo pasado con Dosflores, quien sólo veía las cosas tal como deberían ser; le hubiera enseñado a ver las cosas tal como eran.

Pero, sin lugar a dudas, Rincewind no había hecho en toda su vida nada tan difícil como mirar a Trymon sin huir aterrorizado o desmayarse.

En cambio los otros no parecían haber advertido nada.

También parecían estar demasiado quietos.

Trymon había intentando asimilar los siete Hechizos en su mente, y se le había roto. Las Dimensiones Mazmorra encontraron por fin el agujero que buscaban. Era una tontería haber imaginado que las Cosas saldrían desfilando por el cielo, agitando tentáculos y mandíbulas. Eso estaba pasado de moda y era muy arriesgado. Hasta los horrores innombrables aprenden con el tiempo. Para entrar sólo necesitaban una cabeza.

Los ojos de Trymon eran agujeros vacíos.

La idea atravesó la mente de Rincewind como un cuchillo de hielo. Las Dimensiones Mazmorra serían un patio de colegio comparadas con lo que las Cosas podían hacer en un universo de orden. La gente pedía orden a gritos, y orden iban a obtener..., el orden de cada tornillo en su tuerca, la ley inmutable de líneas rectas y números. Acabarían por suplicar cualquier perturbación...

Trymon le estaba mirando. Algo le estaba mirando. Y aun así, los demás seguían sin darse cuenta. ¿Podría explicárselo siquiera? Trymon tenía el mismo aspecto de siempre a excepción de sus ojos y un ligero resplandor en la piel.

Al mirarle, Rincewind comprendió que había cosas mucho peores que el Mal. Los demonios del Infierno te atormentarían el alma, pero era precisamente porque valoraban mucho las almas. El mal siempre intentaría robar el universo, pero al menos consideraba el universo digno de ser robado. En cambio, el mundo gris que había tras aquellos ojos vacíos mataría y destruiría sin siquiera conceder a sus víctimas el honor del odio. No advertiría ni su presencia.

Trymon le tendió la mano.

— El octavo Hechizo -dijo-. Dámelo.

Rincewind retrocedió.

— Eso es desobediencia, Rincewind. Después de todo, soy tu superior. De hecho, me han votado como jefe supremo de todas las Órdenes.

— ¿De verdad? -preguntó Rincewind con voz ronca.

Miró a los otros magos. Seguían inmóviles como estatuas.

— Oh, sí -asintió Trymon con voz amable-. Y casi sin obligarles. Todo muy democrático.

— A mí me gustaba más el método tradicional -dijo Rincewind-. Así, hasta los muertos votan.

— Me entregarás el Hechizo voluntariamente -indicó Trymon-. ¿He de mostrarte lo que te haré si no? Y al final, acabarás entregándomelo. Suplicarás a gritos que te permita entregármelo.

Si esto va a acabar; que sea ahora, pensó Rincewind.

— Tendrás que arrebatármelo -dijo-. No te lo daré.

— Me acuerdo de ti. Como estudiante, eras mas bien inútil. Nunca confiaste en la magia, decías que debía de haber una manera mejor de gobernar un universo. Pues verás, tengo planes. Nosotros podemos...

— Nada de nosotros -replicó Rincewind con firmeza.

— ¡Dame el Hechizo!

— Intenta quitármelo. -Rincewind retrocedió un paso-. Me parece que no podrás.

— Ah, ¿no?

Rincewind saltó a un lado cuando el fuego octarino brotó de los dedos de Trymon y dejó un charquito de roca burbujeante sobre las piedras.

Sentía al Hechizo removiéndose en el fondo de su mente. Sentía su miedo.

Lo buscó en las silenciosas cavernas de su cabeza. El Hechizo retrocedió atónito, como un perro enfrentado con una oveja enloquecida. Rincewind lo persiguió, revisando furioso los aparcamientos en desuso y las zonas catastróficas de su subconsciente, hasta que lo encontró, temblando escondido bajo un montón de recuerdos desagradables. El Hechizo le lanzó un silencioso rugido de desafío, pero Rincewind no estaba para tonterías.

«¿Te parece bonito? -le gritó-. Cuando llega la hora de la verdad, ¿vas y te escondes? ¿Tienes miedo?»

Librodot

El Hechizo le respondió: «Tonterías, ni tú te lo crees, soy uno de los Ocho Hechizos.» Pero Rincewind se dirigió hacia él gritando: «Es posible, pero lo cierto es que lo creo, y te conviene recordar a quién pertenece esta cabeza, ¿de acuerdo? ¡Aquí puedo creer lo que me dé la gana!»

Saltó a un lado cuando otro rayo de fuego perforó la noche abrasadora. Trymon sonrió e hizo otro complicado movimiento con las manos.

La presión se aferró a Rincewind. Cada centímetro de su piel se sintió como silo estuvieran usando de yunque. Cayó de rodillas.

— Hay cosas mucho peores -dijo Trymon amablemente-. Puedo hacer que la carne te arda hasta el hueso, o llenarte el cuerpo de hormigas. Tengo poder para...

— Yo tengo una espada, ¿sabes?

La voz chillona estaba llena de desafío.

Rincewind levantó la cabeza. A través de la neblina púrpura del dolor, vio a Dosflores de pie detrás de Trymon, sosteniendo la espada con absoluta falta de habilidad.

Trymon se echó a reír y flexionó los dedos. Por un momento, se distrajo.

Rincewind estaba furioso. Estaba furioso con el Hechizo, con el mundo, con la injusticia de la vida, con el hecho de no haber dormido mucho últimamente y con el hecho de no estar pensando con demasiada claridad. Pero, sobre todo, estaba furioso con Trymon, que rebosaba de la magia que Rincewind siempre había deseado y jamás pudo conseguir. Y no hacía nada que valiera la pena con ella.

Se puso en pie de un salto y golpeó a Trymon en el estómago con la cabeza antes de aferrarse a él desesperadamente. Cayeron sobre las losas, derribando a Dosflores.

Trymon gruñó y consiguió pronunciar la primera sílaba de un hechizo antes de que el codo de Rincewind, proyectado al azar; le acertara en el cuello. Una ráfaga de magia incontrolada chamuscó el pelo de Rincewind.

Éste peleó como siempre había peleado, sin técnica ni limpieza, pero con mucha energía. Su estrategia consistía en impedir que su contrincante tuviera tiempo de darse cuenta de que no se enfrentaba con un luchador de verdad, y a veces le funcionaba.

Ahora le estaba funcionando, porque Trymon había pasado demasiado tiempo leyendo manuscritos antiguos, sin hacer ejercicio ni tomar vitaminas. Aun así, consiguió asestar varios golpes, pero Rincewind estaba demasiado furioso como para apercibirse. Y sólo pegaba con las manos, mientras que su adversario usaba también las rodillas, los pies y los dientes.

De hecho, iba ganando.

Aquello le sorprendió.

Se sorprendió mucho más cuando, al arrodillarse sobre el pecho de Trymon para golpearle repetidamente en la cabeza, el rostro de éste cambió. La piel reptó y onduló como algo visto a través de la neblina del calor, y fue Trymon quien habló.

— ¡Ayúdame!

Por un momento, los ojos que miraban a Rincewind estuvieron llenos de dolor, miedo y súplica. Luego ya no fueron ojos, sino cosas multifacetadas situadas en una cabeza que sólo se podía denominar cabeza si entendemos el término en un sentido muy amplio. Tentáculos y garras afiladas se desplegaron para arrancar las más bien escasas carnes de Rincewind.

Dosflores, la torre y el cielo rojo habían desaparecido. El tiempo aminoró su marcha y se detuvo.

Rincewind mordió con todas sus fuerzas un tentáculo que intentaba arrancarle la cara. Cuando éste se desenroscó dolorido, proyectó la mano y sintió cómo algo cálido y gelatinoso se rompía.

Le estaban mirando. Volvió la cabeza para descubrir que ahora luchaba en el centro de un enorme anfiteatro. A ambos lados, hilera tras hilera de criaturas le observaban desde arriba, criaturas con cuerpos y rostros que parecían hechos de cruces entre pesadillas. Por el rabillo del ojo divisó cosas aún peores tras él, formas inmensas que se extendían hasta oscurecer el cielo..., justo antes de que el monstruo Trymon se lanzara contra él con un aguijón del tamaño de una lanza.

Rincewind esquivó como pudo y luego se precipitó hacia adelante cerrando ambas manos para formar un puño, que alcanzó a la cosa en el estómago, o posiblemente en el tórax, con un golpe que terminó con un satisfactorio crujido de quitina.

Siguió peleando, muerto de miedo con sólo pensar en lo que sucedería si se detenía. El fantasmal circo retumbaba con los chirridos de las criaturas de las Mazmorras, un muro de sonido que le resonaba en los oídos. Imaginó ese sonido llenando todo el Disco y lanzó golpe tras golpe para salvar el mundo de los hombres, para preservar el pequeño círculo de luz en la noche oscura del caos, para cerrar la brecha por la que avanzaba la pesadilla, pero sobre todo para impedir que le devolviera los golpes.

Unas garras o zarpas le dibujaron lineas al rojo blanco en la espalda, algo le mordió el hombro, pero descubrió un nido de tubos blandos bajo la maraña de pelo y escamas, y apretó con todas sus fuerzas.

Un brazo lleno de púas le derribó en el polvo negruzco.

Instintivamente, Rincewind se hizo una bola, pero nada sucedió. En vez del furioso ataque que esperaba, cuando abrió los ojos vio a la criatura que se alejaba de él cojeando, derramando líquidos por varias aberturas.

Era la primera vez que algo huía de Rincewind.

Se lanzó a por el monstruo, atrapó una pierna escamosa y la retorció. La criatura aulló y sacudió desesperadamente todos los apéndices que aún le funcionaban, pero Rincewind la tenía bien cogida. Consiguió levantarse y lanzó un último y satisfactorio golpe contra el ojo que le quedaba a la Cosa. Ésta gritó y huyó.

Sólo había un lugar hacia el que huir.

La torre y el cielo rojo regresaron cuando se restauró el espacio-tiempo.

En cuanto sintió la presión de las losas bajo sus pies, Rincewind se lanzó hacia un lado y rodó sobre la espalda, manteniendo a la frenética criatura a la distancia de sus brazos.

— ¡Ahora! -gritó.

— ¿Ahora qué? -preguntó Dosflores-. Ah, si. Voy.

Blandió la espada inexpertamente pero con cierta fuerza. No mató a Rincewind por cuestión de milímetros, sino que la enterró profundamente en la Cosa. Se oyó un zumbido agudo, como si hubiera destrozado un avispero, y el caos de brazos, piernas y tentáculos se retorció de dolor. Rodó hacia un lado gritando y golpeando las losas, y luego ya no golpeó nada, porque había rodado más allá del borde de la escalera, arrastrando a Rincewind.

Sus botes sobre las piedras estuvieron marcados por un ruido gelatinoso y, al final, por un aullido que fue menguando a medida que desaparecía hacia las profundidades de la torre.

Por último, se oyó una explosión sorda y hubo un relámpago de luz octarina.

Librodot

Dosflores se encontró solo en la cima de la torre, solo, claro está, a excepción de los magos, que seguían clavados en su Sitio.

Se sentó, asombrado, mientras siete bolas de fuego surgían de la oscuridad y se lanzaban contra el olvidado Octavo, que de pronto volvía a parecer él mismo, mucho más interesante.

— Oh, cielos -dijo el turista-. Deben de ser los Hechizos.

— Dosflores.

La voz era hueca, resonante, sólo ligeramente parecida a la de Rincewind.

Dosflores se detuvo con la mano ya al lado del libro.

— ¿Sí? -preguntó-. ¿Eres tú, Rincewind?

— Sí -respondió la voz, resonante con los ecos de la tumba-. Quiero que hagas algo muy importante por mí, Dosflores.

El turista miró a su alrededor. Recuperó la compostura. Así que, al final, el destino del Disco dependería de él.

— Estoy preparado -dijo con la voz vibrante de orgullo-. ¿Qué quieres que haga?

— Lo primero de todo, escucharme con mucha atención -respondió con paciencia la voz incorpórea.

— Te escucho.

— Es muy importante que, cuando te lo explique, no preguntes «¿Qué quieres decir?», ni discutas, ni nada por el estilo.

Dosflores prestó atención. Al menos su cerebro prestó atención, su cuerpo no podía. Se tiró de sus diversas papadas.

— Estoy dispuesto -dijo.

— Bien. Lo que quiero que hagas es...

— ¿Sí?

La voz de Rincewind surgió desde las profundidades de la escalera.

— Quiero que vengas y me ayudes a subir antes de que pierda el asidero en esta piedra.

Dosflores abrió la boca, pero la cerró rápidamente. Corrió hasta el hueco de la escalera y miró hacia abajo. A la luz rojiza de la estrella, distinguió los ojos de Rincewind, que le observaban desde las profundidades.

Dosflores se tumbó sobre el estómago y extendió los brazos. La mano de Rincewind se asió a su muñeca con una presa que informó a Dosflores de que, si no conseguía sacar al mago, tampoco iba a librarse de aquella garra.

— Me alegro de que estés vivo -dijo.

— Yo también -replicó Rincewind.

Quedó suspendido en la oscuridad un momento. Tras los últimos minutos, aquello era casi agradable, pero sólo casi.

— Entonces, ayúdame a subir -sugirió.

— Creo que va a ser un poco difícil -gruñó Dosflores-. De hecho, me parece que no podré hacerlo.

— ¿A qué demonios estás agarrado?

— A ti.

— Además de a mí.

— ¿Cómo que además de a ti?

Rincewind dijo una palabra breve.

— Bueno, mira -dijo Dosflores-. La escalera va en espiral, ¿no? Si te balanceo y luego te suelto...

— Si vas a sugerir que me deje caer seis metros en la oscuridad más absoluta con la esperanza de chocar contra un par de peldaños resbaladizos que a lo mejor ni siquiera están ahí, ya puedes olvidarlo -replicó Rincewind con brusquedad.

— Hay otra posibilidad.

— Escupe.

— Puedes dejarte caer ciento cincuenta metros en la oscuridad más absoluta y chocar contra un suelo que seguro que está ahí -dijo Dosflores.

Un silencio de muerte le llegó desde abajo.

— Eso ha sido sarcasmo -le acusó luego Rincewind.

— Me limitaba a señalar lo obvio.

El mago gruñó.

— Supongo que no podrás hacer algo de magia... -empezó Dosflores.

— No.

— Sólo era una idea.

Abajo se divisó un relámpago de luz, les llegó un griterío confuso, luego más luces, más gritos, y una hilera de antorchas empezó a ascender por la larga espiral.

— Por la escalera sube gente -dijo Dosflores, siempre ansioso de informar.

— Espero que corran mucho -respondió Rincewind-. Ya no siento el brazo.

— Tienes suerte, yo sí siento el mío.

La antorcha que iba en cabeza se detuvo en su ascenso y una voz resonó, llenando el vacío de la torre con ecos indescifrables.

— Creo -dijo Dosflores, consciente de que cada vez se deslizaba más hacia el agujero- que era alguien diciéndonos que aguantáramos.

Rincewind dijo otra palabra breve.

Luego añadió, en tono más bajo y apremiante:

— La verdad es que no puedo aguantar mas.

— Inténtalo.

— ¡Es inútil, la mano se me resbala!

Dosflores suspiró. Era hora de tomar medidas severas.

— Muy bien -dijo-, déjate caer. ¿A mí qué me importa?

— ¿Qué? -respondió Rincewind, tan atónito que se le olvidó resbalarse.

— Venga, mátate. Coge el camino fácil.

— ¿Fácil?

— Todo lo que tienes que hacer es dejarte caer gritando y romperte todos los huesos del cuerpo -dijo Dosflores-. Eso lo puede hacer cualquiera. Adelante. No quiero decirte que a lo mejor debes seguir vivo porque te necesitamos, porque debes pronunciar los Hechizos y salvar al Disco. Oh, no, ¿qué más da si todos nos quemamos? Venga, piensa sólo en ti mismo. Déjate caer.

Se hizo un silencio largo, embarazoso.

— No sé por qué será -dijo Rincewind al final, con una voz mucho más alta de lo necesario-, pero desde que te conozco me he pasado un montón de tiempo colgando de las puntas de los dedos a punto de caer hacia una suerte segura, ¿lo habías notado?

— Muerte -le corrigió Dosflores.

— ¿Qué muerte?

— Muerte segura -le informó Dosflores, tratando de hacer caso omiso del lento pero inexorable deslizamiento de su cuerpo sobre las losas-. A punto de caer hacia una muerte segura. No te gustan las alturas.

— Las alturas no me importan -le replicó la voz de Rincewind desde la oscuridad-. Puedo soportar las alturas. En este momento, lo que me preocupa son las profundidades. ¿Sabes lo que pienso hacer cuando salga de ésta?

— No -respondió Dosflores, anclándose con los dedos de los pies en la ranura entre dos baldosas, tratando de aferrarse a fuerza de pura voluntad.

— Me construiré una casita en el terreno más llano que encuentre. Sólo tendrá un piso; y ni siquiera llevaré sandalias con suelas gruesas.

La antorcha que iba en cabeza llegó al último tramo de la escalera, y Dosflores se encontró mirando el rostro sonriente de Cohen. Tras él, subiendo torpemente los peldaños, vislumbró la mole tranquilizadora del Equipaje.

— ¿Va todo bien? -preguntó Cohen-. ¿Puedo hacer algo?

Rincewind respiró hondo.

Dosflores reconoció los síntomas. Rincewind estaba a punto de decir algo como «Oye, me pica un poco la espalda, ¿te importaría rascarme cuando pase por ahí al caer?» o «No, si me encanta estar suspendido sobre precipicios sin fondo», y decidió que no podría soportarlo. Habló rápidamente:

— ¡Coge a Rincewind para que llegue a la escalera! -gritó.

Rincewind se le resbaló a media frase.

Cohen lo atrapó por la cintura y lo lanzó sin ceremonias contra los peldaños.

— Menudo charco hay ahí abajo -dijo en tono coloquial. ¿Quién era?

— ¿Tenía...? -Rincewind tragó saliva-. ¿Tenía..., ya sabes.... tentáculos y cosas así?

— No -respondió Cohen-. Sólo había los trozos acostumbrados. Un poco dispersos, claro.

— Miró interrogativo a Dosflores.

— Nadie -le aclaró éste-, un mago al que se le había subido a la cabeza.

Con paso tembloroso y los brazos protestándole, Rincewind se dejó llevar de nuevo hacia la cima de la torre.

— ¿Cómo has llegado aquí? -preguntó.

Cohen señaló al Equipaje, que había trotado hasta Dosflores y abría la tapa como un perro que sabe que ha sido malo y espera que un rápido despliegue de afecto le salve de la autoridad del periódico enrollado.

— Un poco agitado, pero seguro -se admiró-. No creo que nadie se meta contigo.

Rincewind alzó la vista hacia el cielo. Estaba lleno de lunas, discos que ahora eran diez veces más grandes que el pequeño satélite acostumbrado. Las observó sin mucho interés. Se sintió estirado más allá del punto de ruptura, frágil como una banda elástica vieja.

Advirtió que Dosflores trataba de preparar su caja de imágenes.

Cohen miraba a los siete magos superiores.

— Qué lugar más raro para poner estatuas -dijo-. Aquí nadie las ve. Si no te importa que te lo diga, la verdad, no parecen muy buenas.

Rincewind dio unos pasos tambaleantes y tocó suavemente a Wert en el pecho. Era de piedra sólida.

Se acabó, pensó. Quiero irme a casa... Alto ahí, ya estoy en casa. Más o menos. Así que lo que quiero es dormir; quizá mañana se haya arreglado todo.

Clavó la vista en el Octavo, que estaba rodeado de chispitas octarinas. Oh, sí, pensó.

Lo recogió y pasó las páginas al azar. Estaban cubiertas de escritura apretada, complicada, que cambiaba y adoptaba nuevas formas a medida que la miraba. Parecía indecisa sobre su aspecto: en un momento era ordenada, casi de imprenta. Al siguiente se convertía en una serie de runas angulosas. Luego, en la rizada caligrafía kythiana. Después, en pictogramas antiguos, malévolos, de algún lenguaje olvidado que parecía componerse exclusivamente de reptiles haciéndose cosas dolorosas y complicadas unos a otros...

La ultima página estaba vacía. Rincewind suspiró y echó un vistazo hacia el cuarto trastero de su mente. El Hechizo le devolvió la mirada.

El mago había soñado con aquel momento, en el que por fin se libraría del Hechizo y tomaría posesión de su mente, por fin podría aprender todos los hechizos menores que hasta entonces no habían querido ni acercarse. Pero había pensado que sería mas emocionante.

En vez de eso, agotado y sin humor para discusiones, miró fríamente al Hechizo y blandió un pulgar metafórico por encima del hombro.

«Tu. Fuera.»

Por un momento pareció como si el Hechizo fuera a poner objeciones, pero, inteligentemente, se lo pensó mejor.

Sintió un cosquilleo, un relámpago azul detrás de los ojos y un vacío repentino.

Cuando alzó la vista de nuevo, la página estaba cubierta de palabras. Volvían a ser runas. Aquello le alegró, los reptiles no sólo eran indescriptibles, sino también impronunciables, y además le recordaban a cosas que ya le costaría mucho olvidar.

Miró el libro con gesto inexpresivo mientras Dosflores revoloteaba por allí sin que nadie le prestara atención y Cohen intentaba en vano birlar los anillos de los magos petrificados.

Recordó que debía hacer algo, pero... ¿qué?

Abrió el libro por la primera página y empezó a leer; moviendo los labios y dibujando con el dedo el perfil de cada letra. Mientras musitaba las palabras, éstas aparecían sin sonido trazadas en el aire junto a él, en colores brillantes agitados por el viento nocturno.

Pasó la página.

Librodot

Más gente subía ahora por la escalera..., discípulos de la estrella, ciudadanos, incluso algunos miembros de la guardia personal del patricio. Un par de discípulos de la estrella hicieron un intento desganado de acercarse a Rincewind, que ahora estaba rodeado por un arco iris de letras. Él ni los vio, pero Cohen desenvainó la espada y les miró con tranquilidad, haciendo que se lo pensaran mejor.

El silencio irradió desde la forma encorvada de Rincewind como ondas en un estanque. Se precipitó en catarata, desbordando la torre, y cubrió a la multitud de abajo, fluyó por encima de los muros y recorrió la ciudad para luego ocuparse de las tierras exteriores.

La mole de la estrella pendía silenciosa sobre el Disco. En el cielo, en torno a ella, las nuevas lunas giraban lentas, sin ruido.

Lo único que se oía era el ronco susurro de Rincewind a medida que pasaba las páginas.

— ¿No es emocionante? -exclamó Dosflores.

Cohen, que estaba liando un cigarrillo a partir de los restos alquitranados de su predecesor, le miró inexpresivo con el papel a medio camino de los labios.

— ¿El qué es emocionante?

— ¡Toda esta magia!

— No son más que luces -criticó Cohen-. Ni siquiera se ha sacado palomas de la manga.

— Sí, pero... ¿no percibes el potencial oculto?

Cohen sacó una gran cerilla amarillenta de su bolsa de tabaco, miró un momento a Wert y luego, con deliberación, la encendió en su nariz fosilizada.

— Mira -dijo a Dosflores con tanta amabilidad como le fue posible-, ¿qué esperas que pase? Yo llevo en esto mucho tiempo, he visto todo lo que hay que ver sobre la magia, y te puedo garantizar que si vas por ahí constantemente con la boca abierta, se te va a llenar de moscas. Además, los magos mueren como cualquiera si les clavas una...

Se oyó un chasquido brusco cuando Rincewind cerró el libro.

Lo que sucedió a continuación fue lo siguiente:

Nada.

La gente tardó un poco en darse cuenta. Todos se habían agachado instintivamente, esperando la explosión de luz blanca, la bola de fuego o, en el caso de Cohen, cuyas expectativas eran más bien bajas, unas cuantas palomas blancas y un conejo medio cojo.

Ni siquiera fue tan interesante como nada. A veces las cosas no-suceden de manera impresionante. Pero, en cuestión de no-acontecimientos vulgares, éste no tenía rival.

— ¿Ya está? -preguntó Cohen.

De la multitud surgió un murmullo generalizado, y varios discípulos de la estrella observaron furiosos a Rincewind.

El mago miró débilmente a Cohen.

— Supongo que si.

— Pues no ha pasado nada.

Rincewind clavó la vista en el Octavo.

— Quizá haya sido un efecto muy sutil -dijo, esperanzado-. Después de todo, no sabemos exactamente qué se suponía que debía pasar.

— ¡Estábamos seguros! -gritó un discípulo de la estrella-. ¡La magia no funciona! ¡Es una simple ilusión!

Una piedra entró por la cima de la torre y golpeó a Rincewind en el hombro.

— ¡Sí! -asintió otro-. ¡A por él!

— ¡Tirémosle por la torre!

— ¡Eso, a por él y tirémosle por la torre!

La multitud avanzó como una marea. Dosflores levantó las manos.

— Aquí debe de haber un error... -empezó a decir antes de que le derribaran a patadas.

— Oh, rayos -gruñó Cohen dejando caer la colilla y pisoteándola con la sandalia. Desenvainó la espada y miró a su alrededor en busca del Equipaje.

El baúl no se había lanzado en ayuda de Dosflores. Estaba delante de Rincewind, quien apretaba el Octavo contra su pecho como si fuera una bolsa de agua caliente, y parecía frenético.

Un discípulo de la estrella corrió hacia él. El Equipaje alzó la tapa, amenazador.

— Yo sé por qué no ha funcionado -dijo una voz desde el fondo de la multitud.

Era Bethan.

— Ah, ¿sí? -preguntó el ciudadano más cercano-. ¿Y por qué crees que te vamos a escuchar?

Una fracción de segundo más tarde, la espada de Cohen le hacía cosquillas en el cuello.

— Aunque claro -prosiguió el ciudadano-, quizá deberíamos prestar atención a lo que dice esta agradable joven.

Mientras Cohen caminaba lentamente con la espada presta, Bethan dio un paso al frente y señaló el torbellino de formas que eran los hechizos, todavía suspendidos en el aire en torno a Rincewind.

— Este de aquí no está bien -dijo señalando una mancha color marrón sucio entre las brillantes chispas de colores-. Seguramente has pronunciado mal una palabra. Echemos un vistazo.

Rincewind le tendió el Octavo sin decir nada.

Bethan lo abrió y escudriñó las páginas.

— Qué caligrafía más rara, no deja de cambiar. ¿Qué hace este cocodrilo con el pulpo?

Rincewind miró por encima de su hombro y, sin pensarlo, se lo explicó. Bethan guardó silencio.

— Oh -dijo al final. No sabía que los cocodrilos podían hacer esas cosas.

— No es más que antigua escritura en imágenes -señaló apresuradamente Rincewind-. Si esperas un momento, cambiará. Los hechizos pueden escribirse en todos los idiomas conocidos.

— ¿Recuerdas lo que dijiste cuando apareció el color equivocado?

El mago recorrió la página con el dedo.

— Creo que fue esto. Donde el lagarto de dos cabezas está haciendo... lo que esté haciendo.

Librodot

Dosflores echó un vistazo por encima del otro hombro de Bethan. El Hechizo adoptó otra forma.

— Ni siquiera puedo pronunciarlo -se quejó la chica-. Garabato, garabato, punto, guión.

— Son runas nevadas de cupumuguk -explicó Rincewind-. Creo que se pronuncia «zph».

— Pero no funcionó. ¿Qué tal «sph»?

Todos miraron la palabra. Permaneció testarudamente errónea.

— ¿Y «sff»?

— Quizá sea «tsf» -titubeó Rincewind.

El color se volvió de un marrón aún mas sucio.

— ¿Probamos «zsff»? -sugirió Dosflores.

— No seas idiota -replicó el mago-, las runas nevadas no...

Bethan le pegó un codazo en el estómago y señaló.

La forma marrón en el aire era ahora de un rojo brillante.

El libro tembló en sus manos. Rincewind la agarró por la cintura, cogió a Dosflores por el cuello de la camisa y dio un salto hacia atrás.

El Octavo escapó de las manos de Bethan y cayó hacia el suelo. Y no llegó a él.

El aire que rodeaba al Octavo brilló. El libro se alzó lentamente, sacudiendo las páginas como si fueran alas.

Se oyó un ruido vibrante, reverberante, y pareció explotar en una complicada flor de luz silenciosa, que pronto desapareció.

Pero algo sucedía mucho más arriba, en el cielo...

Abajo, en las profundidades geológicas del enorme cerebro de Gran A'Tuin, nuevos pensamientos recorrieron las conexiones neuronales, grandes como autopistas. Para la tortuga estelar; era imposible cambiar de expresión... pero, de alguna manera indefinible, su rostro escamoso perforado por miles de meteoritos pareció expectante.

Miraba fijamente las ocho esferas que orbitaban en torno a la estrella, en las playas mismas del espacio.

Las esferas se estaban abriendo.

Grandes trozos de roca se desprendieron y comenzaron la larga caída en espiral hacia la estrella. El cielo se llenó de fragmentos deslumbrantes.

De entre los restos de un cascarón hueco, una pequeña tortuga estelar salió hacia la luz roja. Apenas era más grande que un asteroide, su concha todavía tenía el brillo de la yema.

Allí dentro también había cuatro elefantes del mundo. Y sobre sus lomos tenían un mundodisco, todavía pequeño, cubierto de humo y de volcanes.

Gran A'Tuin esperó hasta que los ocho bebés tortuga hubieron salido de sus cascarones y empezaron a deambular por el espacio con cara de asombro. Luego, cautelosamente, como para no pisar nada, la vieja tortuga se dio la vuelta y, con considerable alivio, nadó hacia las profundidades agradablemente frescas del espacio.

Las jóvenes tortugas la siguieron, orbitando en torno a su caparazón.

Dosflores contempló embelesado el espectáculo del cielo. Probablemente lo estaba viendo mejor que nadie en el Disco.

En aquel momento se le ocurrió una idea terrible.

— ¿Dónde está la caja de imágenes? -preguntó con ansiedad.

— ¿Qué? -respondió Rincewind con los ojos clavados en el firmamento.

— ¡La caja de imágenes! -repitió Dosflores-. ¡Tengo que tomar una de esto!

— ¿No te basta con recordarlo? -sugirió Bethan sin mirarle.

— ¿Y si se me olvida?

— A mi no se me olvidará jamás -replicó la chica-. Nunca había visto nada tan hermoso.

— Mucho mejor que las palomas y los conejos -asintió Cohen-. Te felicito, Rincewind. ¿Cómo lo has hecho?

— Ni idea.

— La estrella se está haciendo más pequeña -observó Bethan.

Rincewind fue vagamente consciente de la voz de Dosflores discutiendo con el demonio que vivía en la caja y dibujaba las imágenes. Era una disputa de carácter técnico sobre profundidades de campo y si el demonio tenía o no suficiente pintura roja.

En este momento es conveniente señalar que Gran A'Tuin sentía una gran satisfacción, y un sentimiento así en un cerebro del tamaño de varias ciudades grandes tiene que irradiarse de alguna manera. De hecho, la mayoría de los habitantes del Disco se encontraban en un estado de ánimo que generalmente sólo se consigue tras toda una vida dedicada a la meditación o treinta segundos de hierbas ilegales.

Así es el bueno de Dosflores, pensó Rincewind. No es que no aprecie la belleza, sencillamente la aprecia a su manera. O sea, si un poeta ve un narciso, lo observa y escribe un largo poema, pero Dosflores se pondrá a buscar un libro de botánica. Y lo pisará sin querer. Es como dijo Cohen: mira las cosas, pero cuando él las ha mirado no vuelven a ser las mismas. Supongo que eso me incluye a mi.

El sol del Disco salió sobre el horizonte. La estrella era cada vez más pequeña y no representaba una gran competencia. La fidedigna luz del Disco se derramó por el paisaje como un mar de oro.

O, como dirían observadores más atentos, corno jarabe dorado.

Este sería un bonito final teatral, pero la vida no es así, y tenían que suceder otras cosas.

Estaba el asunto del Octavo, por ejemplo.

Cuando la luz del sol rozó el libro, se cerró de golpe y reanudó su caída hacia la torre. Y muchos de los espectadores comprendieron que lo que caía era el objeto mágico más poderoso del Mundodisco.

La sensación de bienestar y hermandad se evaporó junto con el rocío de la mañana. Rincewind y Dosflores recibieron muchos codazos cuando la multitud empezó a moverse, luchando y tratando de subirse unos encima de otros con los brazos estirados.

El Octavo cayó en el centro de la masa aullante. Se oyó un chasquido. Un chasquido decidido, la clase de chasquido que hace una tapa que no tiene intención de abrirse a corto plazo.

Rincewind miró a Dosflores entre algunas piernas.

— ¿Sabes lo que creo que sucederá? -preguntó sonriente.

— ¿El qué?

— Creo que, cuando abras el Equipaje, sólo encontrarás tu ropa limpia, nada más.

— Oh, cielos.

— El Octavo es muy capaz de cuidarse solo. No podría haber encontrado un lugar mejor.

— Supongo que no. ¿Sabes? A veces tengo la sensación de que el Equipaje sabe muy bien lo que hace.

— Te entiendo.

Se arrastraron como pudieron para salir de la multitud, se levantaron, se sacudieron el polvo y corrieron hacia los escalones. Nadie les prestó atención.

— ¿Qué hacen ahora? -dijo Dosflores tratando de ver por encima de las cabezas.

— Creo que intentan abrirlo con una palanca -explicó Rincewind.

Se oyó un chasquido seguido de un grito.

— Creo que el Equipaje disfruta estando rodeado de gente -suspiró Dosflores mientras empezaban a descender cautelosamente.

— Si, probablemente le vendrá bien salir y conocer a más personas -asintió el mago-. Y lo que a mí me vendrá bien es pedir un par de copas.

— Buena idea. Creo que yo también tomaré un par de copas.

Era casi mediodía cuando Dosflores despertó. No recordaba por qué estaba en un henil, ni por qué llevaba una chaqueta que no le pertenecía, pero despertó con una idea grabada a fuego en la mente.

Decidió que era vitalmente importante contárselo a Rincewind.

Cayó del heno y aterrizó sobre el Equipaje.

— ¡Oh, estás aquí! -le reprochó-. Deberías avergonzarte.

El Equipaje parecía asombrado.

— Bueno, quiero peinarme. Ábrete.

Obediente, el Equipaje levantó la tapa. Dosflores buscó entre las bolsas y cajas hasta encontrar un peine y un espejo con los que reparar en parte los estragos de la noche. Luego miró fijamente al baúl.

— Supongo que no me dirás qué has hecho con el Octavo.

El Equipaje puso cara de madera.

— De acuerdo. Vamos.

Librodot

Dosflores salió a la luz del sol, que en aquel momento brillaba demasiado para su gusto, y vagó sin rumbo por la calle. Todo parecía fresco y nuevo, hasta los olores, pero poca gente se había levantado. La noche anterior había sido larga.

Encontró a Rincewind al pie de la Torre del Arte, supervisando a un equipo de trabajadores que habían colocado una especie de poleas en la cima y estaban bajando a los magos de piedra. Al parecer; su ayudante era un mono, pero Dosflores no estaba de humor para sorprenderse por nada.

— ¿Hay manera de devolverlos a la normalidad? -preguntó.

Rincewind miró alrededor.

— ¿Qué? Oh, eres tú. No, probablemente no. Además, me temo que el pobre Wert se les ha caído. Ciento cincuenta metros contra un suelo de roca.

— ¿Y no puedes hacer nada?

— Un bonito mosaico.

Rincewind se volvió para hacer una seña a los trabajadores.

— Estás muy contento -le dijo Dosflores, no sin cierto tono de reproche-. ¿No te has acostado?

— Es curioso, pero no podía dormir. Salí a tomar el aire y nadie parecía saber qué hacer, así que reuní a la gente -señaló al bibliotecario, que trataba de cogerle la mano-, y empecé a organizar las cosas. Bonito día, ¿verdad? Un aire embriagador.

— Rincewind, he decidido...

— ¿Sabes? Quizá vuelva a matricularme -siguió Rincewind alegremente-. Creo que esta vez podré sacarlo adelante. Ahora sí que puedo llegar a un acuerdo con la magia y graduarme con honores. Dicen que si obtienes el summa cum laude, la vida es estupenda...

— Bien, porque...

— Y ahora hay sitio de sobra en la cima, todos los jefazos estarán adornando los pasillos, y...

— Me voy a casa.

— ...un tipo avispado que haya visto mundo puede..., ¿qué?

— ¿Oook?

— He dicho que me voy a casa -repitió Dosflores, intentando educadamente librarse del bibliotecario, quien trataba de despiojarle.

— ¿A qué casa? -preguntó- Rincewind, asombrado.

— A casa casa. A mi casa. A donde vivo -explicó Dosflores sin alzar la vista-. Al otro lado del mar. Ya sabes. Al sitio de donde vengo. ¿Quieres dejar de hacer eso?

— Oh.

— ¿Oook?

Hubo una pausa. Fue Dosflores quien la rompió.

— Verás, lo pensé anoche. Me dije, bueno, esto de viajar y ver cosas está muy bien, pero lo divertido es haber estado. Ya sabes, pegar las fotos en un álbum y recordar cosas.

— ¿Sí?

— ¿Oook?

— Sí. Lo importante de tener muchas cosas que recordar es ir a algún sitio a recordarlas, ¿comprendes? Tienes que detenerte. No has estado en ninguna parte hasta que no vuelves a casa. Eso es lo que intento decir.

Rincewind repasó mentalmente la frase. La segunda vez no le pareció más inteligible.

— Oh -asintió-. Bueno, bien. Si es lo que quieres... ¿Cuándo te vas?

— Hoy. Seguramente habrá algún barco que me llevará parte del camino.

— Ya. Claro -divagó Rincewind.

Se contempló los pies. Contempló el cielo. Carraspeó.

— Hemos pasado unos ratos estupendos juntos, ¿eh? -dijo Dosflores, dándole un codazo en las costillas.

— Sí -asintió Rincewind, contorsionando el rostro en algo parecido a una sonrisa.

— No estarás enfadado, ¿verdad?

— ¿Quién, yo? Cielos, no. Tengo mil cosas que hacer.

— Entonces, todo arreglado. Oye, vamos a desayunar antes de bajar al muelle.

Rincewind asintió desmayadamente, se volvió hacia su ayudante y se sacó un plátano del bolsillo.

— Ahora estás al mando -murmuró.

— Oook.

De hecho, no había ningún barco que pasara cerca del Imperio Agata, pero eso no era más que un problema teórico, porque Dosflores se limitó a poner piezas de oro en la mano del primer capitán propietario de un barco medianamente limpio hasta que éste comprendió las ventajas de cambiar de planes.

Rincewind aguardó en el muelle hasta que Dosflores terminó de pagar al hombre una cantidad equivalente a cuarenta veces el valor del barco.

— Entonces, todo listo -dijo Dosflores-. Me dejará en las Islas Marrones, desde allí me resultará fácil encontrar otro barco.

— Estupendo -asintió Rincewind.

Dosflores pareció pensar un momento. Luego, abrió el Equipaje y sacó una bolsa de oro.

— ¿Has visto a Cohen y a Bethan?

— Creo que se han marchado para casarse -respondió Rincewind-. Oí decir a Bethan que era ahora o nunca.

— Bueno, cuando les veas dales esto -dijo Dosflores entregándole la bolsa-. Poner la primera casa siempre es caro.

Dosflores nunca había comprendido los matices del cambio. Con la bolsa, Cohen podría poner un reino pequeño.

— Se lo daré en cuanto les vea -dijo.

Para su propia sorpresa, advirtió que pensaba hacerlo.

— Bien. Se me ha ocurrido una cosa para ti.

— Oh, no tienes que...

Librodot

Dosflores rebuscó en el Equipaje y sacó una enorme bolsa. Empezó a llenarla con ropa, dinero y también metió dentro la caja de imágenes, hasta que por fin el Equipaje quedó completamente vacío. Lo último que introdujo en la bolsa fue el recuerdo, la caja musical para guardar cigarrillos, cuidadosamente envuelta en papel de seda.

— Es todo tuyo -dijo cerrando la tapa-. En realidad, ya no lo necesitaré, y no me cabe en el armario.

— ¿Cómo?

— ¿No lo quieres?

— Bueno, yo..., claro que sí, pero... es tuyo. Te sigue a ti, no a mi.

— Equipaje -dijo Dosflores-, éste es Rincewind. Eres suyo, ¿vale?

El Equipaje estiró lentamente sus patitas, se volvió con parsimonia y miró a Rincewind.

— En realidad, creo que sólo se pertenece a sí mismo -dijo Dosflores.

— Sí -asintió Rincewind inseguro.

— Bueno, entonces eso es todo -dijo el turista.

Extendió la mano.

— Adiós, Rincewind. Cuando llegue a casa te enviaré una postal. O algo así.

— Bueno. Y ya sabes, si pasas por aquí, siempre habrá alguien que sepa dónde estoy.

— Sí. Bueno. Entonces, ya está.

— Sí, eso parece.

— Claro.

— Sí.

Dosflores subió por la pasarela de desembarco y la tripulación, impaciente, la retiró tras él.

Empezó a sonar el tambor de los remeros, y el barco partió lentamente, deslizándose sobre las turbias aguas del Ankh, que habían recuperado su antiguo nivel. La marca lo llevó hacia mar abierto.

Rincewind se quedó mirándolo hasta que no fue mas que un punto. Luego bajó la vista hacia el Equipaje, que le devolvió la mirada.

— Escucha -dijo-, lárgate. Te regalo a ti mismo, ¿entiendes?

Le dio la espalda y echó a andar. Segundos más tarde, oyó las ligeras pisadas tras él. Se volvió.

— ¡He dicho que no te quiero! -le gritó, dándole una patada. El Equipaje se sentó. Rincewind se alejó.

Tras caminar unos metros, se detuvo y escuchó. No oyó nada. Al volverse, vio al Equipaje donde lo había dejado. Parecía dolido. Rincewind pensó un momento.

— De acuerdo -suspiró al final-, vamos.

Le dio la espalda y se dirigió hacia la universidad. Tras unos minutos, el Equipaje pareció decidirse, volvió a extender sus patitas y trotó tras él. No parecía tener otra opción.

Caminaron a lo largo del muelle de vuelta a la ciudad, dos puntitos en un paisaje cada vez más lejano que, al ampliarse la perspectiva, abarcó también al barco que navegaba por un mar verdoso. Un mar que no era más que parte del brillante océano circular en un Disco

oculto por las nubes que viajaba a lomos de cuatro elefantes gigantes situados sobre una enorme tortuga.

Tortuga que pronto se convirtió en un destello entre las estrellas, antes de desaparecer.

---

[1]No vamos a describirlas, porque las más bonitas parecían una mezcla de pulpo y bicicleta. Es de todos bien sabido que las cosas de universos indeseables siempre están tratando de colarse en éste, que es el equivalente psíquico a céntrico y bien comunicado.

[2]Un thaum es la unidad básica de fuerza mágica. Se acepta universalmente que es la cantidad de magia necesaria para crear una paloma blanca pequeña o tres bolas de billar de tamaño normal.

[3]Una metáfora muy interesante. Para los trolls nocturnos, por supuesto, el amanecer de los tiempos queda muy lejos en el futuro.

[4]No exactamente, por supuesto. Los árboles no ardieron, la gente no devino repentinamente muy rica y muy muerta, los mares no se evaporaron. De hecho, habría sido mejor decir "no como oro fundido"

[5]Nadie sabe por qué, pero la mayoría de los objetos más misteriosos se compran en tiendas que aparecen y, tras una vida comercial más breve que la de una empresa de venta por correo, se desvanecen como el humo. Varias autoridades han intentado explicar esto, pero nadie ha conseguido aclarar todos los hechos demostrados. Esta clase de tiendas aparecen en cualquier lugar del universo, y su inmediata desaparición se detecta por las multitudes de personas que van por las calles con las manos llenas de objetos mágicos defectuosos, tarjetas de garantía escritas con caracteres exóticos... y mirando con gesto de sospecha las paredes de ladrillos.